This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 05751587 0

The
Gordon Lester Ford
Collection
Presented by his Sons
Worthington Chauncey Ford
and
Paul Leicester Ford
to the
New York Public Library

La Vuelta de los Muertos

Mariano

RIVA PALACIO

LA VUELTA DE LOS MUERTOS

NOVELA HISTÓRICA

MANUEL C. DE VILLEGAS,
EDITOR.

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

MÉXICO
IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE,
SEGUNDA DE LA MONTERILLA NÚM. 17.
1870

HE NEW YORK
JBLIC LIBRARY
160740
ASTOR, LENOX AND
LDEN FOUNDATIONS.
1899.

LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA ESTÁ ASEGURADA
conforme á la ley de la materia.

PRÓLOGO

LA EXPEDICION A LAS HIBUERAS.

1

Era uno de los primeros dias del mes de Octubre de 1524, y un gentío inmenso se hallaba reunido delante del palacio del infortunado emperador Moctezuma, ocupado ya, en la época á que nos referimos, por el muy magnífico Señor Fernando Cortés.

Aquella muchedumbre se divertia mirando las vistosas danzas que delante del palacio ejecutaban varias comparsas de indios fantásticamente vestidos de leones, de tigres y de aves.

Apenas hacia tres años que la extensa monarquía azteca habia caido en poder de los vasallos de Carlos V; aun estaba en prisiones Guautimotzin, el último de los emperadores de México, y los trages y las costumbres españolas, ni dominaban ni eran dominados aún por los trages y las costumbres de los naturales del país.

Habia ya entre los conquistados y los conquistadores algunos puntos de contacto; pero como dos líquidos de diferentes colores que se vierten en una sola vasija y que no se confunden, podia distinguirse sin dificultad, que aun eran dos pueblos distintos, dos razas diferentes, dos elementos heterogéneos.

Por eso cuando se celebraba una fiesta cualquiera, unos y otros, reunidos, se alegraban y se divertian cada uno á su manera, cada uno con sus trages, con su música, con sus costumbres particulares.

En el dia á que nos referimos, se trataba de celebrar una boda que habia apadrinado el mismo Hernan Cortés.

Aquel dia se habia casado Martin Dorantes, paje favorito de Cortés, con Doña Isabel de Paz, doncella mexicana, hija de un cacique, grande amigo del conquistador, que habia muerto hacia dos años, dejando á este el cuidado de la jóven.

Cortés hizo instruir á la huérfana en la religion cristiana, y el dia mismo de la boda la jóven fué bautizada, dándole por nombre Isabel, y tomando por apellido el mismo de su padrino, Rodrigo de Paz, pariente y amigo de Hernan Cortés.

Terminada la ceremonia del bautismo, siguió la del matrimonio, y saliendo novios y padrinos de la iglesia, comenzaron las fiestas.

Cortés estaba en aquel dia alegre y expansivo, como hacia mucho tiempo que no le veian sus soldados.

Los novios estaban radiantes de alegría, y pasaban tan pronto al interior del palacio en donde se divertian los españoles, como á la calle donde bailaban los indígenas.

Martin Dorantes era un jóven como de veintiocho años,

esbelto, robusto, con el continente ya de un soldado veterano; su bigote negro y espeso levantaba sus guías con cierto aire fanfarron, hasta cerca de los pómulos, moda muy del gusto de los soldados de aquella época, y sus ojos negros y chispeantes indicaban resolucion y astucia.

Doña Isabel contaba diez y seis años; tambien era alta y garbosa como una reina ideal; su magnífico y elevado pecho y su bella cabeza un tanto echada hácia atrás, la daban un aspecto de nobleza y de gallardía tan natural como encantador.

Era una hermosa pareja: el galan, con el cútis blanco y sonrosado de los *hijos del sol;* la dama, con el color del trigo tostado por los ardores del estío.

El vestia ropilla, gregüescos y capa corta de rica seda, y ella, conservando el poético trage de las mujeres de su raza, sobrepuestas túnicas de fino algodon bordadas de vistosas plumas de mil colores, mostraba sus desnudos brazos con pulseras y brazaletes de oro bruñido; sus negros cabellos se entretejian con cintas rojas, y sus piés, admirablemente modelados, descansaban sobre cacles de suavísimas pieles, sujetos con delgadas tiras de cuero bordadas de oro, que subian formando caprichosas figuras hasta cerca de la rodilla.

—Isabel,—decia Martin á su esposa—¿qué tienes? tú no estás hoy alegre como ayer; tus ojos tienen un reflejo de melancolía.

—No, Martin,—contestó dulcemente la jóven mirando con ternura á su esposo—nada tengo, estoy contenta como tú.

—No, alma mia, no; tú tienes algun pensamiento que te hace sufrir; dímelo, somos ahora tan felices, y además, ¿no soy ya tu marido? no debes tener secretos para mí; el padre nos lo ha dicho.

—Es verdad..... pero lo que yo tengo.....

—Qué? habla.

—Te va á hacer reir, y eso me daria pena.

—¿Reirme yo de una cosa que te preocupa, bien mio? ¿Aun no conoces lo que te quiero? Cuéntame.

—Oyeme; pero antes prométeme no enojarte ni burlarte de mí.

—Te lo juro.

—Pues bien; anoche no podia dormir, pensando en la dicha que nos esperaba hoy; la noche me parecia eterna, el lecho me cansaba, la estancia me ahogaba: levantéme, y abriendo mi ventana me puse á esperar el dia mirando las estrellas. Pasó así un rato, y de repente oí sobre mi cabeza, en los aires, un aleteo violento; alcé el rostro, y un gran tecolote negro vino á pararse sobre mi estancia; espantada, cerré la ventana y me volví á acostar, pero entonces, hasta ahí escuché el canto tristísimo de aquel mensajero de las desgracias.

—Isabel,—contestó sonriéndose Dorantes—Isabel, será posible que aun conserves esas preocupaciones de tus mayores? los tecolotes cantan como todas las aves, porque Dios les da voces para alabarle, pero no porque los haya hecho sus profetas; y te aseguro, amor mio, que no me inquietaria un momento el oir un concierto de esos feos pájaros durante toda una noche.

—Bien conocia yo que te habias de reir de mí, y te lo dije, Martin: qué quieres; desde niña me acostumbraron á mirar con horror á esos animales cuyo canto anuncia siempre la muerte de una persona querida para nosotros.

—¿Y tienes tú alguna por quien temer?

—Ingrato! si temo algo sobre la tierra, es solo por tí.

—¿Por mí? pues no te inquietes, Isabel mia, porque esos

presagios, estoy seguro de que solo hablan con los indios, y no con nosotros.

Y Dorantes, como si hubiera dicho una cosa muy graciosa, soltó una alegre carcajada, que repitió Isabel, porque en aquellos momentos de felicidad, los dos jóvenes eran capaces de reir de cualquier cosa.

Entretanto, se escuchaba un violin mal raspado en las habitaciones de Cortés, á cuyo ingrato son bailaban los españoles, y en la calle los tigres y los leones y las aves, hacian mil variaciones y mudanzas, al compás de un *teponaxtle* y de las *sonajas* que todos ellos tenian en las manos.

La muchedumbre acogia con entusiasmo aquel baile monótono, y de cuando en cuando contestaba con gritos de alegría los salvajes alaridos que lanzaban los danzantes, porque aquellas danzas aztecas eran una especie de pantomimas que representaban alguna historia de guerra, de amores ó de correrías, y si eran algunas veces mal desempeñadas, en cambio eran siempre perfectamente comprendidas por los espectadores, que les daban su verdadera significacion.

Entre los hombres que habia mirando estas danzas, se distinguia un español, que debia ser persona muy principal, á juzgar por la riqueza de su trage.

Era este un hombre de cuarenta años, de ojos redondos y encorvada nariz, y frente estrecha, lo que le daba el aire de un buitre: hizo que disminuyera tal semejanza, su largo y rubio bigote que colgaba hasta tocar su gola.

Aquel hombre tenia fija su penetrante mirada en Dª Isabel, y la jóven, bien por ese inexplicable sentimiento que nos hace buscar con la vista una mirada que está fija en nosotros, ó bien porque supiera que aquel hombre es-

taba allí y la observaba á cada momento, volvia tambien el rostro para mirarle.

Dorantes, completamente entregado á su felicidad, nada notaba, y apoyado negligentemente en el hombro de su novia, contemplaba con la infantil atencion de todas las personas felices, las danzas de los indígenas.

2

RODRIGO DE PAZ.

Mucho se goza,—dijo una voz detrás de los desposados, y un hombre con sus dos brazos estrechó cariñosamente los cuellos de los dos jóvenes.

Doña Isabel, que miraba en aquel momento al hombre de la cara de buitre, se estremeció como si hubiera sido sorprendida en un delito, y volvió rápidamente el rostro hácia el recien venido.

—¡Ah! mi padrino Rodrigo de Paz,—exclamó tranquilizándose.

—Sí, hija, yo soy; há rato que os buscaba: el padrino grande desea ver á sus ahijados, y me encarga llevaros: es la hora de comer, y se os espera. Fr. Bartolomé de Olmedo está dispuesto ya para bendecir los manjares, y todos los amigos para devorarlos.

—Vamos, pues—contestó Martin.

Y los tres penetraron en el interior de palacio, dirigiéndose al comedor.

A pesar del gran poder de Hernan Cortés, y de sus riquezas, el palacio tenia mas bien el aspecto de tienda de campaña de un general en gefe, que el aire de aristocracia de la mansion de un *muy magnífico y poderoso señor*, como se llamaba ya entonces á Cortés.

La servidumbre era en gran número, y de ambos sexos; pero allí se miraban soldados españoles, aún con sus arneses de guerra y su aspecto belicoso; indios cubiertos de plumas, y algunos negros africanos, porque ya en ese tiempo habian comenzado á traerse esclavos á la Nueva España.

En todos los patios, en todos los corredores, en todas las habitaciones habia una extraordinaria animacion: acompañaban en ese dia á Cortés todos sus capitanes españoles, gran número de caciques aliados, y estaban allí tambien muchas jóvenes, hijas de nobles mexicanos que Cortés habia hecho reunir en su casa para que fueran instruidas en la religion de Jesucristo y en las costumbres españolas, con el objeto de poderlas casar con algunos de los conquistadores.

Con tan extraña mezcla, no era raro que el palacio presentase un cuadro digno de magníficos pinceles, y era curioso observar que los que no se comprendian entre sí, procuraban conversar por señas, y así departian aztecas y españoles, gritando, gesticulando, como si con alzar la voz pudieran ser mejor comprendidos.

Cortés estaba en el centro de la sala principal, con todo el aspecto de un monarca, aunque cubierto con su armadura, y con su espada al cinto. Rodeábanle un gran número de caciques que hablaban con él, sirviendo como siempre de intérprete la célebre Dª Marina, conocida por la

Malinche, que estaba negligentemente recostada en unos grandes cojines de algodon, á la derecha de Cortés.

La llegada de los novios produjo una verdadera revolucion en aquella estancia. Cortés, que sin duda los esperaba ya con impaciencia, se levantó al verlos, imitáronle Dª Marina y los caciques que le rodeaban, y todos, observando aquello, callaron repentinamente.

—¡Loado sea Dios, que por fin os han encontrado!—dijo alegremente Cortés dirigiéndose á los novios—ven, hija mia, tú eres hoy la señora de las fiestas, y debo hacerte todos los honores que te corresponden.

La jóven se puso encendida como una amapola, porque cien miradas estaban clavadas en su rostro, y bajó los ojos. Cortés la tomó cariñosamente de una mano, como podria haberlo hecho con una niña, y con marcial desembarazo, poniéndose al frente de la comitiva, se dirigió al salon en donde estaba dispuesta la comida.

En un momento aquel salon se llenó de gente, agrupáronse á las puertas criados y curiosos, y cada uno de los convidados tomó el lugar que mas le convino.

Pero antes de sentarse ninguno á la mesa, Fr. Bartolomé de Olmedo, que parado estaba cerca de la cabecera, levantó la voz, y rezando una corta oracion en latin, que todos escuchaban con la cabeza inclinada y dando grandes muestras de devocion, bendijo la mesa y los manjares que en ella estaban.

Apenas terminó aquella ceremonia, volvió á reinar la mas bulliciosa alegría; sentáronse los convidados, comenzaron á entrar y salir los sirvientes, sonaron los platos y los vasos chocando entre sí, exaltáronse las conversaciones, y como un complemento á tanto rumor, repentinamente

se dejó oir la música, saludada á sus primeras notas por un nutrido palmoteo de los comensales que, repetido instintivamente por los que escuchaban desde la puerta, se comunicó así hasta los que se divertian en la calle, y que conocieron por esto que comenzaba el banquete de los señores.

Seguramente el gefe allí era Hernan Cortés; pero el alma de todo era Rodrigo de Paz.

Rodrigo era el que lo disponia todo, el que hacia los honores, el que cuidaba desde su asiento de la prontitud del servicio; en fin, era como si se dijera el general de aquella batalla.

Pendiente de las miradas de Hernan Cortés, se hubiera creido que Rodrigo leia en los penetrantes ojos del conquistador sus mas ocultos pensamientos, y apenas este hacia el menor movimiento, cuando Rodrigo de Paz, adelantándose á sus deseos, los dejaba ya satisfechos.

Rodrigo era pariente de Cortés y el hombre de su confianza; él sabia lo que meditaba el conquistador, él conocia sus recursos, con él hablaba de sus empresas y de sus proyectos, con él se quejaba de sus enemigos, de la ingratitud del emperador, de las intrigas que se ponian en juego en la corte para precipitarle; él era, en fin, el confidente y el amigo íntimo.

Quizá Dª Marina misma, á pesar de la influencia tierna y decisiva que habia ejercido siempre en el corazon de Cortés, y de los grandes servicios que le habia prestado, veia algunas veces con celos la privanza de Rodrigo de Paz; pero aquella mujer de grande espíritu y de noble corazon, no se atrevió nunca á decir sobre esto una palabra á su amante.

Rodrigo de Paz, sin embargo, como era para Hernan Cortés un amigo leal, y era además un hombre de talento, nunca vió en Dª Marina un enemigo; sabia que amaba al conquistador con toda la fuerza de su alma, y esto le bastaba.

Rodrigo amaba á los que amaban á Cortés, y aborrecia á los que eran sus enemigos: esta era en el mundo su única norma.

A la derecha de Cortés, en la mesa, estaba sentada Dª Isabel, y á la izquierda Martin Dorantes; los tres ocupaban la cabecera; inmediatamente despues de la novia seguia Rodrigo de Paz, y enfrente de él, el padre Olmedo.

Durante la comida, y en un momento en que las conversaciones parecian desmayar, Hernan Cortés, aprovechando la ocasion, levantó la voz como dirigiéndose á todos en general y procurando que todos fijasen la atencion sobre lo que iba diciendo.

—Quizá en mucho tiempo—exclamó—no volveremos á comer juntos, ni con tanta alegría como hoy: pláceme ver aquí tan contentos á todos mis amigos, fieles vasallos de su majestad el emperador, que Dios guarde.

Todos se levantaron y saludaron, y Cortés dirigió una mirada de inteligencia, al soslayo, á Rodrigo de Paz, que pareció contestarla.

—Ruda y azarosa es la mision del soldado,—continuó Cortés—y no hay un dia en el que pueda decir que dispone de sí para el dia siguiente. Dígolo por mí que esperaba pasar tranquilamente, en la gran Tenoxtitlán, algunos meses más para descansar de mis fatigas y atender á la reconstruccion de la ciudad, para bien de la tierra y gloria de su majestad; pero es imposible.....

Cortés hizo una pausa, tomó lentamente un vaso de vino,

le llevó á sus labios, vació con tranquilidad el contenido y se enjugó el vigote.

Los convidados le miraban con curiosidad, esperando con ánsia adónde los llevaria aquel preámbulo.

—Es imposible;—continuó Cortés anudando su discurso—tengo noticias muy graves, que me obligarán á salir muy pronto á campaña..... Cristóbal de Olid se ha sublevado.

—¡Sublevado!—exclamaron en coro los convidados.

—Sublevado;—dijo con calma Hernan Cortés—sublevado contra su rey y contra mí, sublevado con las armas y los soldados que se le confiaron, y con las tierras y los vasallos que habia conquistado con esas armas..... Tengo necesidad de ir en su busca para castigarle.

—¿Y cómo quedará este reino?—preguntó desde el otro extremo de la mesa una voz áspera y desagradable.

Doña Isabel, al escuchar aquella voz, se estremeció y alzó los ojos; el hombre que habia pronunciado aquellas palabras, era el mismo que la habia estado observando en la calle, y que ahora asomaba su cabeza de buitre, como esperando la respuesta de Cortés.

—Negocio es ese—contestó indolentemente el conquistador—más para tratado en el consejo ó en el cabildo, que para conversado en un festin: nadie tema, que los intereses de Su Majestad quedarán en manos muy dignas.

El hombre de la cabeza de buitre se mordió los labios con despecho, sus ojos arrojaron un rayo de luz siniestra, y para disimular su cólera, tosió, se atusó su largo bigote, y sonrió con tanta falsedad y de una manera tan infernal, que aquella sonrisa, advertida por los que estaban á sus lados, les hubiera causado terror.

Doña Isabel, sin embargo, debió advertirlo, porque se puso ligeramente pálida.

Cortés y Rodrigo de Paz cruzaron entre sí una mirada de inteligencia.

Entonces la conversacion, mas animada que antes, volvió á hacerse general.

3

TETZAHUITL.

Como si Cortés hubiera mandado pregonar en medio de la plaza pública su expedicion en busca de Cristobal de Olid, así se difundió rápidamente la noticia.

Natural era que esto causara en la poblacion una verdadera alarma. Unos temian por la tranquilidad del reino si Cortés se alejaba; otros temblaban al pensar que podria llevarlos en su compañía; quién miraba en esto la pérdida de las conquistas de los españoles; quién, por el contrario, creia que se abria un horizonte mas dilatado para las aventuras de aquellos genios emprendedores é inquietos.

Sin embargo, la noticia llegó como á tender un velo de tristeza sobre aquella escena poco antes tan alegre y tan animada, y disgustados unos por ella y ansiosos otros por llevarla á su casa, todos fueron poco á poco retirándose, hasta que llegaron á encontrarse solos los danzantes.

Entonces ellos comprendieron que á su vez les habia llegado el momento de retirarse, y cargados con sus teponaxtles, sus sonajas, sus arcos de flores y sus animales disecados, se dispersaron, tomando cada uno el rumbo que le convenia.

Algunos de los danzantes debian vivir fuera y muy lejos de la ciudad, pues siguiendo la calzada de Iztapalapan, caminaba apresuradamente uno de ellos, que llevaba en la mano como apoyo y como defensa un nudoso baston de encino.

La noche comenzaba ya á borrar los perfiles de las montañas, y un viento ligero levantaba apenas fugitivas nubecillas de polvo.

A medida que el hombre que caminaba por la calzada de Iztapalapan se alejaba de la ciudad, menudeaba el paso, como si esperase encontrarse enteramente solo para echar á correr.

Aquel hombre, que como todos los demas vestia un trage fantástico, pretendiendo imitar un animal; tenia todo el cuerpo cubierto de plumas blancas; llevaba sujetas á sus espaldas dos grandes alas, tambien formadas de plumas, y sobre su cabeza, como la cimera de un casco, se levantaba la cabeza de una águila.

El hombre caminaba ligero, sin hacer aprecio del viento que zumbaba de una manera siniestra entre las plumas de las alas, ni de la noche que se cerraba á cada momento mas y mas oscura, ni de los tristísimos aullidos de los coyotes, que levantaban un infernal concierto entre los bosques de los alrededores.

El del vestido de águila caminaba, y caminaba sin detenerse; pasó por Mexicaltzinco, y al salir de allí, en vez de seguir directamente la calzada que debia llevarle á Iz-

tapalapan, tomó á la derecha, y llegó hasta la falda del cerro que está cerca de la poblacion.

Allí se detuvo y se puso á examinar cuidadosamente todos los alrededores, caminando unas veces, agazapándose otras entre la yerba, permaneciendo inmóbil durante algun tiempo, y procurando siempre poner la planta en donde no se imprimiera la huella, aquel hombre permaneció por allí mas de una hora.

Era seguro que su designio era cerciorarse de que nadie le observaba.

Por fin pareció quedar satisfecho, y entonces se decidió á seguir adelante, pero sin andar en línea recta, sino llevando un camino verdaderamente caprichoso.

El terreno que aquel hombre habia recorrido en su marcha, estaba muy lejos de tener el aspecto que hoy presenta; en aquella época no existian esas anchas calzadas, ni esas llanuras extensas que miramos hoy por el Sureste de la ciudad; los lagos cubrian con sus aguas casi todo aquel rumbo y penetraban hasta las calles de México, y solo podia transitarse en algunos puntos por angostas veredas practicadas entre el lago sobre macizas estacadas.

La noche habia ya cerrado completamente, cuando el indígena danzante se detuvo en el cerro de Iztapalapan delante de una gran peña rodeada de espesos matorrales.

Ninguno quizá habria encontrado allí nada que llamara la atencion; pero aquel hombre conocia sin duda demasiado el terreno, porque apartando suavemente la maleza, penetró en el bosquecillo que ella formaba, cuidando de no dejar rastro de su paso por allí.

Detrás de la gran roca, y como apoyada en ella, habia otra mas pequeña; el hombre se acercó, y sin hacer en apa-

riencia grande esfuerzo, la hizo volver sobre uno de sus costados.

Quedó entonces descubierta la entrada de una caverna, entrada bien estrecha, pero suficiente para dar cabida al cuerpo de un hombre.

El misterioso viajero recogió las alas de su fantástico trage y comenzó á descender, y cuando ya solo tenia fuera los brazos y la cabeza, asió uno de los ángulos de la roca que servia de puerta, y tiró de ella.

El equilibrio de aquella roca estaba perfectamente calculado; el batiente de una ventana no hubiera cerrado con mas facilidad ni con mas precision: al impulso del hombre, la roca vaciló, y despues de un corto número de oscilaciones cayó pesadamente sobre la entrada, cubriéndola casi herméticamente.

Descendió el hombre algun tiempo valiéndose de los piés y las manos, por una especie de escalera labrada en la piedra, y llegó despues á un plano en el que la bóveda del subterráneo, bastante elevada, le permitia caminar cómodamente.

Aunque reinaba allí la oscuridad mas profunda, el hombre no vaciló en el camino que debia seguir; atravesó, palpando el muro, por dos ó tres galerías que iban tan pronto en direccion del Norte como del Sur, y repentinamente, al doblar un ángulo, se encontró en una especie de salon iluminado por una gran hoguera, al derredor de la cual habia algunos hombres conversando.

El primero de aquellos hombres que descubrió al recien llegado, exclamó levantándose:

—¡Tetzahuitl!

—Tetzahuitl!—repitieron los demas poniéndose en pié, con grandes muestras de respeto.

El recien venido, á quien todos saludaban con el nombre de Tetzahuitl, como si estuviera profundamente preocupado, comenzó á despojarse de sus atavíos, sin poner atencion en nada de lo que pasaba á su lado.

Tetzahuitl debia ser un personaje de grande importancia, porque todos los que allí estaban fueron poco á poco perdiéndose entre las sombras de la caverna, y no quedó mas que un hombre ya anciano, que contemplaba á Tetzahuitl sin hablarle, pero con muestras de tierno interes.

Entretanto, el trage de Tetzahuitl habia caido, y el hombre apareció con su verdadera figura.

Era un azteca jóven de veinticinco años; su estatura no era de las mas elevadas, pero su desarrollada musculacion demostraba que aquel jóven tenia un vigor y una fuerza poco comunes; su frente ancha y despejada estaba sombreada por dos largos mechones de un pelo tan negro y tan brillante como el ala de un cuervo; sobre su labio superior se dibujaba un ligero bigote, y sus ojos chispeantes parecian algunas veces lanzar relámpagos: Tetzahuitl era el tipo de un hermoso azteca.

El viejo, sin moverse, le contemplaba en silencio, y así permaneció mientras el jóven, dejando á un lado los arreos que le habian servido en el baile de la boda, se sentó tristemente cerca del fuego en una piedra, y apoyando su frente en sus tendidas manos, se entregó con libertad á sus meditaciones.

4

VIEJO Y JOVEN.

Transcurrió cerca de media hora de esta manera, sin que el silencio fuera interrumpido mas que por el chisporroteo del fuego y por algun suspiro ahogado de Tetzahuitl.

Por fin, el jóven levantó la cabeza y miró al anciano.

—Temachti!—dijo con dulzura.

—Hijo mio!—contestó el viejo—¿por qué te miro hoy mas triste que otros dias? Cuéntame tu pena: si el árbol viejo y seco no puede ya defenderte contra la tempestad y el rayo, tiene al menos una sombra para cubrirte de los ardores del sol: ¿qué tienes?

—Estuve allá.....—contestó el jóven moviendo tristemente la cabeza y mostrando con su mano extendida el rumbo de la ciudad.

—¿Y la viste, hijo mio?—preguntó con interes el anciano, como si en las palabras del jóven hubiera comprendido una larga historia de amores.

—Sí, la ví, la ví,—replicó Tetzahuitl exaltándose gradualmente;—la ví; pero los cristianos se la han entregado á otro, á otro, á uno de ellos, á Dorantes; ahora ya es cristiana, ya se llama Isabel, y otra va á ser su casa, y va á amar á otro; así lo manda, así lo dispone el señor, el capitan de los cristianos; y yo la pierdo.....

El jóven, como sintiendo una profunda desesperacion, inclinó el rostro y se oprimió la cabeza con las manos.

—¡Tetzahuitl! Tetzahuitl!—dijo con dulzura el viejo acercándose á él y procurando acariciarle—no te entregues así á tu dolor; ninguna noche es eterna; despues de las sombras viene la luz; desde los árboles corpulentos hasta las yerbas que flotan en el lago, todos los seres luchan con los huracanes y con las tormentas, y los débiles y los fuertes llegan siempre á salir victoriosos, con tal que no se dejen abatir.—Oyeme, Tetzahuitl; ¿quieres mucho á esa mujer?

Al escuchar aquella pregunta Tetzahuitl alzó el rostro, como trasfigurándose repentinamente, sacudió su negra y lacia melena, y con el fuego en la mirada, y con la voz trémula de sentimiento y de entusiasmo, exclamó:

—¿Que si la quiero?..... ¿que si la quiero me preguntas, Temachti? Escúchame: cuando pienso en ella, mi sangre se enciende, mi corazon se azota con violencia, una nube de fuego cruza ante mis ojos, mis miembros todos se estremecen, y si estoy solo, si puedo entregarme libremente á mis ilusiones, entonces caigo de rodillas y tiendo mis brazos al aire como un insensato, y de mi pecho agitado se escapa, no una queja, no un suspiro, no un grito de dolor, sino un rugido que nada tiene de humano, y que conmoveria, sin duda, á las rocas de nuestras montañas: desde

que conozco á esa mujer, mi corazon es un santuario, mi alma es un templo en donde vive su imágen eternamente; cierro los ojos y busco la oscuridad, porque entonces veo mi espíritu, y en mi espíritu la veo á ella, y allí hay una claridad, una luz tan viva, tan pura, tan intensa, que los rayos del sol me parecen pálidos y tristes, mi alma se embriaga con sus mismas ilusiones, y el cielo y el mundo se encierran para mí en mi misma pasion, en mi mismo pecho: desde que la conocí, Temachti, me siento capaz de todo lo grande, de todo lo noble; desde ese dia ningun pensamiento negro ha cruzado por mi alma, porque allí está ella, y no permitiré nunca que una sombra turbe, ni por un instante, la purísima luz de su santuario: algunas veces siento que el fuego de la desesperacion me abrasa, y entonces la adoro como los dioses de las tinieblas deben de adorar á la luz; y otras, una ternura dulcísima y profunda se apodera de mí, mi ser, se desvanece como el contorno de las montañas entre las sombras de la tarde, y brota el llanto de mis ojos, y las lágrimas surcan mis tostadas mejillas.....

Calló por un momento el jóven, fijó sus negros ojos en las llamas inquietas que se levantaban de la hoguera, y luego repentinamente, como sintiéndose inspirado, asió con fuerza el brazo del anciano, y mirándole con fijeza le dijo:

—Oyeme, Temachti; ¿comprendes ese misterio terrible que debe pasar en las entrañas del Popocatepetl? comprendes cómo el fuego voraz hace estremecer hasta el fondo de nuestros lagos, cómo ruge allá en el centro de la tierra, cómo lanza hasta el cielo algunas veces columnas de humo, para darnos idea de su poder? ¿te imaginas qué pasará en esas inmensas profundidades, en donde todo es fuego y confusion, y terror y amenazas? Pues bien; todo eso tan

tremendo, tan espantoso, es nada..... nada, Temachti, comparado con lo que siento yo dentro de mi alma; quisiera morir para encontrar descanso, y tiemblo ante la idea de separarme de ella para siempre; ansío su vista, y no tengo valor para mirarla; moriria de dolor si ella me despreciara, y el placer me mataria si llegara á amarme..... besar la huella de su planta, es la única ambicion de mi vida..... por ella seria yo capaz de renegar hasta de la religion de nuestros padres..... seria yo capaz de ser cristiano..... por ella, Temachti, sacrificaria mi honor, serviria yo de esclavo á los mismos castellanos.....

—Tetzahuitl,—dijo solemnemente el anciano—vuelve esas palabras á tu pecho: el nieto de un grande emperador, el caudillo que ha luchado tanto por la independencia de su patria, el árbol que da sombra á los vencidos, el águila jóven que es la esperanza del porvenir, no debe decir eso, no lo debe pensar siquiera: Tetzahuitl, tú deliras, vuelve en tí.....

—¡Oh, tienes razon, Temachti, tienes razon! digo mal; ¿pero puedo yo acaso contenerme? ¿Soy por ventura dueño de mí mismo? No; mi alma no es mia, no me pertenece, yo no tengo ya ningun poder sobre mí; el huracán arrebata una barquilla en el lago, y la arrastra, y nadie puede entonces contenerla ni dirigirla..... Tú comprendes lo que amo á esa mujer: hace ya dos años que los cristianos se apoderaron de ella, le enseñaron su religion, su idioma, la quieren hacer extraña para nosotros, y el dia que lo manda el gefe, se la entregan á otro hombre para que sea su mujer, para que sea la madre de sus hijos..... ¡Esto es horrible!

—¿Y despues de eso, piensas en llegar á hacerte cris-

tiano? ¿piensas en servir á esos hombres? ¡Tetzahuitl! ¿No hierve el rencor en tu pecho? el soplo de la venganza, no mitiga el ardor de tu corazon? ¿Llorarás como una mujer, ó te vengarás como un Dios?

—¿Y ella?

—Ella será tuya, tuya..... te lo prometo.

—¡Mia! ¿Y cómo? Habla, habla.....

—Aun no lo sé; he consultado á los astros, y he visto en sueños una tórtola acariciando á una águila.....

—¿Y bien?

—La tórtola venia de una prision, el águila se cernia sobre la montaña..... los dioses lo disponen..... ¡Tetzahuitl! tú eres el águila de nuestras montañas; la tórtola que hoy canta prisionera, tendrá para tí sus caricias..... ¿cuándo? ¿cómo? los dioses solo lo saben, y ellos me harán saber sus altos designios, si así me fuere conveniente; entretanto, espera!

—¡Oh! esperaré, esperaré, Temachti; bendita sea la voluntad de los dioses, bendita sea tu voz!

—Escucha un consejo, hijo mio, porque aun eres jóven: jamas vuelvas á vestir los arreos fantásticos del danzante; el caudillo de un pueblo no debe nunca descender así de su altura.....

—¡Fué por mirarla siquiera!

—Bien, Tetzahuitl, la miraste ya; pero en lo de adelante conquístala, y no desciendas de tu grandeza..... ella te amará, te lo aseguro en nombre de los dioses.

5

SALAZAR.

Cortés hizo publicar la expedicion que intentaba llevar contra Cristóbal de Olid, por toda la ciudad, y comenzaron á hacerse los preparativos con toda diligencia.

Cristóbal de Olid, uno de los mas famosos capitanes de Hernan Cortés, se habia distinguido en las guerras con los mexicanos, por su arrojo y por su inteligencia, y logró ganar completamente el cariño del conquistador.

Sometido el imperio de Moctezuma, Cortés eligió á Olid para confiarle el mando de una escuadra de seis naves y de cuatrocientos infantes y treinta ginetes, encomendándole la conquista de las Hibueras, país distante cuatrocientas cincuenta leguas al Sudeste de México, en cuya conquista tenia gran empeño el emperador Cárlos V, porque deseaba que se encontrara el paso de uno á otro mar, y se

tenia entonces como probable que por el golfo de Darien llegaria á encontrarse ese paso.

Olid aceptó gustoso el mando que le daba Cortés, y se puso en marcha y llegó con felicidad al término de su viaje. Los habitantes de aquel país, de carácter dócil y poco afectos á la guerra, se sometieron fácilmente, y Olid se vió muy pronto señor de un inmenso y rico territorio.

Entonces el demonio de la ambicion sopló en su alma, y la gratitud no resistió el combate, y el hombre favorecido por Hernan Cortés, olvidó á su protector, desconoció su autoridad y cortó con él todo género de relaciones.

Accion semejante habia hecho tambien Cortés con Diego Velazquez, que le encomendó el mando de la expedicion que salió de la isla de Cuba en busca de nuevas tierras; y el conquistador de México, al saber la ingratitud de Olid, debió haber sentido el puñal de los remordimientos, recordando lo que él mismo habia hecho con Velazquez.

Pero en el mundo casi nunca registra la historia dos acontecimientos idénticos en la ejecucion y en los resultados; el *isocronismo* en la historia es la utopia de una escuela italiana, que tiene pocos partidarios entre los hombres de ciencias.

Hernan Cortés no podia quedarse burlado como Diego Velazquez; tenia mas poder, mas elementos, y sobre todo, un brío y un arrojo á toda prueba, y nada podia detenerle cuando habia resuelto tomar venganza del agravio y castigar la ingratitud de Cristóbal de Olid.

La ciudad de México estaba alarmada con la noticia de aquella empresa; la salida de las pocas tropas españolas que habia en la plaza, infundia serios temores á los nuevos colonos; los naturales del país andaban alborotados; sufrian

el yugo de los conquistadores con disgusto, los tratamientos brutales de que habian sido víctimas durante los primeros años de la dominacion española, engendraron entre ellos un odio terrible contra los que se consideraban sus señores, y de presumirse era que quisieran aprovechar los momentos y alzarse, procurando siempre su libertad y su venganza.

El ayuntamiento procuró disuadir á Cortés; los oficiales reales, el oidor, el factor, el tesorero y el contador le requirieron en nombre del emperador Cárlos V para que desistiera de su empresa; pero todo fué en vano; Cortés despreció la súplica del ayuntamiento, y á los oficiales reales contestó que no era cierto que marchase á tan lejanas tierras, y que su único objeto era ir á Goatzacoalcos á otros negocios del servicio de su majestad.

Estaba ya en vísperas de salir la expedicion, y á pesar de las protestas del conquistador, nadie ponia en duda que el fin de ella era la persecucion de Cristóbal de Olid.

Una tarde, en una de las mas sustuosas habitaciones que en aquellos tiempos habian comenzado ya á fabricar los españoles, y en una espaciosa estancia, se paseaba un hombre con aire meditabundo.

Aquel hombre parecia esperar algo, porque de cuando en cuando se detenia y se inclinaba, como escuchando algun rumor en la calle.

La fisonomía de aquel hombre nada tenia de notable, y su trage era una mezcla de armadura de soldado y de ropa de corte.

Mucho tiempo llevaba ya sin duda de aguardar, porque daba señales continuas de impaciencia; y aquella impaciencia subia por grados, pero rápidamente, y llegó por fin á

su colmo, al parecer, porque como obedeciendo á una determinacion violenta, tomó de encima de una mesa que allí habia cargada de papeles, un ancho sombrero negro adornado con plumas blancas, se lo caló con un movimiento convulsivo casi, y se dirigió violentamente á la puerta.

Pero antes de llegar, la puerta se abrió, y otro hombre penetró en la estancia, y sin tocarse siquiera el sombrero, volvió á cerrar.

El recien venido era precisamente el hombre de fisonomía de buitre y de luengos bigotes, que tanto habia turbado á Dª Isabel en el dia de su boda.

—¿Y bien, Sr. Gonzalo de Salazar?—preguntó el que esperaba.

—Señor Peralmindes Chirino,—contestó el de la cara de buitre—malas noticias.

—¿Malas?

—Sí, á fé: el muy magnífico Sr. Hernando de Cortés se empeña en que vuesa merced y yo hemos de acompañarle en esa descabellada expedicion.

—¿Y el gobierno?

—En manos queda del licenciado Zuazo, de Alonso Estrada y de Rodrigo de Albornoz.

—¿Tambien Albornoz?

—Tambien; Cortés queria llevarle consigo, pero yo le aconsejé que le dejase.

—Tal hizo vuesa merced? Y con qué objeto? Albornoz es enemigo nuestro, y no comprendo.....

—Tardo es en verdad vuesa merced para comprender. El licenciado Zuazo, hombre de carácter dulce y de clara inteligencia, dominaria con facilidad á Estrada, y el gobierno estaria así en las manos de Cortés, porque Zuazo no

haria sino lo que Cortés quisiera, y si á esto se agrega que nosotros tenemos que partir con Cortés, se infiere claramente que nuestro poder seria ilusorio, y no seriamos nosotros mas que súbditos del mismo Cortés.

—En efecto.....

—Ya verá vuesa merced, ya verá..... permaneciendo Albornoz en México y tomando una parte activa en el gobierno de la tierra, y con la investidura tambien de gobernador, Estrada encontrará en él un apoyo ó un enemigo, y Zuazo un aliado ó un rival: en todo caso, la division, la discordia y la guerra son inevitables, y podemos aprovecharnos de eso.

—Pero ausentes y al lado de Cortés, no comprendo.....

—Cortés recibirá, lejos ya de México, la nueva de los disturbios, y se encontrará en la situacion mas embarazosa de su vida; nosotros para esa época habremos ya ganado su confianza si vuesa merced sigue mis consejos, y entonces, Cortés mismo, para remediar el mal, para cortar el escándalo, echará mano de nosotros, y volveremos como pacificadores, como árbitros: ¿comprende ahora vuesa merced?

—Perfectamente; solo temo que no salga todo como vuesa merced lo supone, y que Zuazo, Albornoz y Estrada se unan, y Cortés encuentre en ellos su mas firme apoyo.

—Si tal sucediera, diria yo que la naturaleza habia extraviado su curso, y no sucederá: además, contamos con otro elemento de discordia, del que aun no he querido hablaros.

—¿Y qué elemento es ese?

—Rodrigo de Paz, pariente, amigo y favorito de Cortés, á quien deja apoderado de sus negocios particulares, y á quien ha nombrado capitan de la artillería y de las

atarazanas; Rodrigo de Paz tiene el genio mas turbulento y mas ambicioso que conozco; no consiente mas superioridad que la de Cortés, ni rivalidad de ningun nacido; él nos ayudará más que los tres gobernadores, y él se encargará de destruir lo que fabrique la prudencia del licenciado Zuazo.

—A fé mia, Sr. D. Gonzalo, que si cuanto piensa y calcula vuesa merced no sale cierto, culpa del destino será, que no de falta de prevision.

—El tiempo se encargará de probar que no me falta razon, y que si el hombre cuida de meditar bien en los acontecimientos del porvenir, no dejará algunas veces de ser profeta. En fin, retírome; que no cité á vuesa merced, ni le envié á decir que me esperase, mas que con el objeto de darle las noticias que ha escuchado, y de advertirle que se prevenga para el cercano viaje, y para el evidente retorno.

—Dios lo permita.

—Tenedlo por permitido, que de ser tiene todo tal como yo lo digo.—Dios quede con vuesa merced.

—Él acompañe á su señoría.

Los dos hombres se estrecharon cordialmente la mano, y sin mas ceremonia, Salazar salió de la estancia cerrando tras sí la puerta, y Chirino se sentó en un sitial, y con la frente apoyada en la mano, quedó en esa postura en que solo el individuo sabe si duerme ó si medita.

6

LA FAMILIA DE ZAPATA.

Por mi santiguada,—decia un hombre que tenia toda la traza de soldado viejo y vicioso, á una mujer poco mas ó menos de la misma mala catadura;—que mas fácil fuera volver estos reinos á Guatemuz, que estar en paz con mujer como tú.

—Carguen los demonios contigo y con ese Guatemuz, que tanto me dan á mí sus reinos como tú: buen par de bellacos sereis ambos, cuando te acuerdas de ese mal nacido.

—La mal nacida será ella,—replicó atusándose su bigote gris y espeso el soldadon;—que yo, aunque soldado y pobre, noble soy como un infante de Aragon, y el indio no deja de haber sido emperador, y ya quisiera haberle servido esa mala yerba.

—¡Zapata!—dijo la anciana enarbolando una tortera que tenia en la mano;—Zapata, soldado descreido y mal averiguado, si no mirase á que la iglesia nos.....

—A mala parte vas á parar, y de arrepentirte tienes, Mencia, como te atrevas á despacharme ese mueble,—dijo Zapata poniéndose en guardia y levantando uno de los pesados taburetes que en la estancia habia.

Sin duda la mujer debia tener experiencia de lo que sucedia en lances semejantes, y bien conocido el peso de la mano de su marido, porque se calmó repentinamente.

—Mira, Zapata,—dijo tomando la actitud del que se prepara á capitular, pero que aun no deja las armas;— tengamos en paz la fiesta, que la paz es hija de Dios.

—Y eso no serás tú nunca,—replicó Zapata enorgullecido por las ventajas obtenidas en la primera escaramuza; —muchos años llevo de vivir contigo, y no hemos pasado en paz otro tiempo, que el que hemos estado separados muchas leguas.

—Sin duda por eso pretendes ahora volverte á largar á esa malhadada expedicion de las Sibueras ó Libueras, ó sepa el diablo cómo se llama, que en negra hora han inventado hombres como tú, que no tienen amor á su pellejo, ni respeto al santo matrimonio.

—Sí, pues; bonito el matrimonio para contener á un soldado en su casa! que los matrimonios, así como tú te los piensas, de golilla son, y no de hombres que tienen espada ó cargan el arcabuz; de ir tengo á las Hibueras, como vine á las Indias; que tú bien sabes que si no fuera por eso, ahora estariamos en el lugar, destripando terrones, y no serías tú ni propietaria ni cosa semejante.

—Y ahora que podiamos vivir en paz, te largas.

—Por eso, para vivir en paz me voy, y me fuera aunque tuviera que caminar por el filo de un cuchillo, y pasar el puente de Mantilbe.

—Pues vete, vete, y mala víbora te pique en esas tierras, y comido te veas de los indios, que mi hija y yo quedamos aquí en manos de Dios que no consentirá que nos suceda una desgracia por el abandono de un tornadizo.

Cuando Zapata se oyó llamar tornadizo perdió completamente su aplomo, y se levantó rojo de ira, con los ojos chispeantes, y apretando convulsivamente los puños; la vieja Mencia conoció que la cosa iba de veras, y se levantó pálida con intencion de huir, pero ya Zapata le habia afianzado uno de los brazos con una mano que parecia de acero.

Mal la hubiera pasado Mencia, si en este momento no hubieran resonado en la estancia tres golpes aplicados con fuerza á la puerta de la calle.

—¡Voy,— gritó Mencia,— comprendiendo que el que llamaba era su salvador, cualquiera que fuese.

Zapata se calmó repentinamente, y procuró dar á su fisonomía el aspecto de calma y de tranquilidad que tenia de ordinario, porque aquellos golpes indicaban que el que habia llamado era alguna persona de importancia.

Mencia, que se habia acercado á la puerta, preguntó desde adentro y sin abrir:

—¿Quién va?

—Soy yo; abre, Mencia: ¿no está ahí el viejo?

—Sí, señor,—contestó la vieja abriendo, y agregó por lo bajo contestando á una señal de Zapata;—es el señor factor.

Zapata se atusó el bigote tomando un aire de importancia, y Gonzalo de Salazar penetró en el aposento.

—Dios mande aquí buenas noches,—dijo Salazar.

—Para servir á vuesa merced, señor factor,—contestó Zapata poniéndose en pié,—que tanto bueno por nuestra dichosa trae.

—Supongo,—dijo Salazar,—que tambien el bravo Zapata será de esa partida.

—¿De cuál partida habla vuesa merced, señor factor?

—De la de las Hibueras.

—Y vaya si voy; que de tristeza moriria si en casa me quedara, cuando otros, que tanto como yo son, andan á mandobles y tajos con los indios, conociendo tierras y conquistando reinos para su majestad.

—Holgárame de tener tanto gusto en el viaje,—dijo Salazar;—que bien á mi pesar voy en la expedicion.

—¿Tambien marcha vuesa merced?

—Tambien, y por eso he venido á veros, que deseo, pues que Mencia se queda en esta ciudad, dejarle algunos encargos secretos, por si á morir llego.

—Dios nos libre de tal desgracia,— exclamó hipócritamente la vieja;—mande vuesa merced lo que guste á esta su servidora, que dispuesta estoy á obedecerle; pero no piense en que se ha de morir.

—Siempre es mejor estar preparado,—dijo Salazar.

—Por lo tanto,—interrumpió el soldado,—vóyme por esos mundos de Dios á dar una vuelta, mientras que vuesa merced habla con esta mi mujer y le fia sus secretos; que en ello sabe lo que hace vuesa merced, aunque dice el refran que no cabe secreto en pecho mujeril.

Y antes que Mencia contestase como debia, Zapata se hundió hasta los ojos su gorra, y echándose en el hombro una capa gris, salió marcialmente á la calle.

—Siéntate,—dijo Salazar.

La vieja se sentó, clavando curiosamente la mirada en el factor, que se preparaba como para decirla una cosa muy interesante.

—Mencia,—dijo el factor despues de un momento de silencio,—¿conoces tú á esa india que se ha casado con Martin Dorantes, el paje de Cortés?

—Sí que la conozco, aunque amistad ninguna llevo con ella.

—Bien lo comprendo, por la diferencia que hay de edad entre ella y tú: ¿cuántos años cuenta Juanilla tu hija?

—Diez y ocho que van á diez y nueve,—contestó Mencia sin comprender adónde se dirigian aquellas preguntas.

—Pues se necesita que tu hija Juanilla haga estrecha amistad con Dª Isabel de Paz.

—¿Con Isabel? fácil será, porque tienen ya conocimiento; pero á la verdad no alcanzo.....

—Se trata de prestar á su majestad un gran servicio, que sin duda sabrá premiar con la grandeza que acostumbra. Escúchame con atencion.

—Toda yo soy oidos.

—Lo que voy á decirte es cosa de mucha reserva y de muy loado cumplimiento, porque en ello se interesa el real servicio.

—¡Ave María!

—No te asombres, y escucha. Sabes ya que pronto vamos á partir; pero esperando en Dios, yo daré inmediatamente la vuelta: aquí en esta misma ciudad se trama una gran conspiracion para levantarse con el reino, y quitársele á su majestad, que es el legítimo dueño.

—¡Nuestra Señora de Cavadonga nos ampare!

—Ni á tu mismo confesor digas lo que voy á referirte: el que tal pretende, es precisamente el hombre que mas favores debe al rey nuestro señor.

—¡Ingrato! ¡Ingrato! ¿Y quién es él?

—Guarda el secreto; es Hernan Cortés.

—¡Jesus!—exclamó la vieja espantada.

—Silencio, y ayúdame á destruir sus maquinaciones: Cortés para todo esto está de acuerdo con los indios, y ellos serán sus mas principales aliados.

—¿Pero por qué no da parte vuesa merced al emperador?

—Ya, ya..... pero necesito tener mas pruebas, y sobre todo, impedir que hagan un tumulto: Martin Dorantes es el confidente de Hernan Cortés, y este se entiende con los indios, por medio de Dª Marina y de la Dª Isabel.

—¡Ah!

—Pero como la Marina se va con Cortés, seguramente aquí Dª Isabel queda encargada de todo; á ella es á quien se necesita vigilar: hé aquí pues, por qué quiero que Juanilla estreche con ella las amistades, hasta tal grado, que no pierda de vista ni el menor de sus movimientos, y que yo cuando vuelva lo sepa todo.

—¡Muy bien! razon tiene vuesa merced, y la muchacha cumplirá, que aunque inocente, es de mucho pensar; descuide vuesa merced..... ¡Ah! ¡qué hombres! ¡qué hombres!

—Sobre todo, secreto, y no tengo mas que advertirte.

—Pierda cuidado por eso vuesa merced,—contestó la vieja.

Salazar se embozó en su capa, calóse el sombrero y salió como habia salido Zapata, sin mas despedida.

Pocos dias despues de esta conversacion, partia de México Hernan Cortés en busca del rebelde Cristóbal de Olid, llevando consigo á Gonzalo de Salazar y á Peralmindes

de Chirino, y en clase de prisioneros á Guatimotzin, último emperador de México, al rey de Texcoco, al de Tlacopan, al de Azcapotzalco y á un hermano del rey de Michoacán.

Dorantes, como inseparable de Cortés, era tambien de la partida.

El gobierno de México quedó á cargo del Lic. Zuazo, de Alonso de Estrada y de Rodrigo de Albornoz.

La casa y bienes del conquistador se encargaron desde ese dia á su pariente Rodrigo de Paz.

Con estos antecedentes, basta de prólogo y entremos á tomar el hilo de nuestra historia.

LIBRO PRIMERO

LA TÓRTOLA, EL BUITRE Y EL ÁGUILA.

1

En donde el lector conocerá á Juanilla, y la encontrará desempeñando el papel de apasionada.

DESPUES de la conquista de México, Hernan Cortés, que meditaba cimentar sólidamente el dominio del rey de España en el país recientemente conquistado, procuró reunir en su palacio á las jóvenes hijas de los principales caciques y señores, con el objeto de educarlas y casarlas despues con los gefes españoles.

Casi todas aquellas jóvenes recibieron el bautismo, aprendieron el idioma de los españoles, y mientras no se casaban permanecian en el palacio de Cortés.

Así estaban las cosas cuando se llevó á efecto la expedicion de las Hibueras; y Rodrigo de Paz, encargado de todos los bienes del conquistador, continuó en sus mismas prácticas y costumbres, sin que en el palacio se notase variacion alguna.

Era una tarde del mes de Noviembre de 1525, y la expedicion que de México habia salido con Hernan Cortés, segun las relaciones de los correos, debia estar ya en Goatzacoalcos.

En uno de los corredores del palacio conversaban dos jóvenes, hermosas ambas, pero de un tipo enteramente distinto.

La una era de raza indígena pura, la otra con su color blanco, con sus mejillas sonrosadas, con su gran cabellera castaña, sus ojos pardos y su nariz aguileña, demostraba claramente que era hija de algun conquistador y nacida en la península Ibérica.

La india era Dª Isabel de Paz, la esposa de Dorantes.

La española era Juanilla, la hija de Zapata.

Dª Isabel sentada en un sitial, con la cabeza inclinada, se entretenia en deshojar en su regazo un ramo de amapolas, y parecia, completamente absorta en sus pensamientos, que instintivamente contestaba las preguntas que le dirigia su compañera.

Juanilla, de pié al lado del sillon de Dª Isabel, tenia uno de sus brazos pasado alrededor del cuello de la jóven; y la miraba con interes y curiosidad, comprendiendo que mas bien que de la conversacion se ocupaba Dª Isabel de seguir el hilo de sus meditaciones.

La esposa de Dorantes hablaba ya perfectamente el español, y al oirla nadie hubiera creido que tan poco tiempo llevase de estar entre los castellanos.

—Dª Isabel,—dijo Juanilla,—dejad esos tristes pensamientos; el recuerdo de vuestro esposo, antes debe alegraros: si yo fuera casada, y con un mozo tan guapo como vuestro marido, cada vez que me acordase de él sonreiría de placer.

—Sí,—contestó lánguidamente Dª Isabel,—muy guapo es mi marido, pero está tan lejos.....

—Así os amará mas, y tendreis mas gusto cuando él vuelva. Ah! y cómo sois las muchachas casadas; todo lo quereis, marido, y que esté á vuestro lado; con solo tener marido me contentara yo, aunque estuviese hasta las Hibueras: no, pero os digo que peor que tenerle ausente es no tenerle, ni siquiera en esperanza.

Dª Isabel se sonrió, y levantando el rostro para mirar á Juanilla, le preguntó con mucha dulzura.

—¿Será posible que vos, tan bonita y tan graciosa, no tengais un novio? harto amigas somos ya, y mucha confianza nos tenemos, y sin embargo de ello, nunca me habeis confiado un solo secreto de amor.

—Es la verdad..... pero.....

—¿Qué, Juanilla?—Dijo Dª Isabel tomándola una mano.

—Es que tengo un secreto mio, y que no me atrevo á contárselo á nadie.

—¿Ni á mí? ¿ni á vuestra amiga? sería yo capaz de enojarme.

—¡Ah! no, yo os lo referiré.

—Bien, vamos, ahora nadie nos escucha ni nadie vendrá á interrumpirnos.

—Pues escuchadme, porque ya tenia yo ganas de desahogar mi corazon con álguien; escuchadme.

Y Juanilla, alegre y vivaracha, se sentó en el suelo delante de Dª Isabel y le tomó las dos manos.

—Empezaré por contaros,—dijo,—que yo estoy enamorada.

—¡Enamorada!—repitió Dª Isabel sonriendo como hubiera podido hacerlo delante de una hija. ¿Y de quién?

—La verdad es que no sé cómo se llama el hombre á quien amo.

—Es curioso: ¿será algun español amigo de vuestro padre?

—No, señora, es un indio.

—¡Un indio!

—Sí; ¿qué os admira? ¿acaso vos no sois india, y Dorantes se enamoró de vos como un loco, segun dicen? por qué, yo que soy española, no puedo verme enamorada de un indio? ¡Oh! y lo que es este, es muy hermoso, y parece ser muy noble.

—¿Y él os ama?

—Yo creo que sí.

—¿Lo creeis no mas, ó acaso os ha dicho algo?

—Vais á saberlo todo. Ya recordareis que á pocos dias de haber salido de aquí vuestro marido, comencé á estrechar con vos mi amistad, y que os venia yo á visitar todos los dias; y que algunas veces me estaba á vuestro lado hasta muy entrada la noche?

—Sí, lo recuerdo.

—Un dia permanecí en palacio mas tiempo del que acostumbraba, y al salir para regresar á mi casa, tuve miedo; la noche estaba negra y no habia ni una sola persona en la calle; eché á caminar precipitadamente, y á poco oí tras de mí el ruido de unos pasos; volví el rostro, y con la escasa claridad de las estrellas distinguí un bulto; redoblé mis esfuerzos para llegar cuanto antes á mi casa, y escuché con terror que los pasos del que me seguia sonaban mas cerca; casi estuve á punto de pedir socorro; pero vi que no me atacaban, y algo me calmé: en la puerta, y antes de entrar, volví á mirar, y el bulto que me habia

espantado se detuvo como con respeto á cierta distancia, y luego se retiró.

—¿Y contásteis esto á vuestra madre?—preguntó con cierta turbacion Dª Isabel.

—¡Imposible! me hubiera impedido quizá volver á veros, ó por lo menos hubiera estado con mucha zozobra durante mi ausencia.

—Bien, ¿y luego?

—A la noche siguiente volvió á pasar lo mismo, no mas que entonces ya yo no me espanté, y llegué despues de algunos dias á acostumbrarme á la compañía de aquel misterioso personaje, y lo que es mas, á tener deseos de conocerle: porque ya tenia yo por seguro que era mi amante.

—Quizá,—dijo con distraccion Dª Isabel.

—Una circunstancia me hizo arder mas en deseos de conocerle: recordareis que una noche se desató una tempestad horrible y no me permitísteis volver á mi casa; pues bien, esa noche, cuando ya la tempestad habia pasado, abrí una de las ventanas de vuestro alojamiento, que dan á la calle; habia luna y yo queria ver si el amante misterioso me esperaba; figuráos cuál seria mi sorpresa al ver, que apenas me asomé, se destacó, no sé de donde, y me arrojó un ramo de amapolas rojas, exactamente igual á ese que acabais de deshojar.

Al escuchar esto Dª Isabel, se estremeció y se puso repentinamente pálida; Juanilla estaba tan distraida con la relacion amorosa, que apenas pareció notarlo.

—Aquella vez,—continuó candorosamente Juanilla,—tuve miedo y me encerré luego; pero..... recogí el ramo; yo no sabia quién le mandaba..... ¿qué quereis? es tan bonito recibir así unas flores.....Poco tiempo despues vine

á vivir con vos algunos dias, ¿recordais? y la primera noche abrí temblando mi ventana por curiosidad, y el hombre estaba allí, y todas las noches sucedia lo mismo.....

—¿Y habeis llegado á conocerle?

—Para contaros cómo le conocí, necesito antes pediros perdon.....

—¿Perdon á mí? ¿y de qué?

—De mucho. Oidme: en esas noches, como ahora quizá, teníais la costumbre de abrir vuestra ventana, que estaba cerca de la mia, y de salir á contemplar el cielo y á recibir el aire de la noche; yo deseaba que el galan llegase á hablarme; ardia en deseos de conocerle; aun no sabia que era un indio: me sentia asomar, y esperaba él sin duda, y esperaba yo; quizá temia un desprecio: ¡cuántas veces estuve tentada de llamarle! le miraba yo entre las sombras, creia oir que se acercaba, y en esos momentos el ruido de los batientes de vuestras ventanas me hacia huir hasta el centro de mi estancia y..... me acostaba, sintiendo un ligero rencor contra vos: esta es mi falta; ¿me perdonais?

—Os perdono de todo corazon; pero continuad,—dijo inquieta Dª Isabel.

—Una noche estábais indispuesta, no os podíais levantar, y yo dije para mí: «esta noche es la mia, porque Dª Isabel no saldrá:» impaciente llegué á mi aposento, abrí mi ventana; él estaba allí; como vos no salísteis en esa noche, pude esperar tranquilamente: él no llegaba á hablarme, pero tampoco se retiraba: inmóbil como una estatua, adivinaba yo su mirada fija en mí, y yo tambien permanecia ahí como encadenada. Así pasaron no sé cuantas horas, porque yo no las sentí pasar; por fin, la luz de la mañana se derramó por los campos, y pude ver al misterioso ga-

lan, que aun estaba clavado en su puesto: era un indio, Dª Isabel, pero gallardo como un príncipe, con unos ojos que daban luz, con una cabellera negra que hubiera causado envidia á una duquesa. ¡Qué hermoso es el trage de los indios nobles! porque éste debe serlo, no lo dudeis; ese manto recamado de plumas, ese peto de algodon, bordado de colores y adornado de láminas de oro, ese tonelete tan gallardo..... la verdad que me pareció uno de esos arcángeles que hay pintados en la catedral de Toledo..... Cuando la luz salió, él, echando á mi ventana una tristísima mirada, se retiró con un aire tan majestuoso, que no pude apartar de él mi vista, hasta que se perdió entre las nieblas de la mañana.

Juanilla lanzó un profundo suspiro, inclinó su cabeza y se puso á enrollar distraidamente una punta de su delantal.

—¿Y no habeis vuelto á verle?—preguntó Dª Isabel.

—Sí, algunas veces; pero como antes, entre las sombras; ganas tengo ya de llamarle el amante de la noche.

—Quizá tengais razon.

—Lo que yo no quisiera tener, era amor, que bien desgraciada me hace.

—Quizá llegareis á olvidarle.

—Difícil me parece, aunque bien se lo pido á Dios.

—Él sabe lo que hace.

—De todos modos, entretanto, yo ni como, ni duermo, ni pienso mas que en él. En verdad os confieso que yo no sabia que fuese una cosa tan amarga estar una apasionada, cuando yo me creia que era lo mas bello; bien dice el refran: no se cultivan amores, sino con llanto y dolores.

2

En el que se verá como Juanilla no sabia "que con una piedra se matan muchos pájaros."

La noche tendió sobre México su negra y densa oscuridad; la ciudad fué apagando sus luces y sus ruidos; los paseantes se retiraron á sus hogares, y llegó un momento en que no se escuchaba ni se veia nada; los genios de las sombras podian decir: «hé aquí una ciudad muerta.»

Sin embargo, si alguno hubiera cruzado por la calle que pasaba á la espalda del palacio de Hernan Cortés, habria podido notar que se abria misteriosamente, en el piso bajo, una de las ventanas de la habitacion que en aquel palacio ocupaba la mujer de Martin Dorantes, el paje favorito de Cortés.

Detrás de las rejas de madera de aquella ventana se podia distinguir un bulto, y luego se escuchó una voz dulcísima, que en el idioma de los mexicanos, dijo:

—Tetzahuitl, ¿estais ahí?

Como una sombra evocada por la voz de una maga, apa-

reció repentinamente un hombre que caminó hasta llegar á la reja, sin hacer el menor ruido.

Aquel hombre apareció tan repentina y misteriosamente como si no fuera en realidad mas que la condensacion de las sombras, y se deslizó tan silencioso como si no avanzara nada mas que la oscuridad.

Al llegar á la reja, con un acento tan blando como un suspiro, contestó:

—Héme aquí, señora.

—Tetzahuitl,—dijo la mujer, que no era otra que Dª Isabel,—creí que aun no me esperaras, porque he llegado antes del tiempo acostumbrado.

—Señora mia; si el sol naciera en la mitad de la noche, encontraria ya á las flores esperándole. Sol de mi espíritu eres tú, señora, y siempre espero tu luz, porque mi vida es el reflejo de tu vida; porque si las aves cantan, sus trinos y sus canciones son los recuerdos que tú me envías; si pasa el viento sobre mi frente, si murmura con tristeza al agitar mi cabellera, en ese viento recibo tus suspiros y tus halagos. ¿Sabes cómo te amo, señora? como se aman las aves entre las ramas, como se aman los ciervos en nuestros bosques, porque no hay allí ni engaño ni perfidia: paso las noches aquí, mirando tus ventanas, contemplando los muros que te guardan, adivinándote, adorándote.

—¿Me amas mucho, Tetzahuitl? ¿es verdad eso que me dices?

—¡Sol de mi cielo! estrella de mi noche! nunca sentí por nuestros dioses el amor y la veneracion que tengo por tí. ¡Dudar de mi pasion! dudas acaso de la luz que baña en el dia nuestras llanuras? dudan las flores del rocío que les manda la mañana? Te amo, señora mia, con todo el fuego

que guarda en su seno la tempestad; te amo con toda la dulzura del perfume de los lirios; trasparente está para tí mi corazon, como el agua de nuestros lagos; ¿por qué no le miras? El amor que se enciende en mi pecho, es luz que brota por mis ojos; ¿por qué no sientes su calor? Mis miradas te acarician tan dulcemente como las brisas de la noche á los cerrados botones de las rosas. Tú vives en mi alma como una tórtola que duerme tranquila en un nido de flores; te arrulla mi pensamiento y te mece cariñosamente mi corazon. Tú eres la amapola roja, regada con mi llanto; tú la azucena blanca que flota siempre bella, siempre pura, sobre las aguas amargas de mis infortunios. ¡Oh! ¿por qué los dioses nos negaron la victoria? ¿por qué nuestra raza tiene que ser esclava? Yo soy el águila prisionera; no tengo ya para llamarte, un grito de guerra, sino un canto de servidumbre; yo no soy ya nada, nada en mi patria; yo no soy, señora, digno de tí.

—¡Tetzahuitl!—exclamó Isabel,—qué feliz soy oyéndote hablar así: el canto de las aves que trinan en los bosques al nacer el dia, es menos dulce que tus palabras; el rumor del arroyo entre la yerba, es menos placentero para mí que el eco de tu voz: ¡qué orgullosa me siento de haberte inspirado una pasion tan noble y tan ardiente! porque si yo te pregunto, Tetzahuitl, que si me amas, no es porque lo dude, no; sino porque quiero que me lo repitas siempre, porque quiero oirlo siempre de tus labios..... conozco tu amor, lo comprendo; tú no puedes engañar á una mujer tan desgraciada y que tanto te adora; tú eres generoso, y la mentira quemaria tus labios, si llegara á salir de tu corazon.....

—¿Conoces, señora, lo inmenso de mi amor?

—Sí, lo conozco; porque cuando tú me hablas, tu voz es trémula, tu acento se apaga, tus ojos brillan como los relámpagos de la noche, se enciende tu rostro, tiemblan tus manos, tu cuerpo se estremece, y tu pecho se agita como el mar durante una tormenta. Tetzahuitl, ¿me amas como yo te amo á tí?

—¡Señora! ¿por qué te conocí tan tarde? ¿por qué no morí á manos de los enemigos de mi patria, antes de haberte visto en brazos de otro? ¡Oyeme, señora; nunca habia amado tanto, ni nunca creí que fuera yo capaz de amar así! Te encuentro, luz de mi corazon, cuando ya no tengo vista para mirarte; te encuentro, tesoro de mi alma, cuando no puedo ya sino llorarte perdida: eres cristiana, y eres la mujer de otro, y estás unida á los vencedores de tus hermanos; y yo soy como el ave de las sombras, y los que son ya los tuyos, me buscan para matarme, y el rayo está ya sobre la cabeza del águila: ¿por qué me respetaron las armas de mis enemigos?

—Tetzahuitl, eres injusto conmigo, tu amor te ciega, y destrozas mi corazon, cuando este corazon es tuyo, tuyo, y no mas tuyo. Tú conoces mi historia; mi padre era un cacique, un señor que tenia poder, y riquezas, y vasallos, y entonces yo era libre; como el viento que nadie encadena ni aprisiona, mi alma caminaba por todas partes: ¡oh! ¡quién te hubiera conocido entonces! Llegaron los españoles como un torrente irresistible, y todo cayó, todo se allanó para darles paso; nuestros dioses, sordos á nuestras súplicas y á nuestros sacrificios, huyeron ante el Dios de los extranjeros: entonces murió mi padre. ¡Pobre de mí! Como la flor que sube á favor de un muro, el dia que se hundió el muro que me prestaba su amparo, el viento del infortunio me

arrebató, y el gefe de nuestros enemigos me recogió en su casa; allí me enseñaron la religion que ellos saben, aprendí su idioma, y un dia Dorantes me ofreció casarse conmigo; yo resistí, Tetzahuitl, mucho tiempo; si hubieras sido tú, me hubiera rendido con placer á tu primera palabra de amor, porque creo que nacimos para amarnos. Por fin, consentí en ser su esposa; yo no sabia entonces lo que era amor; de todos cuantos me rodeaban, Dorantes me parecia el mas hermoso, y creí, porque así me lo decian, que yo le amaba, como creí tambien, porque ellos me lo contaron, que era yo cristiana; pero te he visto á tí, y he sentido dentro de mí una cosa horrible; conozco que no habia amado, porque hasta ahora sé lo que es amor; y conozco que no tengo la religion de los españoles, porque esa religion me prohibe adorarte, y yo quiero una religion como la religion de nuestros padres, que me permita, que me mande ser tuya, tuya, sí; á mí me han hecho cristiana porque han querido, y me han unido á otro hombre porque son fuertes y yo débil; y Dª Marina me ha instruido de que yo no debo amar á otro hombre, porque tengo ya un esposo, y ella, sin embargo, ama á Cortés, que tiene tambien una esposa. No, Tetzahuitl, me han engañado, me han violentado; yo no puedo amar mas que á tí, hombre ó dios de mi raza; yo no puedo ser mas que tuya, noble caudillo de mi nacion; yo no quiero tener mas religion que tu religion y la de nuestros padres; y si es falsa, y si voy despues de mi muerte, por eso, á la region de las sombras y del tormento, yo no quiero la eternidad de luz y de dicha, si allí no te he de ver .....

Isabel atrajo con un movimiento nervioso las manos de Tetzahuitl que tenia asidas, las pasó entre las rejas de su

ventana, y apoyando en ellas su rostro, comenzó á llorar.

Tetzahuitl, sombríamente silencioso, clavó su frente en las rejas de la ventana, y permaneció inmóbil.

Durante algunos instantes no se escucharon allí mas que los mal reprimidos sollozos de la jóven y la agitada respiracion de Tetzahuitl, y á lo lejos el rumor del viento que hacia ondular las graciosas copas de los sauces, y de cuando en cuando el perdido grito de alguna ave nocturna.

De repente Dª Isabel levantó la cabeza; su rostro apareció entonces como iluminado por una repentina alegría, y brilló en sus ojos un relámpago de placer, al través de las lágrimas que aun temblaban en sus negras pestañas.

—Tetzahuitl!—exclamó,—¿por qué me entristezco? por qué lloro, si tengo tu amor? es un delirio pensar en la desgracia cuando estás á mi lado, cuando siento que oprimes mi mano, cuando nuestro aliento se confunde como se confunden nuestras almas: esa, esa es la verdadera felicidad: ¡qué me importa la muerte misma! ¿es verdad, Tetzahuitl, que morirías contento á mi lado?

—Señora, por ver tus ojos un momento, perderia para siempre la luz del dia; apáguense para mí todos los ruidos del mundo, con tal que oiga tu voz; muera mi corazon á todos los amores, y mi alma á todos los placeres; pero consérvese ardiente y pura mi pasion para tí, como si todo el calor del sol no fuera sino para una sola flor; como si todo el vigor de la naturaleza se reconcentrara en las raíces y en las hojas y en los tallos de una sola planta; así, mi espíritu no tiene pensamientos ni deseos mas que por tí, ni mi vida un solo instante que no esté dedicado á tí.

—¿Y piensas que jamás llegaré á ser tuya?

—Pienso que la tórtola prisionera irá un dia á buscar

el nido del águila entre las rocas; nosotros lanzaremos un dia, muy pronto quizá, nuestro grito de guerra; el extranjero tendrá que batirse otra vez con nosotros, y tal vez la suerte no sea contraria á nuestras armas; morirán ellos, ó moriré yo.....

Tetzahuitl pronunció estas últimas palabras con un acento tan lúgubre, que la joven se estremeció; en aquel momento, el guerrero olvidó que hablaba con él una mujer; un relámpago de patriotismo rojo y ardiente, brotó de aquel corazon entregado enteramente al amor, y era porque en aquella alma, México y Dª Isabel tenian la misma forma; representaban solo una idea, un amor, una esperanza.

El cielo comenzaba á teñirse con el pálido color de la aurora.

—Señora,—dijo con tristeza el jóven;—amanece.

—Amanece para el mundo,—contestó Dª Isabel,—pero llega la noche para mi corazon; aborrezco la luz, porque tú te vas cuando ella llega; amo la oscuridad, porque tú vienes entre sus sombras. ¡Oh si no hubiera dia!

—Si tú quisieras, vendria yo tambien con la luz.

—No, no, te verian y te harian morir, y yo moriria tambien; y es tan dulce, y es tan bello vivir para amar y ser amada así..... Tetzahuitl, vete, vete, porque ya comienzo á sentir el rumor de la gente.....

—Me voy.....

—¡Oh! no sé Tetzahuitl, si es tan intenso el placer que siento cuando llegas, como es inmenso y profundo el dolor que siento cuando tú te separas de mí; tiemblo, porque me parece que es la última vez que te miro.

—No temas, y no olvides, alma mia, lo que te he dicho...

Dª Ysabel imprimió un beso en la mano del Guerrero.....(pagª 55.)

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

la tórtola prisionera buscará un dia su refugio en el nido del águila.

—No te olvidaré, y ese recuerdo será mi consuelo.

Tetzahuitl oprimió la mano de su amada.

—¡Ah!—dijo Isabel deteniendo á Tetzahuitl,—esa jóven á quien yo te he recomendado que cuides por las noches cuando se retira á su casa, ha creido que estás enamorado de ella, y dice que una noche le arrojaste un ramo de amapolas como el que me traes todos los dias.

—En efecto, una noche ví abrirse tu ventana, creí que eras tú, y arrojé las flores que traia para tí.

—Lo comprendo; pero ese es un nuevo peligro para nosotros.

—Nada temas, los dioses nos protegerán; yo solo tiemblo ante la idea de que alguna vez puedas dejar de amarme.

—Nunca, nunca! me queda aquí tu corazon.

Doña Isabel imprimió un beso en la mano del guerrero, y se retiró de la ventana, como haciendo un esfuerzo supremo.

Tetzahuitl permaneció allí por un momento inmóbil, y luego, con la frente inclinada, aunque con paso firme, tomó el rumbo de la calzada de Iztapalapa.

En estos momentos Juanilla soñaba que Tetzahuitl se hacia cristiano y la tomaba por esposa, y que Dª Isabel de Paz era su madrina, y la pobre niña sonreia durmiendo.

3

De cómo nunca falta en las escenas del mundo uno que diga "yo lo vi" ni otros que agreguen "bueno es saberlo."

MENCIA, por mas que se mostrara indignada por la partida de Zapata, no tomó el negocio muy á pechos: la verdad era, que si se oponia á la salida de su marido, más era efecto del capricho y del deseo de dominar al viejo soldado, que resultado del cariño.

Mencia, á pesar de ser casada hacia ya muchos años, como habia vivido tanto tiempo separada de su marido, adquirió las mañas de las viejas solteronas, y la curiosidad se desarrolló en su alma como una pasion, y se alimentaba de las noticias de ajenas vidas, y servia á las mil maravillas para esa clase de investigaciones, y ponia en juego, para conseguir su objeto, no solo á todos sus conocidos, sino hasta al mismo Zapata y á Juanilla, no mas que el primero solia insurreccionarse contra el servicio que se le señalaba, y el proyecto terminaba en un combate conyugal; y la segunda, inocente y dócil instrumento, obedecia, sin saber quizá para qué hacia aquello que Mencia le mandaba.

En medio de todo esto la vieja tenia sus tendencias diplomáticas (en el sentido en que los hombres de buen criterio entienden esta palabra), y al enviar á Juanilla por primera vez á palacio con Dª Isabel, siguiendo las instrucciones de Zapata, procuró ocultarle el objeto con que la mandaba cultivar aquella amistad.

Juanilla hizo cuanto Mencia dispuso, y en poco tiempo fué la amiga íntima de Isabel; al principio por obediencia, y luego por cariño.

Todas las noches, al volver á su casa Juanilla, sufria un exámen escrupuloso; Mencia le preguntaba:—¿Qué han hecho en el dia? ¿qué dice Dª Isabel? ¿de qué han hablado? ¿qué se sabe de Cortés y de la expedicion? ¿quiénes visitan á Dª Isabel de Paz? y otras mil preguntas que le ocurrian á la vieja, para averiguar, sin que su hija lo conociera, cuanto pasaba en la casa de la mujer de Dorantes.

La muchacha, llena de candor, contestaba á todo, sin que en ese todo encontrase la vieja mas que un vacío; ni el menor rastro de conspiracion, ni el menor vestigio de maldad, ni la huella mas insignificante de alzamiento ni de motin.

Mencia comenzaba ya á desesperarse, y algunas veces, clavando su penetrante mirada en los ojos tranquilos de su hija, decia en su interior:

—«Si estarán ya las dos de acuerdo; si me estarán engañando: bien hice en no confiarle el plan á Juanilla.....»

Pero Juanilla resistia aquella mirada sin bajar siquiera la vista, y Mencia se tranquilizaba.

—Paciencia! paciencia!—exclamaba entonces cuando se encontraba sola;—aun no se ha perdido mucho tiempo; puede que Isabel no tenga aún demasiada amistad con mi

hija..... y luego estos indios son tan desconfiados y tan astutos..... Ya veremos.

Una mañana, precisamente en la que tuvo lugar la escena que referimos en el capítulo anterior, Mencia se levantó antes de que la luz asomara en el Oriente; se sintió inquieta, y sin explicarse ella misma el motivo, se vistió y se asomó á una ventana.

El viento le trajo entre sus ondas el sonido de una campana.

—Llaman á misa los reverendos padres de San Francisco,—pensó la vieja;—levantada estoy, y seria cargo de conciencia no asistir á ella. Dios me llama á su casa. Juanilla duerme, y cuando vuelva de misa la despertaré.

Y como para no perder tiempo, entornó precipitadamente la ventana, se envolvió en un manto, y tomando la llave de la puerta que daba á la calle, abrió y salió, volviendo á cerrar por fuera, y guardándose la llave, echó á andar con direccion á la iglesia, que se construía en el nuevo monasterio de San Francisco.

El camino que tenia que llevar Mencia pasaba precisamente por uno de los costados del palacio de Hernan Cortés.

Cuando llegó allí, el edificio se destacaba sombrío en el fondo pardo del cielo, iluminado por los primeros reflejos de la aurora.

—¡Ah!—exclamó la vieja mirando el palacio y lamiéndose los labios como un gato que ventea un raton;—yo sabré, yo sabré lo que pasa allá adentro..... bueno será D. Rodrigo de Paz, pero á mí no me engaña; así podia estar unido á todos los indios de la cristiandad, que de saber tengo lo que ellos traman, así podian ocultarse en el fondo del mar..... ¡si esta Juanilla no fuera tan torpe!..... po-

brecilla! no tiene la culpa..... eso se le quitará con la edad.....

Llegaba en estas meditaciones á una esquina, y se detuvo repentinamente; el eco de las voces de dos personas que conversaban llegó á sus oidos, merced al completo silencio que reinaba.

—¡Calle!—dijo Mencia ocultándose detrás de la esquina;—¡calle!... hablan de una ventana de Dª Isabel..... si pudiera oir.....

Y se inclinó, como si todo su sér se reconcentrara, para escuchar mejor.

Doña Isabel y Tetzahuitl hablaban en voz baja; pero algunas palabras llegaban sin embargo hasta Mencia.

—¡Maldita raza!—dijo la vieja;—están hablando en su lengua de perros herejes, y no conozco ni entiendo nada de lo que dicen..... veré si puedo retener alguna palabra, y preguntaré.....

La vieja volvió á escuchar.

—*Mo yolo!*—exclamó de repente;—*mo yolo, mo yolo*.... ¿qué querrá decir? no lo olvidaré; por ahora nada gano con estarme aquí; el hombre se retira, y la mujer no puede ser otra que Dª Isabel..... *mo yolo*..... Juanilla es muy tonta, ó me engaña..... *mo yolo*..... ¡Ah, Juanilla! en fin, ya tengo el hilo..... lo demás es fácil..... *mo yolo*.... vuélvome á mi casa, ya no estoy capaz de oir la santa misa; me distraeria yo con facilidad..... *mo yolo*..... ¿qué querrá decir?.... además, estoy impaciente por ver qué cara pone Juanilla al hablarle de esto..... *mo yolo*..... estoy segura de conocer, en su semblante, si me engaña ó es inocente..... *mo yolo*..... ¿á qué le dirán los indios *mo yolo?*

Y la vieja caminaba, de vuelta á su casa, tropezándose

por las calles, y repitiendo entre dientes, y en medio de comentarios y de maldiciones, estas palabras:

—*Mo yolo.....mo yolo.*

Llegó hasta la puerta de su casa, sacó la llave, abrió, y penetró en la habitacion, volviendo á cerrar por dentro.

Juanilla dormia tranquilamente; Mencia se acercó á la cama, y la contempló.

—Será bueno no decirle nada hasta que se haya levantado; así conoceré mejor el efecto que le hace la noticia; por ahora, bueno será despertarla;—y se acercó al lecho, y llamó á su hija moviéndola cariñosamente.

Al través de aquel mal fondo de alma, se descubria á la madre.

—Señora!—dijo la muchacha abriendo sus hermosos ojos.

—Levántate, hija, que tarde es ya, y Dios envia su luz temprano para enseñarnos que no debemos ser perezosos.

—Bendito sea,—dijo como rezando la muchacha.

—Abriré la ventana, y que éntre la gracia de Dios,—continuó la anciana abriendo un poco uno de los batientes: —Ave María Purísima.

Juanilla, rezando entre dientes, comenzó á vestirse apresuradamente, en tanto que Mencia salió á preparar el desayuno.

Un cuarto de hora despues, la madre y la hija, sentadas delante de una mesa, tomaban alegremente un sencillo desayuno.

—Juanilla,—dijo de repente Mencia,—tú me has dicho que nada de notable has observado en palacio ni en la conducta de Dª Isabel.

—Es verdad, madre, y no tengo motivo para engañar á su merced.

—Pero estás segura de lo que dices? no te habrás engañado?

—No, madre; pero extraño esas preguntas de su merced; quizá algo pasará de nuevo; pero puedo asegurar....

—No hay necesidad de que jures, hija, que eso es jurar en vano, y es pecado..... óyeme..... ¿sabes tú algo de un indio que ronda por las mañanas la casa de Dª Isabel?

Aquella pregunta, así tan intempestiva, sorprendió á Juanilla de una manera, que no fué dueña de reprimir su emocion.

No parecia sino que la vieja habia adivinado su secreto, que habia sorprendido su pensamiento, que le preguntaba lo que la doncella tenia en aquel momento en su alma.

Juanilla se puso encendida, roja, bajó los ojos, y con una voz insegura, contestó débilmente:

—Yo..... señora..... no.....

La vieja era demasiado perspicaz, y estaba en acecho para dejar desapercibida la turbacion de su hija; y creyó en el momento que Juanilla era culpable.

—Juanilla,—gritó levantándose furiosa,—Juanilla, tú me engañas, tú lo sabes todo.

—Madre!—repitió temblando la jóven.

—Sí, lo sabes, lo sabes, mala hija; y ahora mismo vas á declararme todo, todo..... ¿lo entiendes?—Vamos, ¿qué hace ese indio? ¿quién es? de qué trata?..... dime, qué quiere decir *mo yolo?* responde qué quiere decir..... *mo yolo;* tú debes saberlo, porque tú estás unida con ellos.

—Madre! perdon, perdon!

—No, no, perdon; habla, habla, hija mala, mala cristiana.

Juanilla, espantada y llorosa habia caido de rodillas delante de Mencia que la sujetaba con una mano, mientras que con la otra la amenazaba.

—Responde: ¿quién es ese indio? ¿qué hace allí?

—Señora,—exclamó la doncella temblando y sin saber casi lo que decia;—señora, perdon, yo le amo, y él me ama á mí.....

Aquella inesperada respuesta, aquel descubrimiento repentino, produjo en la madre el efecto contrario del que Juanilla se esperaba, y en vez de descargar el golpe, Mencia soltó á su hija, y retrocedió asombrada.

Habia creido encontrar el hilo de una conspiracion, y era un amante de su hija lo que hallaba.

Juanilla permaneció por un instante con la cabeza inclinada y esperando el golpe; pero como el golpe no llegaba, alzó el rostro y notó el cambio que se habia operado en la vieja.

En medio del terror que le habia causado aquella escena, un rayo de esperanza penetró en su corazon; ella no se sabia explicar la causa, pero la realidad era que su confesion franca y leal habia surtido muy buen efecto.

Entonces creyó que para terminar mejor, era preciso confesarlo todo, ser mas explícita; quizá Mencia aprobaba aquellos amores, quizá iba á pasar repentinamente de la desgracia á la felicidad.

Juanilla, como todas las mujeres apasionadas, tenia rasgos de audacia que un hombre no hubiera sido capaz de sentir, porque ni el valor del leon ni la osadía del tigre, son mas que sombra junto al arrojo de una mujer que siente en su alma una verdadera pasion.

Juanilla se levantó, se irguió, y con paso firme se dirigió adonde su madre la contemplaba aún en silencio.

—Madre,—dijo con voz tranquila y acentuando con cierta solemnidad sus palabras;—nunca habia querido confesar este amor á su merced, por no darle un disgusto y porque creia que no lo aprobaba; pero su merced lo ha descubierto, y es necesario confesárselo todo: yo amo á ese hombre con toda la fuerza de mi corazon, y él me ama tambien; este es el secreto y esta es la razon por la que ronda el palacio; espera verme allí, me cree en las habitaciones de Dª Isabel.

—¡Juanilla! mira lo que dices!—exclamó Mencia volviendo en sí de su sorpresa;—me estás engañando aún....?

—No, señora, es la verdad.

—¿La verdad? es decir que ese hombre te ama?

—Me ama.

—¿Y á tí te espera?

—Sí señora.

—Mientes, mientes, porque yo le he sorprendido hoy á la madrugada hablando con Dª Isabel de Paz.

—¡Con Dª Isabel!—gritó como fuera de sí Juanilla, sintiendo que la mano de hierro de los celos oprimia su corazon:—¡con Dª Isabel! madre, diga vuesa merced que se ha engañado, porque Dª Isabel me ha dicho que no le conocia.....

—Yo le he visto; es un indio noble, á lo que parece, por su rico trage, hermoso.....

—Oh, sí; él es, él es..... me han engañado, madre, me han engañado.....

Y la doncella, sin pensar siquiera en el enojo de su madre, sin recordar el principio de la escena, ciega de amor, y loca con sus celos, se arrojó sollozando al cuello de Mencia y estrechó contra su corazon á la vieja, que no sabia

verdaderamente qué papel debia representar en aquel momento.

Luchaba Mencia entre el amor de madre y la indignacion; su hija la habia engañado, pero su hija era tambien víctima en aquellos momentos, y lloraba.

Una madre puede ver sin conmoverse el llanto de su hija, cuando ese llanto es ella la que le hace derramar; pero si otra persona en el mundo tiene la culpa de que corran aquellas lágrimas, entonces la madre recuerda con ternura, que es madre, y es siempre el escudo y el consuelo de su hija.

—Cuéntame, Juanilla,—dijo Mencia acariciándola;—cuéntame tu pena, puede ser que no te hayan engañado...

—Oh, sí, madre mia, me han engañado! porque ahora recuerdo que Dª Isabel tenia un ramo de amapolas igual al que ese hombre me tiró una noche á la ventana..... me parece imposible: ¿los ha visto vuesa merced?

—Yo los he visto.

—¿Y nada oyó vuesa merced, nada de lo que decian?

—Hablaban en su lengua, y solo una palabra ó dos, que no sé si son dos ó una, logré aprender y retener.

—Y qué palabras eran esas, madre?

—*Mo yolo*, que no sé lo que significan, pero que ella las dijo casi en los momentos de separarse; ¿sabes tú, hija mia, lo que significan?

—*¡Mo yolo!* no sé, pero no las olvidaré, y hoy mismo tendremos su significado..... Ingrato!..... ingrato!.....

—Cálmate, Juanilla, y dime: ¿no crees que mas bien que asunto de amores, sea esto negocio de conspiracion?

—¡Ojalá!

—¿Cómo, ojalá?

—Sí, porque si negocio fuera de conspiracion, no sentiria yo en mi alma dolor tan profundo;..... pero no lo dude vuesa merced, ellos se aman.....

—Puede ser.

—¿Pero los vió vuesa merced, madre? ¿no se engañaria?

—¡Pobre niña! yo los ví, y te diré mas aún; me pareció escuchar el ruido de un beso.

Juanilla se puso densamente pálida al oir esta última noticia; pero entonces, severa y fria, se separó de los brazos de Mencía, diciendo con voz firme:

—Bueno es saberlo,—y luego agregó:—*¡mo yolo!* yo sabré lo que esto quiere decir.

—Hija mia, estás ya calmada; cuéntame esos amores.

—Madre mia, todo ha pasado; ¿para qué referir lo que ya no es? Lo único que juro á vuesa merced, por la cruz de nuestro Salvador, es que soy tan pura como el dia en que recibí las santas aguas del bautismo: por lo demás, estoy tranquila.

4

Pruébase la verdad del refran que dice: "cria cuervos, y sacarte han los ojos."

HERNAN Cortés, ese gigante de valor y arrojo, que cayó en medio del poderoso imperio azteca como un aerolito de acero, venido de ignoradas regiones, y que no contento con que la inmensa y movediza superficie del Océano que le separaba de su patria, hubiera guardado en el mas profundo silencio el rumbo que habia llevado, hasta tocar las arenosas playas del Nuevo Mundo, quemó las naves que le condujeron, como para borrar hasta la esperanza del retorno. Despues de sus fabulosos triunfos, habia llegado á ser un objeto de envidia para los grandes de España, y de desconfianza para el emperador.

El pobre y desconocido hidalgo de Medellin, era ya mas que un duque, y casi tanto como un rey.

La envidia y la desconfianza se coligaron; y con pretexto del mejor servicio de la monarquía, el emperador, aconsejado por sus ministros y favoritos, mandó á la Nueva España tesorero y contador, y factor y veedor.

Se trataba con eso de vigilar la conducta del que habia sido hasta desleal con Moctezuma, solo por probar su lealtad á Cárlos V; se iba á fiscalizar la inversion que daba á unos cuantos puñados de oro, el hombre que habia conquistado para la monarquía española un mundo, que se sentaba sobre una base de plata, que se extendia hasta recibir en sus brazos los dos Océanos, y con el cual la naturaleza se habia mostrado locamente generosa.

Un dia Cortés se encontró rodeado de Gonzalo de Salazar, de Peralmindes de Chirino, de Alonso de Estrada y de Rodrigo de Albornoz, es decir, de un factor, un veedor, un tesorero y un contador.

Aquellos cuatro hombres, pendientes de los menores movimientos del conquistador, espiando la oportunidad para perderle, anhelando el momento de verle á sus piés, parecian cuatro perros hambrientos rodeando á un leon, y esperando su sueño para acometerle, ó su muerte para devorarle.

En esto no se hacia mas, sino obedecer las órdenes del emperador y las instrucciones de la corte, en donde todos ellos tenian sus protectores, enemigos mas ó menos embozados de Cortés.

Así son en lo general todos los gobernantes; la gloria, las virtudes ó el talento de los hombres de su pueblo, les hace daño; la envidia sube como un viento emponzoñado por las gradas del poder, y el que manda en una nacion, llámese rey, emperador, ó autócrata, ó presidente, nunca quiere que una frente se adorne con mas corona de triunfo, que la que él quiera darle; le parèce que toda gloria daña su gloria, que todo triunfo opaca su esplendor: así son todos.

La historia, que ha querido hacer de algunos hombres

semidioses, ha procurado ocultar cuidadosamente esa mancha en algunos de sus favoritos, porque la historia, á pesar de su imparcialidad, se pone muchas veces del lado de los fuertes y de los poderosos.

Los hombres son los que escriben la historia, y los hombres se enamoran y se apasionan de una reputacion legendaria ó de una figura mitológica, como se enamoran y apasionan de una mujer, con mas vehemencia, mientras mayor es el abismo social que los separa de ella.

Preguntad á la historia por qué murió Colon en el abandono, por qué se tomaron esas ridículas cuentas á Gonzalo de Córdoba, por qué la tristeza y el desaliento minaron y amargaron los últimos dias de Hernan Cortés?

Llegad á nuestros dias, y preguntad tambien por qué ha vivido pobre Espartero en España?

¿Por qué? porque solo los pueblos libres son incapaces de envidia.

Por eso en la América misma, que se llama la tierra de la libertad, solo Washington ha visto coronada su nevada cabellera, con la auréola que le presentaron la gratitud y el respeto de sus conciudadanos.

Despues de la experiencia de tantos siglos, por fortuna de la humanidad, los hombres no han llegado á corromperse enteramente, y cada dia la historia registra hechos grandes, nobles y desinteresados. No mas que hoy el sacrificio tiene doble mérito, porque está ya sentado y probado el principio de que la felicidad sobre la tierra, el bienestar en el mundo, y la gratitud en los pueblos, están en razon inversa del mérito.

Dejemos que la sociedad marche como va; nada podemos hacer para evitarlo; y semejantes somos, en este em-

peño de reformar al mundo, al loco que cree encontrar la luna en el centro de la tierra, porque la mira retratada en las aguas de un pozo profundo.

Hernan Cortés comprendió la mision que traian cerca de él, y en la Nueva España, los *oficiales reales*, y sin embargo, nada hizo para contrariar sus maquinaciones.

Salazar y Chirino, Estrada y Albornoz, contaminaron con sus malas pasiones á los partidarios y compañeros del conquistador. Poco tiempo despues de la llegada de aquellos hombres, es decir, cuando partió á las Hibueras, Cortés se encontró aislado casi entre los españoles, y rodeado solo de un pequeño círculo de amigos, como se habia encontrado antes acompañado de unos cuantos soldados, aislado y combatido en la inmensa extension del Anáhuac.

El Lic. Zuazo, á quien el conquistador habia hecho venir de Cuba, Rodrigo de Paz su sobrino, Martin Dorantes su paje y favorito, y Dª Marina, conocida en la historia por la *Malintzin*, hé aquí los únicos verdaderos amigos de Cortés!

Pero estos cuatro personajes valian por un ejército; y como van á representar en nuestra leyenda un papel importante, hablaremos un poco de ellos, á riesgo de fastidiar á los que nos escuchan.

El Lic. Zuazo habia sido gran amigo de Cortés en Cuba, cuando Cortés no era mas que un aventurero sin nombre y sin gloria, y cuando nadie hubiera leido sobre su frente, el brillante porvenir que le reservaba la Providencia.

Llegó el dia en que Cortés fué una de las grandes figuras de su siglo, y quedó autorizado para gobernar, en nombre del emperador Cárlos V, las extensas provincias que habia conquistado con su espada; y ese dia Zuazo se em-

barcó en Cuba para presentarse en México á su amigo. Pero la suerte le fué contraria, y naufragó en una isla desierta.

Cortés, como todos los hombres de corazon, no olvidaba á los amigos del tiempo de su desgracia; supo el naufragio del Lic. Zuazo, y envió en su busca, haciendo para ello salir buques de Veracruz.

Los enviados de Cortés encontraron á Zuazo, y le condujeron á las playas de la Nueva España.

Desde aquel dia Zuazo fué el partidario fiel, Cortés el protector desinteresado.

Cárlos V envió órden á Cortés, para que el Lic. Zuazo volviera á Cuba á rendir unas cuentas, y Cortés impidió este viaje. ¿Qué dijo el conquistador á Cárlos V, para retener en México á su amigo? Nada se sabe de esto; pero ni el emperador insistió, ni Zuazo salió por entonces de la Nueva España.

Cortés consultaba con el Lic. Zuazo los negocios mas graves del gobierno de la colonia y de sus intereses particulares, y la conducta leal del Licenciado, y su acierto en el consejo, y el profundo conocimiento que tenia del corazon de su amigo, estrecharon mas y mas sólidamente aquellos vínculos.

Zuazo era, pues, el primer amigo del conquistador.

Rodrigo de Paz era un pariente cercano de Cortés; leal y animoso, se hubiera arrojado sin vacilar al fuego, por cumplir una órden ó por evitar un mal á Cortés.

Si no con el consejo y la prudencia, sí con el valor y la espada, Rodrigo de Paz era un apoyo de su pariente. Su arrojo y su generosidad le habian dado un gran prestigio en la nueva colonia, y este prestigio lo usaba siempre en favorecer la causa de Cortés.

Martin Dorantes era como un perro, fiel, obediente, silencioso; muy jóven, pero enérgico y prudente.

Doña Marina ó la Malintzin, amaba á Cortés como saben amar no mas las mujeres; para ella no habia amor de patria, ni de familia, ni de religion; para ella el mundo se habia reconcentrado en aquel guerrero que la recibió como esclava, y la elevó hasta hacerla por mucho tiempo la señora de su alma. Marina amaba todo lo que amaba Cortés, aborrecia todo lo que aborrecia él; bajo el ardiente sol del medio dia, en medio de las espesas sombras de la noche, cuando rugia furiosa la tormenta y cuando se alzaban al cielo las nubes de polvo del combate, en todas partes, á todas horas Cortés estaba seguro de que los negros y brillantes ojos de Marina le buscaban y le seguian, y que los rojos labios de la india murmuraban su nombre, envuelto quizá en una plegaria, que en el dulce idioma de los aztecas enviaba la jóven al Dios de los cristianos.

Porque Marina adoraba al dios de los cristianos porque era el dios á quien adoraba Cortés.

Marina era con los naturales el intérprete mas fiel que podia encontrar el gefe español, porque ella no solo traducia las palabras, sino que leia, adivinaba, retrataba el alma y los sentimientos de su amante.

Para Marina no habia palabra oscura ni desconocida en los labios de Cortés, como no hay palabra oscura ni desconocida en la carta que recibe una mujer amante, por mas que los caractéres en que está escrita aparezcan á los ojos profanos, como indescifrables.

Cortés nunca llegó á poseer el idioma que hablaba Marina, y ella aprendió pronto y perfectamente el castellano; es porque en la mujer hay mas penetracion, mas delicade-

za en la inteligencia; es porque el hombre mira como pequeña ofrenda al amor aprender el idioma de la mujer que ama, y raras veces piensa en eso; y la mujer nada desprecia, nada olvida, nada le parece bastante para complacer.

Hay en todo esto mucho de orgullo en el hombre, y mucho de abnegacion y de cariño en la mujer.

Cortés, por su parte, llegó á sentir por Marina una verdadera pasion. Expuesto siempre á los azares del combate; rodeado de peligros; desconfiando siempre de las asechanzas de sus contrarios; herido por la ingratitud á cada paso, Cortés bebió con avidez en aquella fuente inagotable de amor y de ternura, que brotaba del alma de Marina.

Los hombres que sostienen grandes luchas en su vida, que atraviesan por situaciones terribles ó peligrosas, necesitan ese rocío consolador que cae de los labios de una mujer amada, y que calma, si no es que borra, el dolor de las heridas del alma. Porque la noche mas negra tiene luceros mas brillantes, que las alas de la tempestad suelen eclipsar por un instante, pero nunca borrar del firmamento.

Quizá sin la Malintzin, el espíritu de Cortés hubiera algunas veces cedido al frio soplo del desaliento ó de la desesperacion; sin la Malintzin, quizá Cortés hubiera caido en alguna de las celadas que le prepararon tantas veces sus astutos enemigos, y de los que ella le salvó; sin la Malintzin, quizá no hubiera contado el conquistador con ese numeroso ejército de aliados, que le seguian por todas partes y combatian con tanto denuedo á sus órdenes.

Ella era la constancia, el aliento, la vigilancia, el consuelo, la ternura, el alma del osado capitan.

Zuazo era la inteligencia; Marina el corazon; Rodrigo de Paz y Martin Dorantes los brazos.

Cortés era el espíritu de aquella entidad, y todos ellos pensaban y vivian por él, y él era la sombra del gigantesco roble que los cubria y los vivificaba.

Por eso cuando Cortés partió para las Hibueras á combatir la insurreccion, llevó á Dorantes y á Dª Marina, y dejó en México á Zuazo y á Rodrigo de Paz.

La mitad de su ser iba con él: la otra mitad quedaba guardando su honor y su porvenir en la capital de Nueva España.

5

Continúase tratando del mismo asunto que en el anterior.

CORTÉS sabia, á no dudarlo, que los *oficiales reales* eran todos sus enemigos; y sin embargo, Estrada y Albornoz, fueron nombrados por él gobernadores del reino.

Los hombres de gran corazon sueñan que los beneficios y la confianza tornan á los enemigos en amigos, y á los envidiosos en partidarios;..... santa ilusion, que por mas que el mundo se empeña en desvanecer, el que la ha tenido una sola vez, no puede nunca dejar de sentirla.

Gonzalo de Salazar, con toda la mala fé propia de su carácter, aconsejó y comprometió á Hernan Cortés á dejar en México á Estrada y Albornoz, y su plan diabólico comenzó muy pronto á producir el efecto que él se esperaba.

Estrada y Albornoz se aborrecian; y aquel odio, oculto como el fuego de un volcán que trabaja sordamente, no tardó en hacer explosion.

El procurador mayor del cabildo, Sanchez Farfan, tenia

en la ciudad una de las casas de nueva construccion, mas elegantes y mejor amuebladas, y allí solian reunirse algunos españoles, colonos y soldados.

Sanchez Farfan, obedeciendo una órden de Cortés, habia traido á México su familia, porque en esa órden se disponia, que todos los españoles residentes en la Nueva España, ó que en lo sucesivo llegasen, cuidaran de traer al reino la familia que en la metrópoli tuviesen, con el doble objeto de aumentar la poblacion europea, y de evitar el que hombres que eran casados en la metrópoli, volviesen á contraer matrimonio en un país en donde no eran conocidos, y en donde era casi imposible hacer una averiguacion.

Sanchez Farfan era viudo, y tenia dos hijas rubias, como dos estrellas, con unos ojos azules ambas, como el cielo de México, con un garbo y una gracia, que eran la admiracion y el encanto de los concurrentes á la casa.

Inés, la menor de las dos hermanas, contaba veinte años, y Sara, la mayor, no llegaba aún á los veinticuatro.

Durante el invierno, cuando las lluvias no impedian á los vecinos salir cómodamente á la calle, en la casa de Sanchez Farfan habia veladas alegres, en las que las niñas cantaban al son de la guitarra ó del salterio, y los amigos jugaban á los naipes ó danzaban.

Rodrigo de Albornoz conoció en España á la familia de Sanchez Farfan: Sara le pareció hermosa, y naturalmente, al encontrarse con ella en México, frecuentó su amistad y fué uno de los mas asíduos tertulianos.

Sanches Farfan, por su parte, estaba orgulloso con las visitas de Albornoz, sobre todo, cuando le vió de gobernador: á él no se le ocultaban sus pretensiones amorosas; pero quiso aprovechar aquella pasion, fuera ó no correspondida

por su hija, haciendo del amante una palanca para detener siquiera por algun tiempo en su casa, el fugitivo carro de la fortuna.

Una noche, poco tiempo despues de la salida de Cortés, departian agradablemente en la casa de Sanchez Farfan todos los comensales.

Albornoz era el objeto de las atenciones y de los cuidados de la familia, y ocupaba, por decirlo así, el centro de aquella reunion.

—¿Sábese algo de nuestros soldados?—preguntó Sanchez al gobernador.

—Poco, ó nada,—contestó Albornoz;—á esta hora, acampados estarán en alguno de los desiertos bosques que por allí abundan, y á buen componer, habrán tenido que pelear todo el dia con los indios ó con las fieras; que si á creerse van los informes de los correos, larga y penosa por demás es la travesía.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Sara, que al lado de Albornoz estaba,—que vuesa merced no marchó en esa expedicion; que nosotros estariamos ahora sin sosiego y México sin amparo, y quien sabe qué habria pasado ya en la colonia.

Albornoz movió su cabeza con fatuidad, como diciendo en su interior: «en efecto, tan querido soy para esta familia, como necesario para la paz de estos reinos;»—y contestó en voz alta, queriendo realzar su mérito con la modestia.

—Si alabanzas desvanecieran á los que conocen su poco valer, sin duda que la que de oir acabo, me haria vacilar completamente; pero conózcome, y fuera del aprecio que en esta casa he alcanzado, no encuentro cosa que recomiende en mí al buen gobernante.

—Vuesa merced perdone,—dijo Ines,—si á contradecirle me atrevo; que esa modestia de vuesa merced, prueba su relevante mérito; no, sino que habiamos de creer que las cosas del servicio de su majestad caminaban mejor con Hernan Cortés, tan entregado á la amistad de los indios, que mas parece un compañero de Guatemuz, que un hidalgo español. Vuesa merced entienda, para su satisfaccion, que si los que aquí vivimos pudiéramos hablar á su majestad, ó su majestad pudiera ver lo que aquí pasa, si no vuesa merced, nadie gobernaria estos reinos; que así lo dicen todos, y no se oye mas que esto por las calles.

Albornoz, enorgullecido por aquella nueva adulacion, iba ya á contestar, pero se lo impidió Francisco Orduña, escribano del cabildo, que era tambien de la reunion, diciendo alegremente:

—Vuesa merced, señor, lleva aquí el pleito perdido; que capaces serian las hijas de Sanchez Farfan de decir esas verdades en medio del cabildo, y doy fé de que en muchos años que llevo de conocerlas, no he sabido que digan mentira, ni que oculten la verdad, por mas que de esto les viniera alguna ventaja.

—Es cierto,—contestaron á un tiempo Sara é Inés.

—Y ya conocerá vuesa merced,—agregó Sanchez Farfan,—porque eso no se oculta ni á su misma modestia, que cuanto mis hijas dicen, si por el amor que á vuesa merced tienen, se animan á manifestarlo, lo han aprendido en las conversaciones con personas de todas clases á quienes tratan, y ojalá que lo que ellas y todos deseamos, á realizarse llegara; que vuesa merced haria al rey muy grandes y distinguidos servicios.

—Al menos, por falta de voluntad no quedaria,—dijo

hipócritamente Albornoz,—que Dios sabe cuanto procuro hacer, hoy que casi tengo las manos atadas.

—Permítame vuesa merced,—replicó Orduña el escribano,—que le diga que se hace en esto muy poco favor, porque, en testimonio de verdad, doy fé de que vuesa merced ha llegado con su energía, su inteligencia y su acierto, á dominar al Ayuntamiento, al señor tesorero Estrada y al licenciado Zuazo.

—Mala sangre me hace á mí ese licenciado,—exclamó Inés,—tan amigo y tan lisonjero de Cortés.

—Pues á mí,—dijo Sara,—peor me la hace Estrada, que se ha opuesto al nombramiento de alguacil que se iba á hacer en Diego de Zamora, solo porque corrian voces de que era pretendiente de mi hermana Inés, y porque el tal Estrada dió y tomó en hacerme los ojos tiernos, y yo en mirarle como si trajera un sambenito.

—Nada digo de él,—replicó Sara,—porque se creeria que mi particular resentimiento me obligaba á odiarle; pero tan malo es como el Lic. Zuazo, y no deseo mas, sino que Dios se los lleve á su santo reino, para que dejen el gobierno, como estar debiera, en las manos del señor contador Albornoz.

—¡Silencio, niñas!—dijo fingiéndose grave Albornoz, pero dando á entender que todo aquello le lisonjeaba, y que deseaba que la conversacion siguiera;—no me volvais malo ni ambicioso, que al oir eso de vuestras bocas, seria capaz un hombre de sentirse cambiado.

—Así sosegaria vuesa merced al mar, como callar á mis hijas, tratándose de esa materia,—contestó Sanchez Farfan;—vuesa merced no sabe lo que le aprecian y lo sentidas que están, por el desaire que llevaron, no consi-

guiendo el nombramiento de alguacil para Diego de Zamora.

—¿Tanto empeño ponian en ello?—preguntó Albornoz entre alegre y grave.

—Tanto,—replicó Sara,—que á no ser porque no queremos nunca molestar á vuesa merced, le hubiéramos presentado nuestro agravio y pedido proteccion; pero Inés dijo que quizá vuesa merced no podia hacer otra cosa en el asunto, que buscarse un disgusto grave.....

—No, Sara,—interrumpió Inés,—no fuí yo quien tal dijo, sino tú, y bien se me alcanza, que por menos que quieran al Señor contador Albornoz, y por mas que se le opongan, cosa que él desea, se consigue sin falta en el cabildo.

—De que doy testimonio,—agregó el escribano Orduña, haciendo una reverencia.

—¡Inés! ¿tal dices?—exclamó Sara.

—Que verdad es, y será siempre,—replicó Inés.

—¡Mira qué sostienes!

—¡Mira qué niegas!

—Vaya, dejemos eso, que no es para que tengais disgustos, y tanto mas, cuanto que á Dios gracias, todo tiene remedio en el mundo, y por fortuna en nuestras manos,—dijo Albornoz.—¿Aun os empeñais por ese nombramiento?

—Sí señor,—contestaron las muchachas bajando los ojos.

—Bien, enviad mañana á llamar á ese jóven, y decidle que despues del cabildo se me presente, que él tendrá su nombramiento de alguacil, y vosotros satisfaccion debida á vuestro agravio.

—¡Cuán generoso es vuesa merced!—exclamó Ines.

Y Sara, aprovechando el momento en que todos los con-

currentes se miraban unos á los otros, como dándose mútuamente el parabien, buscó la mano de Albornoz, se la oprimió con fuerza, y dirigió una mirada al contador, capaz de trastornar á un santo.

Cuando Albornoz y los demas se retiraron, Sara que habia quedado sola con Inés, la dijo radiante de gozo.

—Ahora sí, alguacil tendremos á Diego de Zamora, aunque rabie Dª Gabriela de Aguilera, á quien Estrada sirve y protege, y que tanto empeño tenia en oponerse á lo que deseábamos.

—Gracias á tu viveza,—contestó Inés,—y al dominio que has adquirido en el corazon de Albornoz.

Al siguiente dia, México presenciaba un gran escándalo.

Tratóse en el cabildo del nombramiento de un alguacil, lo cual era por demas sencillo, y en ningun tiempo habia dado motivo á alguna disension.

Pero en aquel dia, sin que los alcaldes ni los regidores, ni el mismo licenciado Zuazo supiesen la razon, Estrada y Albornoz se hicieron de razones y comenzaron á increparse rudamente.

Albornoz se empeñaba en que el dicho nombramiento recayese en Diego Zamora, y Estrada se oponia á ello con toda su energía.

—Decididamente,—dijo el primero,—vuesa merced, señor tesorero, piensa que á su arbitrio se han de gobernar todos los asuntos del reino, y por mi fé que estoy yo poco dispuesto á consentir que persevere vuesa merced en tan torpe error.

—Pues vea vuesa merced cómo ha de ser,—contestó Estrada pálido de ira,—porque tampoco yo toleraré se

burle mi autoridad, por persona que osare á ello, y aunque se llame Rodrigo de Albornoz.

—Quizá vuesa merced ignora,—dijo con aparente calma Rodrigo de Albornoz,—que mi autoridad, tan alta como la suya, sostenida está por un estoque que no en balde ciño.....

—Amenazas son, propias para espantar villanos, y no para amedrentar á hombres como yo, que las desprecia.

—Paz! señores, paz!—exclamó el licenciado Zuazo.

—Veremos de probarlo,—dijo Albornoz metiendo mano al estoque.

—Quedará muy pronto satisfecho vuesa merced,—repitió Estrada desnudando su espada y dando un paso atrás, pero poniéndose en guardia.

—Señores, en nombre de su Majestad, reportaos,—dijo Zuazo.

—Paz! paz! y ténganse al rey!—gritaban los alcaldes.

—Apartaos,—gritaba furioso Albornoz, procurando separarse de los que le contenian;—dejadme castigar á ese villano.

—Yo os haré tragar con mi espada esa frase,—decia Estrada luchando por arrojarse sobre su contrario.

El rumor era espantoso.—Ténganse al rey!—ténganse á la justicia!—paz!—favor!—estos gritos se escuchaban por todas partes; las gentes acudian en tropel, atraidas por el rumor del escándalo; los regidores, pálidos, se interponian entre los adversarios, y Estrada y Albornoz, rojos y jadeando de la cólera y la fatiga, se amenazaban de lejos con sus espadas y se injuriaban horriblemente.

Por fin consiguieron llevarse á cada uno por su lado, y se sosegó el alboroto. El nombramiento de alguacil no llegó á hacerse, y Estrada triunfó por entonces.

En la tarde del mismo dia, salia un correo para Cortés, notificándole todos los acontecimientos.

El plan de Gonzalo de Salazar salia perfectamente bien.

Parece inútil advertir que Sara é Inés tuvieron, al saber la noticia del escándalo, un positivo disgusto, y que Albornoz procuró no asistir aquella noche á la tertulia.

Estrada salió orgulloso, porque Diego de Zamora no fué nombrado alguacil.

Pero sobre todo, la armonía no volvió á restablecerse, á pesar de los esfuerzos del Lic. Zuazo.

6

Conoce el lector á un nuevo personaje, y con este motivo tiene noticia de algunos acontecimientos importantes.

Entre los colonos que atraidos por la fama de las riquezas fabulosas del imperio de Moctezuma, habian llegado á México, se encontraba un hombre que sin tener oficio ni profesion alguna, logró establecerse, merced á secretas industrias: llamábase el tal, Ginés de Saldaña, y era un morillo de Granada, tornadizo, que ya hombre habia abrazado la religion de Jesucristo y sospechado por la Inquisicion, llegó á buscar á México suerte mas propicia.

Era Ginés un descreido, mas audaz que un halcon, mas astuto que un zorro, y mas ladron que una urraca; flaco de carnes, pequeño de cuerpo, y amarillo de color; tenia desde su nacimiento una pierna mas larga que otra, por lo que andaba de una manera bien extraña; sus dientes incisivos eran tan desproporcionados, que inútilmente procuraban cubrirse con los labios, y un bigote poco poblado

pero rígido como las cerdas de un jabalí, completaban aquel conjunto poco lisonjero.

Los mozos y las muchachas convinieron en llamar á Ginés «El grillo,» la gente toda aceptó el apodo, y el que en medio de sus defectos tenia un buen genio, admitió sin escrúpulo y agregó á su apellido el sobrenombre de Grillo.

La oculta y productiva industria de aquel hombre consistia, sobre todo, en su habilidad para poner de acuerdo las voluntades de los enamorados, y servir á los amantes de via de comunicacion, lo cual ejecutaba con mayor gracia, cuando mayores eran las dificultades; y á fé que estas valian cada vez mas, porque los padres y los hermanos que conocian á Ginés, cuidaban de incomunicar con él á sus familias; pero Ginés, en eso de amores, hubiera sido capaz de inventar el telégrafo eléctrico ó el ferrocarril.

Así se habilitaba de fondos, llegó á tener su clientela, y como buen comerciante, andaba á caza de esta clase de negocios; no necesitaba que le llamasen, él se ofrecia, y apenas observaba que un mancebo ó una doncella andaban tristes, cabizbajos y distraidos, llegaba en su auxilio, los consolaba y les abria el camino del porvenir.

El grillo era hombre de talento: á poco de estar en la colonia comprendió que habia muchos españoles que se enamoraban de las indias, y muchas indias que se apasionaban de los españoles, y que muchos de estos amores morian en su cuna, porque unos hablaban un idioma y otros otro, y no siempre encontraban un intérprete fiel.

Ginés, con el golpe de vista del genio, adivinó que en esto tenia una rica mina que explotar, y en poco tiempo aprendió el idioma de los mexicanos, con tanta perfeccion como si lo hubiera hablado desde niño.

Una noche el Grillo salió á pasear las calles, porque tenia esa costumbre, fundada en que de noche podia descubrir fácilmente á los galanes que rondaban y á las damas que esperaban; y ya muy cerca de la madrugada alcanzó á llegar cerca del palacio de Cortés.

La noche estaba serena, y á la incierta claridad de las estrellas, Ginés divisó un hombre parado frente al palacio, mirando al parecer á una de las ventanas.

El Grillo se detuvo á observar, y durante un largo rato se estuvo en acecho: ni las ventanas se abrieron, ni el hombre se movió.

Entonces emprendió su marcha, y pasó casi rozando al misterioso vigilante.

—Bueno!—dijo para sí el Grillo;—indio, al parecer rico, y enamorado; estos deben pagar muy bien un servicio; pero, ¿á quién espera, ó á quién ronda? quizá á alguna de esas gentiles que guarda Cortés en su palacio; si es así, me alegro; Cortés salió para las Hibueras, y el negocio me será mas fácil: observemos.

Pero en aquella noche nada sacó en limpio, volvió dos ó tres noches seguidas, y lo mismo, el hombre en espera, y las ventanas cerradas.

Entonces se fastidió, y quiso hablar al desconocido; avanzó hasta llegar cerca de él, una noche, y con el acento mas dulce que pudo encontrar, le dijo en idioma mexicano:

—Dios te de buena noche.

El indio le miró sin contestar, y entonces Ginés se detuvo.

—Te saludo, señor; contéstame.

El indio lanzó una especie de bufido, y quiso retirarse.

—Triste estás, señor,—dijo Ginés deteniéndole;—lar-

gas son tus noches en la soledad: yo quisiera consolar tu pena, pero no la conozco.

—Los gavilanes,—contestó el indio, mirándole con desconfianza,—no se interesan nunca por la suerte de las palomas; el cristiano no puede querer el consuelo de los esclavos.

—Te engañas, señor; no soy de los malos, ni mi corazon está cerrado á la compasion: si tu labio no tiene para mí la palabra de la confianza, culpa mia no es, porque nunca mal hice á los tuyos.

—¿Cómo sabré que tu palabra es la verdad?

—Oyeme: si mal te quisiera, mucho tiempo hace que te hubiera dañado, porque muchas noches hace que te he visto aquí; tú estás enamorado de una mujer que vive en la casa de Cortés.

El indio se estremeció, como si hubiera visto un puñal cerca de su pecho.

—¡Calla!—exclamó, tomando furioso de las manos al Grillo.

—Yo te puedo ayudar,—contestó el Grillo tranquilamente.

—Tú me traicionas.

—Yo te ayudaré.

—¿Y si me engañas?

—Págame bien, y no tendrás que temer.

—Comprendo,—dijo el indio calmándose repentinamente y como cobrando confianza;—los hijos del sol buscan el oro, y con el oro se compra su corazon y se consigue su cariño; oro tendrás, si me ayudas; la muerte, si me engañas: sígueme.

Echóse á caminar el indio, y echóse á seguirle el Grillo,

y se alejaron del palacio; y despues de andar un largo trecho, llamaron á las puertas de una casa.

—¿Quién vivirá aquí?—pensó Ginés.

La puerta se abrió en este momento, y apareció un viejo que mostraba en su rostro una ancha y larga cicatriz, que comenzando en su barba y atravesando casi todo su rostro, se perdia bajo su blanca y espesa cabellera.

Aquel hombre era un español de raza pura.

—No vienes solo, Tetzahuitl,—dijo el anciano en el idioma mexicano.

—He comprado á este hombre,—contestó Tetzahuitl con altivez, mostrando al Grillo.

Ginés entendia el idioma, y comprendió lo que el indio decia; pero acostumbrado á toda clase de humillaciones, no se contrajo uno solo de los músculos de su fisonomía.

El viejo frunció el entrecejo, y sus pardos ojos lanzaron un relámpago de desprecio al mirar al Grillo.

Cuando los recien venidos entraron, volvió á cerrarse la puerta.

—¿Te dejo con el hombre, Tetzahuitl, ó necesitas de mí para que interprete tus palabras? dijo el anciano.

—Entiende y habla nuestra lengua, Armenteros,—contestó el indio.

El viejo Armenteros volvió á mirar curiosamente al Grillo, y se retiró despues á una especie de alcoba que habia en el fondo del aposento.

Ginés y Tetzahuitl quedaron solos en aquella estancia, en la que no se descubrian mas muebles que una mala mesa rodeada de toscos taburetes, y por todo adorno un Cristo de madera sobre un baldoquin de damasco amarillo, en una de las paredes, y en otra, una armadura completa y

perfectamente limpia y bruñida, sobre la cual se reflejaba la luz de la torcida que alumbraba la escena, proyectando en el muro una sombra fantástica.

—Siéntate,—dijo el indio despues de un rato de silencio.

El Grillo obedeció, no sin haber registrado el aposento con la vista, curiosamente.

—Oyeme bien,—contestó Tetzahuitl sentándose á su vez.

—Te escucho señor,—contestó Ginés clavando en el indio sus ojos.

—Me has ofrecido tu ayuda en un negocio bien difícil; ¿lo oyes?

—Si la paga corresponde, no hay para mí dificultades.

—La mujer está muy alta.

—Aunque estuviera en el cielo.

—Conoces á las mujeres que viven en casa de Cortés?

—¿Indias?

—De mi raza.

—Sí.

—¿Recuerdas una á quien llaman los cristianos Doña Isabel?

—¿La mujer de Martin Dorantes?

—La que los cristianos entregaron á ese hombre.

—Pero esa es casada por la Iglesia.

—No sé lo que quieres decir; pero yo no veo en ella mas que la esclava de un español, y para nuestros dioses no tiene nada de comun con él.

Tetzahuitl miró al Grillo, que habia inclinado el rostro, y que movia la cabeza, como diciendo:—¡la cosa es grave!

—¿Qué dices?—preguntó Tetzahuitl.

—Que casi es imposible.....

—Imposible, seria para tí ver tanto oro como el que yo te daré, si me ayudas bien en este negocio; imposible, seria para tí vivir muchos dias, si no me ayudas despues de haberte hecho dueño de mi secreto;—contestó con acento ronco Tetzahuitl.

El Grillo, embriagado por la promesa del oro, ó aterrorizado por la amenaza sombría de su interlocutor, alzó el rostro, y abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, le miró como un hombre que recibe una gran sorpresa.

—¡Vamos!—dijo impaciente Tetzahuitl;—¿qué piensas?

—¿Cumplirás lo que me dices, señor?

—Lo prometo por el espíritu de mi padre, que murió á manos de los tuyos.

—Entonces, te ayudaré. Habla, señor.

—Escúchame: yo soy un príncipe, un caudillo en mi nacion, y entre los hombres de mi raza: tengo mucho oro y muchas piedras, de esas que vosotros estimais en tanto precio; amo á una mujer que tiene la sangre de los mios; tú la conoces; háblala en mi nombre, ó consigue que yo la hable.

—Y bien; ¿cuándo y cómo me pagarás, señor, y cuánto?

—Si logras alcanzar de esa mujer que me hable, que me escuche siquiera al través de las rejas de su ventana, te daré tanto polvo de oro cuanto pueda caber en el casco de uno de los guerreros de tu sangre.

El Grillo, sin contestar, se levantó de su asiento, tomó un taburete, le llevó cerca de la armadura que en la estancia habia, paróse sobre él, y quitó de la armadura el casco que la coronaba.

Despues se acercó con él á la luz, y le examinó detenidamente, como calculando la cantidad de polvo de oro que podia contener.

Tetzahuitl le dejaba hacer, mirándole de cuando en cuando con una completa indiferencia.

Por fin, despues de un largo y detenido exámen, Ginés bajó el casco, levantó el rostro, y mirando á Tetzahuitl, dijo con voz firme.

—Convenidos.

—¿Y qué plazo pides para cumplir?

El Grillo cerró los ojos, como para meditar mejor, reconcentrándose; el indio le contemplaba entonces con ansiedad.

—Tres dias,—dijo el Grillo.

—¡Tres dias!—exclamó Tetzahuitl.

—Sí, tres dias; pero es preciso que hagas cuanto yo te diga en esos tres dias.

—Lo haré,—contestó Tetzahuitl con resolucion.

—Bien; entonces, no faltes ninguna noche delante de las ventanas de Dª Isabel, desde que el sol se oculte hasta que vuelva la luz.

—Nunca hubiera faltado.

—Dentro del tercer dia, allí te buscaré.

—Te esperaré allí.

—Ahora necesito una prenda tuya para llevar á Dª Isabel, para probarle que voy en tu nombre. ¿Ella te conoce?

—Me conoce y ha oido hablar de mí.

—La prenda.

—Tómala,—dijo Tetzahuitl dándole al Grillo un soberbio y rico brazalete de oro, que desprendió de uno de sus brazos.

—¿Conoce ella esta prenda?—dijo Ginés tomando el brazalete, y examinándole con curiosidad.

—Si la prenda no la conoce, conoce bien el emblema que en ella está labrado; mírale bien.

—Una águila,—contestó Ginés mirando el brazalete, —una águila que vuela, y una flecha que cae sin tocarla.

—Mi emblema: tan alto vuela el águila, que no le alcanzan los tiros del cazador.

—Mucho orgullo.

—No te la entrego para que califiques mis pasiones.

Ginés calló, y comprendió que Tetzahuitl tenia razon.

Poco despues, el Grillo salia solo; y si hubiera habido luz en la calle, se le hubiera podido ver reir de satisfaccion. Se soñaba rico como un príncipe.

7

De cómo el Grillo era hombre de cumplir su palabra, y Tetzahuitl muy noble para faltar á sus promesas.

Doña Isabel quedó viviendo en el palacio de Cortés, despues de la salida de la expedicion, y estaba triste, porque se encontró de repente aislada, con la ausencia del conquistador y de Martin Dorantes.

Rodrigo de Paz tenia gran cariño á la jóven, y procuraba que nada le faltase, y la rodeaba de cuidados y de consideraciones; pero Rodrigo de Paz era un hombre que tenia en su cabeza un torbellino de ideas, y en su corazon una tempestad de pasiones, y apenas si lograba desprenderse de los negocios, podia hablar un momento con su ahijada.

Doña Isabel se pasaba, pues, el dia y la noche en la soledad: en esos dias, Juanilla, la hija de Zapata, comenzó á visitarla por encargo de Mencía.

La primera vez que entró á palacio, á ver á Dª Isabel, le sirvió de pretexto ofrecerla en venta unos bordados que habia hecho, y luego con eso se intimó la amistad, y Jua-

nilla fué muy pronto la compañera de Isabel durante el dia.

Pero durante la noche Dª Isabel volvia á quedar sola, y por costumbre tenia, la de salir á uno de los espaciosos corredores á contemplar la luna, sentada tristemente en un ancho sitial.

Pasaban durante estas largas meditaciones, por delante de Isabel, muchas de las personas que tenian su habitacion en palacio, ó que iban á él de visita; unas la saludaban y otras no; pero ella contestaba con tal indiferencia, que nadie se atrevia á emprender conversacion.

No faltaron soldados y caballeros que la miraran con aficion y procuraran distraerla con sus músicas y con sus paseos; no faltaron algunas veces ramos de exquisitas flores, dejados como al descuido, intencionalmente, en el lugar en que ella acostumbraba sentarse.

Una mujer hermosa y aislada, es una tentacion casi irresistible, y todos quieren probar fortuna; pero los galanes encontraban al dia siguiente sus flores marchitas, en el mismo lugar en que las habian dejado, y las músicas disgustaban tanto á la jóven, que muchas veces, al comenzar á sonar, se encerraba ella en su aposento.

Todos concluyeron por declarar que aquella era una hermosura insensible, que aquella era una plaza inexpugnable, y todos desertaron sucesivamente de su empresa, desalentados, y desalentando á los que pretendian emprender algo; y Dª Isabel se vió libre de pretensiones.

Un hombre, sin embargo, apareció un dia en acecho de la dama; pero con tanta precaucion, con tanto cuidado, que nadie lo pudo comprender; y á fé que si le hubiera visto álguien, de seguro que le hubieran sospechado la mi-

sion que llevaba; porque aquel hombre, demasiado conocido, no era otro que Ginés de Saldaña, el Grillo.

Ginés intentaba, á no dudarlo, hablar á Isabel, y para ello y ante todo procuró conocer las costumbres de aquella dama, que muy pronto pudo saber; que durante el dia, Juanilla no se separaba de su lado, y durante la noche siempre estaba sola.

Formó su plan: hablarle de dia, era imposible; necesitaba aprovechar la noche, y además, acercarse á ella, de manera que ella nada maliciase de su mision, y se negase á contestarle.

El Grillo tomó sus precauciones, hizo sus preparativos, y á la segunda noche despues de su conferencia con Tetzahuitl, se presentó á Dª Isabel cubierto con una vieja capa de soldado, y arrastrando penosamente la pierna larga.

Dª Isabel, sin duda, creyó que era uno de tantos que pasaban por allí sin detenerse, y apenas se fijó en él.

—Señora,—dijo Ginés poniéndose humildemente á presencia de la dama;—¿me permitirá vuesa merced que le dé un recado que traigo para vuesa merced, de la parte de mi señor Martin Dorantes?

—¿De allá venís?—preguntó con interes Dª Isabel.

—De allá vengo, y bien enfermo, por desgracia; y quizá no me viera aquí vuesa merced, si no fuera por un milagro patente que Dios quiso obrar conmigo, y del que hablaré á vuesa merced, si me lo permite, despues de darle el recado.

—Os lo permito, y aun mas; sentaos: ¿qué dice Dorantes?

—No mas que besa á vuesa merced las manos, como á su señora y dueña;—dijo sentándose en el suelo Ginés y

fingiendo un gran cansancio;—encargóme que agregase que queda bueno, y con muchos deseos de volver, aunque difícil es, porque la expedicion va larga.

—Qué hemos de hacer!—exclamó Dª Isabel con mas indiferencia que resignacion.

—Bueno!—pensó el Grillo;—parece que no la interesa mucho la suerte de Dorantes; ya le veo la cimera al casco lleno de polvo de oro.

Y luego, en voz alta, dijo:

—Antes que se me pase, ó que vuesa merced me despida, quiero contarle el milagro de que le hablé, y en el que vuesa merced toma parte.

—¡Yo!

—Sí; escúcheme vuesa merced con paciencia.—Es el caso, que ya llegando cerca de México, en esas montañas tan sombrías y pavorosas, alcanzóme la tempestad, cerróseme la noche, perdí el camino, y extraviéme completamente y sin esperanza: estaba yo en un lugar desconocido y terrible; á mis plantas un abismo inmenso, en donde flotaba como un océano de nubes negras y densas, que despedian rayos, y truenos, y relámpagos; sobre mi cabeza otra tempestad; entre los gigantescos árboles que me rodeaban, el huracán, desarraigando los pinos y haciéndolos bailar una danza infernal, y por todas partes el rugido de mil torrentes que se despeñaban entre la oscuridad, produciendo un concierto aterrador en aquel desórden de la naturaleza.

Doña Isabel comenzaba ya á escuchar con curiosidad aquel relato, y Ginés, como fatigado por el recuerdo, limpió su frente, y tomó aliento para continuar con su historia.

—Yo estaba fatigado, no podia dar paso, mis piés sangraban, mis piernas se negaban á sostenerme, mis ojos, fatigados por el esfuerzo de buscar la senda en la oscuridad, se cerraban, y la lluvia que caia á torrentes, empapaba toda mi ropa y me hacia tiritar de frio; no pude continuar mi marcha; los rayos se sucedian sin intermision, el terreno parecia huir bajo mis piés, y sentí un vértigo espantoso, perdí la cabeza y caí en tierra murmurando una oracion.

Ginés volvió á callar, observando el efecto de su relacion; tosió, suspiró, y mirando que Dª Inés estaba atenta, continuó:

—Algun tiempo permanecí en aquella situacion; pero cuando volví en mis sentidos, la tempestad habia pasado, y se escuchaban apenas, á lo lejos, sus últimos rugidos, y se descubrian apenas los últimos relámpagos, y no llovia, y solo de los árboles caian las gotas depositadas en las hojas, sobre la maleza, produciendo un sonido triste. Alcé el rostro, me incorporé, y dando gracias á Dios por haberme salvado de aquel peligro, probé á levantarme; la noche estaba aún muy oscura; pero quise caminar, sin embargo, apoyándome en un grueso baston: dí algunos pasos, cuando de repente descubrí un resplandor cerca de mí, y luego otro, y otro y otros muchos, y todos avanzaban hácia donde yo me encontraba.

—¿Y qué era?—preguntó Dª Isabel.

—Ahora verá vuesa merced lo mas terrible: al ver yo aquellas luces, comencé á temblar, y me santigüé devotamente, porque para mí eran brujas ó almas en pena. Me oculté entre un matorral y comencé á rezar, porque se acercaban mas á cada momento, y ya distinguia yo sus voces.

Por fin, llegaron, y entonces con terror conocí que eran indios, y que me buscaban; porque sin duda alguno de ellos me descubrió en la tarde.

—¿Y cómo sabíais que os buscaban?

—Señora, porque iban hablando, y yo entiendo bien el idioma de ellos,—dijo Ginés, orgulloso de haber encontrado una oportunidad de lucirse.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó Dª Isabel.—¿Y qué decian?

—Que por allí debia yo de estar, y que era preciso apoderarse de mí, y matarme: ocultéme lo mejor que pude; hubiera huido, si hubiera tenido fuerzas; pero no podia ni andar, y me metí entre la maleza y cerré los ojos, creyendo que así me verian menos: oía yo el ruido de sus pasos muy cerca de mí; se alejaban, se acercaban, hasta que de repente me estremecí, como herido de un rayo; una mano robusta cayó sobre mi cuello: me habian hecho prisionero.

—¿Y cómo no os mataron?

—Ahí está el milagro de vuesa merced; en un instante me sentí atado de piés y manos, levantado en hombros, y conducido con extraordinaria velocidad. Caminaron conmigo como media legua, y llegaron por fin á la entrada de una gran cueva, en la que penetramos. Aquel antro era mas negro que la misma noche, y á pesar de que mis conductores llevaban teas, apenas se iluminaba una pequeña parte del recinto, cubierto por todas partes de erizadas rocas. En el fondo de la cueva me dejaron sobre una gran piedra, que en el centro de un amplio salon subterráneo habia, y comenzaron á hablar de mí. No cansaré á vuesa merced con lo que dijeron; el resultado fué, que se decretó mi muerte en el momento, por ser yo español; les

[illegible] en su idioma, y se irritaron mas: entonces me des[illegible] completamente, me tendieron bien en la piedra, y [illegible] con un agudo pedernal en forma de cuchillo, [illegible] hácia mí: me estremecí, el terror de la muer[illegible] mis huesos y rechinar mis dientes; volví el [illegible] y cerré obstinadamente los ojos.

[illegible] en mi frente el aliento del hombre que iba á ma[illegible].....

8

Conclúyese el asunto del anterior capítulo.

Ginés volvió á hacer una larga pausa, limpióse con el envés de la capa el trasudor de la congoja que no tenia; suspiró, lamióse los labios, como para dar á entender que tenia secas las fauces con solo el recuerdo de su aventura; acomodó con las manos y lo mejor que pudo su pierna larga, y continuó.

—En aquel supremo trance, que como el postrimero de mi vida, juzgaba, encomendéme de todo corazon á Nuestra Señora y á su divino Hijo, y ofrecíles mi alma, en caso de que á salir llegase de esta vida mortal. Pero ¡oh prodigio! cuando esperaba sentir el bárbaro golpe, hé aquí que una voz fuerte y enérgica grita al que me iba á sacrificar:—«detente!»—alzo entonces los ojos y descubro, á la rojiza claridad de las antorchas, un hombre, que no sé si porque salvado me habia, ó porque lo fuera en efecto, me pareció tan noble, tan garboso y tan bello como el arcángel San Ga-

160740

hablé en su idioma, y se irritaron mas: entonces me desnudaron completamente, me tendieron bien en la piedra, y uno de ellos, con un agudo pedernal en forma de cuchillo, se adelantó hácia mí: me estremecí, el terror de la muerte hizo crujir mis huesos y rechinar mis dientes; volví el rostro, y cerré obstinadamente los ojos.

Sentí en mi frente el aliento del hombre que iba á matarme.....

8

Conclúyese el asunto del anterior capítulo.

Ginés volvió á hacer una larga pausa, limpióse con el envés de la capa el trasudor de la congoja que no tenia; suspiró, lamióse los labios, como para dar á entender que tenia secas las fauces con solo el recuerdo de su aventura; acomodó con las manos y lo mejor que pudo su pierna larga, y continuó.

—En aquel supremo trance, que como el postrimero de mi vida, juzgaba, encomendéme de todo corazon á Nuestra Señora y á su divino Hijo, y ofrecíles mi alma, en caso de que á salir llegase de esta vida mortal. Pero ¡oh prodigio! cuando esperaba sentir el bárbaro golpe, hé aquí que una voz fuerte y enérgica grita al que me iba á sacrificar:—«detente!»—alzo entonces los ojos y descubro, á la rojiza claridad de las antorchas, un hombre, que no sé si porque salvado me habia, ó porque lo fuera en efecto, me pareció tan noble, tan garboso y tan bello como el arcángel San Ga-

160740

briel, cubierto de riquísimas plumas de todos colores, y de oro y de piedras preciosas.....

—¡Ah! sí,—exclamó Dª Isabel con entusiasmo;—el trage de combate de nuestros príncipes.

—Hermosísimo y rico trage, sea dicho en honra de verdad; y aquel príncipe, porque príncipe era, con tanta gracia le llevaba, que ha haber sido yo mujer, quedo apasionado.....

—¿Y quién era ese hombre?—preguntó con interes la dama.

—Llamábanle los suyos, Tetzahuitl.

—¡Tezahuitl!—Sí, uno de nuestros mas nobles y valientes guerreros: en la casa de mi padre oí hablar siempre de él con entusiasmo; un dia le ví, y en efecto, tal es como le pintais vos.

—Soberbio!—exclamó Ginés,—soberbio! el terreno parece bien dispuesto, y no puede estar mejor; ¡ya gané aquello!

Y maquinalmente movia los dedos de su mano derecha, como si sacara un puñado de pepitas de oro y las volviera á dejar caer, en el casco con que soñaba formando cascada.

—¿Y qué dijo Tezahuitl?—preguntó con interes Doña Isabel.

—Señora; preguntóme mi nombre y el objeto que me hacia caminar; díle mi nombre, y en cuanto al objeto, perdóneme vuesa merced; pero el terror, que á veces es un mal consejero, pero que á veces torna en sabio al hombre necio, me inspiró la bendita idea, recordando que traia yo recado para vuesa merced, de mi Sr. Martin Dorantes, de decir que á ver á vuesa merced venia; fiando en que esos hombres respetarian el nombre de vuesa merced.

—¡Bien! ¿y qué hizo Tezahuitl?

—Al principio me escuchó con marcado desden; mas apenas el nombre de vuesa merced hube mentado, y cuando aun la última sílaba no moria en mis labios, Tetzahuitl cambió repentinamente; su rostro se encendió, brillaron sus ojos, la sonrisa de la compasion se dibujó en sus labios, y sin dar lugar á que nadie me tocase, desatóme él mismo, y quitóme de la piedra del sacrificio, diciendo:—«Quien nombre tan alto en sus labios tiene, no morirá nunca á manos de los mios.»

—¿Tal dijo?

—Y tal hizo, y aun mas, señora; púsome inmediatamente en libertad, haciéndome custodiar por algunos de sus guerreros, y mandóme dar á vuesa merced un recado; y como á él debo la vida, le daré á vuesa merced el tal recado, aunque sepa que la misma vida pueda costarme; que la gratitud es para mí la primera de las virtudes.

—Os permito que me digais cuanto él os dijo.

—Señora,—continuó Ginés poniéndose de hinojos delante de Dª Isabel, y buscando entre los pliegues de su ropilla el brazalete de Tetzahuitl;—Señora.....

—¿Pero qué haceis de rodillas?—preguntó confusa Doña Isabel.

—Cumplir el mandato de mi salvador, de ese generoso príncipe, que me dijo:—Arrodíllate cristiano delante de ella, y dila en nuestro idioma:—Tetzahuitl, que piensa en tí durante las luces del dia y durante las sombras de la noche, y de quien eres vida, sol y aliento, me ha dado la existencia y la libertad, solo porque tu nombre sonó en mis labios; Tetzahuitl, tu esclavo, te envía esta prenda como señal de tributo de tu dominio y de su servidumbre; si un dia viera tus ojos fijarse en él, ese seria el dia mas feliz de su vida.

Ginés habia dicho toda esta relacion, no en castellano, sino en el idioma de los padres de Dª Isabel.

La jóven, entre asombrada y orgullosa, habia escuchado aquello, y no sabia si reñir al que á tanto se atrevia, ó premiar al que le traia tan dulce embajada.

El alma de aquella mujer se hallaba combatida por diversos y encontrados sentimientos: el recuerdo de Dorantes y la ilusion de aquel romancesco caudillo de su nacion; las severas máximas de la religion que habia adoptado, y las fantásticas y arrobadoras tradiciones de la casa de su padre, al través de las cuales veia á Tetzahuitl tan hermoso; su deber, y el orgullo de haber inspirado una pasion tan grande á un hombre tan noble y tan valiente.

En aquel corazon estalló repentinamente una tempestad, una lucha; pero que al nacer era gigante: su imaginacion salvó la distancia, y entre los bosques desconocidos para ella, encontró al hombre que enviaba un tributo de servidumbre á su amor, y le vió rodeado de sus guerreros y dispuesto á morir por su patria, pero pensando en ella.

Doña Isabel volvió despues á la realidad; delante de ella, y de rodillas, estaba Ginés ofreciéndola el brazalete de oro de Tetzahuitl. Entonces Dª Isabel pensó en Dorantes, y dijo rechazando á Ginés:

—¿Pero Tetzahuitl ignora que estoy casada?

—Sábelo, señora, y yo se lo dije; pero me contestó que él no creia ni en ese dios que oyó vuestro juramento, ni en esas ceremonias, que no son las de su religion.—«Esa mujer,—me dijo,—no es mas que la esclava de un cristiano; nuestros dioses no ven ese vínculo, y ella no puede haber olvidado á nuestros dioses.»

Aquellas palabras fueron como un rayo de luz para Dª

Isabel; tomó repentinamente un aspecto diverso, y arrebatando de manos de Ginés la alhaja que este insistia en presentarla, se la llevó al pecho, y levantándose de su asiento, dijo con voz imperiosa al Grillo.

—Dejadme esta prenda, y volved mañana á la misma hora; y sin esperar mas, se lanzó á su aposento, cerrando tras sí la puerta con violencia.

—Negocio arreglado;—dijo para sí el Grillo, levantándose con un semblante en que se pintaba su alegría;—negocio arreglado!

Y diciendo esto, echóse á andar precipitadamente, como si fuera midiendo el terreno con una pierna detrás de otra.

Doña Isabel se acercó ansiosa á la bujía que alumbraba su estancia, para ver el brazalete de Tetzahuitl, diciendo en voz baja:

—Quizá tiene razon; para nuestros dioses soy libre, libre!

Preciso es confesar que Dª Isabel no era lo que puede llamarse una cristiana.

Educada en la religion de los aztecas, los españoles le enseñaron la de Jesucristo, y ella aprendió de memoria las explicaciones que la daban, y aprendió tambien á practicar las ceremonias, y supo cómo debia asistir á la misa, y qué oraciones debia rezar, y cuanto mas quisieron enseñarla; pero estos conocimientos los adquirió como si se tratara solo de una ciencia, la fé no tuvo parte en ello, y la jóven entró, desde que comenzara su catequismo, en una vida de cristiana y de católica, sin ser en el fondo ni católica, ni cristiana: automáticamente hacia todo y aprendia todo, sin que hubiesen cuidado de encender en su corazon la llama del verdadero creyente..... la fé!

En una palabra, Dª Isabel no tenia de la religion de los españoles, mas que la práctica del culto externo, y las lecciones que la habian hecho aprender los religiosos y las mujeres que Cortés comisionó para enseñar á las nobles jóvenes mexicanas que habia recogido en su palacio.

El país en donde se han deslizado nuestros primeros años, nos parece siempre hermoso, siempre encantador; cuando le recordamos despues, al través de una época en la que nuestras lágrimas y nuestros dolores han nublado el cielo de la vida, entonces, todo aquello tiene tal poesía, que las personas, y los lugares, y todo lo que nos fué familiar, aparece en nuestra memoria con tan vivos colores, que quizá no hay uno que no exclame: ¡quién pudiera volver!

Por eso el amigo de la infancia siempre halla nuestros brazos abiertos, y nuestro corazon bueno para él; por eso el fratricidio es el crímen menos comun en el mundo.

Cuando Dª Isabel se encontró sola en su estancia; cuando los dulces recuerdos de su niñez llegaron en tropel, como evocados por la memoria de Tetzahuitl; cuando pensó en los suyos, vencidos y dispersos; cuando se contempló ella misma, entregada á un enemigo de su nacion; cuando reflexionó que todo se lo habian arrebatado, patria, familia, libertad, riquezas, hasta su misma religion, y que no era ya señora ni aun de su mismo cuerpo; entonces se verificó en su alma una revolucion, tan rápida como terrible: un relámpago de odio cruzó siniestramente hasta el fondo de aquel corazon adormecido por la soledad y el abandono, y el rostro de la jóven tomó por un momento un aire sombrío, y su belleza apareció terrible, iluminada por la luz, que brotó como una amenaza, de sus negros ojos; pero des-

pues, su mirada se fijó en el brazalete de Tetzahuitl, y como los rayos de la aurora recogen el manto negro de la noche, el velo de tristeza que empañaba el hermoso rostro de la jóven, desapareció, sus ojos adquirieron una dulzura infinita, su boca se entreabrió con una sonrisa, y un suspiro salió de su pecho.

Y sin hablar una palabra, alzó á los cielos su mirada, como buscando un testigo de sus acciones en el mundo de los espíritus, y llevando el brazalete á sus labios, imprimió en él un largo y apasionado beso.

Ginés se encaminó directamente, al salir del palacio, al mismo lugar en que habia encontrado por la primera vez á Tetzahuitl.

El indio, como de costumbre, estaba allí.

—Tus dioses te protejan, señor,—dijo el Grillo.

—¿Qué vienes á anunciarme?—preguntó Tetzahuitl, sin contestar al saludo.

El Grillo, fingiendo una sonrisa, contestó:

—Que mañana en la noche, el viento de la fortuna soplará en tu cabaña, y el aliento de la rosa embriagará tu alma; cuando el sol esté ya lejos de nosotros, la luz nacerá para tí.

—¿Es cierto lo que dices?—exclamó trémulo de placer Tetzahuitl.

—Tan cierto, como que ántes que asome la aurora, tendré en mi casa el casco lleno de polvo de oro.

—Y cuida de buscar el mayor que haya entre los guerreros mis enemigos, que será placer para mí, pagar con oro lo que apenas sería un dios tan rico, que alcanzara á comprarlo.

—Bien, señor; por esta noche puedes retirarte, porque no la verás.

—No importa; velare como siempre, adivinándola. ¿Piensa en mí?

—Estoy seguro que, si vela, piensa en tí; si duerme, tú estás en sus sueños.

—Yo te haré rico.

—Me voy; si por casualidad llegare á salir, no le hables, aunque ella te mire; perderiamos todo: no olvides, señor, que me has prometido obedecerme durante tres dias.

—Y cumpliré.

Ginés se alejó, y Tetzahuitl quedó entre las sombras contemplando el palacio.

De repente le pareció oir ruido, y á poco una ventana se abrió y apareció en ella Dª Isabel.

—Aquella mujer sentia algo desconocido, y necesitaba el aire de la noche para refrescar el ardor de su sangre; aquella alma, presa de una emocion terrible, necesitaba ver el cielo; aquel corazon necesitaba palpitar delante de la inmensidad.

—Tetzahuitl la miraba, y los ojos penetrantes del indio descubrieron entre las manos de su dama, el brazalete de oro.

Entonces no pudo resistir, y cayó de rodillas.

A la noche siguiente, Tetzahuitl, trémulo y casi agonizante de placer, hablaba por la primera vez á la dama.

El Grillo habia cuidado de instruirle del supuesto milagro, para que Dª Isabel no llegase á saber que la habia engañado.

Tetzahuitl llenó de polvo de oro el casco mas grande que pudo encontrar el Grillo.

os habian cumplido su palabra.

menzaron esos ardientes amores, de que ya el lector cia en uno de los primeros capítulos de este libro.

9

De cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindes Chirino abandonaron á Cortés y regresaron á México.

La expedicion que caminaba para las Hibueras habia llegado ya á un país en el que la naturaleza desplegaba un lujo y una fecundidad asombrosa.

Era un extenso territorio sembrado de montañas y cruzado por profundísimos barrancos.

Inmensos bosques, donde jamas habia dejado su huella la planta de un hombre, se extendian por todas partes; encinos seculares, robles y cedros elevadísimos, tendidas higueras, ceivas frondosas; todos los árboles de todos los climas se agrupaban allí, formando murallas inexpugnables; los bejucos, semejantes á fabulosas serpientes, se entretejian por todas partes; la grama crecia como los arbustos de nuestros prados, el musgo brotaba como un tapiz sobre las rocas y sobre los troncos, las plantas parásitas mecian sus encantadoras flores entre las lianas, y en medio de aquella tupida multitud de hojas y de troncos, el viento penetraba algunas veces; el sol, jamas.

Cruzaban en la sombra, y sobre alfombras de flores, arroyos cristalinos; rugian entre las peñas torrentes amenazadores y espumosos; formábanse en los prados lagos risueños y trasparentes.

El mar rugia eternamente en la playa, y los ecos misteriosos de las montañas repetian sus roncos truenos con una precision solemne y con una fidelidad aterradora y pavorosa.

De cuando en cuando, sobre aquel océano de verdura, levantaban sus enhiestos penachos algunos palmeros, que salian como á recibir los rayos de la luz, ó á buscar el dulce vaiven de los vientos.

Y aquellos bosques estaban poblados de infinitas tribus de animales; las águilas describian con su tardo vuelo inmensos círculos, cuyo objeto solo ellas podian saber; los guacamayos pintados de vivos colores, cruzaban en bandadas rozando la fronda de los árboles y dando destemplados gritos; los faisanes volaban tímidos entre el follaje, y mil aves canoras y desconocidas cantaban entre las ramas y entre la maleza.

Los tigres, los venados, los leopardos, los jabalíes, llegaban ansiosos á los rios para apagar su sed, haciendo levantarse una nube de mariposas encantadoras, que revolaban á la orilla del agua y entre las flores.

Sobre aquel paisaje, verdaderamente fantástico, se tendia un cielo de un azul tan puro, tan trasparente, tan profundo como soñamos en nuestra niñez que debe ser el cielo de los escogidos, dulce como una mirada de amor, apacible como el sentimiento de la caridad satisfecha.

Las nubes pasaban sobre aquel cielo, blancas durante el dia, como limpios copos de nieve; sonrosadas en la tarde,

como rubor de una vírgen; pálidas con la luna, como la frente de un moribundo.

Un sol ardiente lanzando rayos de fuego, calcinando las rocas, inflamando la atmósfera, alumbra aquel cuadro mágico; pero sus luces, y sus rayos, y su fuego no marchitan las hojas de aquellos árboles que respiran las frescas emanaciones de la tierra regada por mil arroyos y fecundada por cien torrentes.

Las noches llegan blandas y tibias en aquel clima tropical.

Aduérmense los bosques, soplan apenas las brisas agitando el follaje, y las aguas tambien parecen descansar; solo el mar sigue mugiendo, como el vigilante centinela de Dios, que marca los instantes de la vida del mundo.

En la noche se consuman los misterios de los bosques, encienden sus antorchas los insectos luminosos, cantan las aves de la oscuridad, y relámpagos que se forman en la tierra, y que se reflejan sobre un cielo sin nubes, se suceden á cada momento.

Porque en esos climas, en esas selvas, el viento centellea, el ambiente tiene su luz, la noche alumbra su fiesta con la electricidad.

Pero cuando ese aliento de la tempestad que se llama el huracán, se acerca, entonces la naturaleza entera lo presiente.

Huyen las fieras, ocúltanse las aves, buscan un asilo insectos y reptiles, cierran sus pétalos las flores, y los árboles recogen sus hojas, y las lianas se estrechan á los nudosos troncos, como buscando proteccion.

Es que llega el momento del combate, es que tambien el temor á la muerte siembra el espanto en los bosques, y aves y fieras, y reptiles y árboles, y plantas y flores, sien-

ten eso impalpable que anuncia la llegada de la tormenta.

Oscura y pesada como una montaña, se levanta á lo lejos la tempestad, y avanza por el espacio con una rapidez vertiginosa; sus negras alas tienen un reflejo triste y rojizo; y como el eco de su potente voz, se oye desde lejos el rugido que nace de sus entrañas; y como anuncio de su cólera, el resplandor del rayo, que no se deja eclipsar por la luz del sol.

El huracán llega: se estremecen las selvas, se agitan y se retuercen los árboles, se azotan con furia los unos á los otros, como si emprendieran entre ellos un combate, crugen estos, gimen aquellos; arrebata el viento hojas y ramas, y flores y maleza, y los arrastra en su curso veloz, y se alza hasta el cielo un rumor inmenso, inexplicable, indescriptible, al que responden, el mar con sus rugidos en el mundo, y en el cielo el ronco bramar de la tempestad.

Piérdese la luz del sol, despréndese el agua de los cielos formando un torrente, el rayo centellea por todas partes, y la naturaleza toda parece haber perdido su eterna armonía, y la oscuridad, y el caos, y el ruido en toda su acepcion, se apoderan de aquellos países maravillosos.

Despues de aquella tempestad, se espera sin duda el cataclismo, la destruccion, la nada.

El esfuerzo de la tempestad hace allí cosas increibles y fabulosas; los peñascos se arrancan de su base y ruedan con estrépito, abriendo gigantescos surcos entre los bosques; los árboles ceden á su impulso, y se doblan y estallan; los arbustos y las yerbas desaparecen, y si en aquella caida, la roca encuentra con la roca, una de ellas se despedaza, como si fuera de cristal, y sus mil fragmentos vuelan como los cascos de una granada que revienta.

Algunas veces, una tromba descarga su furor sobre una montaña y la divide; y donde antes habia eminencia, solo se mira despues un abismo insondable; y donde existia un lago, queda luego un confuso hacinamiento de rocas y de troncos desarraigados, y de maleza; y en medio de aquello se suele descubrir el cadáver de un tigre, de un venado, de un jabalí, arrastrados hasta allí por las corrientes.

Algunas veces, la naturaleza esplendorosa del paraiso, su luz, su encanto, sus brisas perfumadas, sus aves que trinan, sus flores que admiran, sus árboles que convidan al descanso.

Otras, la tempestad, el rayo, el huracán, el ruido, el desórden, el pavor, la oscuridad, el caos.

Todo lo grande en la hermosura, todo lo sublime en el horror; todo lo desconocido en la naturaleza, todo lo primitivo, todo lo vírgen, todo lo maravilloso en lo posible.

Y por aquellos desiertos atravesaba Cortés con su expedicion.

Cortés, como refiere el sencillo y franco historiador Bernal Diaz del Castillo, no era ya en lo físico el mismo hombre de los tiempos de la conquista de México.

A pesar de que aparentemente conservaba todo su vigor, su salud estaba débil y quebrantada, necesitaba dormir un rato despues de comer, se sentia débil algunas ocasiones, y padecia frecuentes enfermedades.

¡Habia tenido tanto que luchar! Otro hombre habria quizá sucumbido; aquel espíritu terrible y aquel cuerpo de acero, apenas el primero comprendia el fastidio, y apenas el segundo comenzaba á sentir la enfermedad.

Los soldados españoles eran el verdadero reflejo de su espíritu, sufridos y llenos de abnegacion como él; pero Chi-

rino y Salazar no podian soportar las fatigas de la campaña, y se sentian desfallecer á la sola idea de continuar por mucho tiempo en aquella vida.

Esperaban la oportunidad de regresar á México, y esa oportunidad presentóselas el mismo Cortés.

Una mañana el conquistador los hizo llamar á su tienda de campaña, que colocada estaba á la sombra de una ceiva gigantesca.

—Señores,—dijo Cortés;—llamado he á vuesas mercedes, porque asuntos muy graves me comunica desde México el Lic. Zuazo, y quiero departir con vuesas mercedes y tomar su parecer, acerca de lo que en el reino ha ocurrido despues de mi salida de allí.

—Puede vuesa merced, señor,—contestó Salazar,—decirnos lo que tanto le inquieta, que si á encontrar remedio no alcanzare nuestra inteligencia, al menos ayudarle podemos con nuestras pobres luces, y con nuestra muy rica voluntad para servir al rey.

—Y tanto mas,—agregó Chirino,—cuanto que casi casi adivinado hemos la causa y motivo de lo que pasa en la ciudad, caso de que sea, como nos suponemos, una desavenencia entre los gobernadores que vuesa merced dejó nombrados.

—Acertado anda en sus conjeturas vuesa merced,—dijo Cortés,—que desavenencias, y grandes, entre los gobernadores, turban el reino y dañan el buen servicio de Su Majestad.

—¿A tanto han llegado las cosas?—preguntó Salazar, disimulando apenas la alegría que tal noticia le causaba.

—A tanto,—contestó Cortés,—fingiendo que no comprendia lo que en el alma de Salazar pasaba,—que en ca-

bildo han llegado á tirar de los estoques Estrada y Albornoz; y si mal de su grado no los hubieran contenido los regidores, quizá á esta hora uno de ellos, ó los dos, hubieran ya dado cuenta en el cielo de sus acciones.

—¡Dios nos ampare!—exclamó Chirinos hipócritamente.—¿Y qué ha pensado del suceso vuesa merced? ¿qué remedio piensa poner?

—Perplejo por demas me encuentro buscando el remedio,—dijo Cortés,—y por eso llamé á vuesas mercedes, esperando que me den con franqueza su parecer.

—Sí que haremos,—replicó Salazar,—aunque en ello, de tropezar tengamos con nuestra modestia y con el temor de ofender á vuesa merced.

—Temor vano,—dijo Cortés;—que tratándose del real servicio, ni la modestia debe ser parte á conteneros, ni en mí el enojo, obstáculo para seguir vuestros consejos, siendo buenos: habladme con franqueza

—Pues es el caso,—dijo Salazar poniéndose un tanto pálido,—que como tal desavenencia ya esperábamos, ha tiempo que hemos departido sobre ella y su remedio, en caso de que á estallar llegase, y para entonces dispuesto teniamos ofrecer á vuesa merced nuestras personas y servicios, comprometiéndonos ambos á marchar á la ciudad, y en nombre del rey y de vuesa merced, poner paz y arreglo en los negocios de la colonia; volviendo despues á su lado, para si en algo (que no creo) pudiéremos ser de alguna utilidad.

Cortés escuchó á Salazar; cambió con la rapidez de un relámpago una mirada con Dª Mariña, que en la misma tienda y escuchando la conversacion estaba; y luego, inclinando la cabeza, apoyó su frente en ambas sus manos, y quedó meditando largo rato.

Chirino y Salazar se miraban entre sí con inquietud, sin atreverse á interrumpir el silencio.

—Bien está,—dijo Cortés de repente;—mañana partirán vuesas mercedes para México; en esta noche escribiré las órdenes y las instrucciones, y espero ver mañana temprano á vuesas mercedes.

—Cumpliremos lealmente con los encargos de vuesa merced,—dijo Salazar levantándose;—por ahora, nos permitirá retirarnos para hacer nuestros preparativos.

—Perfectamente; pueden retirarse vuesas mercedes, y Dios os guarde.

—Lo mismo decimos, contestaron los dos, y salieron de la tienda.

10

Donde el sagaz lector descubrirá que un nuevo personaje se mezcla en los asuntos de esta historia.

DABAN las once de la noche—¿adónde?—alguna vez tendremos que aclarar este punto. Baste saber que era muy entrada la noche del 3 de Enero de 1525. Un silencio casi pavoroso envolvia con las sombras la ciudad de México, y el viento (ese tesoro de los narradores de cosas lúgubres) lanzaba dilatados mugidos, haciendo estremecer las puertas y crujir los techos.

Dos nuevos ruidos vinieron á mezclarse á los de la noche. Unas pisadas que resonaron á lo lejos, y casi al mismo tiempo el rechinar de una ventana que se abria sobre la calle. A poco las pisadas se hicieron mas sonoras; una lámpara tenida por un brazo asomó por la ventana, y apagada inmediatamente por el aire, su pábilo se deshojó como una flor, dejando volar algunas chispas que se perdieron en las tinieblas.

—Por el rabo de Lucifer!..... dijo una voz de hombre; la noche está de perros.....

—¡Vive Cristo! repuso otra voz, tambien de hombre, como tratando de no ser oido sino por el otro; ¿quereis perderos y perdernos á todos?

—¿Teneis lumbre?.....

—¡Callad, por vida vuestra!..... aquí vienen.

—¿Verian la luz?

—¡Bah! No conoceis á los enamorados.....

—¿Será él?

—¿Y quién otro podia ser?..... ó acaso teneis poca seguridad acerca del recado.....

—¡Oh! No. Yo mismo lo escuché y estoy cierto.....

—¡Chist!.... aquí le tenemos..... estad prevenido..... ¿Estais ahí, Sara?..... Vamos.

A estas palabras un medio cuerpo de mujer apareció en la ventana. Al pié de esta llegaba un embozado.

—¡Dios mio!—dijo este alzando el rostro—¿es tanta mi ventura, señora, que accedais á escucharme?

—Bajad mas la voz, caballero,—replicó la dama,—si teneis en algo mi honor y vuestra vida. ¿Qué me quereis? ¿Deseábais hablarme?

—¡Y mucho, señora!..... Pero todo se reduce á dos palabras: ¡os amo!

—Ya me lo habian dicho.

Hubo un momento de silencio, tal vez de confusion para el desconocido. Este pareció tartamudear algunas palabras, y despues añadió:

—Muy bien, señora..... os lo he dicho..... ¿Pero qué decís vos?

—¿Yo?..... que romperia las trabas que me impone mi deber de esposa, y arrostraria la vergüenza y la muerte, si me dieseis la seguridad..... ¡Ah! sois un caballero, pe-

ro nadie tiene la resolucion de comprar un sacrificio con un sacrificio.....

—¿Que no?..... hablad..... hablad, y veréisme realizar vuestra voluntad, aun cuando fuera en ello mi fortuna, mi existencia y mi nombre.....

—Jurádmelo.

—Os lo juro por Dios y por mi fé de caballero, replicó el desconocido, echando atrás el embozo y poniendo un acento firme y entusiasta en estas palabras: ¿Quereis mas?

—Pues bien,—dijo la dama;—existe un hombre que me ha importunado siempre con sus declaraciones de amor. Ese hombre me horrorizaba, no sé por qué; y viendo su esperanza desvanecida, juró enlutar mi corazon y hacerme llorar lágrimas de sangre.....

—¿Sí?..... ¿y quién.....

—Y es vuestro amigo.....

—¡Aun cuando sea mi padre!..... ¿Su nombre?

—Daríais escándalo.....

—Perded cuidado, vida mia; saldremos á un lugar desierto, y le atravieso con mi espada.

—¡Oh! No..... ¡Dios mio! ¿qué decis? ¡matarle!

—¿Qué quereis entonces? Deseais que os vigile simplemente? pero.....

—Podeis arrebatarle..... podeis dejarle en la impotencia de dañarme.

—¿Cómo? Decidme quién es, os lo ruego, para entendernos.

—¿Me amais?

—¡Por Santiago, señora!..... vais á verlo muy pronto.

—¿Me preferís á Salazar?

—¡Demonio!..... ¿Salazar habeis dicho?.....

—¡Sí! Salazar..... Ese hombre temible que no retrocede ante los crímenes mas espantosos, cuando son un medio para realizar sus proyectos. Ese que cumplirá con su promesa de perderme si no rindo mi juventud al capricho de sus deseos impuros, y que á vos mismo, sabiendo que os amo, tenderá un lazo de muerte, si vos que teneis bastante autoridad, bastante fuerza y amigos consagrados á vuestra causa, no le quitais ese poder, que es en sus manos un puñal para nuestra ilusion, y un instrumento de ruina para los pueblos.

—¡Demonio!.....—murmuraba el otro;—el negocio es mas serio de lo que parece.....

—Decíais.....

—Que no me ocurre de qué modo..... pudiera..... ¿no habreis equivocado el nombre, por ventura?

—¡Bah! ¿lo creeis posible?

—No..... pero..... ¡voto á tantos!..... yo.....

—¿Teneis miedo?

—Señora!.....

—Digo..... ¿no encontrareis un medio de salvarme?

—Un medio.....

El galan meditó profundamente é inclinó su cabeza, clavando la mirada en un seto de rosales que allí próximo habia. Las flores inclinadas sobre su tallo parecian rendirse al peso de las horas nocturnas. Pero de cuando en cuando llegaba como airada la ráfaga, y sacudia violentamente á aquellas *hijas de la aurora* que salian de su sueño murmurando bajo el azote. Alzábase entonces del ramaje un grato perfume, apenas percibido por el caballero, y acaso ni sospechado por la dama: ésta dijo:

—¿Quereis que os ayude á buscarlo?

—Mirad, señora; aun no es tiempo de dar un golpe..... poned á prueba mi valor en el lance que juzgueis conveniente, y vereis que no es miedo lo que me impide serviros..... Vuestra es mi vida..... mezquina es la ofrenda, pero no la arriesguemos en una tentativa inservible..... Esperad..... esperad un poco. Yo tambien tengo cuentas que ajustar con ese hombre; pero, entretanto, nada temais. Mi amor os cobijará con sus alas, y mi espada caminará invisible delante de vuestros pasos. ¡Ay del que os toque!

—Gracias.

—Qué!..... ¿quereis mas?.....

—Sí.

—Hablad.

—Yo os ofrezco un medio menos violento..... Prefiero los peligros que me rodean, y acepto el destino que me prepare Salazar, antes de poner en compromiso vuestra existencia; pero no se trata de estocadas. Existe un hombre que odia á Salazar, y que es odiado por este como su rival en el poder. Ambos son poderosos, ambos son irritables y amigos de los partidos extremos. Uno cuenta con su genio intrigante, el otro dispone de la fuerza, y ambos aspiran, con derechos iguales, al gobierno. Basta que esos dos hombres se encuentren otra vez en el solio estrecho de la autoridad, para que uno de ellos ruede al abismo. Y vos podeis hacer que se encuentren.

—Bien; ¿pero si Salazar es el que queda?

—¿Y vos? sereis neutral en esa lucha? no sois su amigo? no poseeis sus secretos? no teneis su prestigio?..... además, ya conoceis mi amistad con D. Hernando. Su espada invencible caminará tambien delante de vuestros pasos, y mi amor os cobijará con sus alas.

—¡Oh!..... señora..... acepto! servíos de mí como os plazca..... soy vuestro esclavo..... pero no me negueis nunca ese cariño que imploro de vos, como el honor y la gloria de mi vida.

—Id con Dios, Chirino; os quiero bien, y confio en la promesa que acabais de hacerme.

—Sabeis.....

—Os encargo..... ¡ya se ve!.....

—¿Mandábais algo?

—No hay necesidad de encargaros el disimulo mas perfecto: aquí, en el silencio y el misterio, mi corazon es vuestro, y os buscarán mis ojos: *allá*..... cuidado!

—¡Oh, señora mia! ya vereis si procuro hacerme digno de vuestro aprecio.

—Ay! quién pudiera mandaros un.....

—Id con Dios, amigo mio; yo os avisaré cuando podais verme.....

Dichas estas palabras con la cantidad de dulzura que requiere una despedida, la dama se retiró cerrando su ventana; y el caballero, despues de ahogar ese suspiro clásico, inseparable de estos casos, volvió á embozarse y se alejó, confundiéndose en las tinieblas.

Dos bultos que se desprendieron del vano de una puerta, barriéronse cautelosamente por el muro y echaron á andar en la misma direccion del que se alejaba.

Detrás de la ventana volvió á encenderse luz. Entonces quedó visible una habitacion de paredes blancas y techo sombrío.—En uno de los ángulos habia dos arneses cubiertos de herrumbre y varios cabos de lanza. En medio de la pieza cuatro bancos de roble, y una tosca mesa donde ardia la lámpara. Esta enviaba sus reflejos á tres personas.

A dos de ellas las conoce el lector: á Sara, la hija de Farfan, y al contador Albornoz. La tercera..... dejaba ver en el fondo de su capucha de franciscano, un rostro delgado, pálido y cubierto de bello. Su nariz tosca, dilatándose á cada inspiracion, como la de un enfermo de hipertrofia; sus cejas apiñadas siempre como dos negras nubes sobre el rayo escondido de la mirada, ponian en la fisonomía de aquel hombre el sello de una cólera feroz y de un rencor insaciable.

—Bien! bien! muchacha,—decia con entusiasmo el contador acariciando una mano trémula de Sara;—podeis contar desde hoy con la fortuna..... Por vida mia! qué os ha parecido el negocio, fray Roque?..... No creeis que nuestro asunto comienza á pedir de boca?.....

El fraile estiró un brazo, con ese movimiento maquinal del que está fijo en una idea; compuso con los dedos la mecha, y despues de contemplar algunos momentos la flama que se levantaba despidiendo un resplandor mas intenso, dijo secamente, sin mirar siquiera al contador:

—Sois un animal.

—Fray Roque!..... no importa..... ya vereis y direis.

—Ya lo veo y ya dije,—replicó el fraile con el mismo aplomo.

Sara clavó en él su mirada, procurando descubrir sobre aquel rostro imperturbable, algo que descifrara el enigma de sus palabras.....

11

Los amigos del señor tesorero.

Poco antes de las dos de la mañana un hombre tocaba con el pomo de su puñal el porton de la casa de Estrada. A los primeros golpes se abrió el postiguillo, y una voz aguardentosa dijo al recien llegado:

—¿Sois vos?

—Sí; abrid.

Dejóse oir una batahola de trancas, la pesada puerta giró sin hacer el menor ruido, y volvió á cerrarse tras el caballero que adelantó con rapidez en direccion de la escalera. Subió, atravesó casi á tientas un dilatado corredor en cuyo fondo habia una puerta, que cedió al solo peso de la mano.

Apareció una pieza de paredes azules brillantes, y amueblada con un lujo muy superior al que era de esperarse en aquellos tiempos. Con la mano en la frente y abismado sobre un libro manuscrito, estaba un anciano, que al sentir por la espalda la bocanada de aire frio que se coló por la mampara abierta, volvió el rostro y exclamó con cólera:

—¡Y dale! con cien mil legiones de diablos!.....

—¡Con mil truenos!—murmuró el otro;—tenemos compañía! maldito viejo!.... tampoco esta noche la veré. ¡Vive Cristo!.....

Y despues añadió en voz alta y serena:

—Sosegaos, amigo mio, es la primera vez que os molesto.....

—¡Hola, capitan! ¿sois vos? entrad en buena hora. Perdonad!.... como no bajan de doscientas las veces que este bergante ha pasado esta noche..... ¿Qué tenemos de nuevo?..... ea! sentáos. Aquí teneis un canapé mas blando que las nubes, donde podeis esperar dos siglos sin que os pese.....

El capitan se descubrió y fué á tomar el puesto que el anciano le designaba.

La luz de los velones de cera que ardian en palmatorias de oro sobre la mesa, dió de lleno sobre aquel personaje.

Era un gentil mancebo soberanamente simpático. Su frente algo pálida, elevada y luminosa, contrastaba con la negra cabellera que caia en anchos rizos cubriendo la oreja y derramándose por los hombros. En el fondo de sus ojos brillaba un no sé qué de dulce y sombrío á la vez, abierto y profundo, fascinador y terrible. La nariz era perfecta, y debajo del bigote que sombreaba los labios, se veia cierta sonrisa triste como la de Harold; y amable, y al mismo tiempo varonil y audaz como la de Tenorio.

Las calzas rojas, los borceguíes de ante, ajustados con cordones de plata, el gambaj de finas y relucientes mallas, ceñido por un talabarte de medallones de acero, de donde pendia la espada con puño de piedras preciosas, y, en fin, un ferreruelo de color oscuro, que echado sobre la espalda

recogia la luz sobre aquel conjunto, daba realce á la figura del capitan Francisco de Medina.

El anciano empuñó los dos brazos de su sitial, y se deslizó sentado hasta poner sus rodillas casi unidas con las del capitan.

—Y bien, caballero,—dijo entonces;—no será malo que empleemos estos momentos en cosas que nos atañen personalmente. Os necesito yo tambien.

Medina miró al anciano con cierta extrañeza.

—Os necesito, sí..... necesito un hombre de cabeza firme, de puños de hierro, valiente y hermoso como vos, como vos casi desconocido en el país, cubierto de gloria, y extraño á los manejos de esta canalla. ¿Quereis servirme?.....

—Hablad,—replicó Medina tomando hasta entonces interes en las palabras que le dirigian.

—¿Podré fiarme de vos con entera confianza?

—¡Caballero!..... Haced lo que os plazca; pero no comenceis ofendiéndome..... ¿os obligo acaso á que me confieis vuestros secretos?.....

—Perdonad!..... pero es tan grave lo que voy á deciros..... estoy tan acostumbrado á no ver mas que traiciones en todo lo que me rodea, y he visto tantas veces asomar la perfidia bajo rostros casi tan nobles como el vuestro, que.....

—Diablo! ¿pretendeis desesperarme? quién me conoce mejor que vos, Zárate? á quién, como á nosotros, une un lazo mas estrecho, y qué amistad está garantizada con los secretos que mútuamente nos guardamos, y los favores que he recibido por vuestra influencia?

—Esperad,—dijo Zárate abandonando su asiento;—

dejadme explorar las avenidas, y os diré cómo andan los negocios.

Acercóse entonces á una puerta que habia sobre el costado del aposento, la abrió un poco, y sin soltar la perilla del marco, metió la cabeza y registró con la mirada y el oido la sombra de la pieza inmediata. Algun murmullo; el tronar de un mueble; un eco producido por la misma puerta al moverla; el roce de los cabellos en el marco; tal vez las palpitaciones de su corazon, parecieron á Zárate los pasos de una persona, y no seguro de que aquel ruido fuera imaginario, quiso registrar y penetró en el aposento. La manpara se cerró de golpe.

Medina se volvió con ademán irritado hácia el punto por donde Zárate habia desaparecido, y dando en el suelo un fuerte golpe con el pié, lanzó varias y tremendas imprecaciones. Despues prosiguió:

—¡Menguados quedamos! perder estos momentos tan preciosos por este viejo testarudo que no dejaria de revolver papeles, aunque estuviera en los infiernos!..... Diablo de bestia!..... andar en vela espiando cuatro noches la ausencia de ese otro caribe, y venir y exponerse á un mandoble..... ¡vive Cristo! y exponerse á no volver á topar una ocasion como esta!..... y luego..... ¿qué será este misterio? ni qué me importan á mí todos los negocios del universo, mientras no se arreglen los mios? Vaya! vaya!...

A este tiempo apareció en la puerta del corredor un hombre de bigotes canos, con rostro socarron, y con un vestido viejo á la flamenca.—Era Zapata.

—Señor!.....—dijo con voz tímida.

El capitan volvió la vista, y una cólera indecible crispó sus facciones.

—Solemne bergante!—gritó,—si es que puede gritarse en voz baja. Y adelantando con paso rápido hácia el pobre diablo, que sentia le temblaban las piernas, le asió por una oreja, retorciéndola como una clavija. Zapata, parado sobre la punta de los piés, y mas derecho que una pica, cerraba los ojos al dolor, y torcia su boca hasta querer morder la mano que le torturaba.

—Señor,—decia el infeliz;—reparad en que me vais á desnudar el casco..... ¡Por Santiago!..... si me escucha vuesa merced, verá que me asisten mil razones..... Esperad!..... esperad!..... voto á..... oidme siquiera.

—Y cómo no te estrangulo, bribon, fementido..... Por qué no me dijiste que Dª Luz no estaba sola?.....

—Pero suelte vuesa merced..... señor.....

—¿No hablas?

—Os lo diré todo, señor..... pero.....

—Vamos, canalla,—dijo Medina soltando al fin la oreja, que conservó, como si fuese de goma, las horribles inflexiones que le imprimieran sus acerados dedos.—Habla.

—Pues señor..... pero ay!—exclamó Zapata interrumpiéndose con un suspiro;—¡sois malo, á fé mia, con vuestros servidores! recibirme como no lo hubierais hecho con el último de vuestros lebreles; ¿y todo, por qué?..... por un olvido, por una de esas equivocaciones que todo hijo de cristiano está expuesto á cometer sin..... Up!.... up!.... por el rabo de mi suegra!.... señor!

Medina, sin pronunciar una palabra se habia vuelto á apoderar de la infeliz y maltratada oreja de Zapata.

—Hablarás por fin?

—Con toda el alma, señor..... pero soltad, ó por la Vírgen, tomáos de la otra....!

Medina soltó.

—Pues señor, como iba yo diciendo, mi señora Dª Luz me dijo que esta noche..... ¡Dios mio! siento que se me escapan las tripas por el oido.....

—Adelante!

—Mi señor Estrada, su esposo.....

—Adelante!

—Tuvo que salir.....

—Adelante!!

—Y yo.....

—Adelante!!!

Zapata miró al capitan Francisco de Medina, como se mira á un animal raro, y exclamó con naturalidad.

—¡Por vida mia, señor! pues cómo quereis que hable?

Medina conoció su imprudencia y animó á Zapata con una mirada menos fiera que las que habia despedido hasta entonces.

—Vamos, despáchate,—le dijo.

—Decia yo,—continuó Zapata medianamente restablecido,—que mi Sr. Zárate fué el que me encargó que viniéseis, y no mi señora Dª Luz.—Os dije: «os esperan esta noche;» pero ¡qué diablo! sois tan violento, que sin oir mas explicaciones os marchásteis, dejándome con la palabra en la boca.....

—¿Y hoy, al entrar, por qué no me observaste?.... .

—Porque era natural.....

—Chiton!

Aquí fueron interrumpidos por la vuelta de Zárate, que apareció, mas pálido que los difuntos.

—¿Habeis concluido ya?—le preguntó Medina.

—Sí,—repitió profundamente Zárate;—¿y vos?

—Tambien,—repuso el capitan dirigiéndose al estrado, y despidiendo con un ademan á Zapata.

—El diablo me protege,—dijo este,—y dando un salto de alegría, se alejó por el corredor, descendió las escaleras en dos trancos, y llegó al zaguan, donde un caballero le esperaba.

—¿Qué hubo?—preguntó este con marcada impaciencia.

—Por hoy, nada,—replicó Zapata.

—¡Cuerno!..... llevamos quince dias de lo mismo.

—Tened paciencia; os he prometido que la vereis, y la vereis aunque se opongan todas las lanzas de Castilla. Tal vez mañana.....

—Mañana!..... mañana y siempre mañana! Impetus me dan de emprender un asalto.

—Cuidado!

—Mataria yo á Estrada de una vez..... Ah!..... pero es un amigo..... y.... .

—Tanto, que quereis partir el tálamo.....

—¿Qué quieres? ¿á quién no trastorna Dª Luz?..... quién la resiste? Ah! y me aborrece tal vez!..... ingrata.....

—Quiá! yo la conozco á fondo, y me atrevo á asegurar os que sereis feliz con un poco de constancia.

—Dios lo quiera,—murmuró el caballero dirigiéndose al porton;—yo trocaria mi fortuna y mi juventud, y aun daria mi sangre por una sola de sus caricias..... Ah! y de que pienso en ese maldito capitan..... canario!..... ya lo veremos!..... ya lo veremos!..... no quiero hablar de esto..... que pases feliz noche.

—Dios os guíe, Don Andrés..... Ah! dispensad!..... no se os ofrece nada?.....

—Voto va! me olvidaba,—dijo el caballero sacando un

brazo de la muceta, y alargando á Zapata un puño de ducados;—ahí tienes mientras..... adios!

—Él os bendiga, Señor Tapia.

Cuando el llamado Tapia se hubo retirado, Zapata, sin cerrar el porton, corrió á una pieza, que era sin duda la portería. Encendió luz, y levantando la cortina de una puertecilla que habia en el fondo,

—Podeis salir, señor,—dijo.

Y un nuevo caballero, perfectamente arrebujado en su capa, y oculto el rostro por las anchas alas del sombrero, se destacó de aquella puerta, cruzó con rapidez delante de Zapata, y salió por el zaguan con la mayor cautela.

—Id con Dios, Sr. Chirinos,—dijo Zapata cuando se vió solo;—puso despues su farolillo en el umbral de la puerta, y fué á tenderse en su camastro murmurando palabras ininteligibles.

12

Los misterios de Zárate.

MEDINA y Zárate volvieron á sus asientos.—Este clavó en el capitan una mirada sostenida y profunda, semejante á la que el caballo, espoleado por el ginete, clava en el fondo tenebroso antes de salvar el abismo.

—Creo,—dijo cuando se hubo satisfecho de su exámen, —que si alguna circunstancia nos impide arreglarnos, podré confiar en vuestra caballerosidad, sin temor de que divulgueis lo que me veo precisado á deciros.

Medina respondió con un ademán que pudiera traducirse con estas palabras:

—Estamos convenidos;—y fijó á su vez una mirada penetrante en el rostro de Zárate.

—Pues bien,—añadió este;—tiempo ha, como lo veis, que las personas á quienes el rey confia la autoridad, se agitan en innobles rivalidades, que aunque secretas hasta el dia, se harán públicas mañana con gran escándalo del

reino, y lo que es peor, con peligro de todos los que estamos entre un pueblo que aun tiene fuerza, y tendrá la habilidad de aprovecharse de estas discordias que nos debilitan. Esto es seguro. Viven aún formidables caudillos aztecas; existen todavía millones de indios resueltos, avezados á la lucha, y que llevan en su seno esa llama que hemos alimentado con los escombros de su patria y con los cadáveres de sus hermanos. Nos odian á muerte: humillados por cien derrotas, pero no vencidos, se agitan bajo nuestras plantas; y nosotros, puñado miserable de extranjeros colocados sobre ese mar sin fondo, necesitamos la pericia del piloto y la severa disciplina de la tripulacion, para que el pobre esquife no se hunda en las olas con el depósito de la conquista; pero hay quienes despreciando las terribles consecuencias que traerá consigo la desunion, y no teniendo mas objeto que su rápido engrandecimiento personal, se oponen á las medidas salvadoras, pues ven en ellas un obstáculo á sus proyectos ambiciosos; y á trueque de verlos realizados, romperán los valladares de la ley, y el lazo débil todavía que sostiene nuestras cabezas.

Esos hombres están colocados en el poder por sus intrigas en la corte. Todo se pierde si no arrebatamos de sus manos el instrumento fatal de nuestra perdicion. Cortés, el único que puede contener las pasiones que se desbordan, está ausente, y lo estará tal vez por mucho tiempo. Quedan, no obstante, hombres que mas de una vez han dado pruebas de valor, de firmeza y de sabiduría, bastante desinteresados, y que poseen la confianza del rey, y son temibles á los salvajes del Anáhuac. Confiémonos en ellos, Medina, porque os repito que el peligro es de muerte.

—¿Y podreis decirme quiénes son los traidores?

—Sin duda: ¿pero no lo adivinais?

—No acierto.....

—Vais á saberlo.

Zárate metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que entregó á Medina.

—Leed,—le dijo;—no temais hacerlo en voz alta, estamos solos.

Medina leyó con algun trabajo lo siguiente:

«Fray Roque,

«Venid al instante, porque aun pienso utilizar esa rara «habilidad política de que acabais de darme tan perentorias «pruebas. Ya va por esos mundos nuestro famoso capitan, «á ser comido de caribes, ó á perecer con todos sus guer«reros en las infernales comarcas del vómito, de los zancu«dos, de las cuartanas y de otras cositas que ha puesto allí «el diablo para librarnos de ese aventurero y de su gente.....

—¿Don Fernando?..... dijo el capitan.

—Sí, D. Fernando.

—¿Pero es posible que.....

—Seguid, seguid..... luego hablaremos.

Medina continuó:

«.....¡Ya escampa, Fray Roque! Permitidme que os «felicitè y que os pida perdon por haber osado sospechar «un instante de vuestra merecida fama. Nunca pude figu«rarme que lográseis infundir el veneno de la ambicion en «el ánima de ese mentecato de Olid; pero héle ahí rebe«lado contra su señor, y hé ahí al señor atravesando cosa «de quinientas leguas para..... Sois Satanás, amigo mio; «pero sois amable y vivaracho como el príncipe del Aver«no, y mereceis sentaros en el trono de Cárlos V. Haber «mandado á nuestro Aquiles á los límites, digamos así,

«del universo! Habernos sacado del vientre al culebron «que nos tenia inmóbiles é histéricos! Esto es sublime!.... «Sois el fraile mas encantador que conozco! La fuerza de «gigantes que era necesaria para aventar lejos de aquí á «esa chusma de veteranos cubiertos de hierro, solo podia «encontrarse detrás de esa frente..... Pero tiempo tendré «para deciros mas piropos. Lo que importa, padre, es que «vengais al instante. Salazar y el buen hombre de Peral-«mindes han aparecido por acá, lanza en ristre y con la «visera calada, para disputarnos la dama. Venid, fraile mio, «venid volando, porque el negocio va que vuela. Y recibid «el entrañable amor de vuestro etc., etc., etc.—*Alonso «Estrada.*»

Medina se quedó pensativo.

—¿Sabeis ya quiénes son los traidores?—dijo Zárate.

—Sí, á fe..... comprendo la treta perfectamente. ¿Y qué pensais hacer?

—Pensamos..... pero no teneis derecho al secreto de nuestros planes. ¿Olvidais que espero vuestra resolucion?

—¡Ah!..... teneis razon. Os prometí guardaria el secreto, y cumpliré mi palabra..... ahora os digo que no puedo ser, ni tengo voluntad de ser uno de los vuestros.

—¿Dudais del éxito?

—No. Sé que donde estais vos ha estado siempre, si no la justicia de la causa, por lo menos la seguridad del triunfo.

—Ambas, caballero.....

—Sea; pero ya sabeis que todo lo tengo presente para marcharme á la América del Sur, en busca de la fortuna que en México me niega la suerte. Allí ganaré honra y ducados, pero sin mancharme con sangre de hermanos.....

—¡Voto va! estais soñando, señor Medina, ó como os

llamais: ¿qué tiene que ver con todo esto la sangre de vuestros hermanos? habeis creido que se trata de lanzadas, señor bravo? y qué diablos hablais ahí de vuestra fortuna? creeis que el bolsillo de Salazar se negará á vaciar tesoros en el vuestro, si consentís en servirnos? Lucido quedaríais con ir á la América del Sur, de donde no sacaríais sino pedradas, cuando aquí os esperan marcos de oro, sin mas trabajo que el dejar que os ame una mujer.....

—¿Qué?..... qué decís?—replicó Medina con viveza; —sed mas explícito.

—¿Quereis?

—¡Por Cristo! si el asunto es tan fácil como decís, no mas estoy pendiente de las condiciones.

—¿Os humanizais?

—Mirad; no dudo que esa carta que acabamos de leer está escrita por Estrada, y que Cortés será la víctima de esos enredos. Aquí no hay traidores, ó en caso de haberlos, Estrada y vosotros sois todos traidores.....

—¡Capitan!

—Entendámonos: aquí no existen los peligros que me pintábais, hace rato, con tan negros colores. En el fondo de vuestro pensamiento os reís, como yo, del campanudo y frio discurso que habeis improvisado, sin acordaros de que somos conocidos viejos.....

—¿Tan campanudo como vuestra heróica respuesta, viejo amigo?

—Acaso mas.....

—Me lisonjeais..... Proseguid.

—¿Por qué cubrís con antifaz vuestros fines? Estoy cierto que la ausencia de Don Hernando no es menos agradable al tesorero Estrada que á vosotros.

—¡Malévolo!

—Claro; quereis excluir del gobierno del país á mis buenos amigos y señores Estrada, Zuazo y Albornoz. Sabeis que el tesorero no tiene mas apoyo que mi espada, y puesto que no podeis deshaceros del pobre capitan Medina, quereis sobornarle.....

—¿Y qué quereis que hagamos, hijo mio?

—¿Qué? saber el precio de Medina.

—*Sum cuique.* Pedid lo que gusteis.

—En primer lugar, dinero.

—Le tendreis.

—En segundo lugar.....

—Mas dinero? Le tendreis igualmente.

—No. A eso vamos; pero necesito adquirirle por mis manos.

—Pedid, os he dicho.

—Quiero ser encomendero.

—Arreglados.

—En tercer lugar.....

—¿A dónde vais, jóven?

—A mi provecho, como vosotros.

—Bien?.....

—En tercer lugar..... teneis agentes en la corte, no es cierto?

—Agentes?.....

—Vamos, no os hagais el tonto; nosotros los tenemos tambien, y conozco á fondo el negocio.

—¡Por vida mia! jóven. Sabeis tanto..... que pudiera seros peligroso.....

—Bah! tratais de intimidarme!.....

—Dios me libre!—Decíais?

—Vereis si yo regateo cuando me toque la ocasion: sed menos avaro, y haced que mientras catequizo á mis indios, me consigais por allá por la corte.....

—Os comprendo.

—Me alegro.

—Igualmente. Vamos á tener sendas penalidades para conseguiros el título; pero nada omitiremos, porque.....

—Porque no me entendeis, ó no quereis entenderme.

—No me precio de lince..... acaso me apresuré.....

—Quiero asociarme con Salazar y Chirinos.

—Qué escucho!..... pretendeis el gobierno.....

—Vaya! me creeis con poca garra para esquilmar al país, ó con menos valor que esos señores, para descuartizar al pobre diablo que se resista á mis decretos?

—Hablemos sériamente, Sr. Medina.

—Qué! vos hablais de chanza, Sr. Zárate?

—Quise decir que vuestro precio es tan exagerado.....

—Y no me hablais de mis servicios?

—Es cierto; pero serán tan insignificantes los que se os pidan..... que no merecen en verdad.

—Insignificantes? Y no teneis en cuenta mi silencio!.... con una palabra.....

—Cómo! Seríais capaz de publicar lo que he tenido la debilidad de confiaros?

—Bah! punto menos.

—Picarillo! y si yo denunciare á vuestro futuro suegro, que sois afecto á lo ajeno más de lo que conviene á un gefe de las milicias? Y si yo dijese en voz alta, para que me oyera Cortes, quién dió el veneno á Doña.....

—Callad, por Dios! Pueden oiros.....

—Creo que estamos arreglados.

—Estamos arreglados.

—Lo celebro, y voy á daros una prueba de mi contento. Tendreis dinero, tendreis la encomienda para que exprimais á los indios hasta que suden oro; y además, cueste lo que cueste, gestionaremos en la corte para vuestro nombramiento.

—Oh! no sabeis lo que os debo, Zárate. Mandad ahora que me arroje al infierno.

—Precisamente, amigo mio; pero no os echareis de golpe, no; podríais estrellaros antes de tiempo esa gentil cabeza que es tan importante.—Os ireis al infierno, pero con calma, paso á paso, y arrastrado suavemente con cadenas de flores.

—Al grano.

—Al grano. En primer lugar vais á enamorar á una dama.....

—Si admite.....

—La hareis admitir, ó perdereis vuestros emolumentos...

—Adelante,—dijo Medina con impaciencia.

—¿Y seríais capaz?.....No repararíais en pelillos.....

—Aunque fuera la Vírgen.

—¿Aunque fuera la mujer de Estrada?

—¡Doña Luz!

—Sí.

—Lo creo dificil..... pero en fin.....

—En segundo lugar..... debió ser el primero..... rompereis con Estrada, le quitareis el apoyo de vuestras lanzas.

—Adelante.

—En tercer lugar.....debió ser el segundo.....os insultará Tapia, y vos que no consentís caricias en el lomo.....

Zárate completó la frase con uno de esos ademanes que,

segun cuentan, usaban los jueces jacobinos; y el capitan Medina contestó con otro que, tambien cuentan, usaban los verdugos para indicar que habian comprendido.

—Corrientes,—dijo Zárate;—pero es necesario daros ligeras instrucciones acerca de lo que debeis hacer con vuestro amor.

—Quiá!

—Picarillo..... no es eso..... se trata simplemente de que sea por dulzura, sea por otros medios que tú sabes, hagas-te confie los secretos de su marido, y me elijas por confidente.

—Bien.

—Pues hijo mio, te deseo buena noche,—añadió Zárate presentando una mano al capitan Medina, que este estrechó con las dos suyas.—Mañana tendrás oro, pasado tendrás tu encomienda, y pasado escribo para Europa, con el objeto que sabemos.—En cuanto á Doña Luz, puedes comenzar cuando te parezca; pero que no pase de mañana. Ea! Capitan, feliz noche.

Medina bajó las escaleras diciendo para sí:

—Enamorarla, eso no importa, puesto que ya la tengo enamorada; pero romper con su marido cuando esa amistad era el pretexto para acercarme á Doña Luz..... cuerno!.... ya.... me colaré á la casa por la rendija de una puerta: además ya tengo andado casi la mitad del camino..... Y este Tapia.....el diablo me le pone delante, y puedo maniobrar ya impunemente.....Ah!..... y mi oro!..... y mi gobierno, es decir, mas oro!..... Ea! imbécil, ¿no me oyes? ..... te alzaré de una oreja!

Estas últimas palabras eran dirigidas á Zapata que roncaba cerca de su puerta, y que al oir la voz del capitan, dió un salto prodigioso y dijo temblando:

—Señor! no he tenido la culpa..... cuando entrábais...

—No se trata de eso, animal! abre, y espérame mañana en Tlaltelolco, en la casa de Obregon, porque tengo que hablarte.—Adios!

—Zapata tomó su farolillo y acompañó á Medina hasta la puerta.

Poco despues la casa estaba hundida en el silencio.

13

De lo que pasaba en la casa del señor Tesorero mientras este se ocupaba en cuestiones políticas.

CHIRINOS, fiel á su promesa, y consecuente sobre todo á sus planes de dominacion, negoció con su compañero Salazar la asociacion de Albornoz en el gobierno de la Nueva-España.—Albornoz estaba ligado con Estrada, y este con Zuazo, no por amistad, pues habian dado grandes pruebas de su mutuo aborrecimiento, pero sí por la comunidad de miras, y por la guerra sin cuartel que habian jurado todos á Salazar y Peralmindes. —En consecuencia, Estrada fué el poder llevando como de la mano á sus dos antiguos compañeros.—No tardó en producir sus resultados esta colision de personas igualmente ambiciosas.—Suscitóse una ruidosa disputa acerca de la legitimidad de los poderes.—Hubo juntas donde las declamaciones y los gritos apagaban la voz de la ley, y donde graves personajes, desesperando de los recursos oratorios, se valieron de los denuestos mas soeces, trayendo

la cuestion hasta el extremo de echar mano á las espadas. —Iba á corer sangre, cuando Rodrigo de Paz, pariente de Cortés, depositario de sus bienes, temido y respetado por todos, tomó parte en el asunto, amenazando á los furiosos litigantes; y como era grande su influencia, logró poner sosiego en medio de estas discusiones tumultuosas.—Propuso que se nombrase un juez imparcial á cuyo fallo debia someterse la validez de los poderes.—Era acaso lo mejor; pero el hombre de conciencia, designado para sentenciar en el pleito, sacado precisamente de donde no podia esperarse mas que parcialidad y aleves intenciones, decidió que todos aspiraban con iguales derechos á *la felicidad de la Nacion*, y que todos cinco, Estrada, Salazar, Chirinos, Albornoz y el mismo Zuazo, debian armonizarse para gobernar juntos los negocios del reino.—Ni un murmullo se levantó contra esta sentencia.—Los gobernadores, obligados de antemano por un juramento, quedaron conformes en la apariencia, y cada cual se retiró con la sonrisa en los labios; mas prometiendo en sus adentros romper de cualquier modo aquel pacto tan opuesto á sus esperanzas..... pero ninguno adivinó que Rodrigo y Zuazo, por encargo de Cortés, los unian á todos para que todos se perdieran.

Espiraba el mes de Marzo de 1525.

Hallábanse reunidos Zuazo, Albornoz y Estrada, en la casa de este último, en una sala extensa, cubierta por ricos tapices y alumbrada apenas por una lámpara de plata.—Fraguaban seguramente ciertos planes relativos á la perdicion de Salazar y Chirinos; pero nos vemos precisados á desatender su conversacion, para escuchar otra mas animada, que dos personas sostenian en la puerta que daba sobre la escalera.

—¿No ha venido el Capitan? decia la conocida voz de Andrés Tapia.

—Quedó en verse á las once con mi señor..... replicaba Zapata.

—¿A las once?.....ya dieron....seguramente no vendrá.

—Creo lo mismo; pero si una casualidad.....

—No importa, yo tomaré mis precauciones.—¿Adónde está Doña Luz?

—Está en su alcoba.....pero.... .

—¿Pero qué?

—Si os encuentran á estas horas, soy hombre perdido. Estrada sospecha que no andais en buenos pasos para con la señora.....

—Lo sé.....¿mas no dices que está con Albornoz?

—Sí.....

—Ea! pues anúnciame.

—Señor! vais á perderme!

—Bribon! pretendes estafarme todavía?

—No es eso, señor..... bastante recibo por mis malos oficios: si me ofreciérais.....

—Qué?.....

—Tomar, como decíais hace poco, algunas precauciones .....digo.....es decir.....qué diablo!.....quien..... un marido es cosa respetable.....y sobre todo, nadie se avergüenza de.....

—Basta; sé lo que quieres decirme, y en este asunto no reconozco superiores..... anúnciame.

Un momento despues de estas palabras, Andrés de Tapia tomaba asiento en una especie de antesala perfectamente iluminada. Nos importa conocer esta pieza: tenia tres puertas: una, la entrada por el comedor; otra en el fondo,

cubierta por una vasta colgadura, y que daba á un gabinete, alcancía tal vez del señor tesorero, cerrada casi siempre con llave. La tercera puerta, colocada en el costado izquierdo, daba sobre una extensa galería que comunicaba con las habitaciones interiores. Por esta puerta apareció Doña Luz con la mirada ansiosa y el seno palpitante.

Piel tersa, blanca y ligeramente sonrosada, garganta divina, cintura leve, cuerpo elegantísimo, boca seductora, ojos indescriptibles, manos de niña, etc., etc.; tales son los pormenores mas notables de la mujer del tesorero. Su asombro al ver al capitan difundió nuevo encanto en la expresion de su fisonomía.

—¿Sois vos?—preguntó dejando conocer el timbre de una voz angelical, y murmurando poco despues:—¡Dios mio! si llega Medina.....

Tapia se puso en pié, y sin poder disimular su turbacion, adelantó algunos pasos, con la mirada fija en el pavimento.

—Yo soy, señora,—dijo;—sé que os es molesta mi presencia..... que pongo en peligro el justo aprecio con que os mira vuestro esposo, si me sorprende en este sitio..... ó mas bien..... sé que mi vida..... pero mirad.... la vida..... en fin, yo estoy aquí.....

—¡Por Dios, Tapia! si me teneis en algo, si algo valen las súplicas de una mujer que os aprecia..... idos; no espereis á que salga Estrada..... Por mí..... por lo que mas ameis sobre la tierra.

Los ojos suplicantes de Doña Luz despedian tan dulce brillo, y por sus labios entreabiertos vagaba tal sonrisa irresistible y doliente, que Tapia, tomando su sombrero y lanzando á la dama una mirada melancólica, respondió conmovido:

—Me iré, señora..... sí..... me iré, porque vos lo ordenais; pero escuchad mis últimas palabras: Os amo, os idolatro con locura. Si no me dais una esperanza, sea cual fuere, aunque la aplaceis hasta el fin de los siglos, me estrello el cráneo á vuestras plantas.

—Delirais..... Tapia.....!

—Sí, por vos que sois el fanal de mi ventura; por vos, que, ingrata á mi cariño, inmóbil en presencia de mis lágrimas..... ¡Canario!

Se oyeron pasos precipitados en direccion de la escalera. Doña Luz se hundió en la galería, y Tapia arañaba las colgaduras, cuando apareció Zapata despavorido y exclamando:

—¡Vienen! vienen! ocultáos!.... .

—¿Pero quién?..... por dónde?.....

—Medina..... Estrada..... por allí..... pronto..... acordáos de lo prometido.....

—Pero, con mil diablos! ¿adónde me oculto?

—Ahí, mirad;—replicó Zapata empujando al capitan hácia el cortinaje de la puerta. Aquí estais perfectamente cuidado.

Tapia se ocultó sin pronunciar una palabra, porque el valor abandona á los hombres cuando conocen la justicia. El otro volvió á descender por la escalera. En el pasillo dió de bruces contra el capitan Medina.

—¡Eh! zopenco!

—Podeis entrar, señor.....

—¿Estrada?.....

—Está en este momento con el señor contador.....

—¡Zape!... y hace mucho tiempo?

—Hará dos horas.

—No importa. Vigila, y avísame cuando se despidan.

Medina acabó de subir y entró á la misma pieza donde hemos visto á Tapia. Un rostro que no era el de la mujer del tesorero, asomó cautelosamente por la puerta de la izquierda y contempló algunos instantes al capitan Medina, que en pié y en medio de la habitacion, revelaba en su actitud una impaciencia mezclada de temor.

Luz volvió á aparecer tendiendo al capitan su mano agitada por un temblor imperceptible, y recorriendo el aposento con miradas inquietas.

—¡Os habeis atrevido!—exclamó al entrar.

—Sí; me precisa hablaros; no puedo esperar por mas tiempo, y he aprovechado esta ocasion.....

—Esperad un momento.....—respondió Luz señalando un sitial á Medina;—y dirigiéndose á la puerta gritó:

—Zapata!

—¿Mandais algo, señora?

—¿Salió Tapia?

—Sí, señora.

—¿Por dónde?

—Por la escalera del jardin.

—¿Le vió Medina?

—No, señora.

—¿Se fué ya el contador?

—No, señora.....

—Basta!... no os alejeis de este lugar, y avisadme.....

Cuando Zapata vió que Doña Luz entraba cerrando tras de sí la puerta, exclamó:

—¡El cielo me valga! no hay duda que tendremos una de Tirios y Troyanos..... y ¿qué será de mí si se encuentran esos caballeros feroces?..... y como ambos me pagan,

y ambos me han amenazado..... Jesus!... ni pensarlo..... pero no, ambos se temen..... pero Tapia! ese Tapia!..... que sin duda presenciará.... Ea! si escucho el principio de la danza, tiempo tengo para escaparme.

—No, Medina,—decia entretanto Doña Luz al capitan de este nombre;—lo que exigís de mí es una cosa horrible; os he dicho ya que no puedo complaceros, porque apareceria odiosa á vuestros ojos. Os he sacrificado mi dulce tranquilidad de esposa; ¿quereis que os sacrifique mi alma?.... ¿quereis hacerla descender de las regiones puras donde se ha remontado con vuestro amor, para hundirse en el cieno de negras traiciones? No, Francisco..... no puedo aceptar el vil oficio que teneis la crueldad de proponerme.

—Tomais las cosas al repelo.....

—¿Pues cómo quereis que traduzca vuestras palabras? ¿no es una perfidia sin igual acariciar á un hombre, seducirle, hacer que deposite en mi seno sus mas íntimos secretos, de los que pende su fortuna y tal vez su existencia, y despues venderlos á sus enemigos?..... Ah!..... y vos quereis eso, y quereis que yo sea..... ¡Dios mio!..... nunca..... me lleno de horror solo al pensarlo.....

—¿Me amais?

—¿Y tú me lo preguntas, Medina?

—¿Me amais?

—¿Lo dudas?

—¿Me amais?

—¡Cielos! por qué me miras de ese modo?

—Necesito una respuesta.....

—¡Te adoro!....

—Necesito una prueba.

—¡Ah!.... presiento lo que vais á pedirme .....pero esa

no seria prueba de amor, sino remate de mi infamia.....

—¡Por el rabo de!..... persistís en creer que os propongo una infamia?..... aunque lo fuera; pedidme á mí una cosa semejante, peor; crímenes, negruras satánicas, pero que puedan aprovecharos de cualquier modo, y vereis si no vendo el honor, y la vida, y la salvacion eterna por serviros..... Y es que os amo, Luz, de una manera inexplicable, inmensa, inaudita. En mí, llenais con vuestra imágen pura los ámbitos de un vacío inmenso que, sin vos, ¡ay de mí! se llenaria de horror y de sombras.....

El rostro hermosamente horrible de Medina se ciñó con resplandor siniestro al pronunciar estas palabras. Algo afilado, traidor, feroz, amenazó desde sus pupilas á la jóven, que retrocedió amedrentada.

—Sí, ó nó;—añadió Medina despues de un rato de silencio.

Luz, movida bruscamente por aquella severa intimacion, se sorprendió primero; despues, dulcificando su semblante, y colocando sobre el corazon la mano de Medina, dijo:

¿Te empeñas en atormentarme? Quiéres que tambien se llene con sombras la parte no profanada de mi alma, donde guardo, como la vida, tu cariño?

—Alerta!—gritó á este tiempo, casi en sus oidos, la voz vigilante de Zapata.

Medina dió un salto; Doña Luz oprimió con fuerza la mano que tenia entre las suyas, y quedó como el mármol.

—¡Vienen hácia aquí!—volvió á decir Zapata con el trabajo de un agonizante;

En efecto, varias voces y muchas pisadas resonaban por el extremo del corredorcillo.

—Ocultáos aquí,—dijo Doña Luz á Medina señalando la puerta del gabinete, y rozando con la extremidad de su mano, el fleco de las colgaduras.

Medina permaneció inmóbil.

—¿Qué haceis?—añadió Doña Luz.

—Ya lo veis, quedarme sentado.

—Medina..... por el cielo! aventurais un lance.....

—A nadie temo.

—Daremos un escándalo..... habeis roto con Estrada, y no hay pretexto que baste á disculparos.....

—Nada importa.

Los pasos eran mas cercanos.

—¡Dios mio! qué hago!—decia Doña Luz casi á los piés del capitan;—¡por compasion! no querais hacer pública mi deshonra.

—¿Os empeñais?

—Por las cenizas de vuestra madre!.....

—Entonces, responded á la pregunta que os he hecho.

—Yo.....

La puerta de la entrada se abrió entonces ligeramente, y asomó el brazo de Zapata, que no pudiendo hablar ya, ponia en las contorsiones de su mano, la horrible impaciencia que se agitaba en su pecho.

Luz, verdaderamente mortal, cayó de rodillas implorando la compasion de Medina.

—Sí, ó nó!—volvió á decir este con una calma superior al peligro que les amenazaba.

—Sí! sí! todo lo que gusteis,—gritó Luz;—pero venid... venid pronto.....

—No me engañais por el temor?

—No!..... os lo juro!

—Bien,—dijo Medina levantando una punta del cortinaje;—temedlo todo si os burlais de.....

—Entrad!.....

Medina se ocultó, Doña Luz huyó por la galería con el vuelo silencioso de las aves nocturnas.

Ya era tiempo. La puerta se abrió de par en par, y apareció el señor tesorero, seguido de Albornoz y de Zuazo.

—Ja! ja! ja! vaya un lance gracioso!—Exclamaba este último, cual si el espíritu maligno que presidió sin duda las escenas anteriores, acomodase estas palabras á la angustiada situacion de nuestros personajes.

—¿Os da risa, señor licenciado?

—Cómo no! con razon está el hombre que le sale fuego por los ojos..... ja! ja! ja! pobre señor Chirinos! la llevó como una corona de amapolas.....pobre señor Chirinos! .....pero quereis explicarme.....finge tan bien esa diablo de mocozuela, ó Chirinos ignora por ventura que la voz de Isabel es mas armoniosa que la de Sara?

—Bah! replicó Albornoz; y ¿quién pone cuidado en ligeras diferencias musicales, cuando el vapor de Baco se le ha subido á las narices?

—Y el del amor,—añadió Estrada;—qué mas quereis? con eso basta.....

—Hola!—dijo Zuazo,—conque el señor veedor iba con la cabeza al aire.....pues cómo pudo.....

—Cómo?—repitió Estrada,—cómo?— perfectamente: la chispa no quita los recuerdos, y si es ligera, no desvanece los juramentos.

—Oh! oh!! este Fray Roque es un portento, camaradas. En fin, debe ser media noche, y será prudente que nos retiremos. Dadme los legajos.....

—Bien..... Zapata!

—Señor!

—Pedid á Doña Luz las llaves de mi escritorio.

—La señora se ha recogido.

—Ved si las ha dejado en el armario.

Zapata se dirigió á las piezas interiores, mientras Estrada, tomando una luz del candelabro, se colocó á dos pasos de las cortinas. Iba á levantarlas seguramente, cuando apareció de nuevo Zapata, diciendo:

—No están, señor.

—Ea!—dijo Zuazo;—dejémoslo para mañana. Os enviaré temprano á Gil Rodezno.

—Sea.

Dicho esto, los señores se despidieron, y bajaron, guiados por Zapata que tomó la luz de manos de Estrada. Este siguió paso á paso por el corredor, hasta perderse por su fondo.

14

Que por epígrafe llevará esta sentencia: "Quien tal hace, que tal pague."

VOLVAMOS ahora adonde quedan Medina y Andrés Tapia.—Cuando este, despues de haber presenciado la lucha que sostuvo Doña Luz, vió que Medina, por una casualidad inesperada, vino á ocultarse al mismo sitio donde él se hallaba tan seguro, quiso meterse por la puerta que tenia á la espalda, pero fué imposible, y hallóse frente á frente con D. Francisco de Medina.

Al vago reflejo que atravesaba las cortinas, se vieron y creyeron comprenderse. Guardaron profundo silencio hasta que el eco de los lentos pasos de Estrada se hubo extinguido completamente. Entonces una mano de Tapia rozó por acaso la de Medina, y las dos manos se estrecharon en la oscuridad, enroscándose con la fuerza de una cólera contenida.

—Esperad!—murmuró Tapia;—todavía no.

Y cada uno, con los ojos horriblemente fijos en los del contrario, y abiertos los oidos para recoger el mas mínimo

ruido, atisbaban, conteniendo la respiracion, el instante en que fuera absoluto el silencio.

Nada se oia.

De súbito, Andrés Tapia se movió para levantar la colgadura; pero Medina, que esperaba un golpe, se lanzó sobre Tapia con la velocidad del relámpago, ciñéndole con sus robustos brazos. Tapia quedó con los suyos inmóbiles. Medina temia soltarle, pues le suponia con el arma en la mano.

—Ah!—dijo Tapia sordamente:—así es como atacan los felones como vos, infame! Salgamos.

—No,—decia Medina conteniéndole;—vos sois el felon y el infame..... vais á ver cómo castigo á los traidores.

—Soltadme, vive Dios!

—Soltáos si podeis.....

Trabóse una lucha formidable. Tapia, que no puede hacer uso de los brazos, enreda una de sus piernas en otra de Medina, que se atiranta con la rigidez del hierro, mientras con los dedos, que apenas logran moverse, toca ya el pomo de la daga suspendida al talabarte de su adversario. Medina lo siente y quiere impedirlo asegurando aquella mano; pero tiene que aflojar un instante, y Andrés Tapia lo aprovecha safándose violentamente y logrando pasar un brazo por tras el cuello de Medina. Este se siente estrechado contra un pecho que á través del justillo manifiesta los toscos bodoques de una robusta musculatura. Su nariz se dobla, siente en los dientes el frio de los botones de acero, y escucha de cerca el corazon de Tapia, que resuena como el paso precipitado de un corcel en medio de la noche.

Así permanecieron algunos segundos; parecia que atesoraban fuerzas. Meditaban sin duda el golpe maestro que debia decidir del triunfo. No se veia nada; pero habia es-

puma en los labios, mortal palidez en los rostros, y miradas que á la luz del dia hubieran hecho espeluzarse á un habitante del infierno.

—Salgamos!—dijo á su vez Francisco de Medina.

Tapia no respondió; atrajo mas y estrechó con mas fuerza la cabeza que tenia asida. Retrocedió hasta donde pudo permitirlo el sitio estrecho en que se hallaba, y volviéndose repentinamente, dió tal impulso al cuerpo de Medina, que ambos rodaron por el suelo envueltos entre los pliegues de la colgadura. Las cortinas crugieron, se desgarraron y cayeron, cubriendo completamente aquel grupo siniestro. La flama de las velas se acható barriéndose por sus contornos, y la persiana quedó medio desvencijada al desprenderse, ostentando algunos temblorosos pingajos.

Oyéronse en este momento algunos pasos por la galería; poco despues un golpe. Todo pasó desapercibido.

La lucha continuó debajo de las cortinas, sin ser posible adivinar quién de aquellos hombres tenia la ventaja. Un bulto informe, que hubiera parecido algun monstruo con piernas de hombre rebulléndose en sus pañales, adelantaba lentamente lanzando rugidos de furor y estremeciendo el aposento con sus pisadas.

Despues se paró, como atacado por convulsiones epilépticas. A poco rodó sobre lo que parecia la espalda, y cambió de forma.

En el extremo delantero apareció un rasgon por donde asomaron, como lengua, los rizos enmarañados de una cabellera. Palabras que no tienen significado, apóstrofes violentos, dichos con voz ahogada, y blasfemias sin nombre, salieron entonces por los labios de aquella boca tremenda, que iba ensanchándose por grados.

Siguieron los cambios de forma. Por la parte superior del bulto se levantó un cuerno, creció, traspasando lo que llamaremos la piel, y dejando ver una extremidad aguda y relumbrante. Aquella punta se deslizó con un silbido; su huella creció á lo ancho, dando paso al cuerpo del capitan Francisco de Medina.

Su semblante, oculto completamente por el cabello en desórden, se inclinaba descubriendo la oreja manchada de sangre. Debia ser el efecto de una mordida. Estaba montado sobre Tapia; una de sus manos aferraba la que este tenia con un puñal, y la otra, en la que él llevaba una arma semejante, yacia casi estrangulada por la mano izquierda de Andrés Tapia.

—¿Os peso mucho, seor valiente?—dijo Medina, que apenas podia hablar de fatiga.

La respuesta fué un bote dado con un impulso sobrehumano. Los dos quedaron sobre el costado; pero ninguno soltó la canilla de su adversario.

—Ya lo veis,—dijo Tapia;—si todos los bandidos pesaran tan poco, andarian por el aire.

—Me admira esa palabra en boca de un espía miserable.....

—Sois un ladron.....

—Ah! ya vereis si no me robo vuestra piel.....

—Vos?..... ¡ja!

—Yo!

Los esfuerzos se renovaron. Aquello era un delirio de muerte. La hoja de los puñales describia penosamente rasgos sesgados en el aire, buscando en vano el corazon, sostenidos por un puño negro casi bajo la presión de otro puño indomable. Medina, queriendo herir á toda costa y

de cualquier modo, levantó la cabeza y dió con ella en el rostro de Tapia. Este no pudo contener un gemido arrancado por el dolor; pero la ira le dió fuerza, y por una rápida maniobra quedó montado sobre el otro. Su nariz comenzaba á hincharse; dos hilos de sangre bajaban por sus barbas, huian por los pliegues del justillo y caian gota á gota sobre el pecho de Medina. El diálogo, sofocado, trémulo, jadeante, sombrío, volvió á reanudarse.

—¿Os fatigo mucho, seor ladron?..... dijo Tapia imitando el tono con que hacia poco le habian hecho la misma pregunta.

Medina quiso á su turno parodiar el bote de Tapia; pero no pudo hacerlo.

—Erre!—esclamó Tapia sin descomponerse.

—Miserable!—dijo Medina;—dad tregua á esta lucha de canalla, y combatid en órden..... os permito que tomeis vuestra espada.

—Hola! Sois generoso..... dais el permiso..... gracias..... Pues mirad, yo no permito que me deis el permiso.....

—Ah! Teneis razon!..... Os falta la costumbre de batiros como caballero!..... Teneis miedo!

—Miedo?..... Me alegro.

—Soltad! os digo..... asesino!..... si no quereis que os estrangule como á un perro; si no quereis que rasgue el vientre de esa prostituta que á los dos nos engaña.

Medina seguia revolcándose con verdadero frenesí bajo los muslos poderosos de Tapia, que le estrechaban como en una prensa.

—Os conozco, decia Tapia; soltad vuestro puñal, y entonces nos arreglaremos.

—Soltad el vuestro.....

—Soltadle vos.

Era tal la rabia de Medina, que considerando como imposible la victoria, y acaso no sintiendo sino la humillacion y la impotencia, soltó el puñal y dijo:

—Matadme!

—Oh! ¿Os declarais vencido?.....

—¡Tomad la espada, ó heridme!.....

—No; tomareis vuestra espada, replicó Tapia. Entonces soltó la mano de Medina, recogió el puñal de este, y libre tambien por parte de la suya, se puso en pié, mientras el otro se levantaba lentamente. Habia guardado su puñal, y aun tenia en la mano el de Medina, cuando este, desenvainando con indecible rapidez su larga espada, cerró sobre él, dispuesto á exterminarle.

Tapia paró con el puñal la primera estocada; la segunda le atravesó la mano, y soltó el arma, que era su escudo. Sintió que la tercera le habia dado por el vientre; pero tuvo tiempo y sangre fria para afianzar con las dos manos la hoja de la espada.

—Ah!—exclamó; mientras aferrado al arma de Medina, se esforzaba por contenerla.—Miserable! asesino! ¿Me negareis ahora quién merece este nombre?

—Os he dicho, repuso Medina, que tomeis vuestra espada; tomadla.

No sabemos la respuesta que iba á dar Tapia á este sarcasmo de su enemigo, porque fué interrumpido por la presencia de Doña Luz, que apareció en la entrada oscura de la galería. Estaba, si se nos permite decirlo, muerta. Era, aunque animado, un ángel de mármol descendido de la cubierta de un féretro. Tambien volvia de la muerte.

=Amigo mio, quedamos á mano (pag.ª 156)

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

Atraida por el fracaso, habia llegado hasta muy cerca del sitio de la lucha; pero vió á su amante en la actitud feroz de un asesino: creyó ver el arma levantada, y bajo el golpe á su esposo inocente, arrastrado ahí por ella y maldiciéndola en su agonía: quiso correr en su defensa, pero cayó desvanecida.

Despues de algunos momentos volvió en sí, volvieron sus recuerdos, escuchó de nuevo, y se arrastró como pudo hasta la entrada del funesto aposento.

No bien la vió Medina, sus ojos se inyectaron de sangre; arrebató la espada que Tapia, ya desfallecido, no podia disputarle, y se adelantó hácia Doña Luz, diciéndola:

—¡Maldita seas, mujer abominable!..... tú que sabes revestir la infamia con las caricias del amor, y ocultas la perfidia tras impíos juramentos!..... tú, vil meretriz de ese bandido, que te ayuda y te aconseja para perderme, ruega al demonio que te liberte de mi cólera, porque vas á pagar, muriendo, el horrible espionaje de que me has hecho víctima.

Doña Luz, sin fuerzas para hablar, sin lágrimas, sin aliento, se dejó caer de rodillas á los piés de Medina. Este, no escuchando sino la voz de una ciega venganza, retrocedió blandiendo la espada sobre la cabeza de Doña Luz, que esta se cubrió con las manos..... Sonó un golpe.....

Era la espada de Andrés Tapia, que rápida y fulgurante como el rayo, cayó haciéndose trizas en la cabeza del asesino. Este, sin vacilar siquiera, se desplomó hundiendo la frente en los pliegues del vestido de Doña Luz. La jóven lanzó un grito desgarrante, rodeó con los brazos aquel rostro letal que tenia sobre sus rodillas, y dobló la cabeza,

cubriendo con su cabellera perfumada las sienes sangrientas de Medina.

Tapia se dirigió á la puerta, y lanzó, al partir, estas frias palabras.

—Amigo mio, quedamos á mano.

15

La suerte del mas pobre.

Pocas horas antes de los sucesos referidos, se detenian algunos hombres frente á la ventana donde hemos visto hablar á Tetzahuitl con Isabel Dorantes.—Eran todos ellos de mala catadura, si se juzga por los remiendos de las capas, las botas viejas de vaqueta, los sombreros gachos tocándose con el embozo, y las precauciones que tomaban para amortiguar el eco de sus pasos.

—¿Habremos llegado tarde?—preguntó uno de aquellos.

—No,—dijo otro;—Rebelo se ha estado aquí desde la queda, y no ha visto á nadie.

—Rebelo!.....

—Señor!.....

—¿Estás bien seguro de que nadie ha venido?

—Sí, señor.

—¿Están colocados los exploradores donde te dije?

—Sí señor; menos el Grillo.

—Por qué?.....

—No ha cesado de beber desde las oraciones..... le encontré borracho.

—Bribon!.....y Peralta?

—Está en su puesto;—pero creo que viene lo mismo.

—¡Tambien borracho!..... maldito viejo..... ya me las pagará todas.—Bien dije yo : si adelantamos las propinas, estos bribones se las tragan de pulque y nos echan á perder el negocio.

—Y esos, han tomado?

—No señor,—respondieron en coro los circunstantes.

—Pues estad prevenidos, porque no dilatan..... cuidado! ya saben que mi señor Chirinos es inflexible: nos descuartiza á todos si no le llevamos lo que pide.

—Perdonad, señor Garduña,—dijo alguno que tenia el acento de un jóven:—decidme: ¿podremos atacar si ese caballero nos aprieta mucho?..... es decir.....

—Ni un araño!..... ahora, si viene acompañado, como es muy factible, podeis arreglaros con su gente de la manera que Dios diga; pero al Caballero, nada!..... procurad..... Eh!..... Zapotejo, no te se han olvidado las cuerdas?

—No señor, replicó el hombre mas pequeño de aquellos.

—La mordaza?

—Tampoco.

—Bien.—Manteneos á la capa detrás de aquellos matorrales.—Oireis un silbido cuando sea tiempo.—Tú, Barreda, vente conmigo.

Garduña se alejó algunos pasos con el llamado Barreda, y le dijo:

—Conoces tú á nuestro pollo?

—No; pero barrunto con quién tenemos que habérnoslas

—Quién?.....

—Andrés Tapia.

—No!.....

—Bah! ¿Por quién otro se harian estos preparativos?.... además, yo he visto..... he creido sorprender ciertas miradas significativas entre el Capitan y la mujer de Dorantes.

—No sabes nada.

—Cómo?.....

—Tapia está por otras regiones mas elevadas.....

—Lo sé; pero la indita no es un bocado despreciale; bien pudiera competir con Doña Luz..... Creo que es mas hermosa, con mucho, que la mujer del tesorero.

—Es cierto; pero estás equivocado: nuestro amigo es nuevo en el país, segun creo.

—Medina?..... Ocampo?..... Arróyave?.....

—Tampoco.

—Pues no acierto.

—Lo mismo digo.—Las señas que me dió Chirinos son tan vagas..... es decir, no me dijo sino esto: «Es una persona disfrazada con los arreos de soldado..... llegará á la ventana de Isabel, y allí le tomarás por bien ó por fuerza, y le entregarás al gefe de guardia en las atarazanas.»

—Oyes?.....

—Sí.....

—Debe ser él.

—Ocultémonos.

Garduña y Barreda se colocaron tras uno de los ángulos del edificio, mientras una perdida ondulacion del aire nocturno traía el rumor de varios pasos lejanos.—Callaron

despues.—Barreda se aventuró á sacar un ojo.—Allá en el fondo de la avenida se columbraba una luz que se acercaba visiblemente.

—Mira.....dijo á Garduña el que espiaba.

—Una linterna.....

—No; parece mas bien una torcida de resina..... ¿ves la flama?

—Sí.....

—Distingues?

—Zape! ya se apagó.

—Aquí viene..... alerta!

—Metámonos.

Volvieron á ocultarse.—Oyóse una carrera, y apareció un hombre envuelto en las sombras: traia en la mano, y servia para notar sus movimientos, la mecha enrojecida todavía, ya próxima á extinguirse.

Despues de haber permanecido algunos segundos como buscando el camino por donde debia dirigirse, torció por la izquierda, y adelantando hasta las ventanas de Isabel, dió tres golpes.

—Ahora es tiempo,—dijo Garduña en el oido de su compañero.

—Ya? No esperamos á que hablen alguna cosa?

—No; la órden dice que nadie debe presenciar el ataque: ¿no ves que la Dorantes..... los gritos.....

El desconocido volvió á dar otros golpes con una fuerza desesperada, y gritó;

—Juana! Juana!

—Cuerno!—exclamó Barreda;—ese amante no entiende de burlas..... mirad que recio llama.....

—Silencio!

Garduña se acercó á los labios alguna cosa, y produjo un silbido.

Aquel hombre que llamaba á la ventana, se sintió cogido repentinamente por dos brazos hercúleos que le comprimieron, dejándole inmóbil.

—Perdon! señor; perdon! gritó el infeliz, próximo á sofocarse.

Otros dos brazos le tomaron por las pantorrillas y le levantaron en peso: abrió los ojos, y viéndose rodeado por diez ó doce figuras siniestras, volvió á clamar:

—Perdon! señor..... señores! por las madres..... por la madre que os ha parido!..... caballeros! señor Tapia..... señor Medina! mirad que yo no.....

Nuestros lectores habrán reconocido en estas palabras á nuestro amigo Zapata. Cuando vió que Medina se abismaba en el escondite de Tapia, no le cupo ya duda acerca de los resultados fatales de esa casualidad; guió hasta la puerta de la calle á los señores Albornoz y Zuazo; y dando el último adios á aquella casa, donde no dilataria en hallar el castigo terrible de sus dobles manejos, corrió á la casa de Dorantes á buscar un asilo por medio de su hija; corrió sin acordarse de dejar la vela, y trastornado por el miedo, llegó al punto en que le vemos preso por los agentes de Chirinos.

Le intimaron silencio y comenzaron á atarle; mas él, que ya se figuraba estar en garras de la muerte, pedia misericordia y procuraba escapar, moviendo piés y brazos. La masa de hombres oscilaba sin soltar su presa.

—Señores!—volvió á decir;—vais á cometer un asesinato; mirad que yo no tengo.....

¿Qué iba á decir Zapata?..... una tosca mano ahogó sus

palabras. Sintió despues que le introducian en la boca un objeto voluminoso, que se la dilató de una manera horrible haciendo crugir sus mandíbulas. Un vapor de cólera envolvió su cabeza; pudo levantar un brazo tan alto como lo permitian las ligaduras, no estrechas todavía, y en la cabeza de uno cuyo sombrero habia caido con los movimientos, descargó la vela de cera con tan solemne garrotazo, que hizo retroceder á todos los que procuraban sujetarle por las piernas. El infeliz aquel abandonó súbitamente los cordeles para tenerse la cabeza, y cayó sentado, lanzando una tremenda maldicion á Zapata.

—Ea! imbéciles!—dijo Garduña;—sujetadle, ú os hundo mi espada.

A estas palabras volvieron á apoderarse todos de Zapata, le estrujaron ya sin miramiento, le ataron como un cohete y le pusieron de cara sobre el suelo.

—Punto final,—dijo Garduña envainando:—ahora, tomad á ese caballero, y seguidme.

Dicho esto, Zapata fué colocado sobre una capa; cuatro hombres tomaron por las puntas, y echaron á andar en seguimiento de Garduña. Los demas, acompañados de Barreda, tomaron un rumbo diverso, conversando acerca de la aventura.

—Maldito seas tú y todos los diablos que te parieron!... alevoso!.....—Exclamó un hombre que se levantaba á duras penas del empedrado;—ya veremos si no me la pagas, aunque tenga que buscarte en el purgatorio!..... A mí no me pagan..... pero ¿adónde he puesto mi sombrero?.....

Comenzaba á tantear el suelo, é iban ya lejos los subordinados de Garduña, cuando en la esquina próxima se dibujó el bulto de un hombre: aquel hombre era Tetzahuitl.

—¡Por Belcebú!—decia el otro;—á mi sombrero se le ha tragado la tierra..... y no haber una luz!.....

Tetzahuitl se acercaba silenciosamente, con la insidiosa lentitud de una araña.

Aquel siguió buscando; pasados algunos momentos, se enderezó rascándose las barbas, y dijo:

—Tú me la pagarás, maldito!.....

—Yo?—le replicó una voz que él no supo adivinar de dónde salia.

—¿Quién va?..... exclamó.

—Eres tú, Grillo?.....

—Y tú, ¿quién eres?

—Soy,—replicó Tetzahuitl,—aquel que no quisieras haber visto nunca en tu vida..... espera! si das un paso mas, eres muerto.....

—Yo no soy nada..... devolvedme el sombrero, y santas pascuas.

—Dí, qué buscas?—preguntó el amante de Isabel tomando al otro por un brazo.

—Eh! á mí con esas? quién sois? Ah! un indio!!..... atrás!

—Calla!

Tetzahuitl puso la punta de un puñal en el pecho de su interlocutor; éste sintió perfectamente, y se convirtió en una estatua.

—¿Quién eres?—le preguntó Tetzahuitl.

—Soy Jorge Villadiego y Valencia, natural de la sierra de Almonaster, en Huelva, hidalgo.

—¿A quién buscas?.....

—A mi sombrero.....

—¿A quién buscas?..... quién te ha mandado aquí?.....

—A mí?.....

—Habla! ó eres muerto.

—Yo?..... he venido á prender á un hombre..... á mí me lo mandó Garduña.

—Garduña?.....

—Sí, tal.

—Quién es ese?.....

—Ah!—Garduña?..... Garduña es un soldado del Gobernador que..... vive Dios!..... si sabe.....

—Y quién de los gobernadores?

—Friolera! D. Pero Almindes de Chirinos.

—Ah!.....—exclamó Tetzahuitl;—y volviéndose hácia los matorrales donde estuvieron apostados los de Garduña, gritó sin esfuerzo.

—Itzcoatl!..... *nican ic!*..... (por aquí).

Aparece momentáneamente otro indio que entabla una rápida conversacion con Tetzahuitl, hablando en el idioma nahuatl. Concluida ya, el recien llegado toma del brazo á Jorge Villadiego, y le dice en mal castellano, mientras Tetzahuitl desaparece:

—Vente conmigo.

—Cómo! voy preso?

—Anda.

—Pero ¿qué es esto!.....—gritó Villadiego retrocediendo algunos pasos y abriendo los ojos desmesuradamente.

Una turba de hombres semejantes á su interlocutor, salió de las sombras. A poco sintió que le envolvieron la cabeza en su misma capa; despues, que le levantaron en peso; y luego, por el movimiento y por el sordo redoble de los piés descalzos, conoció que le llevaban á toda prisa, sin saber adónde.

Jorge Villadiego y Valencia, natural de la sierra de Almonaster en Huelva, hidalgo, caminaba en direccion de la ciudad de Iztapalapa, encomendándose de todo corazon á la Madre de Dios y á Santiago de Compostela.

16

El veedor y el factor.

MEDINA volvió en sí á pocos momentos; Luz, con esa elocuencia que solo inspira la verdad, y esas lagrimas aun mas elocuentes del amor ultrajado, refirió su entrevista con Tapia; la sorpresa que ambos recibieron al oir los pasos que ella creia fuesen de Medina, y Tapia los de Estrada: refirió de igual modo las respuestas engañosas que la dió Zapata; y hasta las palabras con que Tapia, ya desesperado con las repulsas, expresaba su amor y la triste resolucion de acabar con sus dias. Por otra parte, la conocida sencillez de Doña Luz, su virtud, esa virtud á que Medina, con toda la fuerza de la audacia, del tiempo, de la seduccion, y hasta de la amenaza, no habia podido vencer nunca, sino en el terreno puro del alma, concluyeron por desvanecer hasta la mas leve sospecha de culpabilidad, y arrastraron á sus piés á ese hombre salvaje, que postrado de hinojos y fija en el suelo la mirada soberbia, pidió perdon por su extravío y prometió borrar,

á costa de un grande sacrificio, el recuerdo de los ultrajes, y pagar, aunque fuera con sangre de su corazon, cada gota de llanto vertida por su causa.

Los términos que habia usado Medina pedian una reparacion. La vergüenza de hallar inocente á Doña Luz despues de haberla desgarrado con los insultos mas violentos, no podia borrarse con el perdon. El arrepentimiento, que hace vagar por la faz de Dios una sonrisa de misericordia, no pone sino un gesto de desprecio en los labios del que ha sido calumniado sin justicia. El corazon humano arroja entonces el perdon; pero se reviste de altivez y pone una mirada de lástima en el miserable que, sin mas prueba que vanas apariencias, juzga y condena á su víctima al tormento de la calumnia.

Medina fué acometido por el orgullo, y quiso aparecer mas noble, mas generoso que Doña Luz, y le mostró los secretos de Zárate; sintióse embargado por una compasion sin límites, y quiso presentar á Luz, como una ofrenda de cariño, la cabeza de los enemigos de Estrada.

El plan de estos vino por tierra. Medina desde aquel instante juró perderlos, no solo por Luz; tambien porque consideraba mas segura su fortuna con hombres menos hipócritas que los partidarios de Salazar y de Chirinos, de quienes esperaba toda especie de traiciones. Debemos señalar tambien otra causa que obró para este cambio de partido, porque ella es poderosa, aunque no sea sino por un momento.—Medina tenia cerca de veintiocho años, es decir, la edad en que el amor impera con dulce pero irresistible tiranía sobre todas nuestras potencias. Él, en esa edad es la esperanza, es el sueño, es el recuerdo, es la alegría, es el aire, es el horizonte, es el deseo, es la vida: en esa

edad, las cadenas que nos sujetan á los compromisos de un necio orgullo, se pulverizan con el estampido de un beso; el vacío que no llenan mil ensueños de gloria, rebosa con una lágrima; el carácter inflexible de hierro, se doblega al peso de una blanca mano de niña; y los castillos colosales que la ambicion construye, oscilan y caen al leve soplo de un suspiro de amor.

De qué otro modo pudieran explicarse aquellas variaciones inesperadas, que los historiadores atribuyen al carácter simplemente *caprichoso* de Medina? Lo que se llama capricho no existe, ni esa palabra vaga sirvió nunca para explicar las determinaciones de los hombres. El capricho es la simple apariencia; bajo las acciones sin objeto, hay siempre un móvil que estamos acostumbrados á descuidar en la historia; y ese móvil, cuando no se han cumplido treinta años, no es otro que el amor, alma, como dicen, del universo; y mas bien, universo del alma; el amor, grata y á veces amarga delicia de la existencia.....

Pero sea cual fuere la causa de la defeccion de Medina, procuraremos fijarnos en sus resultados.

Estos eran fatales para Salazar y Chirinos. Fuera de Medina, que tenia gran influencia entre las tropas, no contaban sino con Gonzalo de Ocampo y algunos aventureros que valian solo por sus servicios puramente personales. Zárate habia desaparecido, sin que las crónicas refieran pormenores del caso. Andrés Tapia, discípulo y protegido de Cortés, partidario de Estrada y enemigo á muerte del factor, comandaba cien lanzas; Jorge Mendieta se paseaba con cuarenta caballos por las inmediaciones de Texcoco, pronto á dar una carga á la primera indicacion de los gobernadores Estrada y Albornoz, los únicos que él consideraba

como legítimos. Y allá de cuando en cuando llegaban á los oidos de Salazar y de Chirinos rumores siniestros que les hablaban de destitucion, de calabozos, de destierro, y hasta de muerte.

Una noche los dos hallábanse reunidos en una gran casa que Cortés habia confiscado, con otros bienes, á Quauhtemoc, y que un regidor dueño de ella vendió por unos cuantos marcos de oro á Pero Almindes. Aquel caseron vacío, aislado, medio ruinoso, parecia llorar la ausencia del señor, y se cubria de ásperas malezas, como la viuda con su ropaje de duelo. Allí se veian anchos patios, galerías inmensas, jardines incultos, mostrando aquí y allá fragmentos de columnas y cabezas de ídolos despostilladas, búcaros de flores marchitas, y pedestales abandonados, pórticos derruidos, escalinatas perdidas entre la yerba, arroyos desviados corriendo entre escombros, cauces y fuentes de alabastro, secas y manchadas con inmundicias. Cerca de la entrada estaba una estatua con la cara vuelta contra el suelo, y debajo de aquella cara hundida en el fango, se movia un hervidero de gusanos. En el fondo de uno de los patios, el mas estrecho, habia otra estatua colosal de *Tlaloc*, el dios de la agua, sentado sobre una piedra cúbica, y puestas las manos sobre las rodillas. El aire de la noche apartaba el ramaje, y á la luz del relámpago, la hórrida faz de aquel dios olvidado se animaba, lanzando entre las ruinas miradas siniestras.

Las piezas interiores eran bastísimas y tambien estaban desiertas. Allí se respiraba una penosa melancolía.—Algo como lágrimas trasporaba por aquellos muros en otro tiempo tan alegres y resplandecientes: un olor de humedad casi sepulcral habia sustituido al aura de la mirra y de las

yerbas aromáticas; el canto de las aves nocturnas se escuchaba en vez de la alegre sinfonía de los pífanos; y en vez del eco del festin y de los suspiros de amor, se oia tan solo el fatídico silbido del aire que, lloroso como los manes de Quauhtemoc, vagaba sin consuelo por las tristes soledades de aquel recinto.

En una de las piezas que daban sobre el primer patio, á la luz de un velon de cebo colocado sobre la repisa, y sentados sobre una especie de chapiteles de pórfido, se hallaban Salazar y Chirinos conversando acerca de su precaria situacion.

—Es preciso,—decia Chirinos,—que tomemos con tiempo el camino de España, porque aquí nos esperan grandes desastres. ¿Con qué contamos, quereis decirme, para permanecer impávidos entre tantos enemigos como han hecho surgir bajo nuestro paso las maquinaciones de Albornoz y de Estrada? Las fuerzas son suyas; el ayuntamiento los acata como señores; los frailes son sus defensores, aunque no sea sino por oponerse á nuestra elevacion; tienen casi el voto de la ciudad entera; tienen agentes en la corte, mas poderosos que los nuestros; se han ganado, como por encanto, al capitan Medina, que debe haberles revelado todo lo que á Zárate se le puso en las mientes confiarle..... qué nos queda?..... qué esperamos?..... que un dia vos y yo, y los pocos amigos que nos restan, seamos sorprendidos en nuestro lecho, y arrojados donde ese malaventurado Zárate debe estar á estas horas siendo pasto de los gusanos.

—No es eso todo,—replicó Salazar, en cuyo semblante se veian marcadas las huellas del insomnio y del miedo;—vuesa merced, señor Chirinos, ha omitido la parte que mas me desazona.....

—Aun hay mas?.....

—Sí tal..... ¿por dó queda el camino de la salvacion? por dó nos marchamos á Europa?

—Ah! quereis hablar de los apostaderos.....

—Quiero hablar de que ya no es tiempo para nada..... vos teneis, no lo niego, el valor y la habilidad de un regular soldado, para abrirnos paso entre las lanzas de Mendoza; pero ¿adónde están las vuestras? Y ante todo, ¡cómo partir sin un escudo! cómo salir del rico suelo de la América sin un maravedí, mientras esos villanos se volverán repletos de tesoros!..... esto me mata!..... ah!..... y si recuerdo que vos, vos os empeñásteis en abogar por Albornoz cuando yo le tenia entre mis manos!.....

—Oh! vuesa merced padece una equivocacion.

—Cómo! cuando llegamos aquí con el prestigio de la novedad; cuando Estrada y Albornoz habian perdido la reputacion por sus rivalidades; cuando infames traidores aun no habian calumniado la nuestra, os dije: caigamos sobre estos miserables, démos con ellos en un calabozo de la fortaleza, y sin fórmulas de juicio ni ninguna especie de miramientos, démosles garrote..... Y ¿quién me dijo entonces..... Ah! vos, que contábais entonces con la adhesion de Jorge de Alvarado, es decir, con la fuerza de Tapia, me negásteis que teniamos ese apoyo, y me vi forzado á contemporizar con Albornoz! ¿Quién os infundió, quereis decirme, aquella locura que tan caro nos cuesta?

—Ah! yo fuí engañado,—replicó Chirinos suspirando.

Aquello hasta cierto punto era verdad. Chirinos creyó, como hemos visto, que hablaba con Isabel aquella noche que juró abogar por Albornoz; pero mentia, si acaso trataba de hacer entender á Salazar, que se engañó en los

medios y no en las intenciones. La pureza de las intenciones de Chirinos puede juzgarse por aquella conversacion que tuvo al pié de una ventana con Sara, la hija de Farfan. Se engañó y le engañaron, nada mas cierto; y si ahora suspiraba, era sin duda porque veia en los riesgos presentes el justo castigo de su perfidia.

—Y luego,—repitió Salazar dándose una palmada en la frente,—partir cuando era nuestra la esperanza! partir con las manos vacías, cuando el triunfo nos mostraba, sonriendo, los fabulosos tesoros de Guatimotzin! partir á hundirnos en España bajo el vulgo de los vasallos, sin nombre, cuando aquí ricos y extensos señoríos, y acaso todo el reino, se presentaban, como las flores de los setos, al alcance de nuestra mano!.....

—Ay!—dijo Chirinos;—vos, señor, podeis dar al olvido vuestras doradas esperanzas..... pero yo..... yo estoy maldito!

—Pero las vuestras pueden realizarse; y sobre todo, señor, son el efecto de una demencia pasajera; el amor se puede hallar en todas partes y con poco trabajo; no así lo que yo busco.....

—Ah!..... sí..... se halla el amor, pero el amor de quien no quiero. ¿Y qué se me da á mí el amor de todas las mujeres, mientras la imágen de esa Isabel á quien aborrezco está grabada en mi corazon como un sello de martirio?..... Oh! he dicho que estoy maldito. El diablo, porque no puede ser otro el que ha vertido lumbre en mis venas, ha puesto en Isabel, no solo desprecio y frialdad, sino aversion, horror, odio irreconciliable, odio denegrido para henchir el colmo de mis tormentos.—Y yo la amo..... por vida mia! y yo he tenido el horrible antojo de

quererla! ¿Conoceis por ventura un hombre mas imbécil, que aqueste que teneis enfrente?..... Ah! y tener que marcharme!..... y tener que marchar sin ella!

—Ay! y tener que marchar sin ella!—repetia Salazar, que en aquel momento no pensaba sino en la fortuna.

Chirinos se paseaba entretanto á lo largo de la habitacion, seguido por su sombra, que se dibujaba sobre el muro.

—No!—decia completamente abstraido,—no partiré sin tomar el desquite. Hace tres dias que guardo entre cadenas la prenda mas segura de mi venganza; Tetzahuitl..... Ya veremos si esa que hoy se desdeña de mirarme, no se arrastra como un reptil á mis plantas.....

—Creo,—dijo Salazar hablando consigo mismo,—debemos triunfar ó perecer en la demanda. Nos quedan aún algunos elementos que, manejados con habilidad, pueden hacernos dueños exclusivos del mando. Sí, añadió dirigiendose á Chirinos; Tapia será nuestro, con tal que sepamos ganarle.

—Y de qué modo?..... preguntó el otro.

—De qué modo? Sacrifiquemos el corto caudal de nuestros ahorros; démosle oro hasta que pierda la cabeza; pues al fin.....

—Cuánto teneis?

—Treinta mil ducados. Y vos?

—Yo, nada.

—Temeis exponeros?..... Vos teníais.....

—Tenia.

—Cómo! Quereis decirme, si lo teneis á bien, ¿en qué habeis invertido un capital de 80,000 ducados?

—En nada; pero un error, una fatalidad, un no sé qué feroz y hostil que me persigue, me llevó á depositarle en

manos de un hombre que hoy, prevalido de la situacion, se niega á restituirmele.

—¿Y no le habeis estrangulado?

—Seria inútil.

—¿Y quién es ese hombre?

—El regidor Alvaro Manrique.

—Qué!..... qué decis! exclamó Salazar incorporándose maquinalmente y clavando en Chirinos una mirada indescriptible de terror.—¡Alvaro Manrique!..... Alvaro!..... es decir, Alvaro Manrique! No!..... estais equivocado..... pretendeis acaso..... pero á ver, á ver..... contadme..... necesito saber lo que ha respondido ese villano..... vamos.....

—¿Y qué quereis que os cuente? Viendo ese infame que Medina nos abandonaba, y que á pesar de nuestros nombramientos, quedábamos á la merced del que quisiera destituirnos, me puso esta respuesta, ayer que le pedia mis ducados para embarcarme:—«Oh! no me hableis mas de ese dinero; por vuestro honor y propia conservacion debeis callar, pues una palabra bastará para perderos.»—Bien, le dije; pero á ver mis ducados.—«Vuestros ducados, replicó lleno de hipocresía, no los tengo.»—¿Y qué habeis hecho de ellos?—«Oh! no me culpeis; pero el Sr. Mendoza supo que eran vuestros..... están en sus manos, y os ruego que huyais, porque se trata de averiguar el orígen de esa fortuna; se trata de instruir un proceso, de buscar un pretexto cualquiera para dar principio á las hostilidades, etc., etc.»

—Miserable!—gritó Salazar;—á mí tambien me ha asesinado!..... yo tambien le fié mi caudal..... yo he sido tambien un imbécil!..... y luego, en manos de Mendoza, manos del mas terrible de nuestros enemigos! Y ¡cómo

no bebísteis la sangre á ese traidor de Alvaro Manrique!... Ah! diera yo el alma á Satanás, si Satanás quisiera vengarme!.....

Tres golpes dados en la puerta, hicieron que Salazar y Chirinos se miraran con un terror supersticioso. La luz era triste, el silencio solemne, y las altas horas de la noche traian á la imaginacion los formidables séres de las leyendas, cubiertos con el horror de los infiernos ó empapados en el negro velo de la tumba.

—¿Lo veis?.....—dijo Chirinos palideciendo;—habeis blasfemado.....

Salazar se santiguó por tres veces, y volvió á fijar en el veedor sus ojos inmobilizados por el espanto. Volvieron á llamar.

Despues de un intervalo de vacilacion se dirigió Chirinos á la puerta, casi avergonzado de haberse dejado sorprender por sus preocupaciones.

—¿Qué vais á hacer?—dijo Salazar.

—Ea!—replicó Chirinos;—el diablo no llama nunca. Seria el exceso de la cortesía, que Pingo esperara á que le abriésemos, cuando puede colarse por las paredes.

Entonces descorrió el cerrojo.

17

D. PEDRO NEGROMONTE.

Se abrió la puerta y apareció bajo el dintel un hombre con la cabeza descubierta y puesta la mano sobre la empuñadura de la espada.

Chirinos, al verle, experimentó cierta sensacion de frio por toda la superficie de su cuerpo. La vela chisporroteó dando una luz mas resplandeciente, y Salazar se puso en pié, murmurando una oracion de San Bonifacio contra el príncipe de las tinieblas.

Aquel hombre presentaba á primera vista el aspecto de una fealdad imponente. Era de estatura mediana, grueso, y erguido; vestia un coleto negro de velludo con broches de acero, calzas tambien negras, y borceguíes encarnados; su rostro, tostado como por el sol, circundado por una enmarañada cabellera de un castaño rojizo, tenia el sello de una recóndita malicia y la risueña ferocidad de la fuerza salvaje. Era aguileña la nariz, los labios algo toscos y eternamente separados por una dentadura medio saliente de riquí-

simo esmalte. La frente era ancha, pero sombría. Los ojos profundos, de una expresion inexplicable, parecian brillantes como chispas, frios como el hielo, tenebrosos como el crímen, altaneros como el águila, terríficos como el sepulcro, y seductores como la hermosura.

—A qué venís?—le preguntó Chirinos, con la misma cavernosa voz con que se dice en los cuentos: *De parte de Dios te digo*..... etc.

—Yo,—replicó el desconocido,—creo poder ser útil en alguna cosa, y vengo á ofrecer mis servicios.

—Decid antes quién sois?—añadió Salazar;—por dónde entrásteis? quién os ha llamado?

—Nadie.

—Pues qué quereis?

—Estoy seguro de que os hallais en grande aprieto, y vengo á salvaros. Vengo simplemente á proponeros un cambio.....

—Un cambio!—exclamó Chirinos.

—Bah! os admira?..... en el caso en que estais, yo daria el alma.....

—Dios!—murmuró Salazar,—el alma! No, Dios mio! aleja de aquí al maldito tentador de los hombres!.... .

—El alma?—preguntó Chirinos.

—No tanto,—dijo sonriéndose el desconocido;—pero podemos convenirnos por menos. Señores,—añadió penetrando familiarmente y cerrando la puerta;—permitid que me siente, porque he corrido muchas leguas.

Dicho esto, se sentó en la piedra que antes ocupaba Chirinos, puso el sombrero sobre el suelo, y quedóse mirando á Salazar de un modo que á este se le congelaba la sangre. Chirinos, que era el mas animoso, pasados los primeros

momentos de una sorpresa, fué el primero que quiso saber á qué atenerse respecto de aquel personaje, y se sentó junto á él, resuelto á establecer la conversacion.

—Y bien, le dijo, podeis decirme con ingenuidad, quién sois?..... decidlo; seais quien fuéreis, podemos arreglarnos.

—Oh! quién soy yo? no es del caso..... soy un hombre cualquiera; soy un noble á quien tristes aventuras arrojaron del solar de sus padres; un pájaro errante que atraviesa los mares para buscar la libertad que llena como el aire los espacios del Nuevo-Mundo. Soy un mendigo que pide á la América un sustento; un desterrado que le pide un asilo, y un corazon dilacerado que le pide venganza...

El señor Salazar, ya repuesto, volvió á sentarse y prestó atencion á las palabras de aquel desconocido.

—Bah!—añadió éste;—un dia tendré la satisfaccion de distraeros un poco, refiriéndoos algunos pormenores de mi larga historia. Hoy, trataremos exclusivamente de los negocios.—Sé, porque ningun trabajo cuesta adivinarlo, que estais en un trance desesperado que os traerá la ruina, y si no andais con tiento, la deportacion, y tal vez la horca.

—La horca decís?.....

—La horca.

—¿Sabeis con quién estais hablando?—dijo Salazar...

—Sí, tal. Vos sois, si no me engaño, Salazar; y vos,—añadió el desconocido señalando al veedor,—sois Pero Almindes Chirinos, y puedo referiros un cuento que os probará si tengo el honor de conoceros.

—Era un indio que tenia dos hijas; vivia no sé yo dónde..... creo que Quauhtemoc le aposentaba en esta misma casa, pues grandes servicios en la guerra, y los recuerdos de una larga amistad que databa desde la niñez, los liga-

ban con lazos verdaderamente fraternales. Aquel indio, que en el sitio de la ciudad se hizo notable por su actividad y valentía, tuvo, como tantos vencidos, que acogerse como las fieras en los recónditos breñales de las montañas, para escapar á la cólera sangrienta de los españoles. Las dos hijas, no felices, pero seguras ya de que su padre se hallaba fuera del peligro, vivian tranquilas alimentando la esperanza de comprar el perdon á costa de la mitad de sus tesoros. Pero vino la confiscacion, es decir, el pillaje, y las dejó apenas con lo preciso para sustentarse, y una pieza de este palacio para guarecerse contra el frio. Una tarde las dos jóvenes se encaminaban al mercado. Ambas eran bellísimas; sus senos, casi descubiertos, velados apenas por una camisa de gámbalo trasparente; sus piés pequeños, perfectamente modelados; su cintura delicada y flexible; sus negros ojos y sus labios de niña, despertaron la lujuria de dos hombres que por acaso las hallaron sobre el camino. Desde aquel momento las jóvenes no tuvieron reposo, y agobiadas por respetuosas solicitaciones y por juramentos de una pasion que ellas, extrañas á los manejos pérfidos, juzgaron verdadera, dieron cabida primero á un sentimiento compasivo, y un dia concluyeron por franquear á esos hombres el umbral de sus almas vírgenes.

Cierta vez, la mas jóven de las niñas confió á su amante la historia de todas sus desgracias. Hablóle de su padre, y por una imprudencia, muy disimulable en su edad y en su amor, nombró el sitio donde la misericordia de los dioses conservaba incólume al autor de sus dias. Aquello fué un rayo de luz para los dos amantes, que prometieron gestionar con Cortés la libertad del perseguido, á trueque de una concesion que no era sino el impuro sacrificio de esas

jóvenes. Pero ellas se negaron. Hicieron ver que el cariño de Matlalcihuatzin, su padre, llegaba á tal extremo, que perderia la vida si sospechase que la rescataba con la vergüenza de sus hijas. A los ruegos se siguieron las amenazas; pero nada obtuvieron. Entonces uno de aquellos miserables, acaso el mas amado, quiso barrer con el obstáculo invencible que surgia delante de sus planes, y denunció al cacique.—Esa misma noche, veinte perros de presa olfateaban las huellas de Matlalcihuatzin, y penetraban rabiosos en su escondite. La lucha duró mas de dos horas. De veinte perros salieron solo siete; pero lamiéndose, ya satisfechos, las narices ensangrentadas. Un rayo cayó sobre el cacique. Mucho tiempo vertieron amargas lágrimas sobre el seno mismo de aquellos que eran causa de su infortunio..... y ellos tambien lloraron! En fin, pasaron los dias, y con ellos comenzó á renacer, si no el consuelo, al menos la resignacion. El amor ocupaba un ancho espacio en el corazon, con mengua del que ocupaban los pesares, y desbordando de ilusion y agitado con frenesí casi divino, se entregaban como al consuelo, en los brazos fatales de su primer amor. Yo ignoro si la fuerza, ó las promesas, ó la inocencia, ó la debilidad, ó lo que fuere, pusieron en las manos de aquellos hombres la realizacion de todos sus deseos..... pero sé bien que á los delirios del amor siguió el hastío; que al hastío siguió el aborrecimiento; que á este siguió el trato brutal..... y despues..... el crímen!

—Ah!..... sí!..... pero!.....— dijo Chirinos sin encontrar la frase, mientras Salazar permanecia asombrado.

—No, no, no,—replicó el otro;—vais á ver, señores, como conozco todo el cuento.

Aquellos amantes necesitaban de oro para adquirir allá

en la corte la influencia que su escaso mérito les negaba, y sometian casi á la tortura el alma y el cuerpo de sus mancebas. Estas, despues de haber dado lo que reservaban como el rescate de su padre; despues de haberse desprendido hasta de los lacillos de oro de sus sandalias, entregaron las imágenes de sus dioses, y las preceas de una lejana herencia, que en dos maravedís de plata, no tenia mas valor que el de los recuerdos.

Un dia los dos hombres que os digo recibieron, firmados por el César, unos pergaminos que les conferian el título de autoridades ó no sé qué friolera de esas que esperaban con impaciencia. Entonces las jóvenes, que ya eran inservibles, comenzaron á ser molestas á la vanidad de esos señores, y fueron abandonadas. Ellas soportaron en silencio el desprecio; pero llegó la miseria, llegó el hambre, llegó la desesperacion, y pensaron en pedir justicia á D. Hernando, contra aquellos ladrones que despues de haber jugado con su corazon las abandonaban al abismo de la pobreza. Supiéronlo ellos; y sabeis lo que hicieron para conjurar el peligro?.....

Mandaron llamar á un tal Lázaro el negro, bribon á quien conocian por simples noticias.

—Cuánto quieres,—dijéronle,—por desollar á esas dos indias?

—Dadme cien ducados,—replicó Lázaro.

—Tendrás doscientos,—le dijeron,—pero las despachas lo mas pronto que puedas.

Lázaro se presentó á la noche siguiente llevando como prueba una bonita mano, fria como el mármol, y todavía flexible y lánguida como la de una mujer dormida..... no la traigo aquí, pero.....

—Pero qué!.....—exclamaron con horror Salazar y Chirinos.

—Pero traigo aquí la bolsa todavía repleta que le dieron á Lázaro;—mirad..... es la misma.

Aquel que hablaba sacó de su escarcela una bolsa de cuero con adornos de cordon amarillo, y le dió un golpe con la palma de la mano haciendo crugir las monedas.

—Bah!—continuó guardándola;—dicen, aunque lo dudo, que todo se paga sobre la tierra..... los señores aquellos tenian un confidente, ó si se quiere un amigo que conocia no sé cómo toda esta historia; y á él le dieron, para que le guardara, ese dinero que habian robado á sus mancebas..... Oh! y aquel amigo quiso poner precio á su silencio, y qué precio!..... y qué amigo!..... voto va! no hay dos como ese diablo de Alvaro Manrique!.....

—Y bien,—dijo Chirinos cuando el desconocido puso fin á su historia;— ¿venis tambien á poner precio á vuestro silencio?

—Sí.

—Y si en vez de comprarle os obligáramos de otro modo á respetar ese secreto?—añadió Chirinos fijando en el desconocido una mirada oblícua.

—De qué modo?—repitió aquel con perfecta tranquilidad.

—Es muy sencillo comprenderlo.

—Pues no acierto..... no concibo.....

—Bah! si yo me hallase aislado en el fondo de una pieza como esta, á tales horas y enfrente y casi á la merced de dos hombres resueltos.....

—Hola!..... pues nunca se me hubiera ocurrido, podia jurarlo.....

—Blasonais?.....

—No; peró me creo seguro estando entre caballeros como vosotros.

Aquella respuesta, que podia tener dos significaciones, una temeraria y otra insultante, fué interpretada por Chirinos bajo el segundo punto de vista, y añadió con cólera:

—Cómo debo entender eso, caballero?

—Del modo que gusteis, caballero; me es indiferente....

—Bueno. Entonces debeis tener mucha confianza en vuestra espada.....

—Por vida mia, señores! que sereis capaces de impacientarme..... no sabeis explicaros en otro lenguaje que el de las estocadas? Escuchadme.....

—Silencio!—dijo Chirinos desnudando hasta la mitad una brillante hoja de Toledo.—Teneis la desgracía de saber lo que nadie sabe; y esa historia se sepultará con vos debajo de la tierra. Salazar! cuidad esa puerta.

El hombre de la cabellera enmarañada no se movió de su asiento.

Salazar echó fuera su espada, y de un salto se colocó en frente de la única salida.

—Os empeñais en no escucharme?—dijo el caballero.

Aquella calma, mucho mas amenazante que la actitud del combate, detuvo el brazo de Chirinos. Aquel desconocido velaba sin duda un gran poder que le daba seguridad en los peligros, y acaso una virtud que le hacia inviolable.

—Os he dicho que puedo seros útil,—añadió,—y os conjuro por última vez para que me digais vuestra resolucion. Yo nada temo: os lo advierto para que abandoneis las pretensiones de intimidarme, Sois dos; pero al eco de una palabra mia veréisme acompañado por cien mejores

que vosotros. Conque, sentado este punto, despachémonos: quereis utilizar mis servicios?.....

Chirinos pareció meditar.

—Qué decís vos?—dijo Salazar.

—Yo.....—murmuró este sin apartar la vista del desconocido;—acercáos..... venid por aquí.....

Salazar se retiró con su compañero á un ángulo del aposento, y comenzaron á hablar en voz baja.

—Qué decís de este hombre?—preguntó el factor.

—De este hombre?

—Sí.

—Me inspira un temor involuntario.

—Creeis lo que ha dicho?

—Por qué no?..... bien puede haber dejado afuera los hombres que dice.....

—Es lo de menos..... pudiéramos darle una sorpresa; pero opinais que nos confiemos?

—No, confiarnos, no; pero ¡qué diablo! debemos escucharle siquiera.

—Y esa historia.....

—Ya veis que la conoce como si hubiera sido nuestro cómplice; eso es irremediable..... La calma que muestra, os probará que en algo debe fiar su seguridad. Así, vale mas ver cómo hacemos para tenerle grato, al menos mientras encontramos la oportunidad de darle un golpe.

—Será un espía?

—Ah! sospecho que algo peor.....

—Un sicario de Estrada?

—Por qué no?

—No, no es tiempo todavía..... mas tarde tal vez; pero hoy seria impolítico deshacerse de nosotros por medio de

un expediente tan escandaloso. Mas bien creo sea un pícaro que, como sospeché al principio, quiera vender caro el silencio acerca de nuestra aventura.

—Sea lo que fuere, probemos.

—Probemos.

Los dos guardaron sus espadas y volvieron á ocupar sus asientos. Salazar, que no era el mas animoso, reanudó la conversacion con este prólogo:

—Caballero: á nuestra vez os advertimos que ningun temor nos imponen las cien legiones de demonios que, segun decís, acudirian en vuestro auxilio; evocariamos otros tantos, y veriamos entonces..... Ahora, vamos al asunto. Decíais?.....

La soberbia fanfarronada del veedor no produjo sobre el desconocido mas efecto que una imperceptible sonrisa. Tras de aquella sonrisa siguieron estas palabras:

—Señores, voy á proponeros..... mas decidme antes: ¿contais verdaderamente con algunos hombres?.....

—Oh! en cuanto á eso, descuidad,—repuso Salazar, empeñado siempre en causar miedo.

—Cuántos?.....

—Así..... cosa de..... doscientos.....

—No es cierto.

—Vive Dios!.....

—No es cierto. Creí que habíais depuesto vuestra desconfianza..... pero veo que continuais creyéndome un bandido que viene por dinero, un espía de los gobernadores, ó como Salazar decia, un sicario de Estrada.....

—Yo!.....

—Si; ¿os admirais de la fineza de mi oido?.....

—Yo.....

—Tambien dijísteis una cosa que me lisonjea en alto grado, y os lo agradezco, porque acabais de descubrir en mí la cualidad que puede seros mas provechosa.

—Hablais de .....

—Del terror involuntario que decís os causo. Y era fácil adivinarlo, aunque no fuera sino por el empeño que teníais en acuchillarme..... Ah!..... y teneis razon..... soy algo feo; y vosotros, como todo el mundo, no perdereis nunca las preocupaciones de los primeros años. Con todo, no creais que me doy por ofendido. Estoy acostumbrado á producir un efecto de repulsion á todo el que me mira; pero en cambio, suele borrarse la impresion cuando descubro en el fondo de mi alma los tesoros de mi amistad ó los abismos de mi resentimiento. Yo vengo á ofreceros una alianza. Conozco vuestras miras, y os haré conocer el interes que me anima para serviros. Vuelvo á repetir que mi amistad puede ser útil. Así, podeis decirme con ingenuidad si os conviene mi alianza, y os prometo á fe de caballero, que, sea cual fuere vuestra determinacion, aquel asunto de la hija del cacique permanecerá tan secreto como hasta ahora..... acaso mas, porque otras dos personas que pudieran hablar, Lázaro el negro y Alvaro Manrique, guardarán eterno silencio.

—Si sois un traidor,—dijo Chirinos,—aquí estamos. Arruinados por ese que acabais de nombrar; abandonados por Medina; colocados entre enemigos, y ya cerrados para nosotros los caminos del puerto, nada nos resta; estamos decididos á luchar hasta el último trance, y combatiremos con vos y con los vuestros, para que no saqueis de aquí sino nuestros cadáveres; pero si sois lo que apenas me atrevo á sospechar..... un amigo.....

—Ah! nada tendreis por el momento,—añadió Salazar; —pero una vez fortalecidos contra los manejos de Estrada; una vez que hayamos realizado lo que una traicion arrebató á las mas seguras esperanzas que brillaban para nosotros, sereis rico, riquísimo, hasta donde nunca se atrevieron los ensueños de la codicia.

El desconocido se puso en pié, hizo relampaguear una mirada de satisfaccion, tendió sus manos á Salazar y á Chirinos, que las estrecharon, y dijo con solemnidad:

—Me llamo Pedro Negromonte. Soy enemigo personal de D. Hernando, y he jurado hacerle perder sus conquistas de América y su reputacion en Europa. Vosotros me ayudareis, y en cambio ocupareis su puesto.

Salazar y Chirinos pudieron apenas disimular su asombro.

—¿Sois tan poderoso?—preguntaron.

—Pudiera serlo,—replicó Negromonte,—y lo seremos poco á poco.

—¿De qué modo?

—Con el valor y la inteligencia.

—¿Y estais seguro?.....

—Vais á verlo, si gustais escucharme.

18

LA SEDUCCION.

NEGROMONTE abandonó su asiento, y acercóse mas á Salazar y á Chirinos; los tres formaron un grupo enfrente de la vela, y sus sombras, creciendo hasta ser gigantescas, se encontraron tambien allá sobre las paredes del fondo, como tres fantasmas de la noche.

—En primer lugar,—dijo Negromonte,—necesitamos el valor para pensar, y valor para ejecutar; valor para el combate, sea este del carácter que fuere. Una vez que las gentes conozcan nuestras aspiraciones, ningun obstáculo debe detener nuestra marcha, porque nos esperan los silbidos del mal éxito y la venganza de nuestros enemigos. Y qué peor pudiera acontecernos, en pago de lo que se llama un crímen? los imbéciles, por frioleras suelen columpiarse en el palo con igual número de oscilaciones que los grandes hombres por maldades que estremecen al mundo. No mas que los primeros provocan á risa, y los segundos son mirados

con silenciosa veneracion, aun en el lecho del sepulcro. ¿Por qué no llegan á sus fines tantos hombres que aspiran á gobernar las naciones? Observad bien y vereis que algun escrúpulo, algun afecto, alguna ruin consideracion de lo que llaman leyes del honor ó de la conciencia, es precisamente lo que causa la eterna perdicion de esos seres mezquinos. Vereis, además, que pierden no solo la fortuna, el puesto y la vida, sino el honor, porque pasan por inhábiles; el afecto, porque están arruinados; y su decantada conciencia, pues el que cae en la horca mofado y ultrajado por los mismos á quienes compadecia, se desespera, se arrepiente de haber sido humano, y muere maldiciendo esa moral que ni consuela al débil ni sirve á los fuertes sino para aniquilar el enérgico impulso que la fortuna les concede para conservarse. ¿Y qué os sucede á vosotros? y qué os detiene?..... y qué fin tendreis cuando Albornoz y Estrada, no bien seguros todavía, rompan con vuestros títulos esa amistad que os aparentan?

Gracias á Dios, teneis en la sombra de vuestro pasado el asunto aquel, que me dice no debo esperar de vosotros los pequeños escrúpulos que asaltan al vulgo en negocios de importancia.... . Sabeis ya que por la senda que conduce al poder se atraviesan algunos arroyuelos de sangre: nada importa. Vayamos descalzándonos para pasarlos; podrá ser que alguno pierda el vado, se hunda, trague y quiera ahogarse; pero es peor volverse para tropezar con una fosa y caer en ella cubiertos por las piedras y los ultrajes del populacho. Necesitamos, para comenzar, cuatro víctimas.....

—Adelante!—dijo Chirinos.

—Nombradlas,—añadió el veedor.

—Son tres hombres y una mujer.....

—Los hombres?.....

—Uno, Alvaro Manrique: ese os toca á vosotros; yo diré el modo. El otro, Rodrigo de Paz.....

—Oh! es imposible.....—murmuró Salazar.

—Y el otro?—preguntó Chirinos.

—Tetzahuitl.....

—Ah! yo le tengo en mi poder!

—Sí?

—Le tengo en un calabozo de la fortaleza..... está seguro.

—Pues vais á soltarle.

—A soltarle!

—Sí.

—Bien; y la mujer, quién es?

—Isabel Dorantes.

—Ah!....

Un golpe eléctrico fué lo que el factor sintió al escuchar este nombre, y el resplandor pálido y frio de una lámpara sepulcral parece que alumbró su semblante.

—Esa me toca á mí,—añadió Negromonte.

—Y esa jóven..... es tan temible?—preguntó Salazar mientras Chirinos volvia de la sorpresa.

—Esa jóven..... no, no es temible..... pero necesitamos que su amante se manche con el crímen, y perezca á manos de la justicia. La muerte de Tetzahuitl nos servirá de mucho, y su crímen tambien.

—Quisiérais explicaros.....

—Conoceis á ese indio?

—Sí.....

—¿Sabeis que despues de Quauhtemoc no hay otro que tenga mas prestigio entre los indios?

—Sí.....

—¿Sabeis que esos indios, con la ausencia de D. Hernando, preparan silenciosamente el golpe que los hará dueños de su patria?

—Lo sé..... pero de una manera vaga.

—Pues vais á saberlo. Estrada y Albornoz meditan, como vosotros, deshacerse de D. Hernando y levantarse con el reino; pero mas hábiles ó mas osados que vosotros, echarán mano de un medio que pocos se atreverian á sospechar, y que, bien manejado, puede llevarlos al colmo de la ventura. Ese medio es muy simple: aliarse con los indios, armar á los menos terribles, hacerles creer que se combate por ellos, no en cambio del imperio, sino del dinero, para que den mucho y se levanten á combatir con el ardor de tan grata esperanza, como es el exterminio de los conquistadores y la posesion libre del Anáhuac. Despues, cuando los indios ya triunfantes den á sus aliados el abrazo de paz.....

—Comprendo.

—Bien.....

—¿Y esa alianza..... es ya efectiva?

—No, pero está próxima..... Ha cuatro dias fuí conducido al centro de un palacio que el rey Netzahuatl Coyotl hizo construir debajo de tierra. Yo soy el único español que conoce la entrada, y pude presenciar escondido lo que voy á contaros. Era una asamblea numerosa de guerreros desconocidos. Allí se trataba de saber si seria conveniente mancomunarse con Estrada para combatir á D. Hernando. Tratábase de comprar esta alianza con un valor proporcionado á la grandeza del servicio, y las propuestas eran deslumbrantes. Millares de barras de oro y plata para cada

uno de los soldados; las jóvenes mas encantadoras para que les sirviesen de mancebas; para esclavos, la raza entera de los tlaxcaltecas; y para hogares, los sitios mas saludables, mas fértiles y mas pintorescos de la América.

Hubo algunos que se opusieron, pretestando la conocida perfidia de los españoles; pero quedaron convencidos por la elocuencia de Temachti, que en un lacónico discurso mostró la vanidad de semejantes sospechas, y los medios que tenia dispuestos para contrarestar una traicion, en caso de que aventuraran realizarla.

Siguióse una disputa sobre los personajes mas idóneos para ser instrumentos de la rebelion. Zuazo por una parte, y vos y Chirinos por la otra, oscilaron en la balanza, y el primero fué desechado como amigo de Cortés y hombre de genio mezquino para la política. Despues volvísteis vosotros á ser pesados con Albornoz y Estrada. Temachti puso su palabra sobre un platillo, y entonces fuísteis desechados por el voto unánime de los caciques.

Se ha escogido al hombre que debe atreverse á proponer á Estrada las condiciones y el contrato. La vuelta de Tlahuac, que marchó como aliado entre las filas de Cortés para salvar á Quauhtemoc, es lo que los detiene. Porque la muerte ó la vida de ese príncipe decidirá la cuestion sobre el nombramiento de Tetzahuitl para sucederle en el trono.

—¿Queréis concluir?..... os lo ruego,—dijo Chirinos con ademán suplicante.

—Voy á obedeceros; pero decidme antes qué haremos para que Temachti prefiera nuestra alianza?.....

Largo rato meditaron Salazar y Chirinos ante la sonrisa desdeñosa de Negromonte, hasta que el veedor, reconociendo su propia ignorancia, se resolvió á decir:

—No atino; apenas conjeturo sobre lo que tratais de proponernos.

Chirinos añadió esto, que no era del caso.

—Bien; supuesto que todo lo sabemos, podriamos perder á los gobernadores..... denunciándolos.

—Probadlo,—replicó Negromonte.

—A ver, hablad, porque todo eso no pasa de quimeras,—dijo Salazar.

—Hablad, pero pronto;—exclamó Chirinos.

—Hemos llegado al término,—dijo Negromonte.—No hay mas que un medio: hacer que esos hombres infieran una grave ofensa á los caciques.

—Comienzo á sospechar..... pero seguid, seguid.....

—Es preciso que den garrote al príncipe azteca.

—Ya lo habíais dicho..... falta.....

—Existe un hombre, Mendoza, á quien Estrada mira con el afecto de un padre á su hijo. (Hay aquí otra larga historia que referiré cuando sea tiempo.) Mendoza es galan antiguo de Isabel la jóven; se mantiene inexorable á los ruegos, pero no por eso rehusa la amistad del jóven, y ambos suelen pasar algunas horas conversando sobre cosas indiferentes, no sin que Mendoza se aproveche de la oportunidad para recordar á la Dorantes lo que sufre por ella.

Nadie ignora ya que la negra melancolía, que la lividez y demacracion del rostro de Mendoza, son el efecto de un amor constantemente despreciado; tampoco nadie ignora que el jóven protegido de Estrada debe su puesto de capitan, sus indios y sus doblones, á un carácter de esos que, os dije, son un tesoro para los hombres públicos.

—Es cierto—dijo Salazar mientras Chirinos parecia beber con los ojos cada palabra de Negromonte.

—Oid la conclusion,—añadió este:—Mendoza verá un dia á la Dorantes, le hablará de su amor; la jóven, como siempre, responderá excusándose. Mendoza, como acostumbra, se retirará amostazado. A otro dia la jóven perecerá bajo el puñal de un asesino..... ¿Qué teneis?

—Nada..... proseguid,—respondió Chirinos, á quien era dirigida esa última pregunta.

—El asesino,—continuó Negromonte,—pronunciará ciertas palabras que serán oidas por alguno y bastarán para arrojar las sospechas sobre Mendoza..... ¿Vais comprendiendo, Salazar?

—Sí.

—Despues Tetzahuitl sabrá lo que hace con Mendoza; Estrada sabe lo que debe hacer con Tetzahuitl; los indios saben lo que harán con Estrada, y nosotros sabemos lo que debemos hacer con los indios, y negocio concluido.

—Diablo!—dijo Chirinos;—no careceis de astucia..... pero, á todo tirar, sois un pícaro.

—Acepto. ¿Y qué decís vos, Salazar?

—Yo.....

—¿Os pone miedo la aventura?

—No tal. Está tomada mi resolucion; pero..... quisiera conocer la del Sr. Chirinos.

—Ah! yo tambien,—dijo este;— pero falta deciros..... sábedlo de una vez: amo á esa jóven.....

—Y no quereis que muera?—preguntó Negromonte, cuyo rostro se hizo sombrío.

—Oh!..... me preguntais.....

—Quereis que viva?.....

—Esperad..... es preciso que muera?.....

—O morís vos.....

—Decís la verdad?....—exclamó Peralmindes.—Ah!.... pues bien,—añadió casi lloroso,—quiero morir..... pero ella..... salvadla!.....os lo ruego!....

El factor tendió la mano á Negromonte; pero este retiró la suya con violencia, irguió su cabeza espantosa, y haciendo un gesto de repugnancia, dijo á Chirinos:

—Sois un miserable!

Despues, tomando su sombrero, se disponia á salir; pero Chirinos le detuvo.

—Apartáos!—dijo Negromonte;—no sois el hombre que yo busco.

—Vive Cristo! escuchadme!..... os probaré que.....

—Decidíos pronto.

—Estoy arreglado..... pero os pido un favor.....

—Hablad.

—Dadme un plazo.

—Cuántos dias?

—Seis..... tres..... dos!..... los que querais darme.

—Tendreis los que os concedan las circunstancias..... pero ¡ay de vos! si la dejais que sospeche.

—Os respondo con mi cabeza.

—Os tomo la palabra.

El factor se separó del grupo y tornó á su paseo, sin atender mas que á su pensamiento. El cabo de vela se habia consumido casi por completo. La flama, todavía serena, flotaba sobre una fuente de sebo derretido que se desbordaba inundando la palmatoria. Uno de esos insectos, comparados por los antiguos moralistas, á la juventud incauta que se deja seducir por el brillo de las falsas promesas, se agitaba en aquel charco hirviente, con las últimas convulsiones de la agonía. Si Salazar, en vez de contemplar la

flama hubiese mirado al insecto, creyera sin duda descubrir entre el temblor de aquellas alas doradas, alguna de esas cifras tremendas, reveladoras del destino.

—Chirinos!—gritó Negromonte;—acercáos.

El factor obedeció.

—Vais á recobrar vuestros ducados,—le dijo,—y vos tambien,—añadió tocando con la extremidad de su dedo el pecho del veedor.

—Voy creyendo en vos,—dijo Salazar, en cuya faz se retrató el contento de la avaricia satisfecha:—y cuándo lograremos?.....

—Hoy mismo, si teneis prisa.

—Hoy mismo!.....

—No es necesario para que recobreis vuestro dinero que ese hombre muera. En este instante le tendreis, aquí mismo, sin que os falte un solo maravedí. Ahora, necesito unas firmas.

Negromonte sacó de su escarcela dos pergaminos, que entregó á Salazar.

—Son,—dijo,—dos nombramientos para Villaroel y Vazquez de Tapia. Quiero que marchen para la península, cuando hayamos revocado los poderes de Montejo y de Ocampo. Traigo aquí lo necesario,—añadió sacando un tintero de cuerno y una pluma.

Salazar firmó sin titubear. Chirinos, antes de trazar su nombre, preguntó á Negromonte:

—¿Y de qué medios disponeis para obrar con semejante confianza? Nos habeis hablado de víctimas; ahora, explicadnos, ¿de qué diablos pueden servirnos esas muertes, si mientras no tengamos lanzas nada somos para los indios?

—Las tendremos cuando muera Mendoza, replicó Negromonte. El verdadero dueño de esa fuerza, el que tuvo la paciencia de organizarla, el que pagó los gastos de viaje y de armamento, el que las ha aguerrido en continuas escaramuzas con los bárbaros, el que les ha permitido el asesinato, el incendio y el pillaje, y les ha dado nombre y fortuna, está ligado con Mendoza por los lazos de una vieja amistad, que una vez rotos por la muerte, le quitarán el único inconveniente que le detenia para abandonar las filas de Albornoz y de Estrada. Cuento, además, con hombres fieles y resueltos mezclados con las gentes de Tapia, de Mendieta y de Francisco de Medina. ¿Quereis saber mas? Yo mismo cuento con un centenar de hombres, cada uno de los cuales, como os dije, vale por veinte de los vuestros, aunque no fuera sino por el aspecto de sus rostros y el terror de sus nombres. Veo que Chirinos, y vos mismo, Salazar, dejais trasparentar un pensamiento de duda.....

—Nos habeis sorprendido, dijo Chirinos. La hora, el ánimo en que nos tiene nuestra situacion, vuestra tal cual facilidad para hablar, el ser dueño de un secreto que harto nos tiene horrorizados, y, en fin, el falso brillo de vuestros planes y vuestra audacia, hicieron en nuestro espíritu un efecto momentáneo. Ha pasado; estamos serenos, y comienzo á dudar de todo. Os he ofrecido sacrificar hasta lo que miro como el lazo sagrado que me une á la existencia: Isabel. Ahí está; despues de eso puedo firmar, si lo exigís, el pacto de mi condenacion..... pero necesito pruebas; y pruebas claras como la luz, para no tomar vuestras palabras como las de un delirante ó las de un charlatan cualquiera. Llevadnos mañana á ver á esos hombres, los veremos obedeceros, y entonces.....

—Sereis mios?.....

—Vuestros,—dijo Chirinos.

—Vuestros..... seais quien fuéreis,—dijo Salazar encogiendo los hombros, y viendo con desconfianza á Negromonte.

Este sonrió de una manera diabólica,—sacó de su escarcela un silbato, y dijo presentándoselo á Chirinos:

—Tendreis, en primer lugar, una prueba de lo que vale mi canalla;—tocad eso.....

Chirinos, despues de titubear algunos momentos, le acercó á sus labios.

—Qué esperais? preguntó Negromonte.

Entonces Chirinos sopló con fuerza en el silbato.

Casi al mismo instante resonaron unas pisadas sordas en el fondo del aposento. Salazar y Chirinos se estremecieron, interrogando con las miradas aquel punto donde creian ver de par en par las puertas de una lobreguez fria y pavorosa.

De repente apareció una figura corpulenta, de rostro negro como la noche.

—Acércate,—le dijo Negromonte.

Salazar y Chirinos, que hasta entonces habian permanecido mudos por el espanto, exclamaron retrocediendo:

—Jesus!..... Lázaro el negro!

—Que traigan aquí el cofre,—dijo Negromonte al hombre que acababa de llegar.

Este salió. El factor y el veedor le siguieron hasta la puerta con las miradas, y cuando hubo desaparecido, preguntó el primero:

—De dónde salió ese hombre?..... quereis decirme?

—Ya lo estais viendo.

—Mirad que nuestra fe cristiana y una larga experiencia nos impiden dar crédito á las cosas que aquí estais representando. Ese hombre ha entrado por la puerta.

—Bah! no me parece que se necesita un don sobrenatural para saberlo. Ha entrado por la puerta; y bien, le vísteis cuando entró?

—No..... pero.....

—Lo celebro. Eso indica lo que he tenido el gusto de deciros acerca de la habilidad de esa gente. Detrás de Lázaro se hubiera colado una legion entera, con la misma facilidad, sin que ni yo mismo los hubiera sentido; que os baste el ejemplo de uno solo. Ahora, os voy á dar pruebas de la seguridad de mis promesas.

Se abrió la puerta y apareció el llamado Lázaro guiando á un grupo de otros seis hombres tambien negros y hercúleos que traian en peso una arca de encino con cinchos de hierro. La colocaron á los piés de Negromonte, y se volvieron, desapareciendo por la puerta como esas figuras de la magia que se pierden por la garganta de un dragon abierta para recibirlos.

—Abrid eso,—dijo Negromonte.

Salazar se inclinó sobre el arca, levantó la tapa, y dió un grito de alegía. El arca estaba repleta de pesos de oro que brillaban como si despidiesen flamas. Tambien las pupilas de Chirinos despidieron rayos desconocidos, que cruzándose con los reflejos del arca, se estrecharon con el abrazo impuro de la codicia.

—Podeis firmar?—preguntó Negromonte.

Chirinos tomó la pluma, y con pulso trémulo describió las letras de su nombre.

—Soy vuestro,—dijo tendiendo su mano á Negromonte.

—Y yo,—repitió Salazar, imitando al factor.

—Y yo de vosotros,—dijo Negromonte estrechando contra su corazon aquellas manos que estaban heladas.—Tened confianza; la hora suprema del destino acaba de sonar para nosotros. Puesto ya el pié sobre la entrada, aun teneis tiempo de volver sobre vuestros pasos y tomar la senda que os parezca menos tenebrosa; la nuestra, os lo confieso, está rodeada con las frias sombras de la eternidad y del silencio. Allí pisareis sangre que hace resbalar al viajero y le desvanece con sus acres emanaciones. Aspirareis un aire viciado por los despojos de la muerte; vereis vibrar como el relámpago el puñal que busca vuestros corazones; y solo escuchareis el trueno de una maldicion ó los postreros gemidos de una víctima. Y ¡ay del que tiemble! pero tenemos ese espíritu que se cierne triunfante sobre las preocupaciones humanas, y relega al desprecio las vanas quimeras de esa vida que dicen se abre tras las paredes del sepulcro.....

Sabemos que los castigos y las recompensas eternales no han sido inventadas sino para servir de escudo á los dichosos de la tierra, contra los atentados de la codicia de los pobres. Sí; fueron inventados para que el hambriento y el desnudo, y el doliente y la doncella pobre, y la viuda sin hogar y el huérfano y todos los desheredados, contemplasen el despilfarro de los festines, los trages sembrados de perlas, el insultante regocijo de los poderosos, los vastos aposentos vacíos del alcázar, la pompa de los templos y las brillantes dilapidaciones de las prostitutas, y lo viesen todo sin odio, sin indignacion, sin deseos siquiera, puesto que el deseo mismo es una especie de atentado.—Nosotros no nos dejaremos sorprender por ese miedo que han infundido en

las almas vulgares los sacerdotes impostores, cómplices eternos de los fuertes. No hay mas espacio para la esperanza, ni mas bien, que el que abarcan los estrechos límites del globo. Aquí está todo. Aquí nace uno, y aquí se desvanece, y nada sube al cielo sino el vapor hediondo que los rayos del sol arrancan de la sepultura.—Hay hombres que por haber dade crédito á los consejos de inexperimentados moralistas, pasaron los hermosos dias de la juventud sin osar mezclarse en los placeres con que los convidaba el mundo. Y estos hombres, cuando llegan á la edad de la sabiduría, lloran con lágrimas de rabia los desperdicios de esos años que huyen para no volver nunca. Así es la vida respecto de la muerte. Si hay un lugar adonde vuele el alma cuando la carne se aniquila, debe ser uno sombrío, donde penen las de los hombres ruines lamentando cada momento que robaron á la dicha en obsequio de una mentida gloria.

No hay mas gloria que lo presente. Una vez muertos, cae sobre nosotros el sello eterno de la nada. Los himnos ó las maldiciones de la posteridad no penetran en los oidos, repletos de tierra y de gusanos; las coronas ó las inmundicias son iguales para la frente insensible y extraña al pensamiento, y los túmulos donde el pincel graba nuestro nombre, y las flores con que la vanidad de un dolor pasajero adorna nuestra losa, nada son para los ojos vaciados por las sabandijas de la tumba.

En fin, el tiempo vuela, démonos prisa; rompamos atrevidamente por en medio de esta multitud que se agita enfrente de nosotros, y devoremos para que no nos devoren. Nada temamos; pongamos en juego todos los recursos de la fuerza y de la inteligencia, para conquistar la parte de botin que nos toca en el pillaje de la vida.

Y ¡ay del que tiemble!.....

En este momento se escuchó el chirrido del sebo; la pavesa cayó, y la luz, despues de elevarse y fluctuar un instante sobre un trémulo cordoncillo de humo, se extinguió, dejando el aposento envuelto en densas tinieblas.

Salazar y Chirinos, que habian dejado escapar la mano que oprimia las suyas, volvieron á buscarla, y nada encontraron. Llamaron varias veces á Negromonte, y no obtuvieron respuesta; ni la puerta se abrió, ni se oyeron los pasos, ni se notó nada que indicase la salida de una persona. Pasados unos cuantos minutos, dejóse oir por el fondo de la pieza la lejana voz de Negromonte, que repitió con ronca voz estas palabras:

—¡Ay del que tiemble!

—¡Ay de nosotros!—exclamó Salazar cayendo de rodillas.

—¡Ay de mi amor!—exclamó Chirinos arrojando suspiros que parecian sollozos.

19

Que dirá de qué manera, despues de qué, y por qué persona recibió Zapata la órden de quedar libre.

DESPUES de atravesar por un patio de elevadas paredes, y por varios oscuros callejones donde apenas pueden salir dos personas de frente, se llega á una especie de hortaliza, tambien rodeada por muros denegridos, que dan al viento cenicientas guirnaldas de plantas silvestres.

En un ángulo de aquel recinto hay una puerta resguardada con planchas de hierro; detrás de aquella puerta se se desciende por una rampa donde el aire es pesado y húmedo, y se llega á una reja cubierta de telarañas y de orin, que intercepta el paso de un aposento lóbrego parecido á una letrina.

Allí duerme, ó parece dormir un hombre; ese desdichado es Zapata.

—Ea!—le dice un carcelero moviéndole bruscamente con el pié;—¿no teneis ganas de comer, buen hombre?

El que así hablaba no tenia la facha conocida de los car-

celeros; vestia como cualquier hidalgo, y en su rostro, sin hipocresía, se notaba el tinte que da la pobreza á las personas que tuvieron mejores tiempos.

Zapata se incorpora con trabajosa lentitud, se pasa las manos por los ojos, y responde entre bostezos algunas palabras que no entiende su interlocutor.

—Eh! que os hablo,—repitió éste;—comeis? porque necesito la cazuela.

—Ah! traeis el almodrote?

—Sí..... tomad.

—Bien; y ahora, decidme.....

—Diantre! ya volveis?.....

—Y cómo no?..... con mil truenos! Ha quién sabe cuántos dias que me teneis aquí enterrado, y no logro que me digan siquiera por qué se me condena con rigor semejante.

—¿Y por eso me habeis hecho pagar el mal que os hace otra persona?..... todavía siento los repizcos; pero os aviso que hoy vengo prevenido; mirad este garrote..... á la primera señal de acometimiento, os le descargo en la cabeza.

—Bueno; dispensad que os haya puesto la mano; pero pregunto: ¿no basta para castigarme, la horrenda noche que aquí paso muerto de frio, de hambre y de sofocacion?

—No basta.

—¿Os parece poco, señor?

—Muy poco.

—Hablais como aporreado?.....

—Hablo como juez.

—Y cuál es mi culpa?

—Sépalo el diablo..... yo.....

—Cómo!

—La ignoro.

—Pues entónces, ¿por qué os parece poco verme en este sitio sin luz, y comido de ratones?.....

—Bah! conoceis á Fernandez?

—Si tal.....

—Pues ese estuvo en un presidio de Granada mas de veintisiete años y pico.

—Y piquen veinte mil diablos; ¿qué tengo yo que ver con ese Fernandez?..... ó creeis que yo soy algun ladron facineroso?

—Así lo parece.

—Señor carcelero!..... y en que os fundais?

—No se necesita fundarse.

—No entiendo.....

—Ni yo tampoco.

—Dios os bendiga, maese. Voy á explicarme. Habeis dicho que no me tiene aquí ni el capitan Andrés Tapia, ni el capitan Francisco de Medina ..... Vais entendiendo?

—Sí.....

—Que no estoy aquí por causa del Sr. Estrada, ni Albornoz, ni Zuazo, ni Doña Luz, ni Zárate.....

—Sí, sí, sí.

—Ahora, decidme: ¿quién diablos es el que se empeña en perderme? decidme quién es esa persona sumida en el misterio?

—Pues yo soy.....

—Sí?..... qué!..... quién?.....

—Soy de opinion.....

—Ah!.....

—Soy de opinion, que no debemos mezclarnos en lo que nada nos importa.

—Que no me importa habeis dicho?.....

—Si tal.

—Cómo! .....

—Sí señor! A mí qué me interesa que se os pudran hasta las entrañas? Ea! despacháos, que no estoy para perder el tiempo.

—Sabeis una cosa? maese.....

—Qué?.....

—Que sois un animal.

—Y qué animal?

—Un pollino.

—Gran cosa!..... si me hubiérais llamado perro.....

—Qué! Sois tan bravo?

—Haced la prueba.....

—Si mal no me acuerdo, ayer la llevásteis colgada en las orejas.

—Os corre prisa la respuesta?

—No..... pero con un diantre! ¿qué empeño habeis tomado en darme tormento? qué hago yo aquí?..... qué hace entretanto mi familia? ¿Sabeis de lo que es capaz un hombre, llevado á la desesperacion?

—Silencio! si os moveis siquiera..... no respondo.

El carcelero enarboló su garrote. Zapata extendió el brazo hasta tocar el borde de la cazuela, y encarándose con su guardian, le dijo, ya montado en cólera.

—Mirad, maese verdugo, que ni con esa tranca, ni con todos los arcabuces y las picas del reino, sereis capaz de intimidarme!

—Silencio! digo.....

—Sois un bodoque!

—Chist!

—Por el diablo!—exclamó Zapata levantándose como por un resorte.—Atrevéos!

El carcelero levantó mas el brazo; pero antes que pudiera descargar el golpe, Zapata le asió por el gaznate, y le puso de espalda contra la reja.

—Vamos! haya paz.....—dijo el carcelero sin hacer resistencia;—hablemos como buenos cristianos.

—Pues dadme ese garrote.

—Tomadle.

Zapata recibió el arma y soltó al carcelero. Este último se compuso el cuello, recogió su sombrero y volvió á ocupar su sitio, dispuesto á continuar la conversacion.

—Por mi abuela!—dijo llevándose una mano á la garganta;—dad gracias á mi buen carácter, pues no pagais con vuestro vida el insulto que me habeis hecho.

—¿Os parece poco?.....

—Demasiado!

—Echáos la culpa.

—Bah! no quiero desperdiciar palabras. Sois mi prisionero y estais desarmado.... .

—Sin embargo, si quereis, que siga la danza.....

—De buena gana, pero lo temo..... por mí solo.

—Bien dicho. Ahora, sigamos hablando.

—Qué! habeis creido?..... temo por mí..... es decir..... estais bajo mi responsabilidad, y si alguno de los dos queda en el campo.....

—Zape!

—Seré castigado severamente. De otro modo, saldriamos como dos caballeros, y todo se arreglaria con las espadas.....

—Bah! gustais de merendar?—dijo Zapata sentándose

en el suelo, y aproximándose la cazuela.—Mirad, aquí hay un zancarron con que podeis dar principio.....

—Gracias, buen hombre; que os haga provecho.

—Diantre!—dijo Zapata;—os parece un buen hombre el que os ha dado una zurra?

Estas palabras manifiestan que hasta los hombres como Zapata participaban de ese orgullo proverbial entre los españoles. La frase que pronunciara el carcelero, seria recibida con satisfaccion de los labios de Cortés ó del Rey; pero en los de un cualquiera como el que acababa de decirla, se hacia insoportable y hasta insultante.

—Zurra llamais á eso?—dijo el carcelero.

—O zurribanda,—repitió el otro,—no disputo los términos.

—Ah! zurrarme á mí? bien se ve que no me conoceis.... .

—Canario! estaré hablando con Solimán?—preguntó Zapata, retirando el bocado que iba á introducirse en la boca.

—No tal! pero si mi linaje no es de reyes, como debe serlo el vuestro, desciendo de nobles caballeros que nunca soportaron ultrajes.....

—Hola!—dijo Zapata, que á pesar de su encierro no perdia cierto buen humor que le caracterizaba:—descendeis de nobles caballeros!..... por vida de mi madre! pues sois mas que yo, porque yo no desciendo mas que de un solo caballero.

Los ojos del guardian despidieron tal mirada de cólera, que á ser vistos en el crepúsculo del calabozo, hubieran causado miedo al mismo Zapata; pero su mirada no fué tan rápida como su mano para apoderarse del garrote y levantarlo sobre el cráneo del prisionero.

—Ea!—dijo Zapata que comprendió su situacion;—no me habeis entendido? sed menos violento.

—Cuidado conmigo!.....

—Bajad el palo.....

—Silencio! con mil truenos!

—Perdon.....

—Bien está..... Alzáos; pero os advierto que otra vez no se os ocurra echarla de gracioso, porque la pasareis mal. Por vida mia!—añadió volviendo á levantar el garrote,—que si se me sube á la cabeza todo lo Zancadilla!.....

Aquel apellido fué una inspiracion para Zapata que acechaba la ocasion de sorprender al carcelero. Le abarcó por las piernas, tiró violentamente, y el otro vino al suelo, con gran mengua de la fama y lustre de los Zancadillas.

Desarmarle y volver á sujetarle por la garganta, fué obra de un momento.

—Ahora quiero veros, Sr. Zancadilla,—dijo Zapata.

—Esperad!—dijo el otro haciendo algunos esfuerzos para incorporarse;—me estais lastimando.

Zapata no hizo caso de estas palabras. Comenzó á desatarse con una mano el ancho ceñidor conque sujetaba sus calzas, y cuando hubo concluido trató de asegurar los brazos del carcelero.

—¿Qué vais á hacer?—dijo éste dejándose atar sin resistencia.

—Vais á darme todas las llaves que tengais en vuestro poder.

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto de las llaves; despachad.

—Tratais de saliros?

—Sí; á ver las llaves.

—No mas eso?

—No mas.

Y quién os detiene? Podeis iros hasta el quinto infierno sin que nadie os estorbe.

—Ah! me tendeis una trampa? Veremos.

—Trampa! con mil de á caballo! os digo que podeis marcharos.

—Será verdad?

—Os juro que á eso vine; traia la órden de abriros las puertas. Están francas.

—Si es un engaño.....

—Sois mas porfiado que un vizcaino: á ver..... asomáos por ahí si gustais, y gritadle á Marquina.

—Seria muy bueno para vos, pero no me conviene;—dijo Zapata metiendo la mano en el bolsillo del carcelero, y apoderándose de un haz de llaves.

Despues se dirigió resueltamente hácia la reja, la abrió, subió por la pequeña rampa que hemos mencionado, y abrió sin dificultad las hojas de la segunda puerta. Un torrente de luz inundó sus pupilas, que se cerraron con dolor; y un aire fresco y perfumado dilató sus pulmones casi marchitos por la atmósfera del calabozo.

—Buen viaje, amigo mio;—dijo una voz muy próxima á sus oidos.

Zapata se descubrió los ojos y procuró mirar al que le dirigió la palabra. Era un soldado que limpiaba con un cuero las abolladas piezas de su arnés, y manifestaba la mayor indiferencia.

—Quereis decirme,—dijo Zapata,—¿es verdad que soy libre?

—Más que mi madre,—dijo el otro:—lo dudais?

—Es decir..... puedo irme?

—Pues qué diablos esperais, compadre?

—Ah! pues entonces, adios! adios! no quiero permanecer mas en este infierno.

—Él vaya con vos, amigo mio!..... Ah! oid!

—Qué! no es cierto?

—Os hablan por allá dentro.....

—Por..... ah!..... por Santiago!—exclamó Zapata, recordando la posicion en que dejaba al carcelero;—voy allá!

Entonces volvió á entrar al calabozo.

—Estais convencido?—le preguntó Zancadilla, que estaba tendido largo á largo, y fajado como un niño de pecho.

—Perdonad,—le dijo Zapata comenzando á desatar los nudos;—vos teneis la culpa de estas violencias; ¿por qué no me lo habíais dicho? Estuvo en un tris que nos rompiésemos las testas, por no pronunciar una palabra.

Ah!—replicó el otro;—esperaba yo á que comiérais. Una noticia de esas con el estómago vacío..... pero sobre todo, á mí se me dijo que á la tarde, y yo no puedo violentar una órden..... ya estoy?

—Sí, y os pido mil perdones..... Si vuestra nobleza, que no pongo en duda, tiene á bien inclinarse hasta la amistad de un labriego como yo soy, me encontrará siempre dispuesto á quererle y servirle en todo lo que pueda.

—No, señor..... cómo?.....

—Zapata, criado de vuesamerced.

—Bien, Sr. Zapata; algun dia tendré la honra de hablaros largamente de mi persona para que sepais que este lugar que ocupo es inferior á mi nacimiento, y que.....

—Bueno; yo vendré por vos ese dia para que hablemos,

y echaremos un trago á la salud de vuestros nobles abuelos: dadme un abrazo y quedad con Dios, Sr. Zancajo.

—Os vais tan pronto?

—Sí; ansío ver á mi familia..... no sé de ella..... conque..... adios! y no conserveis memoria de nuestras desavenencias.

—Ay, amigo Chancleta!

—Zapata.

—Ay! amigo Zapata..... difícilmente sanaré del gaznate.

—Quia! id por allá, y mi mujer os cura como por encanto. Figuráos que busca mas yerbas que un jumento, y las conoce mas que un boticario..... Ea! quedad con Dios!

Zapata se alejó á todo escape sin oir los últimos adioses que le mandaba Zancadilla.

20

D. GASPAR DE MENDOZA.

Volvió Zapata á ampararse de aquella misma casa en cuya puerta fué sorprendido por los esbirros de Garduña. Grande fué la sorpresa que recibió Juana cuando la relacion de la aventura de su padre le dió á conocer el gran peligro que amenazaba á Tetzahuitl; pero no fué menor su regocijo cuando pudo adivinar que un hombre, sin duda poderoso, amaba á la Dorantes con ese amor que se convierte en frenesí con los desdenes. ¿Y quién seria el nuevo amante? Juana lo ignoraba; pero se prometia encontrarle. Pensaba ponerse en observacion desde aquel mismo instante, pues tenia grande curiosidad de conocer á ese hombre, de hablarle, de ayudarle, de unirse á él con toda el alma, para quitar á Tetzahuitl esa mujer que le hacia tan desapacible y tan ingrato. Una vez allanado el principal obstáculo, Juana pensaba que todo lo demas seria fácil, si se atiende al poder destructor que tiene la ausencia sobre el objeto del cariño. Además, contaba

con su ternura, con su constancia, con su belleza, y en caso necesario, con los artificios ya vulgares en la coquetería del Viejo-Mundo; pero no conocidos por los sencillos habitantes del Nuevo.

Juana continuaba al lado de Isabel. La primera disimulaba su aborrecimiento. La segunda, segura del afecto de Tetzahuitl, miraba á Juana con benignidad, y allá en el fondo la compadecia, meditando en ese abismo de dolor que deja en el alma de una jóven la huella del primer desengaño.

Un dia se hallaba Juana en el jardin, en pié junto á un pequeño estanque, viendo á varios ánades que se perseguian á picotazos barriendo con sus pechos atornasolados la límpida superficie de las aguas. Juana entreabria de cuando en cuando su pequeña boca para aspirar el aire fresco del jardin; y le exhalaba tan ardiente, como si el suspiro, viniendo de las profundidades de su amor, saliese impregnado con partículas de fuego.

Acaso pensaba en Tetzahuitl; tal vez miraba reproducirse en el estanque la inmensidad del mar, y en uno de los ánades la nave que se aleja dejando tras de sí la patria, para marchar en pos de un incierto destino.

Quién sabe lo que hubiera durado la inmobilidad de Juana, si una mano que le tiró suavemente de los pliegues del sayo no hubiera venido á interrumpir el curso de sus pensamientos.

—Ah! sois vos, señor?

Era Mendoza, D. Gaspar de Mendoza, jóven segun contaban, enlazado con la primera nobleza de España, encomendero, alférez de la ciudad, comandante de quinientas lanzas, rico, hermoso, valiente, soberbio con sus dotes,

malo por naturaleza, generoso por afectacion, amador de las damas, amado siempre, y considerado por todos como la espada mas temible del reino. Tapia, Mendieta, Francisco de Medina y otros varios espadachines le temian y le respetaban. Su segundo, que era un aventurero, dueño de la fuerza, y cuya fama de valor y de habilidad era tan crecida como tan justa, le temia tambien, y llevaba sobre el cuerpo varias señales, que en tal hombre daban la prueba mas segura de lo que valia la espada de Mendoza. Era este considerado por Estrada como el mas firme apoyo de su gobierno; le amaba con exceso, hasta el grado de que malas lenguas aseguraban que D. Gaspar era un hijo adulterino del señor tesorero. Lo que mas caracterizaba á Mendoza su *galantería*, era un amor libidinoso, primero tierno y solapado, pero feroz, amenazante y tremendo cuando encontraba resistencia.

Isabel fué conocida por Mendoza el dia que celebró su casamiento con Dorantes. Mendoza, confundido entre la turba de los convidados, no separó un instante su vista de la jóven, cuya hermosura le pareció asombrosa. Vió al novio, le juzgó vulgar, y le vió cara de uno de tantos animales destinados por su mala suerte á ser con sus mujeres el juguete de los holgazanes. Además, una mirada que por acaso le dirigió Isabel, le pareció mas expresiva de lo natural. Creyó entonces haber hecho la impresion que estaba acostumbrado á producir en corazones menos puros que el de la desposada.

Dorantes, á quien Cortés queria dejar gozando aquellos primeros dias felices (que siempre son los últimos), marchó en la expedicion, por el influjo de Mendoza, que mostró á D. Hernando la grande utilidad que sacaria llevando

consigo á un jóven cuyo afecto era inmenso y cuya bravura le habia sacado varias veces de terribles aprietos. Mendoza, libre ya para dar principio al asedio, se hizo llevar á la casa de Isabel por Rodrigo de Paz. Su nombre, su posicion, su amistad con Cortés, su parentesco real ó aparente con Estrada, su exquisita finura, su charla graciosa y amena, y el aire de protector de los indios, que supo darse salvando de los impuestos ó del palo á algunos pobres que nada le importaban, hicieron que la jóven le tomase un distinguido afecto, llamándole á la faz del mundo el primero de sus amigos. Pero Gaspar de Mendoza, que hubiera querido ser mas bien el último de los amantes, despreció el noble título de amigo, é instaba con el mayor empeño á la Dorantes para que le consolase con alguna esperanza. La jóven sabia tenerle á raya, sin usar ni una sílaba que pudiera ofenderle. Esto ponia furioso á Gaspar de Mendoza. Su amor se convirtió en pasion, y la pasion en locura; vino despues un frenesí, que rompió, no se sabe en qué términos, que dieron mucho que pensar á Isabel. Sin embargo, despues de algunas oscilaciones, la amistad continuó como siempre, aunque Mendoza no pensaba sino en su capricho.

Hoy que lo ven nuestros lectores con la hija de Zapata, viene de hacer una de sus acostumbradas tentativas para vencer el alma de Isabel; y como siempre, llega pálido y humillado por la derrota.

—Te necesito mucho, le dijo á Juana.

—Soy vuestra criada, señor Mendoza.

—¿Tienes querido?.....

—Señor..... exclamó Juanita, cuyo rostro se tiñó de amapola.

—¡Vamos! responde.

—¿Querido?

—O novio; da lo mismo.

—Yo.....

—Sí, ó no.

—No señor.....

—A otro con esas. Pero vamos; si me haces un servicio que voy á pedirte, casarás con tu novio y tendrás un dote de 20,000 pesos.

—Señor..... ya os dije.....

—¡Quita allá, picaruela! Tú, que tienes esa boca tan linda..... y esos ojos..... A ver, ¡qué diablo! si no los levantas, te los levanto con un.....

—Ea! quieto! señor Mendoza.

—Bien..... me habia distraido..... ¿quieres servirme?

—Si no os explicais.....

—Voy á hacerlo; pero antes quiero saber algunas cosas. ¿Duermes tú con la señora?

—Duermo en su pieza.

—¿Y la demas gente?

—En los aposentos de abajo.

—¿Y ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Ese que cuida de la huerta.

—¿Mi padre?.....

—Cómo!..... Pues bien, tu padre.

—Duerme en la pieza de la huerta.

—¿El tiene las llaves?

—Sí, señor.

—Pues si me entregas esas llaves ó dejas que se quede abierto y.....

—Qué pretendeis, señor?

—Y procuras dormirte como un difunto la noche que yo te señale, te hago rica..... me llevo á Isabel, te vas adonde quieras, y á esto se reduce todo.

Juanita, de roja que estaba, se tornó pálida; no es dificil adivinar la causa. Cuando Arquímedes encontró su palanca y cuando Colon divisó tierra, deben haber palidecido. La hija de Zapata procuró disimular su alegría y determinó dejarse seducir por las promesas de Mendoza. Pero era preciso comenzar por mostrarse asombrada. En efecto, puso en su semblante lá cantidad de azoramiento que requerian las circunstancias, y exclamó juntando las manos:

—Dios mio!..... Jesus!..... Nunca! nunca seré instrumento de tamaña infamia!

—Qué pierdes?

—Mi conciencia.

—Te la compro.....

—No; apartáos, Sr. Mendoza; nunca venderé mi alma por el precio que me proponeis. Buscad otra persona que por vuestro dinero traicione la amistad y sea cómplice de la deshonra de un hombre inocente.

Mendoza creyó que el interes no era el lado vulnerable de Juana, y pensó tentar su compasion antes de valerse de las amenazas. Entretanto, Juana, que veia meditabundo á Mendoza, creyó haber ido mas allá de la delicadeza y se propuso ser menos inhumana.

—Oh!—dijo Mendoza,—bien se ve, Juana, que no ha entrado en tu pecho, vírgen todavía, el veneno de un amor imposible!

—Señor,—replicó Juana,—hay hartas damas tan her-

mosas como Isabel, que pudieran distraeros de esto que no es mas que un capricho.

—Capricho! Niña, si fueras capaz de comprenderme!

—Amais de veras?

—Con el alma! y de tí pende mi destino.

—Pero es un crímen lo que exigís de mí, señor Mendoza.

—No digas tal, Juana; es solo una gracia, una gracia que ni mancha el lustre de tu honestidad ni turba el reposo de tu conciencia. Tuyo seria el crímen, si me ayudases á corromper el corazon de esa jóven, ó si me abrieses las puertas de su estancia para arrancarle por la fuerza lo que su virtud negaba á mis ruegos. Pero Isabel me ama....

—Dios mio!

—Sí, me ama; y si es un delito su pasion, ella sola es culpable. ¿Qué remedio encuentras para evitar un crímen que está consumado? ¿Crees que no protegiendo nuestra huida, salvarás el bien y la reputacion de Dorantes? No, Juana; tu afan serviria solo para perderle. Vendrá Dorantes, y en vez de hallar en su mujer el júbilo con que saludan todas al esposo que vuelve de una dilatada ausencia, verá la taciturnidad, el desprecio, el tedio que causa la aparicion de un importuno en el secreto paraíso de los dichosos. No dilatará en comprender su desgracia. Las mujeres tienen bastante vanidad para ocultar su amor á sus amantes; pero no la suficiente práctica en el disimulo, ni la calma para ocultar su crímen á la vista recelosa de sus maridos. Una mirada de cariño pedida mil veces en la soledad, y que se ha negado á nuestras súplicas, no espera sino la presencia del esposo, la expectacion de las gentes, el peligro de ser vista y notada y censurada, para romper los velos de la prudencia y partir impregnada de

indiscreta pasion, para alumbrar, como con un relámpago, el secreto escondido tras la serena faz [illegible]te. Isabel se denunciará como todas. El amor se escápa de los corazones, como el humo de la mirra por la cúpula calada del incensario. Isabel será desgraciada, y yo..... me veré en el caso de salvarla cruzando mi acero con Dorantes.

—Oh! no lo permita el cielo, señor!—exclamó Juana; —me causais miedo con lo que acabais de decirme. Seria capaz de dar la vida por evitar ese conflicto; pero.....

—¿Prefieres que Dorantes ahogue en sangre el amor de su esposa, y que yo lave en la de él la sangre que enrojezca sus manos; y que despues yo arroje la mia sobre.....

—Callad, por Dios! no presenteis á mi imaginacion tan lúgubres fantasmas. Acabaríais por arrastrarme adonde me he propuesto no llegar nunca. Creo que sois bastante caballero para que os atrevais á cometer una fealdad que arrojará sobre vuestro nombre una mancha indeleble.

—Pues mira, Juana, estoy resuelto á hundirme en el fango. Nada me importa el nombre, nada me interesa la vida, nada temo ahora ni despues de muerto; y sea por los medios que fuere, poseeré á Isabel, pese á quien pese. Recuerda que yo he querido evitar hasta la mas leve sombra de violencia, por temor del escándalo y por aversion á la sangre. Recuerda, Juana, que ha estado en tu mano salvar de la publicidad la deshonra de una mujer, y de mi espada la existencia de un hombre. Recuerda tu indiferencia á los ruegos que te hago; para que no digas «soy inocente» cuando veas á tres personas abismadas en el infortunio; y tiembla, Juana, cuando algun terrible amigo de los mios te designe como la causa de mi perdicion y mi afrenta!

Juanita, no obstante sus propósitos, sintió un vago ter-

ror al ver y al escuchar á Mendoza. Aprovechó el momento en que sus manos se pusieron frias para tomar en ellas las del jóven, y exclamó con trémulo acento:

—Oh! señor, si me dijéseis la verdad..... si fuera cierto que evitariamos tantos males facilitándoos la huida....

—Qué! consentirias?.....

—Tal vez!.....

—Ah! Juana! no esperaba yo menos de tu bondad; tú espera de mi afecto la mezquina dicha con que sea dado á mi fortuna rodear tus años juveniles. Dispon de mí, soy tu esclavo desde este instante; mi dinero y mi pobre espada están á tus órdenes.

—Y supuesto que es fuerza salvar á la señora, sin hacer un escándalo, ¿no seria mucho mejor prolongar la ausencia de Dorantes?

—¿Y quién pudiera prolongarla, sino la muerte?

—Ah! no! no! eso es lo que no quiero. Decidme qué se necesita hacer para que conjuremos el peligro, que no sean los medios criminales, que siempre pierden á los mismos que se sirven de ellos.....

—Oh! son muy sencillos. Basta que con un pretexto cualquiera te alejes de Isabel.....

—Seria muy significativo.....

—Pues entonces, dejarte sorprender por los mios.....

—Tampoco..... temo cualquiera ultraje.....

—Pues.....

—Mirad, señor Mendoza, yo sé que Isabel baja á este sitio pocas horas antes de recogerse. Viene á tomar el aire de la noche por las avenidas del jardin, ó asomada en aquella ventana que veis ahí junto á los álamos. Pudiérais entonces.....

—Muy bien pensado! ¿y cómo te parece que la sorprendamos?..... por la calle?

—No! encontraríais seguramente á personas que lo vieran todo, y que aun pudieran ofenderos.....

—Por la espalda?

—Tampoco..... no seríais tan violentos que un grito de Isabel no tuviera tiempo de sonar en la calle.

Mendoza, como recordarán nuestros lectores, habia dicho á Juanita que Isabel le amaba, dándole á entender que estaba de acuerdo para el lance. Así, las palabras de «sorpresa» y de «gritos» anunciaban claramente que Juanita se olvidaba de su papel, y Mendoza de sus mentiras. No obstante, siguieron discutiendo los planes de ataque, sin que ninguno reparase en su falta.

—¿No fuera mejor,—preguntó Juanita,—que la tomáseis cuando vaya por las avenidas esperando la hora de asomarse á la ventana?.....

—Crees tú que así puede verificarse con todo el sigilo.....

—Sí, señor.....

—Es decir, tendré que ocultarme con mi gente en el sitio que tú me designes?.....

—Sí, mirad: tras esa alcantarilla cubierta casi por las ramas de aquella higuera, pueden caber hasta doce hombres..... quedarán precisamente en un costado de la senda por donde Isabel acostumbra sentarse ó dar paseos.

—¿Y en aquel cuarto, me dices que habita tu anciano padre?

—Sí.....

—Podrá oir.....

—No; tiene buen sueño, y sobre todo, para que no me dé un pesar le dejaremos encerrado; no os parece?

—Bien. Resta que me digas la hora, para decirte el dia.

—Venid á la mitad de la noche; dos horas despues saldrá Isabel, y podreis llevárosla.

—Vengo mañana: ¿cómo hacemos para avisarte?

—Estad por la poterna; dareis un silbido, y yo misma bajaré á abriros; si algun obstáculo me detiene, descuidad. Anton, un criado en quien tengo puesta toda mi confianza, os franqueará el postigo.

—Corriente..... conque.....

—Ay! señor Mendoza! tengo un miedo!.....

—Eh!..... vas á ver como se hace todo sin la menor dificultad.....

—No es eso, señor..... sino que temo.....

—Qué?

—Si faltáseis.....

—Quiá! faltar yo! no me conoces, Juana. He jurado por mi cabeza llevarme á la Dorantes, y lo hubiera cumplido, aunque fuese necesario arrancarla de un claustro y acuchillarme con todos los maridos del mundo. Jura tú que á la media noche oirás un silbido.

—Dios mio! me siento como arrepentida de lo que os he dicho.....

—Juanita!

—Si hubiéseis abusado del cariño que profeso á Isabel..... y engañáseis mi credulidad.....

—Niña! no sientes tú misma la verdad de mi amor, y conoces que Isabel está dispuesta á todo?..... me juzgas tan ruin caballero, que osara tomar por escudo la mentira?

—No, señor..... pero.....

—Mírame!—dijo Mendoza cayendo de rodillas y tendiendo su sombrero en el aire. Te pido por piedad que ar-

rojes esa duda..... esa duda que puede dar al traste con tu felicidad, con la de Isabel y con la mia.

—Alzad! señor..... alzad; no os vea mi padre y diga..... Por Dios!

—Me crees ahora?

—Sí, sí..... quién se atreveria á dudar de un caballero como vos lo sois,—dijo Juanilla tomando á Mendoza por las manos, é invitándole á que se pusiese en pié; si me engañais, señor, Dios os lo demande. Yo no habré hecho una maldad, sino arrastrada por mis buenos deseos.

—Eres divina, Juana,—replicó Mendoza estrechando una de las manos de la jóven.—Quedamos?

—Os espero, señor Mendoza.

—Gracias mil! Juanita..... me permites que.....

—Cuidado! besarme la mano.....

—Juanita.....

—Idos, señor... hemos hablado mucho, y pueden notarlo.

Mendoza estampó un beso en la mano de Juana, se puso el sombrero y salió murmurando:

—Canario! he ganado á esa pazguata palmo á palmo. La pobre se ha dejado coger como un gorrion, y me ha creido como á los apóstoles. ¡Pobres mujeres! Qué poco trabajo cuesta fascinarlas!.....

Entretanto, Juana, viendo alejarse á D. Gaspar, decia para su sayo:

—Qué necio es este señoron! ¡Pobres hombres, tan vanidosos, y más que vanidosos imbéciles! Cree haber hecho una conquista, cuando él es el que se marcha conquistado..... ja! ja!.....

Autores graves aseguran que todos los casos de seduccion son de este género.

21

La voz de Chirinos y la voz del cielo.

Acercábase el término fijado por Negromonte á la existencia de Isabel. Chirinos, resuelto á dejar libre el paso á los destinos de la jóven, si esta permanecia inflexible, quiso por última vez probar si con sus ruegos lograba obtener algo que consolara su esperanza. Una larga entrevista donde agotó los recursos todos de la elocuencia, sin perdonar las lágrimas, le mostraron que el amor no se obtiene, como la limosna, á fuerza de súplicas. Que el ruego sirve muchas veces para hacer, no ya molesto, sino aborrecible, á un desdichado de esos que aman por una fatalidad á quien los desprecia. Chirinos adoptaba con Isabel esa táctica llamada por muchos con el nombre de *romanticismo;* es decir, un conjunto de prácticas dirigidas todas á mostrar que nos consume la mas negra melancolía. Esto será siempre una locura, y una locura siempre inútil. Nada mas interesante que esa dulce tristeza prendida como un velo sobre la frente de la ju-

ventud que sueña con las ilusiones de su primer cariño; pero nada mas horroroso que la adusta palidez de un semblante que muestra en las miradas, no la amargura de los que aman sin esperanza, sino el profundo padecer, la sombría resignacion y los tormentos de un condenado. El tipo del amante lloroso, demacrado, lívido, que persigue á las hermosas con ayes dolientes, mostrándoles su cabellera encanecida por el insomnio, y su corazon hipertrofiado ceñido por coronas de espinas, se reproduce en todos los tiempos, agobiado por los desdenes y aun correspondido con los ultrajes. La mujer detesta la vanidosa confianza de un fátuo y se complace en despreciarle; pero le da miedo cuando uno de esos hombres de largas melenas, de ojos hundidos y empañados como los de un cadáver, cae á sus piés hablándola de penas devoradoras, de desesperaciones infernales, de gemidos horribles, de amor que devora como el incendio, de noches que se alargan como la eternidad, de dolores que se extinguen con el suicidio y de almas que se abisman en el infierno.

Isabel huyó azorada con el aspecto y las palabras de Chirinos; y este, convencido ya de que nada bastaria para humanizarla, y queriendo, como todos los amantes, ver primero muerta que en brazos de otro á la mujer que era su ensueño, salió, dejándola abandonada de una vez á la política de Negromonte.

—Pero no,—decia retirándose por la huerta,—yo necesito hacer apurar á esa mujer la copa de una lenta venganza. El puñal mata como el rayo. La muerte no es la causa, sino el remedio, de los tormentos. Es fuerza que sufra un dolor parecido al mio, como seria, si no el desprecio, la eterna ausencia del que ella ama. Yo haré que D.

Gaspar de Mendoza perezca á manos de Tetzahuitl, sin echar mano de esa torpe medida de Negromonte; porque necesito que esa mujer viva. Será mi amante por su voluntad, cuando yo le muestre que con su resistencia perderá á Tetzahuitl, colocado ya sobre la rueda del tormento. Y cederá por el engaño; y con todo, Tetzahuitl perecerá como asesino de Mendoza, y ella se hundirá en el abismo de su inútil deshonra, y llorará al perdido amante, y yo me gozaré en su martirio.

—Perdonad, señor..... no se sale por esa puerta,—le dijo á este tiempo una voz que venia como de los árboles. Chirinos levantó los ojos y vió á Zapata, que sentado en el brazo de un álamo, pasaba el tiempo metiendo la tijera en las ramas marchitas.

—Hola! sois de casa?—le preguntó Chirinos.

—Sí, señor..... mande vuesamerced.

—Qué sois aquí?

—Lo mismo que en todas partes, señor..... un criado de vuesamerced.

—Bajad, si lo teneis á bien.....

Zapata se dejó deslizar por el tronco, y adelantó, sombrero en mano, hasta colocarse á algunos pasos de Chirinos.

—Sois jardinero?—preguntó este.

—Sí señor.

—Cuánto teneis por salario?

—Nada, señor..... aquí duermo y cómo solamente; y sirvo por pagar esta deuda de gratitud.

—¿Quereis servirme á mí?.....

—Yo?.....

—Vamos..... tendreis un poco mas de lo que os dan en esta casa, y os molestareis mucho menos.

—Pero es, señor..... que.....

—Decid vuestros inconvenientes; yo prometo allanarlos todos.

—Oh! si os dijera á vuesamerced cuál es mi apuro.....

—Hablad.....

—Poco despues de aquella noche que os oculté en mi cuarto para que viéseis las personas que entraban.....

—Adelante.

—Riñeron D. Andrés Tapia y D. Francisco de Medina. Lo único que puedo deciros es que por mal de mis pecados tuve yo la culpa..... y los dos me persiguen.....

—Riñeron?..... y por qué causa?

—¿Ignorais por qué se muerden dos perros, cuando la casualidad arroja entre los dos un mendrugo? Oh! y el mas codiciado!

—El mando?

—La mujer.

—Doña Luz?.....

—Lo habeis dicho.

—Magnífico!—dijo para sí Chirinos;—ya veremos qué partido saca de este amor Negromonte. Conque,—añadió, —la enfermedad que tiene postrados á esos dos valientes, no es otra que las cuchilladas?.....

—Sí, señor.

—¿Y cómo es que os hallais complicado en el asunto?

—Ah! mi mala memoria, señor ..... no avisé á D. Francisco, es decir, me olvidé completamente de que estaba en la casa el capitan Tapia; se encontraron, los dos se tenian odio de rivales, y.....

Se afianzaron. Bien hecho; y decís que os persiguen?

—A muerte. Me han tenido preso.....

—Descuidad. Desde hoy quedais bajo mi amparo; pero necesito de vuestra ayuda.

—Nada valgo; pero estoy pronto á las órdenes de vuesamerced.

—¿Teneis donde podamos hablar con entera confianza?

—Oh! sí, señor; tomáos la molestia de seguirme.

Los dos se pusieron en marcha y llegaron al reducido aposento que Juana habia destinado á su padre. Zapata dobló su ferreruelo, y le puso en el asiento de un banco para que Chirinos se sentase; él se mantuvo en pié, dispuesto á escuchar las palabras del señor factor.

—Sentáos,—dijo éste.

—Señor!

—Sentáos.

Zapata aproximó otro banco y obedeció á Chirinos.

—Podeis hablar, señor,—dijo.

—Bien; yo amo á tu señora, y pienso robármela. Deseo que tú me des algunos informes necesarios para preparar el golpe.

—Señor.....

—Toma,—dijo Chirinos sacando de su limosnera un puñado de oro, y soltándole sobre las rodillas de Zapata.

—Qué haceis, señor?

—Nada; responde si puedes servirme.

—Oh! yo aseguro á vuesamerced que si mi hija no estuviera de por medio, yo no vacilaria en sacrificarme. Ella recibe grandes mercedes de la señora.....

—Teneis hija?

—Sí.....

—Queda tambien á mi cargo. No temais por su suerte.

—Siendo así, podeis disponer de mi persona.

—¿Qué hora juzgas tú que sea conveniente para el negocio?

—Señor..... como este debe ser un negocio muy reservado, creo que debe ejecutarse entre las sombras de la noche.

—Es cierto.

—Ahora, no hay mas que dos inconvenientes: mi hija, que se aparta rara vez de la señora, y un criado maldito que no se separa de mi lado. Pero es fácil mandar á Juana fuera de la casa; y si teneis á bien dejarme otro pequeño número de ducados, os aseguro que el otro no nos hará mala obra.

—Tomad esto,—replicó Chirinos, vaciando completamente su limosnera en las manos de Zapata. ¿Creeis que será suficiente?

—Oh! sí..... —replicó el otro viendo cómo rodaban los ducados, y estrechando los que querian escapársele.—Resta saber el proyecto que tenia dispuesto vuesamerced.

—El mas natural: que una persona se encargase de alejar del lado de Isabel á la pequeña servidumbre que la rodea; que la misma persona me facilitase la entrada á ciertas horas, hasta el interior de la casa, y yo me encargaria de todos los otros pormenores.

—Pensais sorprenderla en su lecho?

—Es lo mejor; cuando despierte ya no tendrá tiempo de usar el arma favorita de las mujeres.....

—¿Qué decís señor?..... Luego esa jóven debe ser arrebatada por la fuerza?

—Por mi abuela! pues si así no fuera, de qué me servirian tantas precauciones? Yo la tomaria por la mano y nos marchariamos á casa por entre dos filas de espectadores, á la luz del sol, y llevando por delante banderas, heraldos y

música de atabales y trompetas. ¿Me la robo.... entendeis? la saco, á pesar suyo, y habrá danza de gritos, y rasgadura de ropas, y dedos señalados en la garganta, y brazos desollados por el mecate, y maldiciones y golpes, y mordidas é infiernos; y por eso busco la noche, y la soledad, y el desamparo, y el valor, y el secreto. Habeis comprendido?

—Confieso que no me figuraba.....

—Bah! sois un pobre hombre bien extraño..... y quereis decirme qué os importa que esa jóven sea arrebatada por su voluntad ó por la fuerza?

—Ah! señor..... yo he cometido muchas maldades en los años que me ha dado Nuestro Señor para purgar mi pobre ánima, y estoy fatigado de ser malo.....

—Hola!..... y desde cuando os confesásteis rendido?

—Ha muchos años..... yo.....

—Cómo! tanto tiempo llevan en la cama Tapia y Medina? ha tanto tiempo que Doña Luz ahoga en llanto una pasion que no hubiera nacido sin vuestros buenos oficios? hace años que introdujísteis á esos pícaros hasta el tálamo del caballero Estrada..... que si lo supiera.....

—Oh! pero quién pudiera decírselo?

—No sospechais quién?

—No creo que ninguno de los que saben.....

—Pobre hombre! creeis acaso que yo correria peligro si lo dijese?

—Vos! señor.....

—Yo, amigo mio.

—Luego vuesamerced quiere que se le sirva á todo trance?

—Os lo repito.

—Pero supuesto que me perdereis si rehuso, no me ofreceis nada en cambio de mis servicios?

—Si á fé; dije ya que la suerte de vuestra hija quedará asegurada: qué quereis para vos?

—Para mí, señor..... os hablaré claro: dadme dinero, y yo me proporcionaré lo que sea de mi gusto.

—Tendreis doscientos pesos de oro.....

—Señor!.....

—Trescientos.

—Yo.....

—Cuatrocientos.

—Permitid.....

—Quinientos.

Zapata sintió el vértigo de la codicia, y casi dobló las rodillas ante aquella promesa, que le parecia un sueño.

—Podeis mandar,—dijo á Chirinos.

—Disponed todo para esta noche,—dijo el factor.

—Tan pronto?.....

—Sí, dadme la llave de este postigo.

—Ah!..... la tiene Juana..... pero no tengais la menor inquietud..... Llamad á la hora que llegueis, y os abriré sin dilatar un momento.

—Bueno. Quedad con Dios, y os encargo que prevengais todo lo necesario, como si en ello os fuera la cabeza, —dijo Chirinos, poniendo en estas palabras un tono cuya profundidad no se escapaba á la penetracion de Zapata.

—Soy un servidor de vuesamerced,—dijo este inclinándose al pasar el factor, que no dilató en alejarse por una de las avenidas de la huerta.

Cuando Zapata se halló solo, fijó su vista en los ducados esparcidos por el suelo; estrechó contra su corazon los que tenia en las manos, y permaneció algunos instantes como arrobado en un abrazo de felicidad suprema.

Pero á poco, su rostro comenzó á adquirir una expresion extraña; parecia que la sombra de una nube pasaba por su frente con majestuosa lentitud, nublando los primeros rayos de la alegría. Su cabeza se doblegó, sin duda bajo el peso de anticipados remordimientos. Los brazos, acometidos de desmayo, dejaron de oprimir el seno; las monedas cayeron de golpe y huyeron en todas direcciones, produciendo un ruido sordo y brillando al rodar sobre el pavimento.

Zapata acabó de abrir los brazos, arrojando lejos de sí los últimos ducados que le quedaban; irguióse, y dió un fuerte talonazo en el suelo, exclamando como el poeta español: *¡Maldita sed del oro!*

—Tú eres la causa de mis miserias! tú fuiste á sorprenderme á la cabaña de mis padres! tú me arrancaste de los brazos de mis hermanos. Por tí crucé el mar! Por tí dejé el nido feliz que Dios me dió, como á las aves sobre los peñascos del Guadarrama! Por tí rasgué el pellico del pastor y bajé del jumento, y me ajusté las piezas del arnés y monté sobre el caballo de guerra, y me metí en el humo y el trueno. Mis manos rústicas, acostumbradas á segar la yerba del prado, segaron cabezas; y mis labios, frescos todavía con los cristales de la montaña, se inclinaron para apagar la sed sobre charcos de sangre..... Maldita codicia, no seguirás perdiéndome. Juro por Cristo que ese infame tendrá que pasar sobre mi cuerpo, antes de tocar á esa dama.

22

Donde el lector descubrirá en Zapata mas nobleza que en Zancadilla, mas valor que en Jorge Villadiego, y mas astucia que en Negromonte.

Pensó primero Zapata en decírselo todo á Rodrigo de Paz; pero halló mejor decírselo á la misma Isabel, para que ella le indicara lo que debia hacerse.

Cerró su cuarto, cruzó rápidamente la huerta, y fué á llamar á la habitacion de la jóven.

Esta se hallaba con Juanita, bordando uno de esos preciosos lienzos, cuyas flores, formadas con plumas de colibrí, causaban tanta admiracion en Europa.

Juana, entregada á la inquietud secreta del que espera los grandes sucesos que él mismo ha preparado, no miraba sobre las labores del lienzo sino la negrura de la media noche, la soledad del jardin, y el rostro feroz de D. Gaspar, asomando como la víbora entre el ramaje.

Isabel tenia en la frente otra imágen—Tetzahuitl—Tetzahuitl meciéndose en el espacio azul sobre nubes de oro. Pero tras de aquella ilusion miraba un horizonte donde

aparecian encabritándose los corceles y las banderas tremolando, y brillando con el sol los cascos y las picas de un grupo de guerreros que avanzaba dando alaridos de triunfo, y lanzando el nombre de Cortés en el eco de los clarines. Allí, entre los remolinos de polvo, aparecia Dorantes..... Entonces los rumores callaban, los guerreros se hundian; el sol rodaba tras del monte; un espeso cortinaje de bruma caia de los cielos, extendiéndose por toda la inmensidad, se estremecia, ondulaba, remedaba los tumbos del rayo y los gritos del pueblo, y oprimia entre sus arrugas y arrebataba en su corriente, un bergantin, donde Isabel se contemplaba con Dorantes huyendo para siempre á las remotas playas del Viejo Mundo.

De aquí el tinte melancólico que se extendia por su semblante; por sus largas pestañas, inclinadas sobre el dechado, parecia temblar una lágrima y desbordarse la mirada triste que al partir hubiera clavado sobre las cumbres azuladas de América, hundidas para siempre tras de las ondas.

Cada dia era para Isabel un paso al desenlace que la amedrentaba. La venida de Dorantes era una idea que procuraba disipar para no adelantarse al sufrimiento.

—El dia que torne,—se habia dicho,—me traerá la noticia de la partida, y será fuerza renunciar á este amor que es un sueño..... y yo moriré entonces. Soñemos mientras llega el momento.

De aquí tambien la calma de Isabel, semejante á la de esos enfermos que, devorados por un mal irremediable, se tienden tranquilos en su lecho para esperar la muerte. Abandonó como inútiles ciertas lecturas donde aprendia el idioma de Dorantes, y se entregó al trabajo de enseñar á Juanita el bordado, con ánimo, decia, de dejar á la jóven

un recurso para sustentarse cuando perdiese el apoyo de sus padres. Isabel le daba su leccion, como le hubiera dado un rizo de sus cabellos, humedecido con el lloro de una separacion eterna.

Aquella leccion era generalmente silenciosa. Reducíase al ejemplo, y solo de cuando en cuando se establecia un diálogo corto, para pedir y dar ligeras explicaciones.

Dos golpecillos dados en la puerta hicieron levantar del dechado la cabeza de las dos jóvenes.

—Adelante!—dijo Isabel.

Zapata apareció trayendo entre sus cejas el pliegue de la indignacion, y respirando con la doble fatiga de la emocion y de la carrera. Volvió á cerrar, adelantó unos pasos, y viendo alternativamente á su hija y á Isabel, dijo á la última:

—No estais sola.....

—¿Qué me quereis?

—Deseo hablaros de un asunto..... replicó Zapata; despues, volviéndose á Juana, añadió: vete.

Una rara sospecha pasó por la mente de Juana. ¿Su padre habia sabido alguna cosa? Enderezóse lentamente y salió paso á paso, no sin volverse varias veces para buscar en los ademanes de Zapata un signo que pudiera indicar si eran fundadas sus sospechas. Nada le fué posible descubrir, y se alejó disimulando su inquietud y dispuesta á ponerse en acecho para recoger aunque fuese una sola palabra. Cuando Isabel vió que Juanita habia desaparecido, hizo á Zapata una señal para que se acercase.

—Decíais..... murmuró.

—Digo, señora, que os pongais en salvo; porque un hombre poderoso, un hombre sin escrúpulos, un hombre ca-

paz de todas las maldades, y que abriga por vos un impuro deseo, trata de arrebataros de vuestro hogar..... y esta noche..... y..... lo hará, señora, lo hará si no ponemos coto á sus perversas maquinaciones.

Isabel, demudada, se puso en pié; se acercó á Zapata, y tomándole por una mano, le preguntó palpitante de susto:

—Y quién es ese hombre?

—Chirinos!

—Chirinos?.....

—Sí, señora; el mismo.....

—Dios mio! si ese hombre me ha inspirado siempre un terror mortal..... y qué..... qué sabeis..... quién os ha dicho.....

—El mismo, señora; él mismo me ha hablado esta mañana..... mirad, todavía traigo aquí algunos ducados..... me dió muchos, me prometió mas..... y, perdonadme; yo, deslumbrado con el brillo de sus promesas, y creyendo que amábais á ese hombre, habia consentido en ser uno de sus cómplices.....

—Vos?..... —preguntó Isabel con cierta amargura.

—Sí..... pero os debo mercedes, recibo el pan de vuestra mano, sois mi amparo, sois la madre de mi hija..... y mi gratitud, señora, me habla mas alto que todos los tesoros de América; pero sé que el factor, si no obra por astucia, obrará por violencia y trastornará la tierra por llevar al cabo sus proyectos. Yo soy impotente para luchar con él..... pero os ofrezco caer á vuestros piés, antes de permitir que se os toque un cabello.

—Oh, Zapata!—exclamó Isabel;—no quiera el cielo que os expongais á perecer inútilmente. Os prohibo echar mano de la espada.

—Pero, señora, mientras os mire abandonada..... vos no teneis sino amigos viles, cobardes, que os venderian por ganarse el afecto de Chirinos, y que os miran con el desprecio que á toda vuestra desdichada raza.... .

—Es cierto.....

—Ah!..... me olvidaba..... teneis un padrino.....

—No, la presencia continua de D. Gaspar de Mendoza en la casa de Rodrigo de Paz, me impide acogerme en ese asilo.

—¿Y qué tiene.....

—Ah! Gaspar de Mendoza..... si supiérais.....

—Qué! tambien.....

Isabel bajó los ojos ruborizándose, y exclamó estrechando la mano de Zapata:

—Sí, tambien abriga el mismo fuego que Pero Almindes, y me dice las mismas palabras, y tiene en los ojos el mismo rayo impuro y amenazante.

—Por mi madre! conque tambien Mendoza!

—Me veo sola entre esos dos hombres, lejos de D. Hernando y abandonada entre esta turba de los españoles, que verán mi desgracia con la indiferencia que la de tantas como han sido víctimas de sus brutales instintos..... Ha mucho tiempo que temia lo que acabais de decirme..... y lo esperaba. Puedo disponer de un recurso supremo..... pero no tengo la fuerza, el alma insensible que se necesita para ponerle en práctica.....

—Hablad, señora..... yo sí me siento con toda la energía que puede haber en el espíritu de un cualquiera. Yo haré lo que os impide hacer vuestra debilidad de niña.

—Sabed,—continuó Isabel mas animada,—que entre esa multitud que huellan los corceles y dan sangre á las

lanzas de los conquistadores, tengo hermanos que reservan su brazo para protegerme, y que á mi voz se levantarian poniendo un muro de macanas entre la débil hija Axayacatl y las legiones de Pero Almindes ó de Mendoza. Pero es imposible..... yo volaria libre por ignoradas regiones, mas llevando sobre el corazon la flor negra de la muerte y la amargura de una eterna tristeza. Mis hermanos caerian, y me perseguirian siempre sus lamentos y el silbido horrendo con que el bronce atravesara sus senos desnudos. Yo llegaria, es cierto, adonde se abre llena de luz la mansion de mi soñada libertad; pero tendria que volar sobre cadáveres, y en vez de presentarme contenta y pura, llegaria cabizbaja, y arrastrando empapadas en sangre las puntas de mi clámide.....

Zapata se quedó pensativo. A fin de cuentas venia á ser el único paladion de la jóven. Rodrigo de Paz no servia. Estrada y los suyos eran conocidos por su aversion á todo lo que era de D. Hernando, y principalmente por el alto desprecio con que miraban á los indios. Salazar..... ni pensarlo. ¿Habia un asilo que no pudiera descubrir y violar Pero Almindes? Sin embargo, era posible valerse de un medio que por el pronto aplazaria la ejecucion del plan de Chirinos.

—Decís,—preguntó Zapata,—que os ama tambien D. Gaspar de Mendoza?

—Sí.....

—Y habeis dicho que su amor tiene el mismo carácter que el de Chirinos?

—Sí.....

—Tendríais el valor... decidlo, os lo suplico, de mostrar un poco menos de severidad con Mendoza, y yo prometo salvaros.

—Zapata!.....

—Mirad que se trata solamente de una sonrisa..... cualquier cosa..... un ligero engaño que nos puede servir de mucho.

—Bien?.....

—Pues bien, señora; si el factor es un animal salvaje, D. Gaspar es el mismo Satanás en persona. Pongámosle al corriente de todo; y él, animado con lo que os digo, será el guardian mas cumplido de vuestra honra y de vuestro reposo.

—Zapata, me pedís un engaño.....

—Un engaño que no afrenta, un engaño que en estos momentos es la vida.

—Mirad..... no es eso..... pero evitariamos un escollo para caer en otro. Mendoza iria mas allá de lo que os figurais, si yo animase sus pretensiones. Un conflicto con Pero Almindes llevaria el escándalo por todo el reino. Mendoza se gloriaria en público de ser el preferido; y sabeis que una palabra de esas puede acarrearme mil desdichas. Mendoza cobraria siempre, y aun exigiria la deuda que yo contrajera con él, enviándole, como decís vos, una de mis sonrisas.

—Permitidme que os hable en un lenguaje completamente extraño á la tierna virginidad de vuestro espíritu. La mujer tiene dos especies de fuerza, igualmente poderosas: su enojo y su cariño. La primera nos rechaza, y la segunda nos atrae; una nos pone miedo, y la otra nos alienta; pero ninguna de esas fuerzas produce su efecto cuando se manifiesta aislada. Mostrad á un hombre todo el tesoro de vuestro afecto, y apenas os hará el favor de dejarse acariciar, y estará indiferente y frio; mostradle exclusivamente vuestro enojo, y no lograreis sino aumentar

su empeño en quereros y en perseguiros con sus importunas solicitaciones, y á veces con su odio. Pero reunid ambas fuerzas, y tendreis una sola, que como la brida, sujetará al corcel por los hocicos y le llevará por donde os diere la gana. La combinacion lo hace todo. Que sientan, si son atrevidos, la severidad tras la dulzura; que sientan, si son dóciles, la esperanza tras un fugaz desconsuelo; que sepan que si os disgustan lo mas mínimo, sereis inflexible; y que si se resignan al sufrimiento, obtendrán el perdon y la gloria; y vereis cómo sin desdenes que los maten á ellos, ni favores que os arruinen á vosotras, lograis tenerlos siempre amantes y con sombrero en mano, á una distancia respetuosa.

Ahora, deseais alejarlos un poco mas, porque teneis recelo, que aparezca una ligera arruga entre vuestras cejas: quereis acercarlos un poco mas porque os causan lástima, que la extremidad de vuestros labios se levante un poco y asome la sonrisa hechicera que imploro de vos para Mendoza.

Isabel escuchaba con cierta admiracion las teorías del arte desarrolladas por Zapata con la circunspeccion de un catedrático de teología.

—Así,—continuó Zapata,—no os pido nada que pueda comprometeros. Bastará crear una vaga esperanza que, sin alentar á Mendoza hasta el punto de cometer una falta, le hará mas apacible con vos, señora; y mas vigilante y mas terrible con Pero Almindes.

—Oh! me da miedo pensarlo..... si Mendoza llegase á adivinar que le engaño.....

—Quiá! los hombres en estas circunstancias, cuando ven lo imposible, no creen que los engañan, sino que ellos se

han engañado. Cuando una mujer mas hábil que ellos les dice despues de haberlos animado: «Caballero, por quién me tomais? ¿sois, por ventura, tan satisfecho de vos mismo, y me creeis tan liviana, que tomais por amor las muestras de una amistad franca y sencilla?.....» Entónces piden perdon ó se desesperan; pero salen corridos y se esconden quién sabe adónde.

—No me atrevo.....

—Pero urge el tiempo, señora.

—¿No os dije que una riña entre Mendoza y Chirinos provocaria un alboroto cuya causa todos la adivinarian?

—Sea; mas no por eso lograreis evitar que se alce un alboroto; las cosas han llegado al extremo. Chirinos se vale ya de su poder, y está decidido á recurrir á la violencia; su amor se hará público y dejará de ser un secreto para D. Gaspar de Mendoza. Hélos aquí en las circunstancias que ni vos ni ningun poder humano podrá evitar que se realicen. Que se batan hoy ó mañana, qué importa? Creeis que algo nos valga la diferencia de algunas horas?

—Y decís que esta noche?.....

—Sí.....

—Y qué tiempo tenemos entonces para engañar á Mendoza?

—Oh! por hoy nada necesitamos sino revelarle el plan de Chirinos, y hará lo que deseamos. Pero quién responde de vos mañana, cuando desairado y lleno de despecho deje al factor en libertad, para que se encargue de su venganza?

—Ah! Zapata..... en vos confio..... pero.....

—Me afligís, señora..... las horas vuelan, y se compromete vuestro destino.

—Pero si D. Gaspar no acude.....

—Acudirá, señora, os lo juro; conozco la impetuosidad de su carácter, y sé que con el odio que profesa á Chirinos, y con la impunidad que goza como protegido de Estrada, bastará la chispa que yo ponga en su cólera, para que estalle de un modo violento sobre la cabeza del factor.

—Zapata..... no me fascineis con ilusorias esperansas....

—Señora..... os amo y os respeto, y juro por Dios que os digo la verdad pura..... Mirad: si noto en los ademanes de Mendoza el menor signo contrario á lo que espero, me tendreis de vuelta en el mismo instante, y os llevaré al primer sitio que me ofrezca seguridad por esta noche, mientras dispongo un asilo inviolable. En caso necesario, os defenderé con mi cuerpo, y grato me será exhalar por vos el resto ya inútil de mi existencia.

Los ojos de Isabel se nublaron con una lágrima, y sus manos oprimieron las del soldado.

—Ahora,—continuó este,—si sucede, como es lo natural, que Mendoza se irrite, porque yo procuraré picarle su orgullo de galan y su vanidad de valiente, no me espereis; llevo mi espada, y vendré con gusto entre los fieles de Mendoza para cruzar unos mandobles con los esbirros del factor, en honra y salud y eterna dicha de mi señora.

—El cielo vaya con vos, Zapata, como va mi gratitud y mi afecto;—dijo Isabel oprimiendo de nuevo y con suprema ternura la mano de Zapata. Este se dispuso á salir.

—Adios, señora!..... —dijo tomando la direccion de la puerta;—esperad en Dios Nuestro Señor, y orad por vuestros servidores.

—Adios!.....

23

La casa de Beltrán.

TODAVIA por los tiempos en que era virey D. Sebastian de Toledo, por el año de 1664, existia una gran casa que ocupaba lo que es hoy la esquina formada por la calle de Vanegas y el Puente de Jesus María. Aquella casa fué edificada en 1524, por uno de los alarifes que trajeron de España los padres de San Francisco, y fué pagada por D. Beltrán de Ojeda (regidor que era entonces), con un valor de 3,700 doblones en barras de plata.

La casa abarcaba una extension muy considerable, pues tenia grandes patios, jardines, corrales, hortalizas y revolcaderos. Por el lado de Jesus María, sus paredes se levantaban de la línea que hoy dividiria la calle longitudinalmente en dos partes iguales, y formaba con las tapias del lado opuesto una callejuela sombría, cuyo piso era el agua negra y corrupta que rebosaba de las acequias y se estancaba entre los muros.

El frente de la casa presentaba ese lujo escultural de que gustaban tanto los conquistadores, y del que nos quedan como testimonios los elegantes pórticos y frontispicios de algunos templos.

Sin embargo, el conjunto no presentaba ni majestad, ni gracia, ni armonía. Una ancha puerta con columnas toscanas se abria en un lado de la fachada; habia ventanas circundadas por un laberinto de relieves afiligranados, pero puestas en una altura adonde no llegaba la vista para admirar sus primores; balcones sostenidos por cariátides, y cuyas toscas cornisas podian tocarse con la mano; puertas de diferentes tamaños, colocadas en el órden que pidió la necesidad y no el gusto; altas ventanas de todas formas y tamaños, abriéndose tambien sin órden ninguno, como los mechinales. Y para colmo del desprecio á lo bello, y como una muestra del refinado egoismo del propietario, apareció un tejado sobre el mas hermoso de los balcones.

El interior no presentaba de notable sino el patio y los corredores, donde se reproducian con mas órden los adornos de la fachada;—una fuente colosal, que representaba á un grupo de amorcillos con la estatura de gigantes.

Las habitaciones interiores eran vastas y bien iluminadas, pero con los techos demasiado bajos. En una especie de capilla situada en el centro del edificio, habia un magnífico altar de piedra, que en tiempo del marqués de Croix fué trasformado en brasero por un inquilino.

Ojeda vendió aquel edificio por la mitad de su valor al tesorero D. Alonso Estrada, y este le regaló á su ahijado D. Gaspar de Mendoza. D. Gaspar le habitó algunos meses. Despues, teniendo que salir de la ciudad para vigilar de cerca su encomienda, le abandonó al cuidado de una fa-

milia pobre, que se estableció en los aposentos que daban sobre el segundo patio.

Pasó mas de un año; pero la mala construccion, su sitio fangoso, las lluvias, el descuido, y un rayo que desquebrajó la esquina suroeste y parte del muro que formaba la callejuela, pusieron la casa cual si hubiesen pasado por ella dos ó tres siglos. Hundida considerablemente por un costado, parecia volcada por el rayo.

Por el lado de Vanegas, la casa presentaba el aspecto de un navío levantado por la proa. Por el Norte, los muros inclinados hácia atrás, parecian mirar el cielo con sus ventanas. Oscuras capas de humedad se levantaban, invadiendo hasta los chapiteles de las columnas, los paramentos y los frisos. Cojines de musgo habian sustituido la argamasa en las junturas de las piedras. Por entre las almenas asomaban flecos de yerba, y las golondrinas entraban y salian por las ventanas abiertas.

Las ventanas del Puente de Jesus María bajaron hasta donde antes llegaban los cimientos, y el agua pasaba por sus arcos y formaba dentro de las piezas lóbregos estanques, cuya superficie eternamente inmóbil parecia ocultar insondables profundidades.

Lo interior quedó casi inhabitable. Las paredes negras, como empapadas en aceite, se descascaraban, dejando al descubierto anchas placas salitrosas. Los pisos eran intransitables. Los cedros de los techos formaban panza, y en cierta época del año dejaban escurrir heladas gotas de agua, formando charcos que á su vez goteaban, produciendo una lúgubre campanada en el vacío de las habitaciones inferiores. Aplicando el oido en la cerraduras de algunas puertas, se escuchaba de cuando en cuando no sé qué trasiego es-

pantoso, como si álguien encerrado allí vagase tropezando entre las tinieblas.

Los patios daban miedo. Al entrar en ellos sentíase la presencia de los trasgos que el vulgo suponia escondidos tras de cada mata, y esperábase ver salir de la penumbra de los arcos algun fantasma, ó levantarse de los matorrales alguna sierpe gigantesca, vibrando encendidas miradas amenazantes.

Al caer el sol salian de cada piedra nubes de murciélagos, que revoloteaban llevando sus agudos chillidos por todas las habitaciones vacías.

Poco despues todos los ecos se abismaban, y la casa parecia dormitar bajo la luz de las estrellas.

Poco duraron en aquel edificio los pobres que dejó allí D. Gaspar de Mendoza. Cuenta la tradicion que eran dos viejos, mujer y hombre; una sobrina de veinte años y un indio que les servia de mandadero. El viejo se llamaba Gutierre, su mujer Angela, y el indio (que habia recibido el bautismo), Santiago. No mienta la crónica el nombre de la sobrina; pero esto no importa. La llamaremos Juana, Petra ó Francisca, nombres hechos ex profeso para sacar á cualquiera de un apuro como el presente.

Una noche roncaban todos como buenos cristianos, sumergidos en las blanduras inefables de un sueño profundo. La pieza oscura, con su puerta bien atrancada, retumbaba con los ronquidos que se alternaban, como si los cuatro durmientes apostasen en presencia del dios Morfeo quién los haria mas voluptuosos y sonoros. Angela roncaba con la garganta; Gutierre parecia roncar con todo el pecho; José Santiago lo hacia con estruendo por todas partes, y Paquita con una lentitud, con un sosiego, que pudiéramos decir virginal, roncaba suavemente por las narices.

De súbito se escucha un estruendo como si algun techo se hubiese desplomado. Angela despierta sobresaltada, se incorpora y pone atencion, como esperando el resultado de aquel fracaso. A poco se deja oir una carrera. Los pasos se aproximan. Despues se detienen delante de la puerta, y la puerta, impulsada por la mano de alguno, comienza á rechinar de un modo siniestro.

—Gutierre!..... Gutierre! dice Angela con una voz cavernosa, moviendo rudamente al anciano.

Gutierre se desperezó pronunciando palabras confusas, cambió de postura y volvió á quedarse dormido.

Angela tiritaba como en un ventisquero. Su boca entreabierta dejaba apenas pasar su respiracion agitada; y con una mano sobre la espalda de Gutierre y otra en el corazon, seguia escuchando con medrosa curiosidad aquellos estremecimientos, que le parecian infernales.

Sosegáronse unos momentos; pero sintióse despues otro, dado con mas fuerza. La tranca se arrastró algunas pulgadas sobre los ladrillos, produciendo un ruido semejante al del perro que gruñe, y una línea indecisa de claridad apareció en la juntura de las puertas.

—Gutierre!..... levántate!—volvió á exclamar Angela.

Gutierre no se movia. Paquita fué la que levantó la cabeza, y preguntó entre sueños:

—Qué quereis, tia?

—Despierta, por Dios!..... no escuchas?

—Qué?.....

—Oye!

Paquita se sentó sobre el lecho, y poco mas ó menos tomó la actitud de su tia. No dilató en conocer la causa por que la habian despertado.

Un nuevo impulso volvió á mover la puerta de tal modo, que esta parecia doblarse y próxima á saltar en pedazos. Paquita se puso de un salto hasta donde Angela se hallaba, se arrebujó en las sábanas, y esperó allí á que viniese lo que Dios quisiera, mientras Angela seguia moviendo á su marido con estrujones cada vez mas furiosos. Por fin, se despertó Gutierre.

—Qué hay?.....—preguntó.

Los hechos se encargaron de responderle. Por fin saltó la tranca, y las hojas de la puerta dieron un azote, abriéndose con violencia.

—Quién va!—gritó Gutierre, echando mano al arcabuz que tenia siempre en la cabecera.

Si hubiera entrado alguno, cualquiera que fuese, un animal feroz, un malhechor blandiendo la daga, Satanás mismo, no les infundiera el pavor que sintieron al ver que nadie aparecia. Aquella expectativa era mucho mas terrorosa. Todo lo sorprendente, y mas cuando debe ser horrible, primero se anuncia; y cuando ha pasado un intervalo en que todos palidecen y caen de rodillas, entonces aparece, y hiela, y petrifica, y mata de espanto.

—Quién va!—volvió á decir Gutierre saltando de la cama.

El mismo silencio.—Paquita se metia como tornillo por el vientre de Angela, y esta afianzaba á su marido por una de las mangas de la camisa.

—Por San Víctor!.....—exclamó Gutierre—á ver..... suéltame.

—Por Dios!—murmuró Angela,—no salgas.

—Suelta.....

Angela obedeció; Gutierre preparó la mecha del arca-

buz, y adelantó hasta el umbral de la puerta. No vió nada; entonces se aventuró á salir y torció por la izquierda. No habia dado seis pasos, cuando lanzó un grito y el arma se escapó de sus manos. En pié, tieso, alargado, frio, inmóbil, fatídico, miró un hombre amortajado, que á la luz débil de las estrellas, mostraba un semblante triste, cubierto con la lividez del sepulcro.

Los ojos de Gutierre, asidos al fantasma por una fuerza sobrenatural, vieron que aquellas mandíbulas se abrian y dejaban escapar algunas palabras. Oyó que decian estas:

—Gutierre..... qué haces aquí á estas horas?..... responde!

La respuesta de Gutierre fué dar de cara contra el suelo. Se habia desmayado.

—Canario!—dijo el espectro mudando completamente el carácter de su voz;—si habré matado al buen Gutierre?

Despues se rascó la cabeza sobre la capucha del sudario, y volviéndose hácia el fondo de los corredores, llamó, procurando amortiguar el grito.

—Morquecho!

Apareció entonces una especie de diablo, con larga cola, cuernos torcidos, un gran bigote, y trayendo en una mano una linterna y en otra una larguísima partesana.

—Qué hubo?—preguntó al llegar.

—Mira,—dijo el espectro;—se ha caido.....

—Alabado sea Dios! qué habrás hecho?

—Muévele.....

El diablo aquel movió á Gutierre con la partesana, y dijo:

—Vámonos?

—Vámonos,—dijo el otro; y echó á correr seguido por el diablo, que le gritaba:

—Eh! Mejía! no vayas tan de prisa..... espera!..... no me dejes solo!.....

Al dia siguiente, Gutierre, su mujer, Paquita y José Santiago, abandonaron la casa de Jesus María.

Los infelices huyeron dejando las llaves al primer vecino que les deparó la suerte, y fueron publicando por toda la ciudad no se sabe qué de escenas terribles que en las altas horas de la noche representaban duendes y demonios, por aquellos malditos patios.

Muchos vecinos afirmaban haber visto salir por la callejuela al mismo Bercebú corriendo sobre el agua tras un fraile franciscano.

Desde entonces la casa fué un objeto de horror para todo el mundo;—pasar por enfrente de la callejuela era una hazaña que ni á la mitad del dia se aventuraban á emprender los mas animosos del barrio. No obstante, en una hoja conservada como por milagro entre papeles viejos que hace poco tiempo vendió un empleado del Ayuntamiento, encontramos una nota que un amigo nuestro ha tenido la bondad de descifrarnos. Allí dice que la casa quedó á cargo de un pobre hidalgo llamado Pedro Negromonte, puesto allí por la caridad del muy ilustre caballero D. Gaspar de Mendoza.

Dadas estas noticias, que no serán extrañas á lo que va á seguirse, haremos conocer al lector lo que pasaba en esa casa al caer la tarde el 9 de Marzo de 1525.

24

UNA SORPRESA.

En la misma pieza que habitó la familia de Gutierre, se paseaba con ademán de profunda meditacion un hombre, cuyo rostro perfilado apenas en el crepúsculo, dejaba conocer las severas facciones de Negromonte.

Vestia todo de negro. Su cabellera, siempre desordenada, estaba descubierta. Su mano se apoyaba naturalmente sobre el pomo de una daga que traia enganchada en el talabarte.

Sus pasos eran lentos y acompasados. De cuando en cuando se acercaba al balcon, y parecia inquirir con la mirada por todos los puntos de la calle. Volvia despues á sus paseos.

Habian trascurrido mas de tres cuartos de hora, cuando giró la puerta de los corredores y apareció un hombre. Negromonte se detuvo interrogando con el ademán al recien venido.

—Ya están aquí..... —dijo este.

—Viste á Mendoza?

—Sí, señor.....

—Viene ahí?

—Sí, señor..... tras de mí viene.

—Retírate.

El otro obedeció.

Oyóse entonces por la parte de afuera un rumor confuso de pisadas, despues algunas voces, y todo volvió á quedar en silencio. A poco la puerta volvió á abrirse y apareció D. Gaspar de Mendoza.

—Teneis todo dispuesto?—preguntó á Negromonte.

Este revistió su fisonomía y toda su actitud con un aire de servilismo que sentaba muy mal á su aspecto feroz y noble, y replicó:

—Todo está dispuesto, señor.

—Pudiérais enseñarme.....

—Al momento; permitidme no mas que encienda la linterna.....

Dicho esto, Negromonte fué á un viejo armario colocado cerca del balcon. Sacó los avíos de encender, hizo luz y preparó una linterna. Tomó además una tosca llave que estaba suspendida de un clavo, y dijo á Mendoza:

—Ya os guio, señor.

Los dos tomaron por la mano derecha y comenzaron á internarse por los corredores. El rastro de una luz opaca se dilataba enfrente de sus pasos. Detrás no se veia sino el vago resplandor del foco, tiñendo débilmente el muro y temblando sobre las columnas lejanas.

En el fondo de aquella claridad se veian, como detrás de una cortina, las sombras de D. Gaspar y de Negromonte, que iban disminuyendo con el eco de las pisadas.

Entretanto, á poca distancia de la habitacion que habian dejado á sus espaldas, quedaba un grupo de embozados. De aquel grupo siniestro se desprendia cierto cuchicheo, que parecia mas bien el roce de templados puñales. Cuando se hubo perdido completamente el reflejo de la linterna, las voces se hicieron mas claras y pudo percibirse que uno de los embozados decia:

—Pues yo juro que no quisiera verme solo y en este sitio con el tal Negromonte.

—Bah!—replicaba otro,—tú no eres capaz ni de dormir solo en tu cama.

—Sin embargo, tú has entrado temblando.

—Ah! ¿Y quién no tiembla cuando se trata de habérselas con los difuntos?..... Prefiero acuchillarme con un centenar de Negromontes.

—Qué!—dijo alguno,—tú eres de los que dieron fé á los chismes de Gutierre?

—*Ojo videte*, camarada. Yo he visto salir al mismo Bercebú por los arcos anegados de la calleja; yo mismo.

—Y yo!—dijo otro.

—Y yo!—repitieron varias voces.

—Os acordais?—dijo el primer testigo. ¡Qué siento que ese Negromonte haya mandado á las Hibueras á Mejía y á Morquecho! esos muchachos os hubieran referido cosas que aquí pasan, que son para poner miedo al mismo diablo. Por ejemplo: dicen que una noche se hallaban esperando á su señor en este mismo sitio en que nos encontramos. ¿Veis aquel punto mas oscuro que los otros, allá en aquel rincon, detrás del follaje?.....

Los otros se acercaron tumultuosamente al pretil y clavaron los ojos en el punto designado por el que hablaba.

—Pues bien; por aquel punto comenzaron á ver que se abrian las ramas.... .

—Que se abren!—exclamó un embozado.

—Se abren!—dijeron otros.

—Mirad!—exclamaron algunos.

Todos se quedaron inmóbiles. En efecto, la yerba que casi ocultaba una ventana convertida en puerta por el hundimiento, habíase apartado y daba paso á una figura humana. El grito español se escapó de algunas gargantas, y el

—Quién va! fué repetido por los ecos.

—Zapata! un criado de vuesas mercedes,—gritó el aparecido.

Aquello volvió la sangre al cuerpo de los embozados, y se convencieron de que no hablaban con una alma del otro mundo. Pero pasado el susto viene la reaccion de cólera. El que habia tenido que interrumpir su cuento, gritó con una voz preñada de violencia:

—Ea! tunante!..... decid quién sois para colaros hasta aquí sin pedir permiso.....

—Perdonad, señor..... busco á D. Gaspar de Mendoza.

—Ignorais que no es esta su casa?

—Oh! no..... pero sé que aquí debo hallarle.

—Y por eso venís metiéndoos por las paredes?.....

—No tal, señor..... yo vi una puerta.....

—Y qué le quereis al señor Mendoza?

—Tened la bondad, por vida vuestra, de indicarme por dónde he de subir; ó bajad vos, si quereis que os responda. No puedo decíroslo á gritos.

—Subid vos.

—Por dónde?.....

—Tomad á la izquierda, y hallareis la escalera.

Zapata siguió la direccion que le indicaban, y despues de emplear cerca de media hora en trepar por aquellos peldaños casi derruidos y cubiertos de ortiga, llegó á los corredores donde le esperaba su brusco interlocutor.

—Venid,—le dijo, alejándose con él á cierta distancia de los otros;—¿sois escudero de D. Gaspar de Mendoza?

—Sí.

—Tened la bondad de llamarle. No podeis tener una idea de lo que interesa á vuestro señor una noticia que le traigo. Podré hablarle?

—Amigo, lo creo muy difícil..... si os importa mucho, ¿por qué no volveis, por ejemplo, mañana?.....

—Ay, caballero!..... qué decis?..... mañana! ..... si el asunto es de esta misma noche, tal vez de este momento.

—Pues ya os dije; volved otro dia.

—Es imposible, amigo mio.....

—Pues no hay remedio.

—Pero.....

—Eh! canalla! Basta..... Aquí no hay señor Mendoza ni señor Calabaza. Marcháos noramala, si no quereis que os desquebraje las costillas.

—Mirad.

—Fuera de aquí, bergante!

Zapata retrocedió para escaparse de un puntapié con que le amenazó el desconocido. Ardia de coraje; pero hubiera sido una imprudencia mostrarse digno en unas circunstancias como aquellas en que él se encontraba. Era preciso hablar á Mendoza; urgia el tiempo; aplazar la entrevista, equivalia, en su concepto, á la perdicion de su señora; salirse sin lograr nada, era la muerte. Pero aquel escudero

salvaje se mostraba inflexible y bárbaro; y no obstante, era preciso á toda costa ablandarle. Zapata se dió una palmada en la frente, como hacen todos cuando en su memoria brilla la luz de un súbito recuerdo. Despues metió la mano en sus bolsillos y lanzó un pequeño grito al encontrarse con una buena cantidad de monedas de oro. El dinero, cuando se sabe manejar, infunde á su dueño mas valor que si elevara una pistola.

Zapata se aproximó al desconocido. Este dió un paso atrás, como si ya sintiese la superioridad, que, segun cuentan, se desprende como el aura magnética, de los que poseen un poder secreto, cualquiera que sea.

—Perdonad, señor caballero,—dijo Zapata con ademán rendido;—me iré, si lo ordenais vos..... pero os suplico me escucheis dos palabras. Tuve la desgracia de hallaros en un momento de mal humor; teneis justicia de haberos violentado..... qué diablo! antes sois demasiado noble para no haberme abofeteado como merecia. Cuando uno no está para fiestas, es capaz de.....

—Acabareis?

—Ah! perdonad..... me escuchais?..... bien..... pero como no trato de perjudicar á las personas ocupadas, como lo sereis vos.....

—Mucho! y qué.....

—Nada,—replicó Zapata haciendo sonar los ducados;—que me hareis favor de que os pague, aunque miserablemente, los momentos que robo á vuestras ocupaciones; pero temo ofenderos, sí.....

—Amigo,—dijo el otro con mucha menos aspereza;—yo, aunque pierdo realmente, como habeis dicho, desatendiendo mis ocupaciones, no trato de hacerme pagar lo que

me defraudais con vuestra visita; pero os entrásteis hablando con un señorío, digamos mejor, con una violencia, que no dais tiempo á que uno se maneje con el respeto que merece vuestra persona.

Zapata contuvo una sonrisa de satisfaccion, y replicó, poniendo un ducado en la mano de su interlocutor:

—Amigo mio!..... ya os dije que perdonárais..... soy un jumento.....

—Estais convencido de que yo no.....

—Oh! y mucho!..... pero tomad, tomad..... y no mireis la cortedad de la ofrenda, sino.....

—Qué!..... qué me dais?—dijo el otro rechazando la mano que alargaba Zapata.

—Nada..... un ducado.....

—Bah..... le tomo solamente.....

—Porque sois mi amigo, no es cierto?

—Amigo y servidor vuestro; Fanega.

—Gracias: ahora, si lo teneis á bien, Sr. Fanega, llamadme á D. Gaspar.

—Bien; y si no viene?.....

—Ea!—dijo Zapata poniendo otro ducado en las manos de su nuevo amigo, é impulsándole familiarmente;—vos hareis por que venga; id, que os espero con impaciencia.

Fanega se retiró con la velocidad de un mandadero. Al pasar junto á sus camaradas, estos le detuvieron por el capote, agobiándole con toda clase de preguntas. Luchaban en esto, cuando á pocos pasos aparecieron Negromonte y Mendoza. Fanega salió al encuentro de este último, y descubriéndose, le dijo:

—Señor..... aquí espera á vuesamerced una persona que desea hablarle acerca de un asunto, que, segun dice,

tiene tanta importancia para él como para vuesamerced.

Mendoza, despues de hablar unos momentos mas con Negromonte, se volvió á Fanega.

—Adónde está ese hombre?—le dijo.

—Ahí..... si vuesamerced desea que le llamemos.

—Llamadle.

Poco despues llegaba Zapata, descubierto tambien, y se inclinaba respetuosamente delante de Mendoza.

—Qué quereis?—dijo este con un tono desabrido y violento.

—Señor,—replicó Zapata mirando á Negromonte y á todos los que ahí estaban; si vuesamerced tuviera disponible un sitio menos concurrido.....

—Despejad,—dijo Mendoza á los embozados: todos se retiraron. Entonces Zapata comenzó de este modo:

—Señor: sé que os causarán extrañeza mis palabras; pero una involuntaria simpatía que me arrastra hácia vos, como á todo lo grande, lo generoso y lo noble, me ha puesto en relacion con algunas cosas que vos guardais como un secreto; pero nada temais.....

—No acostumbro temer á nadie,—replicó Mendoza;—continuad.

—Todos los dias, señor, pasais cerca de mí, y distraido en vuestros profundos pensamientos, pasais sin verme. Pero yo os veo. Yo he creido notar en vuestro semblante las huellas de una inconsolable tristeza, y á fuerza de observaros siempre, he llegado casi á vislumbrar que en el fondo de vuestro corazon se anida una cosa terrible como el desengaño, y lentamente abrasadora como la imágen de una mujer amada.

Don Gaspar se aproximó mas á Zapata, procurando dis-

tinguir entre la oscuridad las facciones del veterano. Sentia que una vaga inquietud iba tomando en su ánimo las proporciones de la sospecha; pero desconfiando de sus movimientos instintivos, quiso escuchar hasta el fin, no fuera á ser aquel hombre un aviso de la Providencia, ó un nuevo instrumento que le ofreciese la fortuna.

—Y bien?.....—dijo.

—Ah! señor..... sé bien que juego una traicion á esa mujer á quien amais..... pero yo os digo que ha llegado el momento de poner término á esa fatal tristeza que os aniquila.

—Sí?..... exclamó D. Gaspar de Mendoza,—á ver..... á ver en qué os fundais..... cómo sabeis semejante cosa.....

—Tengo sesenta y tres años, señor; á esa edad, basta la luz fugaz de un relámpago, para ver lo que la juventud no acierta á distinguir con los rayos del sol, aunque fueran perennes.

—Eh! fuera retórica..... aunque fuerais mas viejo que las pirámides de Egipto, podríais haberos equivocado. Vamos, decidme llanamente lo que habeis visto, y yo sabré qué interpretacion debo darle.

—Qué mas, señor? He sorprendido el llanto.....

—Las mujeres lloran por bagatelas. Adelante.

—Mi hija, señor, que posee la amistad de esa jóven, que duerme á su lado, ha oido pronunciar en sueños vuestro nombre.

—Y eso es todo?.....

—Aun hay mas.....

—Decidlo.

—Juana oyó pronunciar vuestro nombre con esa agitacion, con esa ternura, con ese no sé qué, señor, que, aun

en sueños, descubre lo que hay en el alma. Así, yo creo que, aunque velado por la honestidad y contenido por la doble vigilancia del deber y del miedo, existe en Isabel un amor infinito, que solo se alimenta con lágrimas.

—Voto va! Mirad que me resisto á creer semejante fortuna. Yo no daria fe sino á lo que Juana hubiere sorprendido.

—Pues ¿qué os ha dicho? señor..... Há mas de veinte dias que Juana me asegura.....

—¡Mentís! gritó Mendoza arrojando un golpe con su aliento sobre la frente descubierta de Zapata.

Este dió un salto y se quedó atónito.

—Señor!..... exclamó.

—¡Fuera de aquí, villano! dijo Mendoza, dándole un grosero empellon. ¿Quién te ha dicho que estoy triste, ni que mi tristeza venga de ese amor que tú has inventado? ¿Quién eres tú, que así te atreves á juzgar mis acciones, y á interpretar de un modo tan infame las de una dama?

—Señor!.....

Don Gaspar echó atras el embozo y levantó el puño sobre la cabeza de Zapata.

—Sabes, continuó, que si no callas, puedo mandar que te se arranque esa lengua vil con que te atreves á lanzar la calumnia. Vamos! fuera de aquí! si es que tienes en algo los pocos años que te restan de vida.

Aquello fué un golpe inesperado, que conmovió hasta las entrañas de Zapata. El sombrero cayó de sus manos. Un sudor copioso brotó de su frente; y trémulo, mas que de temor, de coraje, retrocedia delante de D. Gaspar, sin atreverse á dejar comenzada la obra, ni á proseguirla.

Comenzó á descender lentamente por la escalera, y se detuvo en los primeros peldaños. ¿Qué haria? Despues de meditar largo rato, y ya cuando Mendoza daba los primeros pasos para alejarse, volvió á subir.

—Perdonad, señor, dijo con voz suplicante.

—¿Aun no te has marchado? exclamó D. Gaspar, deteniéndose para lanzar una mirada, mas bien sentida que vista por Zapata.

—Señor, dijo este, no sereis un amante, pero sois un amigo y un caballero. Yo invoco, á nombre de esa jóven, una gracia que no le negaríais ni á vuestros enemigos, señor; vuestro amparo. Yo sé que Isabel debe ser hoy mismo víctima de un atentado infame..... Señor; sé que esta noche va á ser arrebatada de su hogar: si vos, que sois bravo y generoso, no os acordais de que ella es débil y está sola, y es inocente!.....

—Hola!..... hola!.....

—¿Tendreis compasion?

—Oh! y mucha, vais á verlo, replicó Don Gaspar:—despues se volvió hácia el punto donde se habian retirado los embozados, y gritó con voz firme:

—Fanega!.....

Este se desprendió del grupo de sus compañeros, y llegó en dos trancos junto á Mendoza.

—Señor?—murmuró;—¿mandais algo?

—Aprehended á ese hombre, dijo designando á Zapata.

Fanega echó al aire su espada.

Zapata quiso escapar y se lanzó por la escalera como un rayo; mas tropezando en aquellas piedras desordenadas, y cubiertas de yerba, rodó envuelto en la capa, hasta ir á dar con la cabeza en las paredes del pasillo. Antes de poder

levantarse, tenia ya sobre los ojos la punta de una espada, y escuchaba á Fanega, que le decia:

—Rendíos, ó sois muerto.

Media hora despues Zapata se mesaba las barbas, arrojado en un aposento tan oscuro, tan frio y tan húmedo como el calabozo de la fortaleza.

25

Zapata en busca de un garrote.

Era ya muy tarde. La noche iba adquiriendo esa lobreguez precursora de la tormenta. Las montañas del Valle parecian inmensas calderas en ebullicion, cuyos negros vapores se extendian por la atmósfera robando la claridad del cielo y el fulgor de los astros. El Noreste se iluminaba de cuando en cuando, y oíase rodar el trueno lejano todavía tras las soledades del horizonte.

La ciudad parecia estar en brazos del sueño, arrebujada en sombras y arrullada por todos los ecos de la noche.

Nadie hubiera visto que de la casa de Beltran salia el mismo grupo de embozados que hemos visto en los corredores; entraba en un chalupon atracado en la poterna de la callejuela, y comenzaba á bogar silenciosamente hácia el canal, doblando la esquina del palacio.

Mientras ellos se dirigen á su destino, volvamos á la antigua habitacion de Gutierre.

Negromonte habia quedado solo. Cuando hubo calculado que se hallaban distantes los de Mendoza, tomó su linter-

na, bajó las escaleras, y dirigiéndose á una pequeña puerta de tantas como habia en el patio, dió en ella algunos golpes y puso el oido en la cerradura.

Nadie respondió.

Entonces, en vez del oido, aproximó su boca y gritó por dos veces:

Itzcoatl! ..... Itzcoatl!

El mismo silencio.

Don Pedro debia tener mucha necesidad del que habia nombrado, pues comenzó á dar con el pié tales golpes sobre la puerta, que retumbaban por todo aquel recinto y resonaban seguramente hasta la calle. Viendo que esto no bastaba, puso su linterna en el suelo, retrocedió algunos pasos y se disparó con todo el peso de su cuerpo sobre las hojas. Estas crujieron, astillándose por el marco, al mismo tiempo que una lluvia de tierra cayó sobre la cabeza y las espaldas de Negromonte. Un esfuerzo mas, y todo estaba concluido.

Se disponia sin duda Negromonte á dar el golpe decisivo, cuando oyó por el extremo de la arcada varios pasos descalzos, y una voz que gritaba:

—Eh! señor! aquí voy!.....

Volvióse, y pronto se halló enfrente del que habia respondido. Era un azteca, medio desnudo, corpulento, y casi ennegrecido por la intemperie.

—¿Adónde estabas?—le preguntó Negromonte algo alterado por la cólera; y antes que el otro replicase, añadió: —Corre, vuela, y dí á Tetzahuitl, que aunque deba pasar sobre el cadáver de Temachti, tome sus armas y venga aquí sin perder un instante.

Itzcoatl desapareció.

Negromonte se internó por los patios, murmurando algunas palabras y dejando conocer en sus ademanes una grande impaciencia. Pronto se detuvo enfrente de una puertecilla gótica, reforzada por toscos atravesaños de hierro; sin soltar la luz, descorrió con una mano los cerrojos, abrió y hallóse con un hombre que al verle aparecer lanzó un grito indescriptible de espanto. Era Zapata.

—Qué! os asustó?.....—Dijo D. Pedro.

—Qué quereis de mí?—preguntó Zapata estremeciéndose de piés á cabeza.

—Sosegáos, buen hombre. Vengo solamente á molestaros con algunas preguntas. He visto la violencia de que habeis sido víctima, y quisiera conocer el motivo que originó vuestra desgracia.

Zapata, serenándose un poco al oir el acento casi paternal que Negromonte dió á sus palabras, dijo:

—Señor, lo ignoro tanto como vos; solo puedo deciros que yo vine á buscar el amparo de Mendoza, y en vez de un consuelo para nuestras cuitas, hallo la desconfianza, la cólera, la prision y el ultraje. No sé mas.

Y cuáles eran vuestras cuitas?

—Ah, caballero! Debeis saber que soy criado de una dama, Doña Isabel Dorantes, por quien tengo el cariño y la veneracion que tuviera por mi misma madre. Su casa es la dicha de mi familia y el refugio de mi indigencia. Una locura imperdonable á la vejez, pero muy natural en un pobre diablo aguijoneado por las deudas y la miseria, me hizo perder en una noche mis ahorros, que dejé abandonados por escapar de la cólera de un amo á quien ofendí miserablemente. Pobre, perseguido y hambriento, llamé en vano á las puertas de los antiguos camaradas. Tocaba al

extremo mi desesperacion, cuando Isabel sorprendió las lágrimas de mi hija; la reprendió por haber callado tanto tiempo acerca de la existencia y los trabajos de su padre, y no contenta con la caridad furtiva que se deslizaba por las manos de Juana hasta el fondo de mi pobreza, me hizo llamar y me aposentó en la casa; y desde entonces tuve hogar, y pan, y abrigo, y mas que todo, el afecto maternal con que esa dama cubre á mi hija, salvándola de los peligros que la hubieran acarreado mis circunstancias. Ahora, señor, Doña Isabel está amenazada. Todos los que pudieran defenderla están en las Hibueras con D. Hernando. ¿Qué soy yo, pobre viejo sin fuerzas, sin nombre, sin respetabilidad, para oponerme al paso de los señores poderosos que avanzan contra el honor y acaso contra la existencia de mi señora? hubieran mutilado mi brazo y hecho trizas mi espada; hubieran desoido mis súplicas, y hubieran llegado hasta Isabel hollando mi cabellera encanecida. Por eso he venido á invocar la generosa valentía del único amigo de Isabel: D. Gaspar de Mendoza.....

En el sentir de Negromonte, solo habia dos personas que tuviesen preparado aquella noche un golpe contra la Dorantes: él y Mendoza. Era evidente que si Zapata se amparaba de este último, era porque sabia los planes de Negromonte. Pero quién hubiera podido revelárselos? Una sospecha vehementísima recaía sobre Peralmides Chirinos. D. Pedro quiso confirmar, con el testimonio de Zapata, lo que él ya consideraba como cierto, y dijo:

—Pero quién os ha dicho que vuestra señora esté amenazada?

—Oh! señor! el mismo forjador del crímen que á estas horas.... . ¡Dios mio!.....

Zapata se torció las manos y mostró en la agitacion de todo su cuerpo la afliccion horrible que le atormentaba.

—Quién os lo ha dicho? insistió Negromonte.

—Oh!..... quién?..... quién?..... el señor factor!..... y luego yo..... qué imprudente!..... figuráos que dejé dicho, que si no volvia, nada temiesen..... y me habrán esperado.... y.... dejadme salir por compasion, señor!..... mirad que si no llego á tiempo, arde la casa y á todos nos llevan los diablos.....

—Basta,—replicó Negromonte disponiéndose á dejar á Zapata,—podeis permanecer tranquilo. D. Gaspar de Mendoza debe estar al lado de Isabel en estos momentos.

—Os vais?—dijo Zapata en el colmo de la angustia.

—Ya os dije que Doña Isabel está segura.

—Señor! me engañais..... señor!..... señor!

La puerta se cerró de golpe; Negromonte volvió á echar los cerrojos, y echóse á andar apresuradamente en direccion del primer patio.

Zapata lanzó una maldicion y azotó con la frente los tablones de aquella puerta.

—Soy un menguado!—exclamó haciendo vanos esfuerzos por conmover la cerradura,—quién me ha dicho que me sirviera de malas artes cuando todo estaba concluido practicando un escondite en la misma casa? Quién si no yo y Juana lo hubiera conocido?..... Zoquete! y mas que zoquete, presumido y ligero! pensar que tocaba al colmo de la astucia; engreirme con la mentida apariencia del éxito; gloriarme de la fuerza de mi inteligencia; soñar con los laureles del triunfo! y despues, zurra! y viene la balumba de pescozones y garrotazos, y todo por bestia, por jumento!.....

Estas palabras eran acompañadas de tirones de pelo, y de gestos de verdadera rabia. Despues sosegábase un poco, y dando un apacible curso á la reflexion, se entregaba á investigar las causas de la conducta de Mendoza, que le parecia cada vez mas inexplicable. Luego se interrumpia para exclamar:

—Oh! y el tiempo vuela, y el crímen se consuma! y yo no puedo estar allí para impedirlo!

Despues volvió á quedar pensativo. Así pasó mas de una hora.

De súbito le vino la conciencia del tiempo, y exclamó enderezándose de un salto.

¡Por vida mia que yo reviento esta noche! pero juro que no nos perderemos por falta de esfuerzos. Ah! si encuentro una palanca.....

Entonces comenzó á tantear las paredes, y avanzó por la oscuridad en busca de los rincones.

Segun él, un rincon, y mas cuando es de un cuarto bajo y abandonado, está lleno de trebejos entre los cuales nunca falta un palo cualquiera.

A poco andar topó con un obstáculo: era un grueso machon que servia de estribo á la bóveda. Al principio creyó que aquello fuese la pared, y cambió de rumbo, siguiendo la direccion que le indicaba el costado de aquel saliente. No dilató en tocar un bordo, reconoció el estribo, lo pasó y continuó adelantando. A cosa de seis metros volvió á hallar otro estribo. Su mano pasó casi rozando una barra de hierro que se encontraba en aquel ángulo, y que dos años despues, cuando la casa fué comprada por el alguacil mayor Bocanegra, se halló en el mismo sitio convertida casi en herrumbre, y deleznable cual si fuera de polvo.

Zapata prosiguió su camino: su mano izquierda tendida hácia adelante, mientras la derecha reconocia el muro, tocó de repente los límites de la pieza por aquel lado.

Zapata registró el rincon, sus dedos encontraron solo algunas telarañas que crugieron ligeramente al desgarrarse.

Dió media vuelta y comenzó á seguir á lo largo de la pared del fondo. A poco trecho sintió que la pared hacia esquina y torcia.

—Será una puerta?—dijo;—probemos.

Pero no era una puerta, sino la boca de un pasadizo estrecho, de un antro que se prolongaba quién sabe hasta donde. Allí se bajaba por dos ó tres peldaños, que Zapata bajó creyendo descender á un abismo;—despues notó que el piso, conforme se adelantaba, ofrecia un declive mas y mas rápido y comenzaba á cubrirse de un fango que hacia dificil y poco segura la marcha. Zapata, casi olvidado de buscar la palanca, guiado por esa curiosidad que en estos casos nace del instinto de salvacion, quiso saber hasta dónde seria el término de aquel subterráneo. El suelo empapado, la frialdad del aire, el olor sulfhídrico, le indicaban la proximidad de una reguera ó de un caño que debia salir hasta la calle, y podia ser un recurso para la fuga. El descenso iba siendo alarmante.—Zapata sentia que al dar el paso levantaba sus piés envueltos en una pesada capa de fango. Pronto sintió el agua en los tobillos, pero al tender su brazo para buscar un apoyo, topó con las tablas de una puerta. Esta no era tan pesada como la del patio; podíase conocer, palpándola, que era delgada, esponjosa, débil, casi trémula y presentando en toda su longitud tres ó cuatro rendijas donde podian caber los dedos.

Detrás de las tablas escuchábase un rumor parecido al eco lejano de una corriente. Era el viento.

Zapata probó la resistencia de aquella puerta imprimiéndole algunos sacudimientos. Las hojas obedecian haciendo rechinar los goznes, y á cada empujon se oia por el resquicio un chasquido sonoro, que indicaba claramente la presencia del agua.

—Aquí está el canal,—murmuró Zapata.

Quiso ver si lograba distinguir algo pegando un ojo en la mas ancha de las hendeduras, y parecióle vislumbrar cierta difusion blanquecina, vaga, y ligeramente movible, que él creyó fuese el reflejo del cielo sobre la superficie del canal. Pero vió hácia la parte superior, y no vió sino tinieblas. El fondo y los costados presentaban el mismo aspecto. Escuchábase de cuando en cuando el azote con que las aguas removidas se estrellaban contra el recinto.

Zapata se resolvió á derribar la puerta. Sin embargo, supuso, como era natural, que si cargaba todo el cuerpo, la puerta se abriria sin duda; pero él quedaba expuesto á rodar en aquella oscuridad, y caer quién sabe en qué ignoradas honduras. En consecuencia, metió sus dos manos por la rajadura de las tablas, asió el filo de una de ellas, apoyó su pié izquierdo sobre el umbral, y tiró fuertemente la tabla que dió un traquido semejante á un pistoletazo, y giró como en goznes, sobre algunos clavos torcidos. Zapata sintió entonces que el viento arremolinaba sus cabellos y se le colaba por la abertura de su justillo.

—Que me entierren,— dijo,— si este aire no viene de la calle.

Al decir esto, acabó de desprender la tabla. Tenia, pues, el instrumento mas útil en aquellas difíciles circunstancias:

la sonda. Así midió la profundidad del agua, colocada inmediatamente despues del umbral, y halló que podia meterse en ella como en un charco.

Eran tan espesas las paredes donde se abria la puerta, que Zapata anduvo un callejon de seis cuartas para poder encontrar la otra salida. Al llegar aquí se detuvo; á la izquierda, sus pupilas dilatadas en la oscuridad vieron distintamente el cuadro vacío de una ventana. Dió un grito de alegría, y exclamó volviendo á calar la sonda:

—Cáspita! parece que estas son las piezas anegadas de la callejuela..... quiere decir que el agua no me tocará las rodillas..... sí, claro..... aquí está el fondo..... Adelante!

Zapata se metió de plano en el estanque, y adelantó paso á paso en direccion de la ventana. Cuando llegó al pretil asomó la cabeza. Vió entonces un aposento lleno tambien de agua, con sus paredes surcadas por espantosas cuarteaduras, y allá en la extremidad tres puertas góticas, enfrente de de las cuales se levantaba, como edificada por la noche, la tapia de la callejuela.

Un paso mas, y Zapata estaba salvado.

26

Donde el lector seguirá viendo mas y mas embozados, y al fin descansará en el término de esta primera parte de la historia.

Ya era la media noche. Juana, cavilando aún con aquella misteriosa entrevista de su padre con Isabel, dejó su lecho y se encaminó por el jardin, presintiendo las emociones que debia experimentar dentro de unos cuantos instantes. Acercóse maquinalmente al mismo sitio donde habia hablado con Mendoza; allí estaba un fuste de columna tendido cerca del estanque, forrado casi por el musgo: Juana se sentó en él, y esperó.

Solo ella que tan bien conocia las avenidas y glorietas del jardin, pudiera haber llegado hasta aquel lugar sin extraviarse entre el ramaje; porque era tal la sombra, que no se veia ni el cielo ni la tierra.

La tempestad impregnaba ya todo el aire; las hojas no se movian, los susurros callaban. Un silencio terrífico gravitaba sobre la noche.

Oyóse un rumor por el lado de la poterna.

—Ya están aquí,—dijo Juana. Se levantó, puesta la

mano sobre el corazon, y dió algunos pasos, deteniéndose en seguida para ver si aquel ruido se repetia.

Sonaron tres golpes en el postigo. Entonces sintió Juana que la ahogaban las palpitaciones; pero corrió hácia la poterna, sacó una llave de su seno y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, hizo esta pregunta casi inútil:

—Sois vos, señor?—Viendo que no le respondian, se aventuró á decir:

—Sois vos, D. Gaspar?

—Sí,—respondieron cautelosamente por afuera;—abre.

Juanita dió vuelta á la llave, franqueó el paso, y vió que entraba un hombre, detrás del cual quedaban otros muchos hablando en voz muy baja.

La jóven recomendó silencio al hombre que acababa de entrar.

—Don Gaspar,—le dijo,—no mas os ruego que hagan el menor ruido posible. Isabel y su servidumbre no se recogen todavía.

—Bien..... quiere decir.....

—Haced entrar á vuestra gente ..... porque si alguno pasa por la calle, somos perdidos. Que vuelvan á cerrar, y ocultáos con ellos tras de la higuera..... Isabel no dilata.

—Adónde está la higuera? quieres guiarme? porque no veo ni tu cuerpo.

—Seguidme,—dijo Juana, buscando la mano de su interlocutor.

—Esperad un poco,—replicó este, y volviéndose á los que le acompañaban, dijo con el mismo recato que habia usado hablando con Juana:

—Eh! seguidme vosotros, y emparejad la puerta.

Entonces, dejándose guiar por la mano fria, húmeda y

temblorosa de Juanita, comenzó á andar por entre dos vallados de rosales. Detrás marchaba una negra fila de embozados, con el mismo silencio y la misma siniestra lentitud con que las nubes de la tempestad caminaban por el espacio.

Despues de dos minutos de marcha, Juanita se detuvo enfrente de una alcantarilla cobijada completamente por las anchas ramas de una higuera gigantesca. Debajo de esa bóveda de verdura se aspiraba un aire perfumado con emanaciones desconocidas, y se escuchaba el eco lleno de dulzura, de un hilo de agua que al caer sobre los charcos resonaba como la marimba cuando el boton de saúco hiere sus cristales.

—Aquí,—dijo la jóven.

—Y ahora?.....—preguntó el otro.

—Ahora no teneis mas que esperar un poco. Mirad: por aquel lado llegará Isabel; dejad que pase; cuando vuelva, podeis sorprenderla..... yo me retiro, porque si llega á verme aquí, no lograríamos nada..... quedad con Dios..... señor Mendoza.

Juanita, sin decir mas, soltó la mano que aun se enlazaba con la suya, y voló como un pájaro.

Cuando hubo desaparecido, se levantó de todos aquellos embozados un extraño rumor, que era de sorpresa y admiracion.

—Silencio!.....—dijo el que habia hablado con Juanita, que no era otro que el Sr. factor D. Pero Almindes de Chirinos.—Qué te parece esto, Garduña?

Esta persona, ya conocida por nuestros lectores, replicó siempre en voz baja:

—El cielo cuida de vuesamerced, señor.

—No es eso..... pregunto si has notado el equívoco.

—Cuál equívoco, señor?

—No has oido?

—No.....

—Voto va! pues ignoras lo mas gracioso. La muchacha me ha llamado Mendoza!.....

—Hola!.....

—Me ha tomado por D. Gaspar, y bajo ese concepto me ha franqueado la entrada.

—Por la vírgen! ¿luego estuvo en un tris que os soplaran la dama?.....

—Silencio!.....

—No es nadie.....

—Bien; pero estamos en un riesgo inminente. Supuesto que Mendoza tenia tan bien dispuestos sus asuntos y que esta Juana le esperaba cuando llegamos, no tardará en venir, y nos veremos en una danza de los demonios. Qué hacemos?

Hubo un intervalo en que Chirinos y Garduña enmudecieron para meditar sobre un medio que los sacara del apuro. Garduña fué el primero que rompió el silencio. Tenia sus puntas de leido, y exclamó:

—Eureka! señor, Eureka!

—¿Quién es esa?—preguntó Peralmindes.

—Ninguna, señor..... digo que acabo de hallar un artificio que nos librará de D. Gaspar de Mendoza.

—Sí?..... veamos.

—Habéisme dicho que el jardinero es un viejo?

—Sí.

—Le conoce Mendoza?

—Le ha visto.

—Pues entonces, vuesamerced puede estar seguro de un

contratiempo; déjeme obrar á mí vuesamerced, y yo respondo del éxito.

—Qué intentas?

—Mirad: Botello, que viene con nosotros, es viejo como pudiera serlo el jardinero, y nadie como él es tan sagaz, ni tiene la serenidad que se requiere para representar un entremés, aun en lances como el presente. Que él reciba á D. Gaspar de Mendoza, que le haga creer que tiene otro lugar mas á propósito para la emboscada, y que le esconda por el sitio mas enmarañado y mas distante de la huerta. Entretanto, nosotros.....

—Ya.

—Conviene vuesamerced?

—Quisiera.....

—O nos iremos..... todavía es tiempo.

—No..... espera..... Ea! Que Dios te ayude; pero si cometes un desacierto, te estrangulo.

Garduña dejó á Peralmindes y fué á mezclarse al grupo de sus compañeros.

Ahora, si el lector se toma la molestia de acompañarnos á la calle, seguiremos todo lo largo de la cerca, y llegaremos á la ribera del canal que por aquella parte se tocaba con los costados de la casa. Allí, de una canoa que acaba de atracar, verá que salen hasta diez hombres y se encaminan silenciosamente hácia el postigo del jardin. Era la gente de Gaspar de Mendoza.

Este va por delante. Fanega le acompaña.

—Repito, señor,—decia este,—que vuestros temores son infundados; quién os habia de seguir á semejantes horas? quién puede haber adivinado que intentábais sacar á esa dama?

—Sin embargo,—replicó Mendoza,—el viejo debe habérselo dicho todo á la Dorantes. Mucho temo que no la encontremos.....

—Bah! señor..... ¿no he dicho ya á vuesamerced que no he visto salir á nadie de la casa?

—Vamos á verlo.

Siguieron adelantando, y pronto llegaron á la poterna.

Don Gaspar, segun lo que habia concertado con Juanita, dió un silbido; pero como los pastores de Melendez, no obtuvo por respuesta sino los ecos.

Entonces, volviéndose á Fanega le dijo:

—Lo dicho. Juro que Isabel se halla á estas horas mas lejos que mi suegra.

—Por qué no volveis á llamar, señor? no habrán oido.

Don Gaspar silbó por segunda vez. Fanega hizo lo mismo; y esperaron largo tiempo sin que nada anunciase que los hubieran escuchado.

—La Juana se ha dormido seguramente,—dijo Mendoza ya colérico.—Veremos si mañana no duerme esa infame hasta que la despierte la trompeta del juicio. Ea! marchémonos.....

—Señor..... abandonais.....

—Vámonos.

Mendoza habia dado la vuelta para ponerse en marcha, cuando oyó crugir la llave en la cerradura, y volvióse de un salto, dando con el cuerpo á Fanega que rodó como embestido por el encuentro de un caballo, y estuvo á punto de hacer rodar por otro lado al mismo Mendoza.

—Eh!—dijo este, mientras Fanega se levantaba.—Qué hacíais, Juanita?

Se abrió la puerta, y apareció un hombre, que tomando

familiarmente á Mendoza por un pliegue de la capa, le atrajo hácia adentro, diciéndole con una voz contenida por el sigilo:

—Entrad, entrad, Sr. Mendoza; pero por Dios que no se oigan vuestros pasos.

—Eh! quién sois vos?—dijo D. Gaspar afianzando el brazo de aquel desconocido. Era Botello.

—Silencio, señor!.....—dijo este,—¿no habíais quedado en que os abriese Juana?..... pues bien; ella no puede, porque se halla en este instante detenida por la señora..... pero me encarga á mí.....

—Sois Anton?.....

—Soy..... un criado de vuesamerced,—replicó el otro estremeciéndose ligeramente con aquella pregunta.

—Guiad.

—Venís con gente?

—Sí.

—Cuántos?

—Diez.

—Oh! no es posible que todos entren..... pudiérais darles órden de regresar? porque tampoco es conveniente que los vean en la calle.....

Mendoza se volvió hácia Fanega, y le dijo algunas palabras al oido. Fanega trasmitió á los suyos estas palabras, que eran indudablemente la órden de que se retirasen unos cuantos, pues cosa de seis hombres de aquellos se apartaron del grupo y tomaron la senda por donde habian venido.

—Pueden entrar cuatro?—preguntó Mendoza.

—Lo dudo,—replicó Botello,—pero, en fin.....—murmuró de un modo imperceptible;—nosotros somos diez y seis, tenemos cuatro por uno.....—Pasad, señores.

Pasaron los cinco. Nadie notó que otras dos personas entraron despues, y se escurrieron como dos víboras por el lado opuesto.

Botello se apoderó de un brazo de Mendoza, y mientras adelantaban seguidos por Fanega y los otros, fué explicando los motivos que Juana habia tenido para cambiar el sitio de la emboscada.

Cuando hubieron recorrido toda la longitud de la huerta, llegaron cerca de la tapia donde los breñales se enlazaban formando una maraña verdaderamente inestricable. Botello señaló aquel punto como el mas idóneo que pudiera encontrarse.

—Pero.....—dijo Mendoza,—necesitamos que nos digais la entrada.

Botello la ignoraba como D. Gaspar, pero era necesario no descomponerse, y ante todas cosas importaba dejar bien escondidas á aquellas gentes.

—Venid,—les dijo, sin saber por dónde los llevaba.

Dieron vuelta por la primera senda que fué posible distinguir, y en tanto que Botello se adelantaba con Mendoza, uno de los embozados, mudo hasta entonces, acercóse á Fanega y le dijo:

—Conoceis á ese hombre?

—Sí..... yo sé que es un tal Anton.

—Anton?—preguntó el otro con extrañeza.

—Sí, es un hombre á quien su merced tiene comprado.

—Por vida mia!

—Silencio!

—Teneis mala memoria,—dijo mas bajo el otro;—¿no conoceis la voz?

—Cómo?.....

—Bah! no habeis oido hablar á Botello?

—Qué!..... á ver!..... qué habeis dicho?..... Botello?..... el compañero de Garduña?

—El mismo.

—El cielo nos valga!.....—exclamó Fanega apresurando el paso hasta llegar á Mendoza.

—Qué hay?.....—preguntó este, deteniéndose.

Fanega, en vez de responder tomó á Botello por las barbas, y procurando distinguir entre la oscuridad las facciones de aquel rostro impasible, dijo á Mendoza:

—Esperad, señor; aquí vamos sobre la pólvora.

Despues se dirigió al desconocido con quien venia hablando, y le dijo:

—Gaviño, acércate.

El otro obedeció. Botello sentia que el corazon tronaba contra la pared de su pecho, como el badajo en la campana que da el toque de alarma ó de incendio.

—Él es.... .—dijo Gaviño con firmeza.

—Quién?—preguntó Mendoza.

—Un traidor!—exclamó Fanega sacudiendo á Botello.

—Yo.....—dijo este sin poder disimular su agitacion.

—Sí, tú eres Botello.....

—Hola!—exclamó D. Gaspar desnudando el consabido puñal de *misericordia;*—paréceme que este gusarapo es de Chirinos.....

Botello, que adivinó la terrible suerte que le esperaba, quiso, como suele decirse, jugar el todo por el todo. Agil como el mejor pugilatista, descargó su puño sobre la boca de Fanega,—tronó el puñete. Fanega ejecutó en el aire una horrible pirueta, rodó al suelo, y Botello se escurrió por los matorrales, dejando á todos azorados.

Al mismo tiempo, en direccion de las higueras, se dejó oir un grito supremo de espanto. Despues un barullo de pisadas y voces, y otros gritos como de mujer medio sofocados.

—Oh! ya lo adivino todo!—exclamó D. Gaspar de Mendoza arrojando el puñal y desenvainando su espada.—Gaviño!..... todos!..... por aquí!.....—añadió corriendo hácia el punto donde se escuchaban los gritos.

Despues de haber vagado por algunas sendas sin atinar con la salida, llegó muy cerca de la poterna, y comenzó á seguir la calzada del centro.

—Por aquí!—volvió á gritar á los que le seguian; pero oyó el silbido con que rasga el viento la hoja de una buena espada, y una voz que le gritó en los ojos:

—Atrás! ó sois muerto.

Mendoza se detuvo y pudo distinguir un bulto mas negro que la sombra. Lanzó un terrible juramento y cerró con toda la furia de un toro sobre aquel que era osado de oponérsele al paso.

Pero aquel desconocido paró los golpes con tan admirable maestría, que D. Gaspar, el hábil D. Gaspar, el sin igual espadachin, el héroe terrible de las cuchilladas nocturnas, quedó completamente desconcertado.

Si la tempestad, que iba siendo cada vez mas cercana, hubiera alumbrado aquella escena con un relámpago, Mendoza hubiera visto que el esgrimidor de puño de hierro que inventaba tan maravillosos quites, no era sino el mismo hidalgo, desarrapado y humilde, á quien dejó cuidando la casa de Beltrán.

Era D. Pedro Negromonte. Qué hacia en aquel lugar?

Don Pedro, como habrán comprendido nuestros lectores,

ocupaba en la casa de Beltrán el oficio que Gutierre habia abandonado.

Mendoza le habia mandado preparar el sitio mas escondido de la casa para ocultar á una mujer que debia ser traida por la fuerza. Pronto supo D. Pedro quién era la mujer, y cambió sus planes. La ocasion le pareció brillante. Hacer que Tetzahuitl presenciase los ultrajes ó las cuchilladas que debia recibir la jóven por mano de unos cuantos bribones mezclados hábilmente con los de Mendoza; dejar á este abandonado á su suerte cuando Tetzahuitl se lanzase sobre él, frenético de dolor y de coraje; y por último, hacer aprehender á Tetzahuitl por los fingidos defensores de D. Gaspar, y abandonarle á la venganza de Estrada. Tal fué el proyecto que debia realizarse en aquellas horas de la noche. Los bultos que hemos visto penetrar al jardin cuando Botello, D. Gaspar, Fanega y los suyos dejaban tras de sí la puerta, eran Tetzahuitl y Don Pedro.

Como lo habia dicho Juanita, no dilató mucho Isabel en bajar por el extremo de una de las calzadas. No bien segura con las palabras de Zapata, acaso resuelta á buscar un apoyo mas firme en el brazo de Tetzahuitl, se dirigia llena de inquietud á la ventana donde la hemos visto alguna vez departir con su amante.

Pasaba por la higuera cuando escucha á sus espaldas algunos pasos. Vuelve el rostro, y da un grito de terror. Garduña se abalanza sobre ella. Poco despues aparece Chirinos, y mientras manda que la sujeten, la llena de reproches y de ultrajantes denuestos.

Tetzahuitl, al escuchar los gritos, se lanza hácia aquel sitio, salvando los troncos y rompiendo el ramaje. Cuando

llega, rasga con una puñalada el primer cuerpo que lo separa de Isabel, y Garduña rueda envuelto en su capa, y dando botes va á caer de cabeza junto á los charcos de la alcantarilla.

—A mí!—exclama Chirinos desenvainando.

—Ah! eres tú!.....—le dice Tetzahuitl, y volviendo á levantar el brazo, arrójase blandiendo el puñal sobre Peralmides.

Don Pedro llega entonces; cree ya empeñada la lucha entre Tetzahuitl y Mendoza, y grita á los agentes de Garduña, que él toma por sus bravos.

—Ahora! ahora es tiempo!

Cuando escucha que álguien se acerca por el fondo de la avenida; seguramente nuevos defensores del que cree sea Mendoza. Entonces sale á contenerlos, y se encuentra frente á frente de D. Gaspar.

Este comenzaba á retroceder: su ira no tenia límites. Sin embargo, ofuscado como estaba con aquello que le parecia la mas atroz de las humillaciones, defendíase sin desmentir el nombre que le diera la fama. Tambien Negromonte sentia herido su orgullo. Nunca aconteció á D. Pedro prolongar un combate mas de lo que este se prolongaba. Entonces creyó conveniente echar mano de un golpe decisivo; de uno de esos que reservan los maestros para el último extremo. Era una especie de retirada falsa, combinada con no sé qué estocada-relámpago, que tendida por debajo de la espada contraria, se deslizaba hasta hundirse por un costado.

Parece que dos espadas que se encuentran se trasmiten en sus vibraciones algo del pensamiento de los que las manejan. Hubo un instante en que los dos quedaron casi inmó-

biles. Se comprendian como dos manos enlazadas en la oscuridad. Se reclinaban una en otra, y de cuando en cuando se movian ligeramente, con un débil chasquido, que parecia un beso pérfido. Entretanto, el fuego del corazon parecia subir, caminar por aquellas aceradas hojas y asomar por las puntas con el resplandor de una mirada aviesa y traidora.

Dé repente sonaron varios aletazos. Don Pedro asestó el golpe; no hubo quite posible; su espada se escondió por el ropaje de Mendoza, y la punta crugió como si hubiese atravesado el hueso; pero fué que dió en la malla de una cota que D. Gaspar traia oculta bajo el justillo.

Despues de aquel golpe, que tenia la seguridad de la muerte, no quedaba mas que retirarse un paso y envainar la espada. El adversario permanecia en pié algunos momentos, pero á poco se desplomaba sin exahalar un solo gemido. Negromonte bajó su espada; casi al mismo tiempo sintió que la de D. Gaspar cayó de plano sobre su rostro.

—Hola!—exclamó casi ensordecido por el bochorno que envolvió su cabeza;—parece que sois algo retobado, señor caballero. Veamos.

Entonces la hoja que brillaba en su mano pareció multiplicarse. La de Mendoza comenzó á resonar con los choques de una verdadera granizada. Las chispas casi alumbraban á los combatientes.

Los hombres que venian detrás de D. Gaspar, quietos hasta entonces por respeto á la habilidad de su señor, arrojaron sus capas, echaron fuera sus espadas y tres de ellos cayeron sobre Negromonte. Sobraba uno. Este arremetió contra Fanega.

A D. Pedro le guardaban los flancos los altos y tupidos

arbustos que formaban la avenida central del huerto. Detrás sabia que estaba Tetzahuitl y cuatro hombres suyos. Enfrente, ya tenia un compañero y tenia su brazo.

La lucha tomó el carácter de una danza diabólica.

Veíanse aquellas figuras, como en medio de una claridad eléctrica, encogerse, levantarse, abrir los brazos, arrastrarse, torcerse y dar saltos enormes, y todo en medio de ruidosas respiraciones, de insolentes apóstrofes y al son del fatídico repique de los aceros.

Abandonemos esta escena por un momento, y veamos lo que pasaba en la otra parte donde hemos dejado á Tetzahuitl.

Este sostenia un combate semejante al que D. Pedro habia trabado con los de Mendoza. Muchos, al ver caer á Garduña, se escurrieron cobardemente. Otros oyeron que alguno se acercaba, y acudieron creyendo habérselas con nuevos enemigos.

El que llegaba era Botello que venia jadeante en busca de los suyos. Pero estos, cegados por la noche y por el susto, cerraron con él, y Botello, demasiado cerca de los que le atacaban, no halló mas recurso que aceptar el combate.

En consecuencia, Tetzahuitl quedó con cinco adversarios, si puede contarse como tal á Chirinos que se ocupaba de arrastrar á Isabel mientras los de Garduña le sostenian la retirada.

Tetzahuitl, sin mas arte que su agilidad y su fuerza de tigre, y ayudado por la noche, puso pronto á dos hombres en estado de no poder perjudicarle.

De los restantes, uno, herido de la pierna, trataba simplemente de defenderse. El otro, que era Barreda, ya tambien conocido por nuestros lectores, viéndose casi abando-

nado, soltó la espada, requirió el puñal, y se abrazó con Tetzahuitl, desesperado y rugiente como las fieras.

Tetzahuitl dió un gemido. El puñal de Barreda se habia quebrado sobre su cabeza; pero oyóse al mismo tiempo un golpe seco; un nuevo gemido desgarrante resonó por los aires, y Barreda cayó dando un azote con la frente y agitándose con las contorsiones de un epiléptico.

Chirinos abandonó á Isabel y se escabulló por la maleza. El herido permaneció en la sombra conteniendo su respiracion.

Entretanto, cosa siniestra! Mendoza y Negromonte habian vuelto á quedar solos. El primero, siempre retrocediendo, se encaminaba hácia la poterna para buscar una salida. Negromonte, con dos estocadas en el brazo, empuñaba el acero con la mano izquierda, y seguia cargando cada vez mas terrible sobre Mendoza.

—Por vida mia!—dijo este sintiéndose desfallecer de cansancio,—si no sois Benavides, juro que sois el mismo Satanás en persona.

—Qué! qué decís?.....—exclamó Negromonte con un asombro que no es posible describir.

—Digo, caballero, que nos batiremos si gustais hasta echar los bofes; pero mucho sentiria mataros ó morir, antes de conocer á un caballero tan admirable.

—Basta!—gritó Negromonte.

Mendoza bajó la punta de su espada.

Negromonte quedó atónito al reconocerle.

¿Quién era entonces el que habia combatido con Tetzahuitl? ¿A quién se dirigieron aquellas palabras que este dijo cuando creyó reconocer á alguno en medio de las tinieblas?

—Caballero,—dijo Mendoza,—conozco poco mas ó menos la causa que nos ha puesto el uno enfrente del otro. Yo no tengo la honra de conoceros; pero sois, á no dudarlo, el amante por quien esa jóven me mira con tan obstinado desprecio. Desde hoy dejareis de tener en mí un rival. Menos gano con poseer á Isabel haciendo su desgracia y mi infamia, que con estrechar la mano de un valiente, cuya amistad será un timbre de gloria para el que alcance á merecerla.

—Señor, respondió con distraccion Negromonte,—aunque no fuera por la maestría singular y el portentoso vigor de vuestro brazo, bastara vuestra benevolencia y cortesía para reconocer al primer caballero del reino. Señor Mendoza, hé aquí la mano de vuestro humilde criado.

—Oh! me conoceis!.....

—Mucho!..... pero tened la bondad de esperarme..... necesito saber qué ha sido de esa jóven..... Si lo teneis á bien, volved á sacar vuestra espada, y estáos en esa puerta..... no hemos concluido.

Mendoza obedeció, y D. Pedro se dirigió corriendo á la espesura donde habia estado oculto con Tetzahuitl; sacó su linterna, la descubrió y acudió al sitio de la catástrofe.

Solo encontró cadáveres. Garduña y Barreda yacian sobre negros y espumosos charcos de sangre. Isabel y Tetzahuitl habian desaparecido.

Siguió buscando. Al pasar junto al estanque le pareció escuchar un gemido. Abrió la maleza y vió á un hombre que le tendia los brazos, agitándose con las postreras convulsiones.

Aquel hombre era Botello. D. Pedro le acercó la luz, reconoció sus vestidos, y pasó adelante. La linterna

temblaba en su mano; su rostro, pálido y casi desfigurado, mostraba que en su corazon hervia ya un furor sin límites.

—No hay duda,—exclamó sordamente,—aquí están aterrados por Tetzahuitl todos los hombres de Mendoza.... y acaso los mios. Tetzahuitl hubiera vencido á un millar de estos miserables. Los mató á todos y ha escapado con Isabel..... Ea! bien visto el plan, no era mas que una complicada majadería. Una vez que yo sea dueño de la fuerza, me son inútiles todos estos enredos. Pero esa fuerza..... esa fuerza..... Mientras Mendoza exista, Benavides será el apoyo de Estrada..... y mientras Benavides no sea de los mios, valgo menos que el último y el mas ruin de los aventureros. Bah! concluyamos.....

Negromonte, que no habia soltado su espada, la oprimió con mas fuerza, y fuése por donde habia dejado á D. Gaspar de Mendoza.

Al llegar puso la linterna sobre un guardacanton que era el primero de una série que se prolongaba por aquel costado del huerto.

La luz alumbró su semblante, y Mendoza prorumpió en una exclamacion de sorpresa.

—Os extraña verme aquí, D. Gaspar?—le dijo Negromonte.

—¿Qué haceis aquí?..... adónde está el caballero que há poco se ha batido conmigo?

Negromonte se puso en guardia, y dando á sus palabras un aplomo siniestro, replicó:

—Yo soy..... defendéos.

—Cómo!..... tú!..... Negromonte!.....

—Un servidor vuestro.

—Tú! estás loco.....—dijo Mendoza desconociendo la voz de D. Pedro;—á ver, toma esa luz y acompáñame á buscar á ese caballero.

—Os digo que no me da la gana: defendéos.

Mendoza tembló, á pesar suyo, al escuchar aquella voz cuya profundidad era fatídica. Empezó á comprender que una resolucion tremenda se ocultaba tras la glacial firmeza de Negromonte. Entonces dió algunos pasos hácia atrás, y preguntó, ya dispuesto para defenderse, pero visiblemente horrorizado.

—Y dime, ¿qué es lo que te impele contra tu señor? ¿crees que no he sido bastante generoso contigo porque aun no llega la hora de socorrerte, y buscas en el crímen lo que hubieras hallado con la paciencia? Tú sabes que nunca ha gemido mi escarcela cuando he tenido que agotarla para aliviar la miseria de cualquier pobre hidalgo. Sé que te debo alguna paga. Tú has cuidado mi casa, y mas de una vez me han sacado de apuros tus inteligentes servicios. ¿Necesitas algo?..... pídelo..... ¿me atacas porque me aborreces? díme antes qué agravio, que yo sepa, recibiste alguna vez de mí ó de los mios?

—Ninguno.

Pues ¿qué es lo que pretendes de mí, Negromonte?

—Una cosa; que no me obligueis á daros muerte sin que hagais algo en vuestra defensa.

—Desdichado!.....—replicó D. Gaspar, cuyos labios se dilataron con amarga sonrisa.

—Se va el tiempo,—dijo Negromonte.

—Quiere decir,—replicó Mendoza,—que te empeñas en obligarme.

—Sí.

—¿Ignoras que la muerte puede ser el castigo de tu voluntaria demencia?

—Mirad, Sr. Mendoza; estamos completamente solos, y voy á explicaros en dos palabras el motivo de mi conducta. El infeliz hidalgo que os ha buscado para que le diéseis un asilo en los subterráneos de vuestra casa de Beltrán, ese pobre á quien alargais una limosna, oculta bajo sus harapos mas grandeza y mas títulos que toda la generacion de los Mendozas. Soy D. Pedro Negromonte; ni os amo, ni tengo razon para aborreceros; pero ya veis que aun no ha pasado para mí la edad en que domina la ambicion. Pienso apoderarme del reino..... para esto necesito la alianza de las tribus aztecas, y antes el mando, y antes la elevacion de Salazar y Chirinos, y antes vuestras magníficas caballerías.....

La mirada, la actitud, el acento de Negromonte, no dejaron duda á D. Gaspar acerca del verdadero carácter de aquel hombre. Existe bajo la voz cierta inexplicable resonancia donde el instinto reconoce por ligeras modulaciones el acento de la verdad ó de la mentira. Mendoza creyó entonces que habia vuelto á encontrarse con su adversario. Se estremeció, no de temor, pues no le conocia, sino con esa emocion que precede al combate.

—Y bien,—dijo,—creeis que si muero podreis disponer de esas caballerías?

—Sí,—replicó Negromonte.

—Estais engañado, caballero. Tendríais que matar á Benavides, luego á Mendieta, despues á Rubio, á Bocanegra, á Olmos, á Medina, á Quintanar y á todos mis amigos, y despues, si la fortuna os habia libertado de tan buenas espadas, tendríais en cada soldado un enemigo irreconciliable.

—Oh! yo siento decíroslo; pero podeis estar seguro, señor Mendoza, de que todos esos caballeros que habeis nombrado, no esperan para ser mios sino que Antonio Benavides rompa con vos el compromiso que le liga fatalmente á vuestros intereses. Que os marcheis á España, ó que murais, es lo mismo. Benavides quedará libre para descargar el odio que alimenta por vuestro señor D. Alonso Estrada.

—Hola! ¿teneis, pues, la intencion de deshaceros de Mendoza?.....

—Os lo aseguro.

—¿Teneis tanta confianza en vuestro brazo?

—Veamos.

—Veamos.

Los brazos volvieron á extenderse y los aceros se cruzaron.

Mendoza, jadeante todavía con la lucha anterior, se confiaba mas bien en la cota de malla, que en su brazo ya lánguido con la fatiga. Negromonte mostraba en su serenidad, que era incansable; pero habia combatido con seis hombres, no pudo evitar que le hiriesen en diferentes puntos, y sus heridas no cesaban de manar sangre, debilitándole gradualmente.

Sin embargo, el combate se renovó con una verdadera furia; Mendoza, con la confianza de ser casi invulnerable, cargó de un modo tan violento, que Negromonte tuvo que ganar el lado del postigo, para buscar un punto de apoyo. Arrinconado allí entre las jambas de la poterna, dispuso y asestó varias veces su estocada maestra, hasta que pudo convencerse de que la punta de su espada se embotaba en anillos de acero. Era necesario desde entonces no buscar

sino los ojos ó la garganta, ó rasgar un muslo por la parte interna, para que la pérdida de sangre hiciese vacilar á Mendoza. Esto era de una dificultad inmensa:—el arte de la esgrima, que saca tan brillante partido amenazando un punto diferente del que debe tocarse, era completamente inútil, puesto que los puntos mas nobles podian ser descubiertos sin ningun peligro. Negromonte comenzó á buscar el rostro y los muslos de Mendoza. Era capaz de hallarlos, pero habia otra dificultad mas séria: el arrojo de Mendoza. Era tal, que Negromonte, no hallando terreno para retroceder, estaba respaldado en la puerta, y á duras penas lograba contener á Mendoza.

Este, como todos los espadachines de su época, tenia la costumbre de conversar en medio de las estocadas.

—Seguramente,—dijo,—vuestro reino se acerca; me parece que empezais á desconcertaros.

Negromonte no respondió; necesitaba toda su atencion para defenderse. Entonces Mendoza añadió, sin dejar de apretarle:

—Qué direis de mi cota, Sr. D. Pedro?

—Nada.

—Sin embargo, ella puede mataros.

—No importa.....

De súbito, Mendoza dejó escapar un sordo grito de coraje. La espada habia desaparecido de sus manos. Mendoza no cruzó los brazos, como hacian los caballeros en tales circunstancias. Dió un salto hácia atrás, derribó la linterna y se escabulló entre el ramaje. Entonces una mano salió de la sombra y le afianzó por la garganta. Otro grito, pero grito de indefinible terror, se escapó de sus labios, y no tuvo ya fuerza para defenderse.

Negromonte recogió la linterna, que seguia ardiendo, y se encaminó adonde estaba Mendoza.

—Aquí le tencis,—dijo una voz ya conocida por Negromonte.

Este levantó la luz, y vió que el que así hablaba era Chirinos.

—Bah!—dijo,—esto me reconcilia con vos, señor factor: hacéos á un lado.....

Chirinos obedeció. Mendoza, horriblemente pálido y tembloroso, desnudó su puñal, y dijo mirando alternativamente á Negromonte y á Chirinos:

—Tratais de asesinarme?.....

—Qué quereis?.....—replicó Negromonte encogiendo ligeramente los hombros;—el destino lo quiere.

Despues, volviéndose á Chirinos, le dijo esta simple palabra, que al factor mismo le produjo un sacudimiento eléctrico:

—Alumbradme.

Chirinos tomó la linterna; pero Mendoza, que se vió acorralado, se lanzó contra Negromonte con la feroz agilidad de la pantera. Negromonte extendió un brazo, asió por la muñeca el de D. Gaspar, y le imprimió tal movimiento de torsion, que los huesos crugieron, el puñal cayó, y D. Gaspar, vuelto de espaldas, hincó en el suelo una rodilla.

—Heridme!.....—exclamó desesperado.

—No,—dijo D. Pedro,—un caballero como vos no debe morir á manos de un cobarde asesino. Ya he dicho que no abrigo por vos ningun resentimiento; si las circunstancias os han convertido en un obstáculo de mis proyectos, no menguarán en nada la alta consideracion que os profeso. Vais á defenderos, pero os pido el favor de que os batais

—Heridme!.....esclamó desesperado. (Pª 296)

conmigo sin mas ventaja que la que os dan vuestro valor y vuestro esfuerzo. Tomáos la molestia de desnudaros de esa cota, y tendreis vuestra espada.

Don Gaspar se enderezó lentamente. Su rostro blanco, frio, inmóbil, ponia miedo. Su lividez parecia presagiar la hora postrera de la vida.

Se quitó el coleto, y comenzó á safarse las mangas de la cota.

Cuando quedó no mas con el gambaj, extendió el brazo, y dijo con una sorda voz que parecia salir del fondo de la eternidad:

—Mi espada!.....

—Dadme vuestra espada, Chirinos,—dijo Negromonte al factor, que estaba como los difuntos.

Chirinos dió su espada á D. Pedro; este cedió la suya á D. Gaspar, y se puso en guardia.

A pocos instantes Mendoza recibia en un costado el acero de Negromonte, y se desplomaba sobre el césped sin dar un gemido, y sin la mas ligera convulsion, como si hubiese sido fulminado por el rayo. Sus ojos abiertos, donde la muerte habia extinguido el resplandor del combate, clavaban en el cielo una mirada de través, ya inofensiva, casi lagrimosa y doliente.

.....

Media hora despues, el jardin y toda la casa estaban desiertos. Por la poterna entraba un hombre con el vestido hecho pedazos, y cubierto completamente de lodo. Se acercó á tomar la linterna que habia quedado puesta sobre el pedestal vacío de una estátua, y al tocarla retrocedió y quedó paralizado con el estupor. A sus piés, y como derribado de aquel pedestal, vió tendido á Mendoza. Aun te-

nia la espada en la mano. Parecia que el último suspiro vagaba todavía sobre sus labios entreabiertos.

El hombre del vestido enlodado contempló largo rato el cadáver de D. Gaspar. Despues, como volviendo en sí de una manera repentina, tomó la luz y echó á correr en direccion de las habitaciones. A poco andar tropezó con un cuerpo, y vino á tierra; la mano en que llevaba la luz azotó sobre un charco de sangre, y la otra mano rozó los helados contornos de un rostro humedecido por las primeras gotas de la lluvia.

—Con mil rayos!—exclamó;—qué es lo que sucede en esta casa maldita?..... Oh!..... y esa mujer!..... y Juana!..... y este silencio..... ay!..... aquí ha pasado algo terrible.....

Diciendo esto, volvió á ponerse en pié y siguió adelantando. Llegó á un pórtico, entró, cruzó por varios corredores, vagó por todos los aposentos, gritando en vano el nombre de Isabel, de Juana, y el de algunos de la servidumbre. Tampoco habia luz. Los ecos remedaban su voz en el fondo de las tinieblas.....

LIBRO SEGUNDO

RODRIGO DE PAZ

I

Que dirá cómo logró Don Pedro Negromonte poner una víbora en el seno de Don Alonso Estrada.

LA casa de D. Alonso Estrada, ese segundo padre de Gaspar de Mendoza, permanecia cerrada, en señal de duelo. Los que pasaban por aquella triste casa, los pobres dispuestos siempre á simpatizar con el dolor, suspiraban considerando á D. Alonso, y rogaban á Dios pusiese una gota de consuelo en aquel corazon que debia estar nadando en amargura, y un poco de sueño en esos párpados enrojecidos y fatigados por el llanto. Muchos vecinos aseguraban haber oido los lamentos que el Sr. Estrada lanzaba en medio de la noche. Pero los pobres vecinos no podian entrar y ver á D. Alonso, como van á verle nuestros lectores. Zuazo, Fray Roque y Albornoz, hallábanse con él en rededor de una pequeña mesa cubierta de blancos manteles, donde resplandecian, entre ra-

mos de flores, las jarras de cristal, y los vasos, las salseras y las escudillas de oro y de plata.

Don Alonso tenia el semblante melancólico; estaba silencioso; de cuando en cuando hacia estremecer las flores con un suspiro. Mas no era la pérdida de D. Gaspar el motivo de su tenaz tristeza. Era que Benavidez, el teniente de Mendoza, habiendo atribuido la muerte de este á los manejos de Zuazo y Albornoz, rehusaba obedecer á los gobernadores; y que Andrés Tapia, enviado con doscientas lanzas para someterle, habia sufrido un fuerte descalabro en las inmediaciones de Tolocan. Sabíase, además, y esto era lo peor, que Benavidez proclamaba á Salazar y á Chirinos, con exclusion de todos los otros.

Sin embargo, estas graves noticias no menguaban el apetito de los gobernadores. La mas viva satisfaccion se retrató en todos los semblantes cuando se abrió la puerta y apareció un criado trayendo un gran platon cuyos vapores casi le ofuscaban el rostro. Aquello que tan grato olor difundia por el aposento, fué puesto en medio de la mesa. Eran ocho pollos colocados en fila y asomando sus peladas cabezas por encima de una colcha en cuyo fondo de color de púrpura se ostentaban ricos florones de huevo, de perejil y mejorana. Las princesas vestidas con el trage de ceremonia, no hubieran parecido mas seductoras á los ojos del reverendo padre Fray Roque. Aquel manto de gitomate, orlado por un laberinto de trozos de jamon, aceitunas, chorizos, zanahorias, alcaparras y almendras, le pareció mas rico y mas apetecible que el mismo manto sembrado de pedrería que arrastraban los césares.

—Señores, dijo señalando el platon, hé aquí lo que yo escogeria por mi escudo de armas. Campo color de gito-

mate, orla de chorizones, y por timbre uno de esos animalillos coronado con una alcachofa.

Sonrieron todos con estas palabras, y Estrada se acercó el platon para hacer el repartimiento.

—Vamos, fraile mio, dijo poniendo dos pollos enfrente de Fray Roque; cantadles un responso y sepultadlos con todos los honores que se merecen.

—Amén, dijo Fray Roque: tened la bondad de aproximarme esa botella, señor licenciado.

Zuazo puso vino en la copa de Fray Roque y llenó despues todas las otras. Bebieron todos, y la conversacion comenzó á ser mas animada.

Allí se discutieron multitud de proyectos para crear recursos, aunque fuera estorcionando á los indios. Se habló de armar á todos los colonos para oponerse á las pretensiones de Benavides. Convinieron en cohechar á los hombres mas peligrosos, ó en echar mano de un medio, cualquiera que fuese, para deshacerse de todos los parciales de Salazar y Chirinos. Y se consolaron mútuamente haciendo cuenta de sus bravos capitanes, y de sus lanzas, que aun eran bastantes á desmenuzar ese puñado de rebeldes.

—Señores,—dijo Zuazo,—yo me suscribo, como siempre, al nuevo plan del señor Fray Roque.

—Yo haria lo mismo,—replicó Estrada,—si su reverencia se dignase asegurar nuestras cabezas.

—*Satin sanus es?*—exclamó Fray Roque;—estais soñando, hermano! conque no tengo probado hasta la evidencia que el éxito coronará nuestros esfuerzos?

—No obstante, hace mas de diez dias que os estoy haciendo una pregunta, y parece que eludís la dificultad guardando silencio.

—Ah! sí.....

—Haced que Salazar y Pero Almindes firmen la órden de prision, y vereis como no me detengo un solo instante para mandar ejecutarla.

—No lo creo tan preciso.

—Bah! si así no fuera, padre mio, tiempo ha que sin esperar vuestros consejos, Rodrigo de Paz lloraria su libertad en la mazmorra mas profunda de las atarazanas.

—En efecto, añadió Albornoz, una vez que lográsemos deshacernos de ese importuno amigo de D. Hernando, veriamos desarróllarse la série magnífica de consecuencias que nos ha pintado Fray Roque. Es cierto que una órden de prision firmada por nosotros y por Salazar y Chirinos, nada dejaria que replicar á nuestro Ayuntamiento; pero esa órden, tal como se necesita, es imposible. Con todo, señores, no existe mas que un medio para ejecutar el sabio proyecto de Fray Roque? Debemos renunciar á todas sus ventajas, porque nos presenta un solo inconveniente? Yo aborrezco lo tenebroso; pero Benavides se acerca, y no debemos omitir ningun esfuerzo, cualquiera que sea, para dar al traste con Rodrigo de Paz y apoderarnos de sus lanzas.

—Pues yo, dijo Fray Roque, acabo de creer que mi plan es una quimera. Estoy mas bien porque aumentemos las fuerzas de Andrés Tapia con las de Medina, y combatamos hasta triunfar ó perecer en la demanda.

—Sí?..... dijo Estrada, pero qué hacer, teniendo en la ciudad un hombre que puede aprovecharse de nuestra ausencia?

En esto estaban, cuando el criado, que no cesaba de traer los manjares, anunció á D. Alonso la llegada de un caballero que deseaba hablarle.

—Eh!—dijo Fray Roque,—decidle á ese hermano que perdone, que hoy no damos audiencia.

El criado consultó con la vista á D. Alonso. Este hizo lo mismo con Zuazo, y preguntóle:

—No será nuestro caballero?.....

—Bien puede ser,—replicó el licenciado;—por qué no haceis que pase?

—No, camarada,—dijo Fray Roque;—nuestro amigo debe llegar mas tarde. Vais á daros un chasco. Será algun importuno.....

Despues se dirigió al criado:

—Qué señas tiene ese caballero?—añadió.

—Es gordo, señor.

—Viejo?

—Sí, señor.....

—Calvo?

—No le he visto.

—Borracho?

—Voy á.....

—Ea! dejáos de bromas, señor fraile,—dijo D. Alonso. —Estoy seguro que ese caballero es D. Juan Lagartosa. Permitidme un instante.....

Estrada sorbió de un solo trago el vino que quedaba en su copa, y salió, dejando á sus amigos rodeados de una excelente angaripola que el marmiton acababa de servirles.

Si recuerdan nuestros lectores aquella habitacion donde hemos visto compartir á Zárate con D. Francisco de Medina, será inútil describir el sitio que ocuparan el recien venido y D. Alonso.

Aquel era un hombre que frisaba en los cincuenta años,

grueso y mal perjeñado. Su ysonomía era parecida pero superior á la de los veteranos que abundaban entonces en la Nueva España. El lector le conoce.

Al verle D. Alonso palideció ligeramente, y afectando una sonrisa de benevolencia, le tendió su mano y le dijo con un acento lleno de respeto:

—Oh, señor Salazar! bien venido sea vuesamerced á la casa de sus servidores.

—Dios guarde á vuesamercedl, señor Estrada,—replicó el colega de Chirinos inclinándose hasta la mano de D. Alonso.

—Despues de varios cumplimientos, que eran la ley de esa época de exquisita galantería, sentáronse, y el veedor comenzó á exponer el asunto de su visita.

—Señor,—dijo,—estábais en la mesa gozando el único momento que os dejan libre los altos intereses del reino; pero estos mismos intereses, y tambien los vuestros y los mios, me traen á perturbar vuestros instantes de reposo. Pero me esforzaré por abreviar.....

—Ah! aunque no fuera por asuntos políticos, señor veedor, sabeis que recibo tanta honra como placer en escucharos.

—Gracias, señor..... replicó Salazar incorporándose;—despues continuó:—Pues bien..... he venido simplemente á proponeros un arreglo..... Yo quiero que olvideis, como yo, nuestras antiguas desavenencias.

—Bah!..... señor..... os acordais aún?... .. ¿no convenimos en respetar el fallo que nos pone á todos en posesion de los poderes? ¿no llevamos todos en armonía las riendas del Estado? ¿quién se acuerda de esas cuestiones que fueron nada mas las simples dificultades suscitadas en la revision de nuestros nombramientos?

—Sin embargo, no vos, pero vuestros amigos, maquinan sin cesar mi perdicion y la de Pero Almindes.....

—Señor!

—Yo..... os confieso que grandes disgustos me ha causado contener á los mios. Pero si es fuerza, para dominarlos, llegar al extremo de sacrificar algunas cabezas, no dudeis que arrostraré todos los odios por evitar este conflicto que se hace mas inminente cada dia. Ya veis; los nobles capitanes que pudieran emplearse en conquistar tierras para el César y prosélitos para la fé cristiana, consumen sus esfuerzos en despedazarse mútuamente, dando un ejemplo peligroso y una ocasion fácil para desórdenes y revueltas. Ahora, ¿quién nos asegura la fidelidad de esos hombres, á la vez que uno de ellos quede triunfante? Si ellos juegan la vida, ¿qué les importa aventurarla en nuestra elevacion, mas bien que la de sus personas?

Estrada tenia mas confianza en Andrés Tapia, que Salazar en Benavides y Negromonte; pero acababa de saber que Tapia habia sido hecho pedazos; conocia que las fuerzas que le restaban, aunque bien equipadas y numerosas, eran en su mayor parte fieles á D. Hernando, y obedientes solo á las órdenes de Rodrigo de Paz, que aborrecia de todo corazon las discordias civiles. Todos los planes de Fray Roque y de sus compañeros parecíanle excelentes, con tal que hubiera tiempo para realizarlos. Pero esta condicion faltaba. Las huestes de Benavides se presentarian muy pronto á las puertas de la ciudad. Paz las combatiria? Salazar y Chirinos, en vez de afrontar las peripecias del combate, no se unirian á Paz, y presentándose como los protectores de un pueblo tiranizado por los impuestos, no serian aclamados con perjuicio de Estrada? Sea lo que

fuere, D. Alonso tuvo á gran fortuna que Salazar le propusiese un arreglo. Esto por lo menos aplazaria la cuestion, y daba tiempo á organizar nuevas combinaciones. Estrada procuró disimular su satisfaccion, y dijo, respondiendo á la última interrogacion de Salazar:

—Es cierto.

—¿Queréis, pues,—continuó Salazar,—que nos unamos para devolver la tranquilidad al Estado? Ya os dije que interpondré todo mi influjo, y aun usaré de la violencia para sosegar á los mios. Haced vos lo mismo.

—Por mi parte, señor veedor, no hago mas que defenderme; Benavides ha pedido nuestras cabezas, y avanza contra nosotros. Rodrigo de Paz no mueve un soldado para contenerle. ¿Qué haríais en mi lugar? Así, que dejen de atacarnos, y vereis como torna el sosiego.

—Lo creeis así, señor Estrada?

—Os hablo á fe de caballero.

—Yo tambien voy á hablaros bajo el mismo concepto. No extrañeis mi franqueza. Voy á ponerme en vuestras manos, con la seguridad completa de que sois, como decís y como todos saben, un caballero incapaz de cometer una villanía. Estoy resuelto á todo, pero no espero que abuseis de la situacion en que voy á ponerme.

Don Alonso notó cierto temblor sobre los labios de Salazar; creyó vislumbrar no sé qué de afliccion en la actitud de aquel semblante, y respondió con no fingida cortesía:

—Dueño sois aún, señor veedor, de omitir lo que juzgueis peligroso confiarme; pero estad cierto que yo inmolaré al honor mi autoridad y cualquier ventaja que ofrezca vuestra posicion á mis miras políticas.

—Ah! entonces os diré que no puedo permanecer por mas tiempo siendo el amigo de Chirinos.

—Que decís?.....

—Ansío ardientemente renovar, ó mas bien, afirmar vuestra antigua amistad, perturbada un momento por los errores fatales á que me ha conducido la ambicion y la poca experiencia. ¿Quereis mi amistad?

—Ah!—dijo Estrada;—tengo el honor de repetiros que mi afecto es el mismo, no obstante la aparente rivalidad que nos separa en los negocios públicos. Habeis sido siempre amigo mio, y me complazco en confesaros mi satisfaccion al ver que salís al encuentro de mis deseos.

—Bien, señor; ¿quereis ahora que os explique por qué me separo de Chirinos y me refugio con vosotros? La razon es esta: primero, porque deseo la paz; y la deseo, porque estas discordias, como os he dicho, producirán, en vez de nuestra elevacion, la de uno de esos capitanes; segundo, porque soy viejo; no puedo confiar la nave de mis esperanzas á esta perezosa corriente de los negocios, y necesito, hablemos claro, vender la fuerza y el influjo que poseo, para aumentar de un golpe mi reducido patrimonio. Ahora, en caso de poner un precio á mis servicios, quiero mas bien recibirle de la mano de un antiguo amigo mio á quien amo y venero, que de la de un cualquiera por quien no abrigo sino desconfianza, y de quien no recibo sino falso afecto y comisiones deshonrosas.

Don Alonso tuvo miedo de que Salazar ocultase alguna perfidia, y quiso sujetarle á la prueba.

—Mirad,—replicó,—si yo fuese la única persona interesada en este asunto, no vacilaria en agotar mis arcas por tener á mi lado un hombre de vuestros quilates. Pero Zua-

zo, Albornoz y todos aquellos á quienes necesito consultar hasta para moverme, y que no conocen como yo la alta nobleza de vuestras intenciones, querrian exigiros, no obstante mis protestas, un testimonio.....

—Es claro!..... podeis decir á esos señores que estoy pronto á dar todas las seguridades que gusten exigirme.

—Siendo así.....

—Otorgais?.....

—Sí tal; pero me temo.....

—Os inspiro desconfianza?.....

—Oh! no..... pero decia yo, que la prenda de seguridad que os exijan..... su nombre solo..... pudiera cambiar vuestra resolucion.

—Señor Don Alonso, si esa prenda fuese una cosa indigna del honor, desde ahora os digo que prefiero la lucha.....

—No, no..... por el contrario..... Es una accion que algun dia brillará sobre vuestro nombre; pero requiere un gran valor.....

—No importa.

—Tendrá por resultado la pérdida de algunos partidarios vuestros.....

—Adelante; ya hablamos de esto.

—Chirinos..... como debeis suponer, será el primero.

—Tanto mejor.

—Pero en cambio, la situacion será completamente nuestra, y vos, señor, disfrutareis á nuestro lado las ventajas de un gobierno perfectamente libre de enemigos poderosos, y tendreis tiempo y brillantes oportunidades para aumentar vuestro caudal..... Ahora existe, como lo sabeis, un hombre colocado por Cortés, en medio de nosotros. ¿Y quién no adivina el juego de este personaje? Bah! no hay

cosa mas antigua ni mas fácil. Conservar una estricta neutralidad en la cuestion que nos divide; abandonarnos á la odiosidad que reportan necesariamente los que turban la tranquilidad pública, sin disputarse mas que un cetro de tiranía; dejarnos consumir en el fuego de la discordia; dejar que alguno de nosotros quede aniquilado, y cuando una de las facciones, casi agotada por la lucha, llegue á quedar triunfante, venir él, y caer sobre ella con el huracán de sus vigorosos ginetes, y postrarla y hacerla pedazos en medio de las bendiciones y del júbilo de los pueblos. Así, Rodrigo de Paz será siempre un enemigo para nosotros.

Y sea que nos unámos como lo espero; sea que os decidais á permanecer con Pero Almindes, os hallareis siempre amenazado por su espada.

—Ah!..... es muy cierto..... pero pretendeis.....

—Una cosa, señor veedor: quitar á ese hombre de nuestro paso.....

—Dios! y de qué modo?.....

—Encerrándole.....

—Ah! me quitais un peso que me sofocaba; creí.....

—No, replicó sonriendo D. Alonso; la muerte de Paz seria mas funesta para nosotros; seria un error imperdonable.

—Y bien?.....

—Estais conforme?.....

—Sí.....

—Pues ahora comprendereis, señor, que la prenda de seguridad consiste simplemente en que firmeis la órden de prision.

—Yo!..... digo..... yo solo?.....

—No: tambien hareis que la firme Pero Almindes.....

Salazar quedó en silencio por largo rato. Parecia vacilar entre dos resoluciones opuestas. Don Alonso le observaba con marcado interes, y procuraba como leer el pensamiento sobre aquella frente meditabunda.

Al cabo de unos cuantos momentos, Salazar preguntó:

—Y vosotros?.....

—Firmaremos tambien, replicó Estrada.

Salazar volvió á quedar pensativo: á poco, dándose una palmada sobre la rodilla, exclamó:

—Pero señor..... ese hombre es muy fuerte!

—Hé aquí la razon, dijo Estrada, por que necesitamos inutilizarle.

—Mas.....

—Os lo dije: se necesita un gran valor para esta empresa.

—Ah! no valor..... no..... me parece una temeridad. Ese hombre posee la fuerza de las armas, y la fuerza que da el cariño de una ciudad entera.....

—Es verdad; y lo seria, mientras permaneciésemos aislados; ¿pero qué vale, señor, el cariño de nadie, ni sus armas, si logramos fundir las legiones de Tapia con las de Benavides? Qué digo! si cualquiera de estos se atreve á darle un golpe, antes de ser diezmado por los combates, os juro que Rodrigo de Paz no le resiste. ¿Por qué no hemos dado ese golpe? Vos, señor, teneis las mismas razones que nosotros: si no le he dado yo, es porque vos os uniríais con Rodrigo de Paz para exterminarnos..... Ah! mas ahora, que á Dios le place armonizar nuestros intereses, podemos..... no es cierto?

Por tercera vez volvió Salazar á quedarse abstraido, y dejó pasar un largo intervalo de silencio; despues exclamó repentinamente:

—A ver!..... dadme esa órden.....

—Quereis que vaya de mi letra?.....—preguntó D. Alonso;—creo que es indiferente.

—Sí, sí..... entonces.....

—Queréis que os espere esta noche, ó preferís que yo vaya á vuestra casa?.....

—Oh! no..... yo vendré, y os traeré las dos firmas que necesitais..... Ahora, me resta conjuraros en nombre de nuestra vieja amistad y del honor, á que me digais si debo confiar en vuestros prometimientos.

—Señor!—exclamó Estrada;—os juro por Dios y por mi nombre que hoy se renueva en mí el afecto que nunca he dejado de teneros; y juro que podeis confiar en mí como en vuestro hermano.

Salazar por toda respuesta abrió los brazos. D. Alonso se precipitó en medio de ellos, y con un tiernísimo abrazo quedó sellado el juramento.....

.....

Cuando D. Alonso volvió á reunirse con sus compañeros, y refirió quién era la visita, qué asuntos le trajeron, y lo que habian pactado: fué saludado por una salva de aplausos y de gustosas carcajadas. La comida se convirtió en festin, y el duelo en francachela.

Llegó la noche, y aun estaban en torno de la mesa, cuando Estrada volvió á ser llamado; y poco despues volvia á aparecer, llevando la órden de prision firmada por Salazar y Chirinos.

.....

Dos horas despues de estas escenas, un hombre llegaba á la casa de Beltrán, se inclinaba ante D. Pedro Negromonte, y le decia con voz respetuosa:

Corria la voz de que Rodrigo de Paz estaba preso, y que sus tropas, capitaneadas por Arróyave, se disponian á dar una batalla á las de Estrada y Albornoz, mandadas por Francisco de Medina.

En efecto, en la mañana, poco antes de que despuntara el dia, Rodrigo de Paz habia sido sorprendido en su lecho y conducido con cadenas en las manos á la casa de Salazar. donde quedaba custodiado por mas de cien arcabuceros de las fuerzas de Estrada.

Arróyave, selecto capitan, en quien Rodrigo de Paz tenia depositada su confianza; enemigo acérrimo de los gobernadores; deseoso siempre de un pretexto cualquiera para combatirlos, y mas deseoso todavía de colocar en el poder á Paz, que era la esperanza de sus ambiciones, habia repartido á sus arcabuceros en los principales edificios de la ciudad, y preparaba sus ginetes para dar una carga á los que custodiaban á Rodrigo.

Al mismo tiempo los gobernadores pasaban revista en los patios de la fortaleza á mas de 350 lanzas. Y Gonzalo de Ocampo, fuerte con 200 alabarderos y 6 piezas de grueso calibre, se encaminaba á reforzar la guardia de Medina.

Ya los botafuegos humeaban. Esperábase ver aparecer el primer reflejo de los arneses de los caballeros de Arróyave, para poner fuego á la mecha y saludarlos con la metralla.

Entretanto, el amigo de Paz, emboscado en la calle que hace esquina con la que ocupaban los de Ocampo, se detenia un momento arengando á sus tropas, ya impacientes por el combate. En esto se oye á lo lejos el galope de un caballo; todas las cabezas se vuelven hácia el punto donde suena el redoble de las herraduras, y ven llegar á un hom-

bre que, levantando el brazo, muestra algo que parece un pliego, y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—Detenéos, señores! detenéos! vengo de parte de mi señor D. Rodrigo de Paz! traigo órdenes suyas.

Arróyave desdobló el pergamino, leyó, y su semblante se puso como el mármol. Luego envainó su acero, cuya punta no halló por largo rato la entrada de la vaina, y volviéndose al portador de la órden, le dijo disimulando mal su cólera:

—Decidle á mi señor que será obedecido.

El otro partió con la respuesta, y Arróyave se levantó sobre los estribos, y dijo á las tropas:

—Camaradas, felicito á todos aquellos de vosotros que debian ser muertos en la refriega. Mi señor D. Rodrigo de Paz nos manda que nos retiremos. Él sabe lo que hace..... vámonos!

Los ginetes comenzaron á desfilar. Al caer la tarde la ciudad volvia á entrar en calma.

Veamos lo que habia sucedido.

Rodrigo de Paz, no vuelto aún de la sorpresa de verse repentinamente encadenado, se hallaba sentado en un sitial, oyendo las pisadas de un alabardero que se paseaba lentamente por la pieza, cumpliendo con las leyes de la mas estricta y respetuosa vigilancia.

Aquel alabardero tenia órden de matar á Rodrigo de Paz, al oir los primeros disparos.

De súbito se abre una mampara, y da paso á Salazar y á Pero Almindes Chirinos. Rodrigo de Paz los saluda con una mirada de coraje; les lanza algunos improperios, y procura en vano quebrantar sus cadenas y arrojarse sobre los dos azorados gobernadores. Estos permanecen en pié á

cierta distancia, mostrando en su ademán la conmiseracion y el respeto.

—Qué tal?..... les grita Rodrigo; ¡sois cobardes y malos caballeros, y astutos felones! Habéisme cubierto de ultraje..... pero ignorais que voy á hacer un raro escarmiento. Si un segundo mas dilatais en libertarme de estas prisiones, juro á Dios que Arróyave y Francisco de Medina inundarán en sangre vuestra mis cadenas!.....

—Señor!..... dijo Salazar.

—Ea! ya os digo que la pasareis mal si Estrada y Albornoz saben que me sujetais á esta afrenta.

—Señor..... ¿quereis serenaros y escucharme?—dijo Salazar,—Errado vais, señor, si acaso creeis que somos causa de este ultraje, que á nosotros tambien nos lastima y afrenta..... Ahí pronunciais dos ó tres nombres..... que.....

—Que os harán temblar, caballeros.

—Que debíais no pronunciar ya mas; porque esas gentes son las que os han traicionado.....

—Vais á engañarme?

—No tal, replicó Salazar, venimos á exponer la vida para libertaros.

—Vosotros!

—Nosotros.

Rodrigo de Paz clavó una mirada de incredulidad y de sorpresa en los ojos de Salazar. Este permaneció impasible; poco despues continuó:

—Sí, nosotros; ha tiempo que nos dan aviso sobre aviso, acerca de la infame conspiracion que urden contra vos esos que teneis por amigos. Ha tiempo que Estrada, Zuazo y Albornoz, prevaliéndose de esa penosa situacion en que

nos vemos colocados, nos constriñen con sus amenazas á firmar esta órden que debia privaros de la libertad, y mas tarde causar vuestra ruina. Hemos sufrido nuestra indignacion en silencio. Si uno de nosotros se hubiera atrevido á daros la voz de alarma, estad cierto de que hoy no tendríais aquí dos hombres que arrostrasen los peligros de la denuncia por venir á desatar vuestros lazos. Hemos firmado, porque así era el mejor medio de quedar libres para sacrificar nuestra libertad, y si fuese preciso nuestra vida, por defenderos.... Ah, señor! aun suponiendo que nosotros tuviéramos un interes cualquiera en vuestra perdicion, ¿con qué medios contábamos para aventurarnos en tamaña empresa? quién mejor que vos conoce aqueste nuestro miserable estado? quién nos hubiera obedecido? y á quién se ocultaria que Arróyave y los numerosos amigos que os rodean arrasarian nuestras casas y segarian nuestras cabezas? quién nos defenderia? dónde está nuestra fuerza? En todo caso, la prudencia dictaba que esperásemos á Benavides, si es que algo valen las desharrapadas turbas de ese hombre, en presencia de vuestros soberbios caballeros.... .

Rodrigo de Paz, casi rendido á la evidencia de estas últimas razones de Salazar, comenzó á calmarse visiblemente.

—Pero no creo,—repuso,—que Estrada y Albornoz sean cómplices de esta villanía.

—Señor Pero Almindes,—dijo Salazar volviéndose á Chirinos;—dadme la órden.

Chirinos sacó el pliego, y Salazar le presentó á Rodrigo de Paz, que se quedó asombrado al ver las firmas del contador y el tesorero.

—Ahora,—dijo Salazar, mientras Paz no cesaba de con-

templar las firmas;—estad cierto, señor Paz, de que vamos á reportar todas las consecuencias de nuestra accion; pero permitid que os desate..... sois libre.....

—Bien,—dijo Rodrigo de Paz con acento sombrío;—no me admiro..... casi habia previsto una cosa de estas..... ya lo veremos. Ahora, señores, perdonad el indigno lenguaje con que os he ofendido en un momento de locura. No habia reparado en que vosotros, por mas que fuera vuestra audacia, no teneis los elementos necesarios para apoyar un golpe de esta clase. Os doy las gracias.

—Señor, dijo Chirinos, yo desearia que no atribuyeseis á mis odios de partido una súplica que voy á haceros.....

—Hablad, replicó Paz.

—Es..... que ansiamos seguir siendo útiles á vuestra causa.....

—Bien; lo sereis, y esa será la prueba que yo pensaba exigiros para convencerme de vuestra inocencia.....

—Por ahora, señor, dijo Salazar, os pedimos que eviteis el conflicto ya inútil con vuestra libertad.....

—Ah! sí..... dadme un pedazo de papiro y una pluma.

Salazar presentó á Rodrigo de Paz lo que habia pedido, y el alguacil mayor escribió la órden que hemos visto leer al capitan Arróyave.

Que dirá de qué modo terminó el gobierno de Estrada, Zuazo y Albornoz.

Conocida por nuestros lectores la intriga que dió orígen á la prision de Rodrigo de Paz, y no siéndonos posible pormenorizar todos los hechos que siguieron á este atentado, pues nos quedan por referir otros muchos, dejaremos que un historiador nos cuente, con su estilo rápido y curioso, lo que necesitamos conocer antes de continuar nuestro relato.

El historiador dice así:

«El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entretanto no lo barruntaran los tres gobernadores: por eso al siguiente dia, habiendo concurrido (al cabildo), les dieron en cara con su traicion, en estos términos: «Con capa de amistad nos habeis engañado: á nuestras expensas habeis comprado la de Paz: gran premio, á fe de caballero, obtendreis de esta maldad.» Luego que Salazar y Chirinos oyeron esta reprension tan ágria, enmudecieron algun tanto; pero Salazar, haciendo del ingénuo, trajo á

Dios y á los hombres por testigos de su sinceridad, y protestó que él no se cuidaba de la amistad de Paz, sino de la de sus compañeros, y para prueba de lo que decia les añadió, que si querian dividirian la historia. Pocos dias despues de sucedido esto, Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habian ganado, en las casas de cabildo tuvieron una junta, y en ella acordaron que se hiciera notorio á la ciudad que los tres gobernadores eran privados de su empleo. Efectivamente este decreto se pregonó; pero de él se ocasionó un tumulto, y todos se armaron, quién para defender el uno, quién el otro partido. El tumulto no pasó adelante, y Estrada, Albornoz y Zuazo siguieron despachando. Visto por Salazar y sus amigos que aquella tentativa se habia frustrado, se resolvieron de una vez á prender á Estrada y á Albornoz; pero de ahí se suscitó otro tumulto, que procuró sosegar el alcalde Francisco Dávila, que prohibió que nadie acudiese con armas. El factor, veedor y Paz, que se mezclaban en la refriega, dieron tras el alcalde, le quitaron la vara, y maltratado le pusieron en la cárcel, y por no querer pasarse lo condenaron á muerte sobre la marcha; pero él se dió maña de ponerse en salvo. El tumulto entretanto seguia, y seguramente iria á parar en una guerra civil, si los padres franciscanos, que en aquel tiempo gozaban en México de gran autoridad, no hubieran mediado, y aunque por algun tiempo ninguna de las partes queria aflojar, al fin se hubo de ceder á la mayor fuerza, y el Lic. Zuazo prendió á Estrada y Albornoz, quedando asentado que desde aquel dia no se metieran en el gobierno. La prision de estos fué de poca duracion á lo que entiendo, pues hallo que al dia siguiente Albornoz concurrió en San Francisco á misa con

Pedro de Paz, hermano de Rodrigo, quien allí mismo lo zahirió públicamente del atentado que habia cometido en mandar prender á su hermano: sobre esto se trabaron de palabras, y de ellas pasaron á sacar las espadas. Corrió la gente á separarlos, y algunos salieron de la refriega heridos. Estrada al fin los sosegó, y Rodrigo de Paz puso á su hermano en la cárcel, bien que aquella noche lo mandaron soltar. A la siguiente, Rodrigo de Paz fué al cuarto del Lic. Zuazo (ambos vivian en el palacio de Cortés), y habiéndole quitado la vara de gobernador, le envió preso á Medellin, y poco despues le hizo embarcar para Cuba. Este procedimiento de Paz con Zuazo alteró en tal manera á los vecinos de México, que quisieron salirse de la ciudad, y lo hubieran puesto por obra, á no haberles mostrado el decreto del emperador, que, como dijimos, mandaba á Cortés que le enviara á Cuba á dar su residencia. Zuazo, á la verdad, era el mas bien quisto de los cinco gobernadores, no solo por sus personales prendas, sino tambien porque en aquellos primeros años no habia otro que fuese tan versado como él en los derechos; pero por su desgracia tuvo la debilidad de firmar el decreto de prision de Paz.

«Poco tiempo despues de la prision de Paz, Estrada y Albornoz salieron de México á acompañar cierta cantidad de oro que se le despachaba al emperador; y aunque esto se habia hecho con parecer, á lo que creo, de los gobernadores, no obstante, Chirinos, que supo que en aquellos dias llegaba á México Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, aquel de quien dijimos se valió Cortés para matar á Olid, creyó que Estrada y Albornoz, con el pretexto de conducir el oro, se iban á unir con esos famosos capitanes para tomar de él y de su compañero venganza: así que, precián-

dose de guapo, á toda furia partió con cincuenta caballos y buen número de escopeteros y ballesteros en pos de ellos: á ocho leguas de México los alcanzó, y como Estrada y Albornoz vieron que Chirinos venia á ellos, se pusieron en son de quien se defiende. Los padres franciscanos, que acaso acompañaban al uno ó á los otros, se interpusieron, y Chirinos se contentó con que volvieran presos á la ciudad. A la noche siguiente, Salazar y Chirinos, siempre temerosos de sus compañeros que conservaban alguna autoridad, con gente armada cercaron la casa de Estrada, y le abocaron la artillería para derrocarla, lo que impidieron Francisco de las Casas y Gil Gonzalez. Solo las puertas se echaron abajo, prendieron cuatro ó cinco que mandaron azotar al dia siguiente, que fueron hidalgos, por la razon que daban de querer matar á los gobernadores. Entretanto, Estrada quedó bien asegurado; y Albornoz, cargado de cadenas, fué llevado al arsenal.

Todas estas violencias hacian en México Salazar y Chirinos por la sombra de Rodrigo de Paz, que siendo tan poderoso, tenia la mayor autoridad.....»

4

EL DESPACHO.

Pasó algun tiempo.

Negromonte, reconocido como secretario de los gobernadores, tuvo en el palacio de Cortés una lujosa habitacion, con su sala de recibimiento. Salazar y Chirinos le habian dado amplísimos poderes, y ocupados únicamente en los negocios, digamos mejor, en las trapazas que pudieran dejarles grandes sumas de dinero, abandonaban todo el peso del Estado en los hombros de Negromonte.

Veremos cuáles eran las ocupaciones de este, mientras los gobernadores, creyéndose asegurados en su silla, se daban á la vulgar ocupacion de estafar á los pueblos.

Es de noche.

Fray Roque y Negromonte se hallan en la pieza del despacho. Hace dos horas que conversan; pero si nos acercamos á escuchar las últimas palabras, aun es tiempo de saber lo preciso para comprender los hechos que deben realizarse mas tarde.

—Tal vez,—decia Fray Roque,—no alcanzo á penetrar el objeto de vuestras miras; pero tengo por cierto que las exacciones de que han comenzado á ser víctimas algunos de los amigos de Cortés, deben traer funestísimos resultados.

—A quién?—preguntó Negromonte.

—En primer lugar, á Salazar y Chirinos..... despues á nosotros.....

—Omitid lo segundo.

—Pero el pueblo no distinguirá las personas. La ira popular arrasará con todo lo que toque á esos hombres.....

—Cierto; pero si á los pueblos se les hace justicia?.....

—Oh!..... pensais.....

—Pienso hacerla; pero será del modo y en el tiempo mas oportuno.

—Ya.....—exclamó el fraile;—ahora se me viene á las mientes un recuerdo hermosísimo. ¿Quereis hacer algo semejante á lo que haciá su majestad el prudentazo yerno de Augusto? ¿Quereis tener *esponjas* como Claudio Tiberio? El dejaba que sus procónsules se enriqueciesen, y una vez empapados en oro, los exprimia con gran satisfaccion suya y de los pueblos.

—Sí; pero con esta ligera diferencia; que no es oro en lo que quiero que se empapen.....

—Ah! quereis sanguijuelas..... bien..... no me parecen malos instrumentos para despachar á nuestro amigo.....

—Ya hablaremos de eso,—dijo D. Pedro levantándose de su sitial;—retiráos á la pieza inmediata, porque ha llegado la hora de la audiencia.

—Vienen hoy?

—Sí.

—Pues me retiro.

Fray Roque desapareció tras de un espeso cortinaje. Negromonte se desciñó su espada, la colocó sobre la mesa; tomó despues una pequeña campana que servia de cúpula al tintero, é hizo sonar dos ó tres campanadas.

Al mismo tiempo se abrió de par en par una puerta del fondo, y penetraron en la estancia dos personajes. Uno, Mendieta, bravo y arrogante capitan, compañero de Arróyave. El otro, militar tambien, era Barrientos, gran aventurero, comandante de cien lanzas en la fuerza de Rodrigo de Paz.

Diremos dos palabras acerca de este personaje. Era alto y fornido; le faltaba un ojo; el otro, emboscado en una ceja peluda y erizada, como un azotador, parecia tener una chispa, en vez de pupila; varias verrugas, y el pliegue de la cicatriz que bajaba de la ceja izquierda cruzando el rostro, habian hecho perder su regularidad á la nariz, dándole una forma sin ejemplo en la naturaleza; la barba descendia hasta el pecho, sin dejar libre en el rostro, sino dos círculos para los ojos y otro para los dos tubérculos de papa que constituian la nariz:—en la frente, demasiado pequeña, formaba la piel dos gruesas arrugas horizontales:—la cabeza era un espantoso erizamiento, dejando ver aquí y allá ciertas peladuras blanquizcas que anunciaban las cicatrices de horrendas pedradas ó machetazos. Se contaba que en el rostro de aquel cíclope nunca se habia visto una sonrisa. Aquello podia compararse á un cielo tempestuoso, donde no habia sino un relámpago, la mirada; y un trueno, la voz, ronca y retumbante, que rompia por entre aquellas barbas como el rayo en la espesura de los matorrales. Las manos grandes, y peludas tambien,

eran tan duras como el guantelete. Las espaldas, el cuello, las piernas, harian adivinar lo que seria Barrientos; aunque mil anécdotas que corrian en boca de todos los soldados, no probasen que era el prodigio de la pujanza humana. La tradicion refiere que este comandante se halló en la sangrienta batalla de Otumba, y él solo mató á 150 hombres; cosa no extraña cuando los conquistadores combatian forrados de acero y provistos de armas de fuego: mas lo notable fué, que Barrientos no echó mano de lanza, ni de arcabuz, ni de espada. Combatió á pescozones. Varios paisanos suyos probaron tambien el peso de sus manos. Diremos, por último, que es falso que este capitan no se sonriera nunca. Una vez lo hizo; fué un dia que á un criado suyo le acható el rostro de una bofetada. Tal era el nuevo capitan que tenemos el honor de presentar á nuestros lectores.

Negromonte se adelantó á recibirle. Barrientos y Mendieta, despues de algunas cortesías, ocuparon los asientos que D. Pedro les designó en el estrado.

—Espero que me traereis buenas noticias,—dijo Negromonte.

—Oh! señor mio,—repuso Barrientos, bajando el párpado que le quedaba;—siento deciros que no son tan selectas como lo esperábamos.

—Qué ha pasado?.....

—Qué?..... friolera!..... ímpetus me han dado de estrellar á esos miserables. ¿Creereis que se resisten á las deslumbrantes promesas que les hacemos? Su afecto por Rodrigo de Paz, no tiene límites. Ved aquí á Mendieta que ha tenido que huir, pues dos ó tres de esos villanos le han amenazado con acusarle de traicion y soborno.

—Pero en fin..... no contamos con nadie?.....

—Sí, tal..... con los mios.....

—Cuántos son ellos?

—Cincuenta..... pero yo respondo de su fidelidad á vuestra causa.

—Bien; esto no importa mas que un ligero cambio en las combinaciones. Vos, Mendieta, partireis hoy mismo al campo de Benavides, y le direis que hoy marcharán 150 hombres de Rodrigo de Paz, á reforzar la gente de Andrés Tapia; que aunque se halle casi desorganizado con su costoso triunfo, arrastre al enemigo al sitio que le parezca conveniente, y acepte el combate. Vos, Barrientos, marchareis con la gente de Arróyave; le dareis á este individuo algunos consejos que le extravíen; v. g., habilitareis de desertor de Benavides, al hombre mas sagaz de los vuestros, para que cuente lo que dejo al cargo de vuestra conocida prudencia, y dé lugar á provechosas aplicaciones. En todo caso, podeis poneros en acuerdo con Benavides, é inventareis un golpe que os dé por resultado una completa victoria.

Barrientos y Mendieta se inclinaron en señal de obediencia. El primero dijo:

—Descuidad; respondo tambien de la victoria.

—Y yo,—dijo D. Pedro,—respondo del gran premio que obtendreis, si cumplís esas órdenes.

Bah!—dijo Mendieta,—no dudeis que serán cumplidas, caballero, y el éxito es seguro. Menos temor me ponen dos mil lanzas combatiendo lealmente, que un solo traidor encapotado en nuestras filas.

—Cierto,—dijo Barrientos.—Ahora, D. Pedro, resta solo que nos habiliteis para la marcha.

—Pedid lo que necesiteis, caballeros.

—Por el pronto,—dijo Barrientos con la tranquilidad de un comerciante, creo bastarán veintiocho mil ducados.

—Yo, dijo Mendieta, lo dejo á vuestra consideracion.....

Negromonte fué á la mesa á escribir rápidamente algunas líneas; selló dos pliegos, y entregó uno á Barrientos y otro á Mendieta.

—Aquí teneis, caballeros,—les dijo.

Los dos capitanes dieron las gracias, saludaron á Negromonte, y salieron haciendo nuevas protestas de fidelidad, y asegurando el triunfo.

La puerta que les dió paso quedaba en un costado del aposento. Sonó de nuevo la campana, y otro personaje apareció por la puerta del fondo.

Era un simple soldado; tendria sesenta años, pero mostraba todavía el vigor y la soltura de los treinta. Era ante-calvo; la cabeza, la barba y las cejas, estaban completamente encanecidas; los ojos eran pardos, y la nariz tenia el perfil severo de los bustos de Gonzalo de Córdoba.

—Ah! te esperaba,—dijo D. Pedro:—disponte, porque hoy mismo parte el Capitan Barrientos.

—Qué debo hacer?—preguntó el soldado.

—No perderle de vista: si no da el golpe, le matas; si le da, ten prevenidos á tus hombres, y cuando vuelva (yo haré que vuelva con una corta compañía), le darás la sorpresa.

—¿Cuánto lleva?

—Veintiocho mil ducados.

—¿Mandais otra cosa?

—No; vete.

Don Pedro volvió á quedar solo. Pasados diez minutos la puerta del fondo volvió á abrirse y apareció un ugier

anunciando al muy famoso caballero D. Rodrigo de Paz. Negromonte salió á recibirle hasta los corredores, y volvió con él trayéndole del brazo. D. Rodrigo de Paz ocupó el centro de un divan, reclinándose con majestad en los almohadones, y D. Pedro se colocó enfrente, sentado en el sitial que acaba de abandonar Barrientos.

—Vengo, no mas, dijo Rodrigo, á ver si es posible que evitemos el próximo conflicto entre las fuerzas de Benavidez y las de Arróyave. Sabiendo aquel que Estrada, Zuazo y Albornoz, han cedido el puesto á Salazar y Chirinos, creo no habrá ningun inconveniente para sosegarle, y aun para hacer que venga á la ciudad, y sea con los mios el sosten de los nuevos gobernadores.

—Mirad,—replicó D. Pedro,—nada mas fácil que lo que intentais; y si teneis empeño, no vacilo en ponerlo en práctica. Pero ¿sabeis qué especie de canalla es la que sigue los pendones de Quintanar y Benavidez? Los prófugos de la guerra de Italia, manchados con inauditos crímenes, odiados por todos los colonos, y temibles á los pueblos inermes, que aun tiemblan al solo recuerdo de Mendoza. Gentes sin ley, sin fé, sin corazon, prontas á todas las traiciones, aparejadas al pillaje, capaces de incendiar el reino, si ven que pueden sacar un grano de oro de entre sus cenizas. Probemos á traerlos. Vereis si esa morralla no introduce la inquietud y el desórden en la ciudad, y la relajacion completa en nuestro ejército. Además, vereis si el gobierno que se apoya en tal falanje de bandidos, no arroja sobre sí la mala voluntad de las gentes honradas, y provoca una reaccion general en pró de los caidos gobernadores.

—¿Pero creeis, repuso D. Rodrigo, que mis gentes no basten á tenerlos á raya?.....

—No bastarán, porque muchas de vuestras gentes no son punto menos que las de Benavides. Serán entrañadas en la corriente del desórden; serán seducidas por sus antiguos compañeros de latrocinio y de guerra; verán en la asonada un fácil medio de recuperar las sumas enormes que, ganadas con tantos peligros, se les abisman en la vorágine del fuego. Y en fin..... si la parte fiel de vuestra gente se emplease en contener las revueltas, no tendriamos en la ciudad sino lo que yo quiero suceda antes en las montañas. Allí, al menos, se puede combatir sin perjuicio de los colonos.

—Bien: á mí, como os será fácil comprender, no me movia mas interes que el de esos guerreros á quienes mando. Quisiera que se ahorrase la sangre española.....

—Es mi deber, señor, y trabajo en cumplirlo; mas para no dejar que corra esa sangre, me he propuesto aniquilar á los hombres de Benavides.

—Yo tengo para mí que os costará la empresa grandes sumas de dinero, y todavía mayores sumas de soldados.

—Con todo, señor, pienso luchar hasta la muerte; prefiero agotar los caudales públicos, echar mano al quinto de su majestad, y sacrificar lo mas preciado de nuestras legiones, á dejar que un escaso puñado de miserables siegue el fruto que han dado á D. Hernando cuatro años de inaudito heroismo y de terribles penalidades.

Hé aquí la palabra mágica para Rodrigo de Paz: D. Hernando.—No necesitaba mas para persuadirle á obrar contra Benavides. Por otra parte, las fuerzas de este le inspiraban tanto menosprecio, como seguridad la disciplina y el valor de los tercios de Arróyave. Tenia razon; ignoraba que iba á combatir contra Negromonte. Así, llevado por

ese carácter que mostró siempre, abierto, franco, incapaz de sospechar como de cometer una perfidia, pues ni daba motivo á merecerla, ni era tan poco fuerte que necesitase usarla, dió entero crédito al fingido interes de Negromonte, y replicó en estos términos:

—Ea! no luchareis sin que se diga que Rodrigo de Paz ha hecho lo posible por salvar el honor y las conquistas de D. Hernando. Poco me interesa á mí Benavides; ahí teneis mis lanzas, podeis emplearlas en lo que mas útil juzgueis para la seguridad del Estado.

—Ah! si es así, descuidad .....

—Siento haber disuelto la mayor parte de las fuerzas de Estrada; pero vos lo quisísteis.....

—Eran peligrosas.... . mas no importa..... me basta con vuestros valientes. Ahora, os hablaré de un recurso que me preparo en caso de que la fortuna se nos muestre desfavorable.

—Sí?.....

—Es este: los mismos hombres que, segun sabeis, tenemos colocados en las filas de Benavides con el objeto de extraviarle, pueden, si llega la necesidad, hacer que ese hombre vuelva á ser nuestro amigo.

—Cómo?.....

—Con sus consejos.

—Pero eso requiere autoridad, y ante todo, confianza.

—Gozan de ambas cosas.....

—Tan pronto?

—Sí tal..... ¿qué mayor prueba de fidelidad podian dar á Benavides, que cerrar lanza en ristre contra nuestros defensores? qué mas que aconsejarles el mismo plan de la batalla, que debia darle un éxito tan brillante? qué mas

que ejecutar ellos por su mano á varios de los mas temibles de los nuestros? Yo les he dicho: obrad sin piedad contra nosotros, como si fuéseis nuestros verdaderos enemigos. El dia que yo caiga en vuestras manos, ahorcadme; no importa. Se trata de ganar la confianza del enemigo; despues veremos.

Paz se ruborizó visiblemente: como los caballeros de su siglo, era tan leal, que casi miraba con horror estas preciosidades de la táctica.

—Bien,—continuó D. Pedro;—una vez que tengamos quien nos aligere el otro platillo de la balanza, bastará que yo cargue en este el peso de mis propios recursos. Puedo hacer creer á Benavides que se le ha combatido sin mi permiso.....

—Bah!—exclamó D. Rodrigo en un acceso de incredulidad;—¿y lo creerá él?

—Por qué no?..... si castigamos al que le haya atacado?.....

—Y bien; ¿no conocerá que ese castigo no pasa de las apariencias?

—No.

—Por qué?.....

—Porque irá mas allá de las apariencias.

—Cómo!

—Lo haremos efectivo: este juego es de números; ahorcamos á un soldado fiel, y ganamos trescientos.

La buena fé de Rodrigo de Paz comenzaba á querer sublevársele. Aquello le pareció una grande infamia. Negromonte leyó en el semblante de Rodrigo de Paz la sorpresa que le causaban los secretos de Estado, y dijo para sí:

Está visto que este honrado caballero no pasa de ser

un mentecato. Bien puede suceder que empiece á dar cabida á la desconfianza.

—Oh!—dijo Paz,—no sabeis lo que me contraría todo lo que se parece á la traicion. Consiento que se juegue esta pieza tratándose del enemigo; mas.....

—Teneis justicia..... pero al deciros lo que oísteis, lo hice refiriéndome á los casos en que la salud del reino, el bienestar y la existencia de las familias y de los individuos, nos hacen aceptar el doloroso sacrificio de nuestros propios intereses y nuestros afectos. Y os juro que lo haré de ese modo, cuando agotadas nuestras fuerzas no exista ya otro medio para conjurar el peligro.

—Os he dicho,—replicó D. Rodrigo,—que no temais que os falten, existiendo yo, las fuerzas que necesiteis, para no echar mano de esos medios terribles. Comprendo que son á veces necesarios; mas espero que nos sacarán de apuro nuestras lanzas.

—Dios lo quiera.

—Él nos mira y nos protege.

—¿Quereis, señor, que decidamos el negocio enviando de una vez el mayor número posible de fuerzas?..... Evitemos las pequeñas escaramuzas, y no hagamos con una prudencia mal entendida, que esos rebeldes nos devoren por fragmentos.

—Pero la ciudad.....

—Respondo de ella..... nos queda mi guardia.....

Rodrigo de Paz, sea por reflexion ó por instinto, replicó:

—Bien está; queden tambien cincuenta arcabuceros de los mios, y carguemos lo demas al canallaje de Benavides.

—Queden los que tengais á bien, señor,—dijo Negromonte.—Y como temo que esta ausencia aliente y favo-

rezca un levantamiento de los enemigos interiores, yo desearia que aquí se pusiera á la cabeza de los nuestros el mismo Arróyave.....

—Oh, no! allá es de urgencia este valeroso y hábil caballero. ¿A quién otro podemos confiar el cargo de una empresa cuyos riesgos pregona el descalabro de Tapia? Barrientos tiene poco ingenio; pero su vigor es el brazo y la espada de Arróyave. Así, no dudeis que si le dejamos con nosotros, se tornaria en duda la esperanza de acabar con los enemigos.

—A quién destinais, pues, para custodio.....

—Qué diablo! quedáos vos..... será un cambio de nombre, no de ingenio.

—Señor..... teneis fama de cortés, y casi me humillais con vuestras bondades.

—Eh!..... quedáos.....

—Bien, señor; acepto, y cumpliré con gusto el cargo que me haceis el honor de confiarme. Ahora decidme; todos vuestros ginetes salen á la vez, ó pensais despacharlos por tercios?.....

—No, todos juntos; deseo hacer un alarde que aterrorice al enemigo, y quiero asegurar la victoria.

—Y para cuándo habeis dispuesto la marcha?

—Pienso que sea mañana.

—Mañana?.....

—Qué!..... os parece muy tarde?

—Oh! mucho!..... acordáos de que Tapia ha quedado casi deshecho; que no ignora que organizamos nuevos y terribles preparativos. Benavides avanza; hoy mismo se me ha dado esta noticia. El pequeño número de gente que nos resta, endeble y llena de temor, no bastará para impedir

un solo paso á esas legiones insolentadas con el triunfo.

—Da lo mismo..... Entonces yo me marcho á disponer en este instante la partida.

—Es esta noche?

—No es posible,—replicó Rodrigo de Paz tomando su sombrero y poniéndose en pié;—mas lo que falta de la noche lo emplearemos en aparejar, y todo estará listo á las cuatro de la madrugada.

Dicho esto, D. Rodrigo saludó á Negromonte.

El alto y poderoso caballero D. Rodrigo de Paz, no fué desde entonces sino el bueno del alguacil mayor, solo y completamente desarmado.

5

UN SECRETO.

Tres dias despues, un caballero completamente cubierto de polvo, llegaba á todo escape al palacio de los gobernadores, anunciándoles que Arróyave y Andrés Tapia habian sido hechos trizas por Benavides. El primero habia muerto; el segundo, gravemente herido, quedaba abandonado á su suerte en una cabaña del monte. Los demas eran, ó muertos tambien, ó moribundos, ó idos, nadie sabe á qué remotos confines: se hablaba de una terrible sorpresa nocturna, en que agresores y agredidos se confundieron de tal suerte, que Barrientos fué atacado por los de Arróyave, y él hizo en los de este una matanza tan tremenda, que no dejó á los otros mas trabajo que el de rematar los á vencidos.—*El enemigo se acerca.* La ciudad vuelve á alborotarse; mírase ya por el Suroeste crecer y avanzar un inmenso remolino de polvo que se levanta sobre las copas de los cedros, y sube y se pierde en las alturas como el alarido salvaje de las hordas guerreras.

Las casas vuelven á cerrarse. Todos ven con desconsuelo profundo que la ciudad, casi desguarnecida, no cuenta con mas defensores que los que componen la escasa guardia del palacio. Cincuenta arcabuceros de Rodrigo de Paz, ya formados para preparar la resistencia, saben ó se les hace saber con torcida intencion, cuál es el número y el vigor de los enemigos, y se niegan á combatir, y arrojan las armas, y corren á buscar el refugio de sus familias, contribuyendo á difundir la alarma y el pánico.

Rodrigo de Paz corre desalado en busca de Negromonte. Le halla conferenciando con Salazar y el Padre Roque, y le suplica en nombre de los ciudadanos todos, que corra y liberte á la ciudad, amenazada por la turba feroz que llegaba á sus puertas. Entonces un nuevo correo sale con pliegos para Benavides. Negromonte manda disponer su caballo, y sale tras el mensajero, acompañado por veinte hombres escogidos, mientras Paz, Salazar y Chirinos quedan para organizar algunos medios de defensa que puedan influir con su aparato en el arreglo de las negociaciones.

No necesitamos advertir que todo esto no pasaba de una simple apariencia. El pueblo lo hubiera adivinado al ver la calma insólita que mostraban los gobernadores.

El dia entero se pasó viendo venir correos al palacio y salir de aquí á la casa de Rodrigo de Paz, y luego marchar á todo escape al teatro de la guerra.

Dejemos por un momento á los colonos esperar llenos de ansiedad el resultado de la conferencia, y sigamos á un hombre que marcha en direccion de las Atarazanas, deteniendo á todos los transeuntes para dirigirles no sé qué pregunta; el caso era que todos replicaban con un movimiento negati-

vo, y seguian su camino, sin dejar de volverse varias veces al preguntante para dirigirle una mirada de extrañeza.

El hombre aquel llegaba, en fin, á un caseron situado cerca de los arsenales, cuando una voz robusta que venia de la azotea, le detuvo con esta palabra:

—Eh! buen hombre!..... por aquí nadie pasa; buscad otro camino.

El otro levantó la vista y vió que el edificio estaba coronado de arcabuceros. Uno de estos asomaba entre dos almenas el grueso cañon de su arcabuz, por cuya negra boca parecian haber salido las palabras que se escucharon.

—Qué decís?—preguntó el otro fijando una mirada temerosa en el punto donde brillaban las armas.

—Buscad otro camino!—gritó el centinela.

—No hay otro, camarada.

—Pues volvéos por donde habeis venido.

—Bien..... me volveré, si os dignais antes avisar á una persona, que vine á buscarle.....

—Qué persona?

—Garduña.....

—Necesitais respuesta?

—Sí.

—Pues esperad á que me maten.

—Qué! para qué?.....

—Necesito llevar vuestro recado hasta el purgatorio.

—Cómo! por vida mia! le han muerto?.....

—Ea! compadre!..... retiráos ya, ó tendremos que consideraros como sospechoso.

—Pues qué pasa?.....

—Marcháos, ó hago fuego!

No hubo réplica. El desconocido se agazapó debajo de

una ala de su capa, y torció por la primera esquina que le deparaban aquellos sitios. Siguió á lo largo de la orilla de un canal que se prolongaba por la calle; pero á poco andar, la vereda comenzó á estrecharse hasta no ser mas que una faja de yerbas; más adelante las aguas lamian el muro de los edificios. Tuvo que volverse. Ya estaba próximo á llegar á uno de los ángulos de la encrucijada, cuando la voz de un nuevo centinela, que salió de un bosquecillo de cañaverales, gritóle con fuerza en los oidos:

—Eh! que no se pasa, ó sois muerto!

La angustia del desconocido no tuvo límites. Quiso retroceder, pero acordóse del invencible obstáculo que le oponian las profundas aguas del canal. Delante de sí tenia los ojos feroces y la afilada partesana del centinela. Entonces vió que el único recurso para no permanecer en aquella situacion, que duraria quién sabe cuánto tiempo, era llamar en una puerta, pedir por caridad un refugio y ver si hallaba una salida por los corrales de la casa. Al primer toquido se abrió la puerta, y una jóven ligeramente pálida y bastante hermosa interrogó al desconocido con la mirada.

—Señora,—dijo el hombre descubriéndose y dejando ver en su semblante la consternacion y el respeto;—dignáos franquearme el último rincon de vuestro hogar, mientras pasan estas cosas que no comprendo. Por todas partes me encuentro un atalaya que me impide el paso..... Mirad, ahí está uno, mas allá está otro..... por aquí no hay paso..... la noche llega, se me puede creer sospechoso, y yo no encuentro adónde ocultarme..... tened á bien.....

—Entrad, entrad,—repuso vivamente la jóven, como si tuviese precision de cerrar la puerta.

El hombre obedeció. Hallóse desde luego en un angosto pasadizo, en cuya extremidad se abria la entrada de una especie de huerto. Una tibia luz iluminaba el ramaje; percibíase un aroma de flores. Un pájaro desconocido gorgeaba oculto en la verdura.

—Gracias, señora,—dijo el huésped con un suspiro.

Ahora que estos personajes quedan á cubierto de las miradas indiscretas, podemos darlos á conocer á nuestros benévolos lectores.

La jóven es Juana, la hija de Zapata. Ella, y despues su padre, habian vuelto á la casa de Mencía, aquella noche de las estocadas en la huerta. Poco despues, cuando comenzaron las pesquisas para descubrir el rastro de los criminales, Zapata fué aprehendido y llevado al arsenal, dejando á su familia presa de las mas horrendas inquietudes. Estrada habia caido; ya Zapata no seria perseguido por el asunto de Mendoza, mas quedaba Rodrigo de Paz, el poderoso protector de Isabel, que aun echaria mano del tormento para investigar el paradero de su ahijada. Juana vivia oculta; Mencía, que habia ocurrido á Salazar, invocando su gratitud con el recuerdo de antiguos é importantes servicios, volvió un dia trayendo no se sabe qué lisonjeras esperanzas; el preso recibió noticias consoladoras, y desde entonces, Juana, ya mas tranquila respecto de la suerte de su padre, no pensaba sino en Tetzahuitl y en la Dorantes. Ya su amor no era sino ese desconsuelo con que se recuerda un sueño de dicha.

El hombre que hablaba con Juana era el hidalgo á quien conocimos una noche arrebatado por los indios: era Jorge Villadiego y Valencia.

Frisaba en los cuarenta y cinco; era de corta estatura

y demasiado gordo. Su nariz voluminosa, encorvada sobre un bigote gris, casi tocaba dos dientes que, siempre descubiertos, daban á toda su fisonomía un no sé qué de fisgon y eternamente malicioso. Los ojos, reducidos á dos curvas donde se movian dos brillantes puntos de color azul, parecian siempre plegados para distinguir lo diminuto y lo ridículo. Si la frente, en vez de ser estrecha, carnosa y llena de hondos pliegues, se hubiese dilatado con la limpia curva de la de Quevedo, hubiera causado mortificacion, hubiera sido un verdadero suplicio dejarse ver por aquel satírico semblante.

Sin embargo, el bueno de Jorge Villadiego y Valencia nada tenia de escéptico ni de burlon. Era un buen cristiano de aquellos tiempos, era una alma circunspecta y sensible, traicionada por aquel rostro cuya expresion era invariable, tanto en la alegría como en los mas negros pesares. Habia cierta ambigüedad en aquellas arrugas que bien pudieran prestarse á la sonrisa, ó servir de realce á la afliccion, y de surco á las lágrimas.

El llanto de Jorge Villadiego debia ser conmovedor; nada mas amargo y doliente que un rostro donde rien los labios mientras los ojos lloran.

Por último, Jorge Villadiego se confortaba diariamente con dos kilógramos de pulque.

Juana, llena de confianza en la fisonomía y en las palabras de su compatriota, le condujo á su misma habitacion, señalándole un banco de pino para que descansase. Despues quiso informarse de lo que pasaba en la ciudad, y comenzó á interrogar, con tono afable, al buen hidalgo.

—Señora, replicó este, sentándose en la orilla del asiento, podeis jurar que no sé nada.

—¿Llegais de fuera.....?

—No señora, llego de adentro..... Dios nuestro Señor acaba de sacarme de un lugar de donde creia no salir nunca.

—¿Venís de las Atarazanas?

—¡Quiá! Señora.... si supiérais..... si yo os contara....

Juana, picada de la curiosidad, replicó:

—Veamos..... si es cosa que vuestra discrecion no tenga empeño en manteneros secreta.... .. gustaria del placer de oiros.

—Figuráos que salgo de..... de..... si quereis que os hable con ingenuidad..... de no se dónde.....

—Vaya! no os acordais por dónde entrásteis?

Villadiego, despues de meditar largo rato, respondió:

—Por vida mia! bien visto, entré por mi capote.....

—Sí?

—Claro..... habeis de saber, hermosa niña, que una noche, por castigo de mis grandes culpas, fuíme acompañado y sonsacado por mis camaradas, á la temeraria empresa de robarnos á un hombre. Se me ofrecieron cien maravedís..... y se me dijo que la persona que debiamos aprehender no era sino un soberbio pollo escapado á las garras de la justicia. Ambas cosas me decidieron por la empresa, puesto que aunque soy hidalgo, soy pobre; y aunque soy pecador, soy enemigo de los malos. Yo iba á prestar un servicio á la sociedad y al gobierno, y saz! sin decir agua va, ni sálvese quien pueda, se me viene encima un garrotazo como no le ha recibido jamas una cabeza humana. Yo no supe si el sombrero se me sumió á mí, ó si fuí yo el que me sumí en el sombrero. Fué grande mi dolor, y quedé solo como suspendido en las tinieblas.

A poco, la punta de un puñal se me acerca para preguntarme por mi nombre, oficio, señas especiales, lugar de

nacimiento, calidad y pujanza; yo respondo como caballero; se me quiere aprehender; yo meto mano á mi tizona; pero quiá! ni el diablo! viénese contra mí toda la indiada, y hé aquí que soy envuelto, y se me carga, y se me trasporta al otro mundo.

Juana escuchaba á Villadiego con toda la formalidad del que no cree lo que le cuentan. Cierto aroma sospechoso que exhalaba el hidalgo, y ese desórden que casi remedaba el que se pide á las odas, contribuyeron á debilitar la atencion y la buena fe de la jóven.

—Cielo santo!..... Y cómo habeis salido?—exclamó.

—Igualmente, niña.

—Entrando?.....

—Sí..... volví á entrar en los pliegues de mi ferreruelo: cuando pensaba sofocarme, descubrí mi cabeza y me encontré en el campo.

—Y despues?

—Despues tomé el camino de esta villa; se me dice que Garduña no existe, y que mi señor Chirinos está bueno: voy andando, y se me grita *atrás!* por atrás y por todos lados; y aquí me teneis acogido en vuestro seno maternal, como el cansado pajarillo á quien el cazador.....

—Nombrábais á Chirinos?

—Sí, á fe; pues él tuvo la culpa.

—Él?.....

—Friolera! quién si no su señoría fué el que mandó á Garduña que me llevase á ser comido á palos.

—Y adónde os llevaron?

—Dios lo sabe; á mí me manotearon junto á la casa de Cortés, y eso es todo.....

—Y decís que son indios los que os acometieron?

—Eh!..... que sí, niña..... indios como el mismo diablo Visilopuste.

Juanita empezó á tomar un verdadero interes en el relato de Villadiego. Ella sabia por Zapata y otros algo de lo que pasó en aquella memorable noche. Acaso Villadiego, arrebatado por los indios, sabria ciertas preciosidades que era importante conocer. Villadiego era un ángel que el cielo le enviaba para consolarla.

—Pero vamos, caballero,—dijo con un tono lleno de afabilidad;—no me contais nada de ese lugar donde estuvísteis..... cómo es?..... adónde está?..... qué personas os hablaron?.....

—Ay! hermosa niña!..... desgraciadamente no me es dado satisfacer vuestra natural curiosidad. Adónde estuve? no lo sé. Cómo es aquello? no lo he visto. Quién me hablaba? un indio que se expresaba en español como el mismo Hernando del Pulgar.

—A ver.....—dijo Juanita aproximando un taburete al banco de Jorge Villadiego;—y qué os decia el indio?

—Bah! cosas de orate; me hablaba no sé yo qué de una Isabel, á quién conozco menos que á mi abuela.

—Yo no me robo á ninguna dama, le dije: si es fortuna ó desdicha, Cristo lo sabe; pero nunca he necesitado de la violencia para que una mujer..... Ea! mucho hablamos: y él dedujo por último..... que yo era un jumento..... Tal dictado me valió verme libre, y doy gracias al cielo por haberme formado á imágen y semejanza de ese animalillo. Qué se me da á mí pasar por tal entre esos indios todavía mas jumentos? Canario! yo aquí debajo de la albarda siento un espíritu que piensa, y ama, y rie, y llora, y se divierte, y cree en Dios y le adora.

—Bien dicho..... pero esa jóven..... Isabel..... Oh! no sabeis?..... me intereso por ella.....

—Es vuestra amiga?.....

—Es..... mi hermana.....

—Cáspita! pues siento no saber nada respecto de esa jóven, porque desearia serviros con el alma.

—Pero nada, nada absolutamente?..... no habeis oido por ventura una sola palabra que pudiera alumbrarnos?

—Una palabra..... murmuró Villadiego escarmenando con la mano los mechones que le cubrian la frente.

Juanita no respiraba.

—Una palabra..... repitió el otro,—esperad..... creo..... eso es..... conoceis al Grillo?

—No.....

—No importa, es un antiguo camarada, un buen cristiano á quien debo verdaderamente la fortuna de volverme á hallar con los mios.....

—Y bien?.....

—Este hombre..... sí, me habló en cierta ocasion de vuestra hermana; pero dispensad, como entonces nada me interesaba vuestra hermana.....

—Sí..... sí..... continuad.

—No sé qué se habló de rapto, de estocadas, de muertes; pero lo principal es esto: la jóven creo que se ha sa l vado.

—Con quién?.....

—Con el indio.

La hija de Zapata se cubrió con tan marcada palidez, que Villadiego no pudo menos de preguntarle:

—Qué teneis niña?..... habré cometido una imprudencia?

—Y decidme,—replicó Juana desatendiendo esta pre-

gunta,—y ese hombre, Tetzahuitl, ha llevado á Isabel adonde á vos os llevaron los indios?

—Ah! yo siento decíroslo..... pero.....

—¡Pero qué!.....

—Recuerdo ahora cierto nombre que pronunciara el Grillo, y ahora conozco, ¡pesia tal! que ese caribe debia ser el instrumento de personas mas elevadas..... ¡Por vida mia, niña! Duéleme ver vuestra afliccion, y me contrista ser un miserable..... pero aquí me teneis..... creo saber adónde pára vuestra hermana, y.....

—Adónde? adónde?

—No pasa de una simple sospecha.....

—Sí!..... adónde? ¿Qué nombre es ese que pronunciara el Grillo?.....

—Bah! quién no le conoce?

—Mendoza?..... Chirinos?

—Quiá! Rodrigo de Paz, el alguacil mayor.....

—Basta, gritó Juanita, cuyas mejillas recobraron de un golpe todo el carmin de la alegría. Os doy mil gracias, caballero. No sabeis qué inmenso es el favor que acabais de prestarme.

—Eh! que os le regalo, niña,—replicó Villadiego recogiendo como en su corazon la hermosa mirada que le enviaba Juanita, rebosante de gratitud y consuelo.—Ahora, añadió dando un golpe sobre la empuñadura de su espada, teneis aquí un esclavo de vuestros mandatos. Dadme vuestras órdenes, señora, y..... Qué pasa?.....

Se oyó á lo lejos el estampido del cañon, y se estremeció el aposento.

Villadiego se hizo tres dobleces y arrojó una mirada codiciosa debajo de las camas.

—Dios mio! exclamó Juanita, juntando las manos; seguramente es Benavides.....

—Qué hacemos? repitió Villadiego, imitando el ademán de la jóven.... teneis armas?....

Un segundo trueno volvió á conmover la habitacion. Juana cayó de rodillas. Villadiego se apresuró á cerrar la puerta, poniendo sus desvencijadas hojas como un escudo contra la furia de la tempestad.

—Qué haceis? le gritó Juana.

—Cerremos, niña, dijo el otro; puede tocaros un trozo de metralla, y.....

Nueva interrupcion; los truenos continuaban. Sendos aldabonazos parecen querer despedazar la puerta de la calle.

—Tocan! exclamó la jóven..... dignáos ver quién es, por vida vuestra; debe ser mi madre.

—Os juro por la mia, replicó el hidalgo, que no saldré de aquí si me descuartizan..... ¡Por Santiago de Compostela! salir y dejar abandonada en tal aprieto á una dama, no en mis dias.

—Os lo suplico.....

—No me vencerán vuestras lágrimas; aquí moriremos ambos, como caballeros.

—Maldito seais vos y todos vuestros caballeros, exclamó Juana dirigiéndose á la puerta; dejadme salir; yo no temo las balas.

—Eh! adónde vais?..... Todavía no es tiempo!..... .

—Apartáos!.....

Juanita hizo á un lado á Villadiego, y salió á todo escape. Abrió el zaguan; era Mencía.

—Qué hay, madre?..... qué pasa? preguntó Juana: es Benavides?.....

—El mismo, hija mia, el mismo, replicó Mencía..... Por qué estás trémula?

—Cómo quereis.....

—Voto va! alégrate, paloma mia, es Benavides; pero entra de paz con los gobernadores. No escuchas el saludo de la fortaleza? Ya concluyó todo..... ven, asómate!..... verás pasar un mar de picas, cascos y banderas, y oirás las trompetas y los atabales, y las aclamaciones.

Mencía arrastró á su hija hasta la encrucijada. Allí se apiñaban centenares de gentes viendo pasar á los ginetes de Benavides y Barrientos. Era atronador el eco de los gritos, de la música, de las salvas. Oíase por intervalos el crugido de las armas y el rumor inmenso de las pisadas de mil cascos resonantes. Ondeaban las banderas como estremecidas de placer, cobijando los acentos victoriosos que les enviaban los clarines; el polvo y el humo envolvian á los caballeros como en la bruma de un campo de batalla. Barrientos no venia en las columnas; Benavides, que descollaba por lo feo, se habia vestido con inaudita pompa. Iba delante del primer tercio, con la espada al hombro, haciendo relumbrar los diamantes, zafiros y topacios de la empuñadura. Su corcel, negro y majestuoso potro de Andalucía, levantaba la nariz henchida con aliento de fuego, enderezaba sus orejas, y torciendo una mirada feroz sobre los muslos que aprisionaban sus costados, sacudia las crines, heria el aire con sus herradurás de oro, y sostenido por la brida, se arrastraba sobre la seda y los bordados de la gualdrapa.

Como sucede en estos casos, el voto unánime de los curiosos decidió que valia mas el caballo que su caballero. Barrientos pasó cantoneándose, y tras él seguia un enjam-

bre de capitanes y tenientes formando una deslumbrante cabalgada. Seguia despues lo que Negromonte llamaba el canallaje de Benavides.

Por los balcones se desbordaban las cabezas; multitud de mujeres de mala fama que abundaban en la colonia, y algunas pobres jóvenes medio pazguatas se embobaban en la contemplacion de aquellos hombres relumbrosos, como Jacob cuando soñando veia descender ángeles del cielo.

La fiesta duró mas de dos horas. Cuando Juanita volvió á buscar á Jorge Villadiego halló la habitacion desierta.

En la noche, Mencía, á quien Juanita habia descubierto el paradero de Isabel, se dirigió al palacio y dió á Chirinos el secreto en cambio de la apetecida libertad de Zapata.

6

Que dirá cosas medianamente divertidas y atroces.

El gobierno quedaba, al parecer, definitivamente establecido. Estrada y Albornoz quedaban presos. Arróyave muerto. Andrés Tapia fugitivo. Paz, el mas temible, no tenia sino cincuenta arcabuceros al mando de un hombre de quien desconfiaba: Francisco de Medina.

Negromonte acechaba continuamente la oportunidad para dar el golpe á Salazar y á Chirinos; pero esto requeria tiempo, actividad y cautela. Ya Villareal y Vazquez de Tapia, provistos de sus nombramientos, habian marchado para España con el fin de negociar los poderes de Negromonte. Este dejaba en la corte varios poderosos amigos, que con el móbil de fabulosas promesas, debian ayudar á los comisionados y unirse por lo pronto con todos los enemigos de Cortés para disponer contra el conquistador el ánimo del César, y crear de este modo la oportunidad para que se entregase á nuevos hombres el gobierno de la Nue-

va España. Villareal y Vazquez de Tapia se llevaron inmensas cantidades, pues tenian órden no solo para sobornar á los consejeros, sino á mujeres insaciables que debian poner en juego todo el poder de su hermosura para ganar por el amor los corazones que resistieran á la codicia. Esto agotó los depósitos del fisco. Por otra parte, Barrientos, Benavides, Quintanar y otros que conocian bien la gran necesidad que se tenia de sus espadas, pedian con insolente autoridad el precio de sus servicios vergonzosos, y era fuerza pagarles mientras se encontraba un medio para deshacerse de ellos ó crear la division para atemorizar al uno con el otro.

Entretanto los impuestos llovian. Los indios para dar el oro pasaban como las piedras de mina, gimiendo triturados bajo la rastra. Era de temerse un levantamiento.

Pronto llegó el dia en que no bastaba y aun era peligroso el impuesto.

Era necesario despojar á cualquier colono poderoso. No habia medio. Negromonte aconsejó que una vez que era fuerza echar mano de la injusticia, se cometiese con el colono mas odiado por el pueblo.

—No será el colono,—replicó Fray Roque,—sino el dinero mas odiado.

—Cuál?

—El de Cortés. Paz le tiene.

—Adónde?

—No lo sé; pero hay modo de saberlo. Entretanto, seria necesario apoderarse de la parte visible.

—Pero olvidais,—dijo Salazar,—que si á Rodrigo no le quedan ya lanzas, cuenta con el amor de todos los habitantes de la villa?

Negromonte reconoció que Salazar decia lo muy cierto; pero eran grandes sus apuros, y era necesario despojar á Paz á toda costa.

—Queda un recurso,—dijo encogiendo las espaldas y sonriendo como el que va á decir un chiste.

—Cuál?—preguntaron todos.

—Divulgar la noticia de que Cortés ha muerto. De este modo podiamos inventariar sus bienes.

—*Optima!*—exclamó Fray Roque frotándose las manos; —yo me encargo de los funerales. Esperad..... yo conozco la madriguera de dos ó tres bellacos á quienes confieso..... Por San Jorge! Parecen hechos ex profeso para nuestro asunto!..... Son rezagados; mas bien prófugos de la expedicion á las Hibueras. Haremos que lleguen á la ciudad cubiertos con el terror y el polvo de la derrota.

Dos dias despues de la anterior conversacion, la ciudad estaba consternada. Se habia sabido que Cortés y todos sus soldados habian sido víctimas de los caribes.

«Don Hernando ha muerto!» decian con voz trémula los amigos del conquistador. «Ha muerto nuestro padre!» repetian las vírgenes aztecas y los niños huérfanos que Cortés aposentaba en su palacio. «D. Hernando no existe!» clamaban los aventureros todos soltando el arma para llorar al generoso, al bueno, al temerario compañero de sus proezas. «Ya es difunto!» cantaba con fúnebres tañidos la llorosa campana del monasterio.

Entretanto, las madres, las esposas, los hijos, los hermanos, los amigos de todos los que habian marchado con Cortés, formaban, llorando, inmensos grupos en torno de tres hombres que se decian escapados, como por milagro, de la horrenda matanza.

Aquellos hombres, en efecto, eran reconocidos por todo el mundo como soldados de la expedicion.

Venian despergeñados y cubiertos de andrajos. Enseñaban sus piernas maltratadas y contaban no se sabe qué horrorosas penalidades pasadas en caminos fragosos y en solitarios llanos, para escapar á la persecucion de los caribes.

Los espectadores, oyendo tan portentosas aventuras, callaban un instante, como el niño que interrumpe el llanto cuando encuentra un objeto de pasajera distraccion; pero á poco volvia el dolor con nueva furia, y se renovaban los lamentos y los gritos desesperados, hasta que de nuevo la voz de uno de los actores se levantaba para referir los trágicos pormenores de la muerte, y el bullicio quedaba entonces reducido á un ahogado coro de sollozos.

Todos los ojos tenian un velo de lágrimas; todas las bocas estaban entreabiertas. Dos de los aventureros estaban sentados en el suelo con la frente en la mano, y otro de ellos en pié, cubierta la cabeza con un casco lleno de abolladuras, y las barbas como encanecidas por el polvo, alzaba la mirada al cielo, y hablaba extendiendo sus brazos con el ademán de los profetas, dominando con su plañidero acento á la multitud conmovida.

—Calle!—dijo una mujer que con otros muchos de los simples curiosos acababa de descubrir al orador por sobre todas las cabezas.—Estaré soñando?..... mira, Glorianda, —añadió tomando por el brazo á otra jóven,—¿no es Pedro el que está ahí predicando?

—Toma! pues no le conoceis, Juana?—replicó la jóven; —el mismísimo como su madre le parió; Pero Valiente.

—Diantre de chistoso!..... pues buen susto les ha dado

á estas infelices personas..... Bah!..... qué hombre..... á ver, adónde está mi comadre..... qué ocurrencias tiene este Pedro!.....

La llamada Juana asió á Glorianda por un pliegue del vestido, y la llevó hasta donde estaban tres mujeres que lloraban con agudos gritos la pérdida de sus esposos.

—Eh!—les dijo riendo;—se acabó..... no hagais caso de nada; todo es mentira!.....

Entonces una de las viudas cesó repentinamente de gemir, descubrió su rostro, donde quedaban señaladas las arrugas de la basquiña, y con la boca abierta, las narices apretadas y los ojos medio deslumbrados, preguntó con una voz interrumpida por los sorbos:

—Cómo! decís que todo esto es mentira?

—Vaya! y mucho que sí, que es falso todo. Venid, venid..... todo es una broma de Pedro.

La viuda fué llevada á tirones hasta un sitio desde donde pudo contemplar al portador de las noticias. Le conoció, sin duda, porque dió un grito de sorpresa.

—Qué os decia yo?—dijo Juana más y más alegre;—Ah!..... esperadme aquí..... vuelvo muy pronto, voy á consolar á mis pobres vecinas.

Juana se perdió entre la multitud. La viuda se volvió adonde habia dejado á sus dos compañeras.

—Qué hay?—le preguntaron estas.

La viuda tronó al aire un beso de rabia, y exclamó:

—Todo es mentira!

—Mentira?—exclamaron las otras dos.

—Mentira!—repitió la primera con mas fuerza.

—Bah!—dijo la mas jóven golpeando el suelo con el pié; ya me lo figuraba.... si esta clase de cosas nunca salen cier-

tas. En qué parte se ha visto que perezca todo un ejército?

—Vaya!.....—exclamó otra de las viudas arrebujándose en su manto;—pues yo me alegro..... Dios los conserve muchos años.

El diálogo frio y desconsolador se prolongaba todavía despues de media hora, cuando las tres mujeres fueron bruscamente atropelladas por una oleada del gentío.

—¡Jesus nos valga!—exclamaron haciendo esfuerzos para no rodar por la tierra;—qué es esto?.....

Era un turbion feroz que adelantaba dando aullidos de cólera. Eran casi todos los hijos y parientes, y amigos heridos por las engañosas nuevas de los aventureros. La noticia de que habian sido burlados, oida por dos ó tres mujeres, corrió como en regueros de pólvora y se extendió por todas partes. La reaccion fué terrible. A los gritos de *abajo el charlatan! muera el pícaro! caigan los truhanes!* la multitud se aproximaba, haciendo remolinos en torno de los tres noticiosos, que aun seguian perorando.

—Alto!—gritó una vieja que parecia dirigir el ejército de los ofendidos.

La corriente onduló algunos instantes, y se contuvo.

La vieja adelantó hasta colocarse á algunos pasos de Pero Valiente, y le dijo levantando la voz tan alto como le fué posible:

—Conque todos han muerto!..... á ver, buen hombre, pobre guerrero deshilachado, lastimoso fugitivo de la matanza; contadnos cómo estuvo el caso, repetid lo que habeis dicho, para romper en nuevo lloro sobre la memoria de los difuntos!

—Ay!—exclamó Pero Valiente, y se sumió el casco hasta la mitad de las narices.

Aquello tenia un significado. La vieja era dueña de una taberna, donde el orador habia ido hacia pocas noches á menudear algunos tragos, y sabia que el buen Pero Valiente se habia quedado en la ciudad, como otros muchos que temieron los peligros de la expedicion. La anciana tenia un hijo en las Hibueras, y fué horrible su pesar cuando le dieron la funesta noticia.

—Qué teneis?—preguntó á su parroquiano;—llorais, buen hombre?

—Sí.....—murmuró el otro.

—Redomado hablador!—exclamó de repente la tabernera;—ya os conozco!..... Sois Pero Valiente, prófugo de las filas de Cortés, petardista de fama, ocioso, decidor y trompeta!.....

El pobre hombre se sintió desfallecer, y quedó inmóbil y silencioso por algunos momentos; pero no se dió por vencido, y replicó señalando á sus dos compañeros:

—Bah!..... si creeis que yo miento, aquí teneis á dos arcabuceros de Gil Melodrete..... que hablen ellos.... yo no engaño á nadie.....

—Más Melodrete serás tú y el hi de perro que te enseñó tales mentiras,—exclamó la tabernera;—vas á verlo!...

Entonces metió sus manos descarnadas al cuello de Pero Valiente; pero este le descargó tal empujon, que la infeliz anciana voló como un harapo sobre el océano de cabezas.

—A él! gritaron todos.

Al mismo tiempo sintió Pedro en medio de sus labios un soberbio moquete; otros mil llovieron sobre su cabeza; mil dedos coléricos se engancharon en su vestido, y le atrajeron, y desapareció como tragado por la turba.

Por otro lado acontecia lo mismo con los dos arcabuceros.

Hirvió el gentío; los gritos se multiplicaron; como sucede en estos casos, perdióse la conciencia de lo que acontecia, y vino la confusion y el pánico, y los golpes desatentados. Por todas partes se buscaba una salida, y el paso se estrechaba y habia que abrirle por la fuerza; y entonces, por todas partes comenzaron á tronar puñetes, pedradas, palos y mandobles. El mitote subia de punto, cuando se abren las puertas del Palacio; resuenan las trompetas, y aparece Benavides á la cabeza de setenta ginetes, lanza en mano, y revolviéndose con la feroz impaciencia de la batalla. El tumulto se aquieta como por encanto; solo en un ángulo del atrio arruinado del templo se observaba todavía cierta convulsion y se escuchaban algunos gritos. Benavides seguido por seis ó siete caballeros, llega hasta aquel sitio derribando á diestra y siniestra gentes que ruedan por las patas de los caballos tragando polvo y vomitando imprecaciones.

—Ea!..... villanos!..... despejad!—grita el capitan sacudiendo sobre las cabezas con el cabo de la lanza.

Todos se apartan; la multitud retrocede formando un vasto semicírculo, y dejando enfrente, aislado y ante la vista del capitan, un grupo verdaderamente extraño.

Eran dos mujeres, una de ellas anciana, y ambas con los vestidos desgarrados, la cabellera desgreñada, los labios fruncidos con el gesto de hienas, y los ojos salientes moviéndose con miradas de exterminio.

Las dos mujeres, medio inclinadas sobre el suelo, descargaban sus puños y se levantaban como sacudidas por los reparos de una mula.

Estaban montadas en algo que se removia, cubierto bajo el hilachero de las faldas.

A una señal de Benavides adelantáronse dos hombres del pueblo, y á fuerzas de golpes y estrujones lograron apear y separar á las dos mujeres.

Entonces pudo descubrirse á la infeliz víctima de aquella refriega.

Era Pero Valiente. Desdichado! estaba inconocible; nadie, aun sin el velo de la sangre, hubiera acertado á distinguir sus facciones en el grupo de los bodoques amoratados que los golpes habian sembrado sobre su rostro. Las barbas, entresacadas á jalones, formaban espantosas marañas, prendidas unas de otras y temblando como el heno que cuelga de las ramas de un cedro.

A veces la cólera del bello sexo es terrible.

Sobre aquella boca ensangrentada, sobre aquella nariz achatada, y sobre aquellos párpados cargados con el peso de anchas equimosis, habia galopado mas de una hora la vergonzosa desnudez de las dos mujeres.

Pero Valiente se puso en pié sonriendo de una manera estúpida.

—Esas dos harpías, á la fortaleza;—dijo Benavides señalando á las aporreantes. Entonces una de ellas, que era la tabernera, se encaró con el capitan, y haciendo por cubrirse los hombros con la camisa que colgaba hecha tiras por la cintura, le dijo:

—Yo no voy..... aunque me hagan trizas.....

—Ni yo!—dijo la otra procurando abrirse paso entre la multitud.

—Cómo es eso?..... perras brujas del diablo!—replicó Benavides; y aventando el caballo sobre la tabernera, la afianzó por un brazo y la lanzó por sobre el grupo de sus ginetes. Dejóse oir un inmenso murmullo.

La otra mujer, sobrecogida con aquel acto de brutalidad, cayó de rodillas.

Un nuevo caballero atravesó al galope toda la anchura de la plaza, llegó hasta donde estaba Benavides, y le dijo al oido algunas palabras.

—Sí?—dijo el capitan;—y esa es la causa del tumulto?

—Sí, señor..... pero en este momento se disponen á salir los heraldos para publicar la noticia. Prepáranse ya los funerales de D. Hernando, y los mismos gobernadores se vestirán el luto, para no dejar el menor márgen á la duda. Salazar y Chirinos quieren que se busque á los promotores del escándalo, y que aquí, á la faz del pueblo, se les castigue por sus embustes.

—Ciertamente; pero ¿quién se encarga de hallarlos? Yo lo mas que puedo hacer es cargar sobre esta gente y hacerla picadillo á lanzadas. .....

—Oh! no os apureis por eso. Allí tengo entre filas media docena de villanos..... no precisamente los culpables.

—Hola!.... .

—Pero sus mercedes los gobernadores quieren que se haga un ejemplar; me ordenaron aprehendiese á los primeros que se me vinieran á las manos.

—Y hoy mismo debo ejecutarlos?

—Sí. .

—Ea! pues despachadme á esos pobres diablos, y decid á los gobernadores que quedarán servidos.

El caballero se inclinó, picó los hijares de su corcel y partió, desapareciendo entre el gentío.

Pasado algun tiempo, cinco hombres y una mujer comparecian ante Benavides, bien asegurados con lazos, y custodiados por veinte alabarderos. Los hombres iban pálidos:

la justicia protestaba desde el fondo de aquellas miradas inocentes, inundadas de asombro. La mujer iba mortal: gemia levantando al cielo sus ojos llenos de angustia, y sus torneadas manos ya denegridas entre los nudos del mecate.

El pueblo se agitaba presintiendo ya una catástrofe. Oyose el toque de la trompa, y un poco despues un heraldo anunció al público la tremenda justicia que se iba á ejecutar en las personas siguientes:

Lain Rodriguez, Francisco Matamoros, Francisco Güicochea, Juan Torrilla, Jorge Villadiego y Valencia, y Clara de Grijalva. Todos *por haber desmentido la noticia de la muerte de Cortés*, causando de este modo los desafueros cometidos con los portadores del anuncio.

—Mienten!—gritó Villadiego;—yo no he desmentido á nadie, ni sé lo que pasa, ni cometí desafuero con ningun hijo de cristianos. Vine á ver la zambra, y me cogieron, y esta es la historia.

—Señor,—dijo Güicochea; vos me conoceis á mí y á estos hidalgos que me acompañan; todos hemos sido siempre fieles á vuestra señoría; juramos que todos somos inocentes..... imploramos vuestra generosidad.....

Benavides creyó reconocer al que de tal modo se expresaba; paseó luego su mirada sobre los otros, y no pudo contener un movimiento de sorpresa al descubrir que todos ellos, menos uno, eran antiguos y fieles servidores de su persona.

—Basta!—exclamó dirigiéndose á los alabarderos;—poned en libertad á esos cuatro.

Los soldados obedecieron. Los cuatro hidalgos se desbandaron dando gritos de júbilo, y solo quedaron Jorge Vi-

lladiego y Clara de Grijalva, mirándose con la atónita fijeza del espanto.

—Estos, al *poste*,—dijo Benavides.

—Señor!.....—gritó la mujer, viendo que la arrastraban hácia la columnilla donde se azotaba á los indios;—señor!..... tened piedad de mí!..... señores, compasion, por Dios!..... no para mí, sino para el hijo que llevo en mis entrañas!.....

En efecto, aquella mujer, jóven todavía, mostraba en su vientre las señales inequívocas de su fecunda maternidad.

—Por el diablo!—exclamó un hombre saliendo de entre los espectadores.—Os habeis engañado, no es esa la culpable!.....

Oíanse al mismo tiempo unos gemidos. El hombre aquel traia bien afianzado un blanco brazo, que asomaba retorciéndose con angustia.

Todas las miradas convergen hácia aquel punto. Los curiosos se apartan, y el hombre arrastra á los piés del caballo de Benavides á una jóven hermosa, que ya sin fuerzas para mantenerse en pié, camina barriendo el polvo con sus rodillas.

—Esta,—dice el hombre,—esta es, señor, la sola causa de todo el escándalo; ella ha jurado á todos los vecinos que la noticia es falsa, y dice que su mismo marido es el inventor de la muerte de D. Hernando.

—Sí! sí!—exclaman dos viejas,—esa es Juana Mancilla, sí!..... á nosotras mismas nos ha dicho que no pasa todo de una broma.....

—Cierto!—dicen otras,—ella es, Juana Mancilla.

—Mienten, por vida mia, todos estos bellacos!—grita á

la sazon Pero Valiente barriendo á todos con una mirada de coraje; desnuda su espada, y lánzase contra el hombre que tiene aferrado el brazo de la jóven.

Trábase entonces en medio de los gritos una lucha, en que Juana Mancilla es pisoteada, Jorge Villadiego y la Grijalva ruedan bajo los caballos azorados, y Benavides, conteniendo el suyo que se encabrita sobre la cabeza de los combatientes, contempla el cuadro, mostrando con sus risotadas que halla gran fruicion y divertimiento en aquella terrible revoltura de golpes.

En fin, Pero Valiente, ya fatigado con las anteriores sacudidas, queda casi exánime bajo los puñetazos de su adversario. Villadiego se escurre entre la multitud, como una víbora por el sembrado. La Grijalva, desmayada, sale de la escena trasportada sobre un *tapextle*, con los ojos bajos y amoratados, la boca entreabierta, y una mano sobre el seno y la otra lánguida y empolvada, colgando.

Quedaba la mujer de Valiente. A una señal de Benavides, un hombre la sujetó por los codos, y otros dos le quitaron la saya, y comenzaron á desceñirla sus ropas interiores. El pudor ultrajado, que pone en la mujer la ira, la fuerza y la bravura de los tigres, dió á los brazos de Juana Mancilla tal vigor, que los nudos no bien asegurados del cordel, se deshicieron, y el puño ya libre se disparó sobre los ojos de uno de los ejecutores, que quedó bañado en un raudal de sangre. Juana quiso evadirse; algunos curiosos compasivos le abrieron paso; pero aquel hombre, humillado con la risa de Benavides y embravecido con el dolor del golpe, asió á la jóven por la cabellera, y de un tiron la hizo azotarse contra el suelo. Un grito de horror se escapó de todas las bocas. Las mujeres huyeron.

Los hombres rechinaron los dientes y crisparon sus puños. No obstante, viendo brillar las lanzas, devoraron su indignacion y quedaron inmóbiles.

Juana Mancilla se incorporó apoyándose con una mano en la tierra; con la otra recogió tras de la oreja su pelo lleno de basura. Su semblante estaba cárdeno, su mirada hermosa tenia la divagacion del aturdimiento, su nariz se dilataba jadeante, y la sonrisa de sus labios, tan blancos como los dientes, era, si es posible, dulce y feroz, despreciativa y doliente. Los otros dos ejecutores casi la contemplaban con lástima.

—Qué esperais?—les gritó Benavides.

Entonces volvieron á apoderarse de la jóven, y se renovaron las violencias. Aquello fué una baraunda infernal, siniestra, vergonzosa, en que obscenos juramentos se mezclaban con gritos desgarradores, y pujidos de carnicero con invocaciones supremas á la Madre de Dios, pronunciadas por una voz femenil trémula.

Era el retozo de la muerte. Rebullíanse todos. Una basquiña convertida en harapos iba y venia, azotando la tierra y levantando espesas nubes de polvo. Entre la bruma podia distinguirse la promiscuidad espantosa de alpargatas, de manos, de brazos hercúleos, y unos muslos blancos desnudos.

Esto no podia prolongarse. Juana Mancilla quedó cubierta solamente por la camisa, y casi muerta, mas bien por la vergüenza que por los estrujones y los golpes, fué llevadada en peso al sitio fatal y atada al poste de la picota.

Entonces Benavides hizo la señal; vibró el azote y comenzaron los gritos. Nadie tuvo valor de escucharlos. La plaza, como escombrada por un soplo, quedó desierta.

7

Que dirá qué mañas se daba Negromonte para salir de apuros.

Al dia siguiente se celebraron con solemne pompa los funerales de D. Hernando. Fray Roque pronunció un sermon donde las hazañas del conquistador quedaban reducidas al nivel de las aventuras mas vulgares.

Con el hábil pretexto de purificar la memoria de Cortés y de aterrar y confundir á los calumniadores, enumeró todos los crímenes cometidos en la conquista, dando á la narracion tales colores y tal acento de verdad, y acumulando tantas pruebas, que los oyentes se olvidaron por un momento de que Fray Roque hablaba en nombre de los enemigos, y creyeron escuchar en la posteridad el fallo severo de la historia.

Algunos soldados de Cortés que asistian á la ceremonia quedaron corridos. Se agolpaba en sus frentes la sangre derramada en Cholula, crugian en sus oidos las cadenas de Guatimoc y resonaban los lamentos de pueblos enteros pasa-

dos á cuchillo y presa de las llamas. Cada palabra de Fray Roque parecia caer sobre los circunstantes como el cuerpo ensangrentado de una víctima: su voz tronaba como los templos idolátricos al derrumbarse bajo la espada de Cortés sepultando á las vírgenes en los escombros.

Despues de haber narrado la historia del conquistador como Tácito la de Tiberio, Fray Roque puso lo exclusa á su elocuencia, y cambiando de tono pronunció la frase aquella portentosa de Fray Gerundio: *esto es lo que dicen los impíos.*

El inmenso pulmon del público no se dilató con un suspiro de satisfaccion, como el de los sencillos moradores de Campazas. Fray Roque habia dicho tales cosas y de tal modo, que aun tomadas de los impíos, tenian el sello de la verdad, y eran, como esta, incontrovertibles.

Siguióse la *refutacion.* Nadie creyó que esto fuese posible: algunos esperaban no se sabe qué prodigio del arte, por el que la memoria del difunto quedase tan reluciente como la hoja de una espada.

«Aquí está la fineza de mi negocio,» pudo decir Fray Roque imitando la frase del ingenioso hidalgo de la Mancha.

La refutacion estuvo, si se nos permite decirlo, diestramente inhábil. Se componia de esas disculpas que dejan traslucir el delito del acusado; y mas que todo, la insolente desfachatez y la impotencia de los oradores vendidos á la injusticia.

Cuando acabó el sermon, los enemigos de Cortés se retiraron satisfechos, y sus partidarios cabizbajos y avergonzados.

Zancadilla, que era de estos últimos, decia tomando el camino de los arrabales:

—Dios perdone á este reverendo padre, que con su de-

fensa nos ha metido una lanza entre las costillas..... Qué desatino! dar tan delicada comision á un animal de estos para que lo eche á volar todo por la ventana..... Me alegro; esto les servirá de escarmiento.

Concluido el sermon, el padre Roque se dirigió al palacio.

Al llegar cerca de la puerta de la habitacion donde hemos visto á Negromonte, llegó á sus oidos un rumor de de voces que, al parecer, disputaban acaloradamente. Acercóse mas y conoció que uno de los que altercaban con mas violencia era el alguacil mayor, que casi ronco de gritar, exclamaba:

—Hé aquí la recompensa de mi amistad, el pago de mis sacrificios. Sí! me habeis traicionado miserablemente: ya que no hallais la fuerza en vuestros brazos, ni el valor en vuestros corazones, acudís al pretexto de la religion para perderme.

—Os engañais, señor,—decia otra voz que era la de Salazar;—Fray Martin de Valencia..... es.....

—Fray Martin de Valencia,—replicaba Paz,—es mas honrado que todos vosotros. El me lo ha dicho todo. Habeis ido á proponerle que me aprehenda, recordándole cierta acusacion que se me hacia por no asistir al sacrificio de la misa. No es cierto?

—Y bien.....

—Y bien? Y bien, tendreis que hacerme trizas á mí y á mis ginetes, antes de tocarme un cabello.

—Don Rodrigo!.....

—Ya lo veredes.

—Os empeñais en no comprendernos. Vuestra dignidad, que creeis ofendida, os lleva hasta los límites de la injusticia. Tened la bondad de oirnos.... .

—No teneis disculpa.....

—Aquí no se trata de cometer un desafuero con vuestra persona, D. Rodrigo. Se trata solamente de poner en práctica los usos legales.

—Por Santiago! ¿bautizais con ese nombre la estafa? llamais usos legales romper las puertas del hogar abandonado á nuestra vigilancia, y pillar á los ausentes hasta el último maravedí que ganaron con el sudor de su rostro?..... Os digo tambien que pasareis sobre mi sangre para tocar los bienes de D. Hernando.

—Luego vos quereis utilizarlos á toda costa?.....

—Responderé cuando reconozca en vos el derecho de pedirme cuenta de mis acciones.

—Pudiera ser que le reconociéseis hoy mismo.....

—Cáspita! si no conociera cuán frágil es el pedestal de vuestra autoridad, me harian temblar esas palabras.

—Esos que decís, pueden comprometeros.....

—A mí!.....

—Sí..... á vos!

—Rayo de Dios! osais amenazarme?.....

Fray Roque dejó de escuchar por atender á unos precipitados pasos que resonaban á sus espaldas. Pronto vió aparecer á Negromonte.

—Qué haceis aquí?—preguntó este.

—*Favete linguæ!*.....

—Qué pasa?

—*Ausculta!*.....

Iba á escuchar D. Pedro, cuando se abrió la puerta y salió Rodrigo de Paz como llevado en alas de la cólera, y les lanzó al pasar una mirada llena de indignacion y de desprecio.

Negromonte le siguió con otra de lástima. Despues penetró en el aposento, seguido por el padre Roque.

Salazar se adelantó á su encuentro, refiriéndole todos los pormenores de la disputa habida con Rodrigo de Paz. El alguacil mayor se habia mostrado bravo, como de costumbre, y negábase á permitir que se tocasen los bienes del difunto.

—Hoy mismo,—replicó Negromonte dirigiéndose á Salazar,—ireis á visitar á D. Alonso Estrada. Le ganareis con la promesa de la libertad, como logre aquietar á Paz y persuadirle á obrar en el sentido que nos proponemos.

—Bah? ¿y qué necesidad tenemos ahora de la astucia?

—¿Olvidais, señor, que ese hombre tiene ocultos con los bienes de Cortés algunos centenares de armas de fuego, y que no le es difícil con esto y con su dinero improvisar una legion muy superior á la nuestra? Por otra parte, todos esos hombres que son la salvaguardia de nuestras personas, no se moverán, así podian vernos en el mayor aprieto, en tanto que no queden satisfechas las enormes promesas con que tuve que comprar su fidelidad. Partid, señor, y yo os avisaré cuando sea tiempo.

Salazar, que como hemos dicho adolecia de una cautela exagerada, que nunca oponia la mas leve objecion á todo lo que fuera rodearse de seguridades, salió inmediatamente, mandó disponer un caballo y partió al galope tomando el rumbo de la fortaleza.

—Creo que se camina,—dijo Fray Roque.

—Temo,—replicó D. Pedro,—que Alonso Estrada no se fie de Salazar, ni Paz de D. Alonso. No importa; en todo caso buscaremos otro expediente, aunque tengamos que aventurar una batalla..... Pero necesitamos aún que este

hombre viva mientras no seamos dueños del secreto que nos debe dar la posesion de los bienes de D. Hernando.

—Oh, sí! ante todo es preciso henchir la codicia de vuestros capitanes. Ahora yo os aconsejaria que desde hoy mismo aumentáseis el número de vuestras gentes. Los amigos de Paz son numerosos, conocen ó sospechan adónde tienden nuestras miras, y se agitan con una actividad amenazante.

—Lo sé, y todo está ya preparado para un conflicto. Sin embargo, me siento débil mientras no destruyamos el último y acaso el mas formidable apoyo de Rodrigo de Paz.

—Hablais de sus arcabuceros?..... me parecen pocos, y oprimidos entre las filas de Benavides y Barrientos son impotentes.

—Pero notad que los castellanos de Barrientos no merecen nuestra entera confianza. Todos ellos, atraidos un instante por el oro que hemos puesto en sus manos, se volverán contra nosotros cuando Rodrigo de Paz haga brillar ante sus miradas codiciosas un premio que no nos es dado aventajar en las presentes circunstancias. Con todo, mis temores no son causados por esa gente, sino por un hombre que goza de tan gran prestigio en la colonia, que puede, si se le pone en la cabeza, provocar un cataclismo que nos confunda. Este hombre es Francisco de Medina. Arróyave era terrible en la batalla, y Paz le envió para que destruyese á las legiones de Mendoza. Pero aquí en la ciudad Paz necesitaba un hombre, no solo audaz, bravo, temerario, sino amado, respetado por los vecinos mas influentes, amigo de todos los espadachines y compinche de todos los aventureros.

Hé aquí por qué me opuse á vos y á Salazar cuando queríais enviarle contra Benavides. Fué gran fortuna que Rodrigo de Paz necesitase aquí á Medina; si este capitan se hubiera presentado en el combate, podeis asegurar que la mayor parte de los nuestros, ó quiebran sus espadas, ó las vuelven en defensa del enemigo.

Ahora no se me ocultan las maquinaciones de los descontentos: los amigos de Rodrigo de Paz se creen fuertes, lo son realmente con el influjo de Medina, y se cuidan poco de que conozcamos sus aprestos, y aun se atreven á levantar la voz para amenazarnos. Pero no es la fuerza lo que se requiere en este caso. Medina.....

—Con mil de á caballo!—exclamó á la sazon una voz de trueno, por fuera de la puerta;—si no franqueais la entrada, os acogoto, villano, miserable!.....

Casi al mismo tiempo se abrió la mampara y apareció Barrientos con la faz lívida, la barba temblorosa, y con el ojo que parecia despedir un chorro de chispas. Hizo un vano esfuerzo por aparecer tranquilo, saludó al franciscano y tendió la mano á Negromonte.

Este hizo á Fray Roque una imperceptible señal de inteligencia, é hizo sentar junto á sí al capitan Barrientos.

—Os esperaba,—le dijo,—para felicitaros por vuestro valor, y haceros presente la alegría que experimento al veros sano y salvo despues del combate.

—Por vida mia, señor!—exclamó Barrientos escarmenándose las barbas con una mano convulsiva.

—Qué teneis?.....

—Qué?..... que soy un cobarde, ó mas bien, un imprudente y un bestia..... debíais felicitarme con una zurribanda de mecatazos.

—Pero qué os pasa, capitan?.....

—Canario!..... que me han robado, que me han despellejado, que se han hurtado hasta el último doblon, y héme aquí mas miserable que el último de los mendigos.

Fray Roque y Negromonte se vieron con una fingida admiracion, y manifestaron grande interes por las palabras de Barrientos.

—Venia yo,—continuó el capitan siempre agitado,—venia yo de cumplir vuestra comision..... y os diré de paso que quedais servido.....

—Sí..... continuad.....

—Pues bien; no me fué posible reunirme al grueso de las fuerzas. El asunto era muy dilatado. Ese maldito encomendero me entretuvo hasta que se me vino encima la noche. No habia remedio, á esas horas quise marcharme. Pero..... qué demonio!..... para qué os he de fatigar con el relato de mi vergüenza?..... Nos internamos en el monte; caen sobre nosotros una docena de bandidos, matan á dos criados, me hieren el caballo; caigo al suelo, unos me sujetan y otros arrean con todo lo que llevo..... Ahora, yo no vengo aquí para que me pagueis lo que he perdido por mi falta de valor ó de prevision..... quiero solamente que os entendais con mis soldados, que reclaman con sobrada justicia el cumplimiento del contrato.....

—Pero quién se aventura,—dijo Fray Roque,—á tales horas y por semejantes vericuetos, y cargado con tan enorme cantidad de doblones?..... Ah! Dios perdone á vuesarced, señor capitan!.....

—Y no sospechais quién será el salteador?—preguntó Negromonte. Harto le importaba saberlo.

—Bah!—dijo Barrientos;—si yo os lo dijera con franqueza.....

—Hablad, capitan, nombrad á quien os parezca sospechoso, y sea quien fuere, se le perseguirá hasta el fondo de la tierra. En todo caso, aun me quedan algunas sumas para reparar en lo que fuere posible vuestras pérdidas....

—Gracias, señor..... Un fogonazo de arcabuz alumbró el rostro del bandido, y creo que.....

Negromonte se agitó en su asiento, Fray Roque se inmutó y apenas pudo contener un grito de sorpresa; se habia abierto la mampara y habia aparecido en el umbral un hombre ante-calvo, de barba cana, el mismo que hemos visto alguna vez en el despacho de Negromonte. Era Zuleta, un *bravo*, temible por su valor y su astucia.

Barrientos, que daba la espalda hácia la puerta, no habia visto al recien llegado, y siguió conversando. Nadie le escuchaba.

Los ojos de Fray Roque parecian querer saltar de sus órbitas para hablar á Zuleta.

—Capitan Barrientos,—dijo Negromonte pronunciando estas palabras con voz sonora;—nada habreis perdido mientras quede un doblon en las arcas del reino.....

Zuleta permanecia impasible.

Fray Roque dejó caer su breviario con el ánimo de distraer un instante la atencion de Barrientos, mientras Negromonte podia hacer una seña á Zuleta.

—Perdonad,—murmuró este;—creí que sus mercedes estarian menos ocupados.

Barrientos volvióse para ver al que hablaba.

—Por el rabo de Lucifer!—exclamó saltando del asiento;—ahí teneis al bandido!

Zuleta, por una imprudencia sin ejemplo, hizo un movimiento para escaparse; pero el terrible capitan saltó sobre él como una pantera, y le asió con las dos manos por la garganta.

—Todo se ha perdido,—murmuró convulso Fray Roque.

—Por vida mia!—dijo Barrientos arrastrando á Zuleta hasta el centro de la habitacion.

Y luego añadió recalcando siniestramente sus palabras, y viendo con malicia á Fray Roque:

—Mucho me temo que este míserable haya venido aquí al palacio á dar cuenta de su comision á los gobernadores.

Zuleta, que era vigoroso, trató de quebrantar el círculo con que le sofocaban los acerados dedos de aquel gigante; la cólera del capitan subió de punto, empeñóse la lucha y comenzaron á rodar los sitiales y á tronar como de costumbre los juramentos.

—Estamos perdidos, repitió Fray Roque buscando la puerta.

—Estáos aquí, replicó Negromonte con una calma imperturbable.

Despues se encaminó hácia los dos combatientes, tomó las manos del capitan que aun permanecian estrechadas sobre el cuello de Zuleta, y las separó con tan extraordinaria facilidad, que Zuleta, Fray Roque, y mas que todos Barrientos, se quedaron asombrados con aquel prodigio de fuerza.

—Perdonad, capitan, dijo Negromonte; ya que habeis tenido la rara fortuna de descubrir al criminal, abandonadle en manos de la justicia. No me quiteis esta ocasion de hacer un terrible ejemplar, para escarmiento de todos los aventureros que comienzan á infestar el reino con sus

maldades. Fray Roque..... tened la bondad de llamar al gefe de la guardia.

El fraile obedeció. Zuleta cambió con Negromonte una rápida mirada de inteligencia, y esperó con aparente sumision que se cumpliesen las órdenes del secretario.

No dilató en aparecer el gefe á la cabeza de cuatro arcabuceros.

—Aprehended á ese hombre, dijo Negromonte, designando á Zuleta.

Este quiso excusarse; despues oponia una ligera resistencia, y por último fué sujetado, y salió maldiciendo á todos con gran satisfaccion y aparente enojo de Negromonte.

Barrientos le vió salir, y luego que hubo desaparecido, volvióse á D. Pedro, se cuadró enfrente de él, y dijo, dando á su fisonomía la expresion de una sarcástica sonrisa.

—Os doy las gracias, señor Negromonte; pero hoy mismo recojo la palabra que os tengo dada.

Negromonte no pudo ocultar su sorpresa. Barrientos lo habia sospechado todo. Barrientos conocia que la prision de Zuleta era una vana fórmula para salvar un compromiso del momento. ¿Y qué hacer si el capitan le abandonaba precisamente cuando Paz, acaso armado, y el pueblo próximo á una rebelion en pró del favorito de Cortés, hacian tan críticas las circunstancias?

—Dudais de nosotros, caballero?..... preguntó Negromonte con el tono de la delicadeza ultrajada.

—Qué quereis?.....

—Caballero!.....

—Mirad..... estoy cierto..... yo hablo con franqueza; qué diablo! estoy cierto que ese hombre con quien habeis aparentado todo el rigor de la justicia..... ese hom-

bre saldrá mañana de su calabozo..... tal vez ni entrará en él..... es un amigo.....

—Basta, capitan! Habeis sido hace poco la víctima de ese miserable, y la cólera os ofusca hasta el grado de proferir un ultraje..... Si ignorárais que no acostumbro á soportarlos de nadie, yo os pediria cuenta aquí mismo del que acabais de hacerme; pero me conoceis, y no tomareis á cobardía que os dé las pruebas todas que gusteis exigirme para convenceros.

—Oh! sí..... os conozco..... pero me habeis quitado á ese hombre de las manos.....

—Y creeis que esto no sea mas que una farsa para salvarle?.....

—Se ven tantas cosas.....

—Basta!.....

Negromonte se dirigió á la puerta donde Fray Roque presenciaba la escena, y dijo al fraile:

—Haced que suba al instante Moncada.

Despues fué á la mesa, tomó la pluma y trazó rápidamente en un pliego algunas líneas.

El gefe de la guardia volvió á aparecer y se adelantó con sombrero en mano hasta la mitad del aposento.

—Estoy á vuestras órdenes, murmuró:

—Ensillad el mejor de vuestros caballos, le dijo Negromonte, y llevad esta firma al alcaide de la fortaleza.

Moncada recibió el pliego, le guardó en su escarcela, hizo un saludo respetuoso, y desapareció.

—Ahora, continuó el secretario dirigiendo la palabra á Barrientos, tened la bondad, señor caballero, de pasar dentro de una hora por la esplanada de la fortaleza, y volved á verme para que hablemos.

—Bien está, replicó el capitan, tendiendo la mano á Negromonte.

Poco despues este y Fray Roque se encontraban solos.

—Y cómo pensais satisfacer á ese hombre? preguntó el fraile.

—Castigando á Zuleta.

—Cómo?.....

—Ahorcándole.

8

Un desengaño.

Estrada habia logrado convencer á Rodrigo de Paz, conviniendo con este en soportar con hábil disimulo todos los abusos del gobierno, mientras podian organizar medios mas sabios para derribar de un golpe la tiranía que les amenazaba. El alguacil mayor, á cuyos ojos Estrada hizo brillar un porvenir de lisongeras esperanzas, convino en ceder á los gobernadores parte del tesoro, poniendo por sola condicion la seguridad de su persona. La ciudad, que por tercera vez habia vuelto á ser presa del terror y la alarma, vió con gran gusto que se disolvian los grupos sospechosos, que los arcabuceros apagaban las mechas, y los cañones rodaban á los depósitos del arsenal, sin llevar ya en sus fauces oprimido el bote de metralla.

Pasaron dos dias. Eran las once de la noche; las calles envueltas en la oscuridad y empapadas por una menuda lluvia, estaban desiertas. Solo un hombre bien arrebujado

en su capa y caidas las alas del sombrero, se encaminaba á grandes trancos por las calles que conducian á una gran casa llamada tambien Palacio de Cortés. Allí tenia aposentadas el conquistador á muchas nobles damas, hijas, madres, mujeres ó hermanas de los caciques que habian sido muertos ó prisioneros en las luchas de la conquista. Pronto se detuvo el caballero enfrente de una ancha puerta, y llamó, dando tres golpes con la palma de la mano. Segun la costumbre creada por el temor en aquellos tiempos, abrióse una ventana, y una voz como caida de las nubes sujetó al recien llegado á un escrupuloso interrogatorio. Pero este se prolongaba demasiado, y el caballero no debia ser un modelo de paciencia; porque al fin, retirándose algunos pasos de la puerta, y procurando ver al que le interrogaba, exclamó con el acento con que rompe la cólera mucho tiempo reprimida:

—Con mil truenos! si no quereis abrirme, decid al señor Diego de Ordaz que necesito hablarle.

—Sereis obedecido,—replicó la voz de la ventana.

—Decidle,—añadió el caballero,—que me manda aquí su merced el alguacil mayor, y que el asunto es de mucha urgencia.

—Por vida mia!..... exclamó una nueva voz juvenil y robusta;—sois vos, capitan!..... dispensad..... no os habia conocido.....

A poco rechinó la llave en la cerradura; se abrió el postigo, y apareció un hombre trayendo una linterna cuyo foco alumbró en el semblante del desconocido las facciones del capitan Francisco de Medina.

—Perdonad!—replicó el otro, haciendo pasar al capitan y volviendo á cerrar la puerta;—qué novedad ocurre?

ha dias que vuestra presencia en este sitio es un augurio de fatalidades.....

—Ea! detengámonos aquí.....

—No pasais?.....

—No: es muy corto lo que vengo á deciros, y aquí estamos completamente solos.....

—Estais agitado.....

—Lo que pasa es horrible..... dijo Medina deteniéndose.—Ayer he sido sorprendido por D. Alonso.....

—Demonio!..... os lo anunciaba yo todos los dias. Y qué ha pasado?.....

—El infierno.... ya os lo diré todo..... para salvar á Doña Luz necesito marcharme, y parto hoy mismo, antes que llegue la mañana, con el pretexto de adquirir noticias de D. Hernando..... teneis permiso de D. Rodrigo para acompañarme, y seré dichoso si teneis á bien emprender conmigo la jornada.

—Iré con vos hasta el fin del mundo, capitan, é iré gustoso por serviros y salir de esta inaccion que me consume; pero traereis órdenes, supongo, relativas á esa dama que el alguacil mayor ha confiado á mi cargo.

—Sí tal; la llevareis al monasterio de San Francisco, donde quedará encomendada en las manos del Padre Valencia. Sabeis que Chirinos la persigue frenético: este ha sabido que Isabel se encuentra aquí con las demas indias nobles, y hoy mismo, con el pretexto de registrar los bienes de Cortés, vendrá aquí para buscarla.

—Es decir que hoy mismo.....

—No hay tiempo que perder..... entregad este pliego á esa jóven, y ella os seguirá al instante. Os espero.

El hombre que tenia la luz la colocó en el suelo, y cor-

rió, perdiéndose bien pronto en la negrura que llenaba el fondo de aquella entrada.

Medina, fijo en un pensamiento, se quedó inmóbil contemplando la flama á través de los nublados vidrios de la linterna; el agua con que la lluvia habia empapado su sombrero, formaba en el borde del ala varias trémulas gotas que se desprendian de cuando en cuando midiendo los instantes con la lenta regularidad de un péndulo. Aquella cabeza pensativa se irguió de repente; sonaban pasos en la calle.

Medina tocó un muelle de la linterna, y una lámina de hierro se interpuso en el foco, y la luz pareció extinguirse. Los pasos resonaron mas cerca; Medina entreabrió el postigo y se puso en acecho. Vió entonces que se aproximaba una sombra que llegaba á la puerta, y allí se detenia como buscando una guarida para escaparse de la lluvia.

—Quién será el majadero?.....—pensó Medina;—si tendremos que quitar de aquí á este impertinente dándole una estocada? mucho temo que el señor Pero Almindes no ande por aquí metido en el cuerpo de uno de estos animales nocturnos.....

Aquel desconocido sacó el brazo por debajo del ferreruelo, al mismo tiempo que una cosa que llevaba en la mano topó casualmente en los tablones de la puerta y despidió un sonido armonioso, fugaz, trémulo, que no dejó duda á Medina de que aquello era un instrumento de cuerda.

En efecto, el hombre aquel no dilató en hacer oir un hábil preludio; poco despues comenzó á ejecutar, acompañada con la voz, una especie de serenata, puesta en el tono que llaman *menor* los inteligentes. El tono menor es ciertamente el idioma del dolor y de la tristeza. Cada una de sus notas parece escaparse del pecho alabastrino de una vír-

gen llorosa; enajena la mente, hiela la sangre y retumba sobre el corazon con la terrífica dulzura de un ¡adios! que se hunde para siempre tras de los horizontes de la vida. El aliento muere en los labios, los ojos se anublan, la frente cae sobre las manos, el pensamiento se trasporta á una region de melancólicos recuerdos. Medina escuchaba no sin conmocion aquel cantar impregnado de ternura. La voz era robusta, varonil; temblaba lo suficiente para remedar la expresion de un llanto apenas contenido. El laud resonaba á lo lejos con la celeste suavidad de las arpas eolias.

El tono menor producia todo su encanto.

Medina soñaba, á pesar suyo. Cada una de aquellas vibraciones evocaba en su mente vagas imágenes como esbozadas en la bruma de un sueño.

Ya era un claustro solitario recorrido por el eco fatídico de una campana; ya las negras bóvedas de un templo resonando con las melodías del órgano y los himnos de un coro de vírgenes; ya el susurro de la noche entre la espesura que ondea sobre los sepulcros. A veces, asociaba á la voz un rayo de luna atravesando por los almenares de un castillo, y derramando su claridad sobre la frente melancólica del trovador, é inspiracion en su mirada fija en el azul del cielo.

Ciertos recuerdos de la infancia parecian llegar, pasar y desvanecerse, huyendo sobre el círculo arrebatado por el aire, á las cuerdas de aquella cítara nocturna. Parece que aquel exceso de ternura que la música pone en el alma, busca para desahogarse todo lo que se ama en la vida. Hubo un instante en que Medina, sin saber por qué, pensó en su patria. Parecíale oir con la armonía el dulce murmurio con que las ondas del Genil se despiden de las cum-

bres de Sierra Nevada, al despeñarse entre las márgenes del Betis, para perderse en el Océano.

La trova duraria diez minutos. Calló despues, y Medina volvió de su éxtasis, para seguir observando los movimientos de aquel desconocido.

Este guardó su laud y esperó algunos instantes esa otra divina armonía con que responde al trovador el rechinar de un gozne cuando la vidriera gira á los impulsos de una blanca mano. Pero pasó el tiempo, y nada se oia; entonces el galan se adelantó hasta la mitad de la calle, inclinóse como tratando de buscar un objeto, y anduvo así hasta que seguramente logró encontrarle. Despues se enderezó, hizo un movimiento brusco, y al mismo tiempo se oyó retumbar sobre las puertas de un balcon una pedrada fuerte como el estallido de una bomba. Medina se estremeció involuntariamente. Aquel trueno lúgubre, repetido por los ecos, se propagó como un ¡alerta! en las profundidades de la noche.

La dama, insensible á los cantares, no debia serlo con aquel nuevo género de serenatas, porque muy pronto se oyó abrir el balcon, y una voz que debia salir de una boca hermosa exclamó dirigiéndose al desconocido:

—Qué me quereis?.....

Lo que prueba que la susodicha dama estaba bien acostumbrada al enérgico lenguaje de su caballero.

—Loado sea Dios!—replicó este;—os creia muerta, señora.

—Ya se conoce.....

—Teneis un sueño que lo envidiarian los siete durmientes.

—Soy jóven.

—De cuántos años á la fecha?

—Os estais empapando!.....

—Y qué?.....

—Podeis tomar un romadizo.

—Lo creeis contagioso?

—Tal vez; mas yo lo sentiria por esa jóven, que os tiene tan inmenso cariño.....

—Vos, señora?.....

—Juanita.

—Cáspita! insistís en dármela por novia?

—Yo, no.....

—Quereis enojaros?..... por qué no buscais un pretexto menos miserable que esos celos sin fundamento?

—Hipócrita!.....

—Angel mio!.....

—En fin, ya os tengo dicho que no quiero hablaros; bien podeis apedrear mi puerta con guijarros ó con canciones, os repito que esta es la vez postrera que nos vemos. Quedad con Dios!.....

—Cómo! Señora, teneis tal amor á vuestra cama; por no dejar un instante las cobijas, rompeis, bajo el pretexto de los celos, vuestro amor y vuestra palabra?.....

—Vos los habeis roto con vuestra perfidia.

—Demonio!..... seguís pensando en Juana?

—Dios os dé buena noche.....

—Oid, señora!.....

—Me voy.....

—Os juro por Cristo que no me ligan á esa jóven sino los lazos de una amistad pura.....

—Toma!..... y adónde van á tener las amistades puras entre dos pícaros de diferente sexo?..... dispensadme.....

—La respuesta es fácil, señora; van á tener adonde yo

estoy estorbando que llegueis vos y el capitan Francisco de Medina.

—Zamora!..... sois un infame.....

—Soy un pobre diablo.....

—A ver!..... decidme..... explicáos..... por qué abrigais esa indigna sospecha que os llena de baldon á vos mismo?..... qué razon teneis para calumniarme?.....

—Quedad con Dios, señora.

—No! infame..... no os ireis de aquí hasta haberos justificado.

—Dios os dé feliz noche.

—Zamora!.....

Aquel grito no obtuvo mas respuesta que el rumor de unos pasos que se alejaban. La dama permaneció en vano asomada al balcon. Zamora no volvia.

—Aquí me teneis,—dijo uno voz á las espaldas de Medina.

El capitan descubrió la lámpara y vió á Diego de Ordaz, en cuyo brazo se apoyaba una dama.

—Estais ya dispuesta? señora.....—preguntó.

—A vuestras órdenes, señor;—repuso la argentina voz de Isabel Dorantes.

Medina dió el brazo á Isabel. Ordaz se envolvió perfectamente en su ferreruelo, tomó la linterna y salió por delante, alumbrando el paso á los dos jóvenes.

La dama del balcon siguió con la vista el rastro de la luz hasta perderla tras la próxima esquina.

Despues murmuró algunas palabras, y se retiraba para cerrar, cuando nuevas pisadas resonaron en la direccion por donde Zamora acababa de ahuyentarse.

—Zamora!.....—volvió á gritar la dama.

—Silencio!—replicó el galan, que no habia hecho mas que ocultarse en una puerta.

—Qué pasa?.....

—Viene gente.

La dama enmudeció; Zamora volvió á su escondite.

En efecto, por el extremo de la calle desembocó un turbion de voces y pasos, que hacian suponer una veintena de personas. De repente todos callaron; parecia que alguna voz de mando encargaba el silencio al penetrar en aquellos sitios.

Un grupo de sombras llegó hasta la puerta del Palacio, y se detuvo.

—Barrientos?..... dijo alguno.

—Aquí me teneis,—dijo una ronca voz, que era sin duda la del capitan de ese nombre.

—Aquí teneis la casa,—dijo el otro, designando entre las tinieblas el balcon donde permanecia medio asomada la novia de Zamora;—tomad seis hombres, y ponéos á la obra, mientras yo registro el Palacio.

—Insistís?—dijo un tercero dirigiéndose evidentemente al que habia pronunciado las anteriores palabras.

—Bah!—dijo este;—caro ha de pagar esa mujerzuela su complicidad con Albornoz en el petardo de estudiante que sufrí aquella noche. Con todo; si sospechais que la persona que buscamos se encuentra oculta en esa casa, dejad para otro dia el negocio, y no os ocupeis sino de esa persona.

Dicho esto, el que hablaba se acercó á la puerta, y llamó con dos golpes imperiosos, casi groseros. La ventanilla que se habia abierto para Francisco de Medina, se abrió de nuevo, y la misma voz de entonces gritó al desconocido:

—Ea! qué se os ofrece á tales horas?

—Abrid!.....

—Quién sois?

—Que abrais os digo!.....

—Avisaré.

—Ay de tí, si pronuncias una sola palabra!..... calla y ábrenos, ó mando que te descuarticen.

El infeliz atalaya del palacio desapareció de la ventana, y á los dos minutos abrió de par en par las puertas, y apareció alumbrando con una sucia palmatoria su azorado semblante.

—Ah!—exclamó,—sois su merced... ... el señor Gobernador!.....

—Guía!..... dijo Chirinos, que en efecto era el que habia llamado.

El hombre de la palmatoria comenzó á andar seguido por el gobernador y otros ocho ó diez caballeros. Todos estaban embozados; todas las capas formaban por detrás un ancho pliegue levantado por la contera de una espada.

Se internaron por un dilatado corredor en cuya balaustrada se entrelazaban la madreselva y los rosales. Llegados á la extremidad del corredor, torcieron por otro semejante, donde se abria, lleno de esculturas, un elevado frontispicio. Por allí se recibia en el rostro un hálito de frescas brisas perfumadas. Oíanse caer las gotas de la lluvia sabre las hojas: un farolillo suspendido á la bóveda, enviaba sus reflejos sobre la vaga espesura de los árboles que se movian con un susurro halagador tras los barrotes que cerraban un arco del fondo. Aquella reja estaba en el extremo de otro pequeño corredor cuya entrada era el pórtico. En sus costados se veian varias puertas.

—Y esto?—preguntó Chirinos señalándolas.

—Son,—replicó el guía,—las habitaciones de las damas.

—Son las únicas?

—No, señor..... siguiendo este segundo patio, se hallan otras.

—Bien,—replicó Chirinos.—Despues, dirigiéndose á uno de los embozados, le dijo: seguid á este hombre á las habitaciones de esas damas.

El hombre aquel se separó de allí con otros cuatro, y precedidos por el de la palmatoria, abrieron la reja y se perdieron por el huerto.

Chirinos llamó entonces á la puerta; una voz de mujer preguntó desde adentro:

—Eres tú, Florinda?

—Sí,—dijo Chirinos;—abrid á la justicia.

Este nombre causaba espanto.

Oyóse en el interior la sorda agitacion producida por ese grito, que era una amenaza. Voces confusas, batahola de muebles y carreras de piés descalzos, dejaban adivinar que el rostro formidable del terror habia asomado en aquel nido de mujeres.

—Abrireis?.....—volvió á decir Chirinos haciendo resonar un puñete sobre la puerta.

Las voces de adentro se hicieron mas angustiadas. Las carreras fueron mas rápidas, y vino el silencio. Poco despues se oyeron sobre la chapa los desacertados topes de una llave que no atinaba con la cerradura.

—Vamos!—gritó con voz de trueno uno de aquellos hombres.

La llave cayó al suelo.

Aquel hombre, que era Salazar, gozoso con el susto que habia inspirado, se sonrió de una manera horrible.

Chirinos pudo oir entonces el roce de una mano que recorria el umbral, buscando la llave. De repente la mano ciega y temblorosa tocó la llave; y esta, girando como la manecilla de un reloj, pasó por debajo de la puerta y fué á tocar el pié de Chirinos. Este se inclinó para recogerla.

Un momento despues, el feroz gobernador entraba con sus gentes á una habitacion magnífica, relativamente á aquellos tiempos. Una jóven india, estrechando entre su seno casi desnudo los pliegues de una ancha túnica de lino, estaba en pié interrogando á aquellos hombres con sus miradas. Mas allá, tras los blancos cortinajes de un lecho se acurrucaban dos ó tres mujeres. Veíanse tambien sus hombros desnudos, como saliendo del vaporoso contorno de una nube; rostros encendidos, vueltos para ocultar el rubor, dejaban ver entre las ondas de una negra cabellera la graciosa curva de una pequeña oreja sonrosada, ó la mejilla, por donde brillaba con el trémulo fulgor de una estrella la gota diamantina de los pendientes.

Un deseo impuro asomó por las pupilas de Peralmindes y de sus esbirros, devorando la voluptuosa redondez de aquellas formas: entretanto, un deseo mas poderoso, mas terrible, una largura odiosa, que podria llamarse la mano del gobierno, parecia salir por debajo del embozo de Salazar, y dilatarse y palpar la calidad y el peso de los diamantes.

—A ver.....—dijo Chirinos con el tono de un contramaestre;—registrad el aposento, abrid esos cofres; que nadie salga; dos hombres abajo para cuidar la puerta!.....

La jóven india que aun estaba enfrente de Chirinos, viendo que los embozados aquellos se repartian por las ha-

bitaciones y comenzaban á trasegar los muebles, puso su mano sobre la del gobernador, y pronunció en claro español estas palabras:

—Habla..... dí qué quieres..... qué buscas?

—Y tú, quién eres?—preguntó Chirinos haciendo un gesto de repugnancia.

—Yo,—dijo la jóven reprimiendo apenas un movimiento de altivez,—soy Cozcatl, hija de Tomahuac, muerto en defensa de sus dioses y de su patria.....

—Y esas?..... preguntó Salazar señalando á las jóvenes medio ocultas en el cortinaje.

—Espera,—replicó Cozcatl; no las toques..... yo te daré lo que buscas.....

Entonces fué hácia el lecho y dijo ciertas palabras que, pronunciadas en el idioma azteca, parecieron una jerigonza á Peralmindes. En un momento las jóvênes aquellas se despojaron silenciosamente de sus joyas. La hija de Tomahuac recibió en la palma de sus manos varios pendientes, algunos hilos de perlas, y un sinnúmero de sortijas. Despues los presentó á Chirinos, diciéndole:

—Aquí teneis lo postrero que nos resta de la herencia de nuestros padres.

—Por acá!..... dijo Salazar extendiendo una mano.

Cozcatl puso allí las alhajas, y volvió á colocarse enfrente de las jóvenes, como si quisiera protegerlas con su cuerpo.

—Vamos,—le dijo Chirinos;—haced que se descubran esas mujeres..... quiero verlas.

Ah! señor!..... exclamó Cozcatl cayendo de rodillas; —os juro que todo lo que poseíamos os lo hemos dado...

—Eh!..... me tomarás por un ladron? canalla..... exclamó el factor enrojeciéndose.

—No sois español?—preguntó Cozcatl dejando vér entre el espanto una mirada candorosa.

Aquella natural pregunta fué para todos el colmo de la insolencia, y el mas sangriento de los ultrajes. Chirinos levantó los puños; Salazar se apresuró á contenerlo; pero uno de aquellos miserables que nunca faltan entre la comitiva de un tirano; uno de aquellos que nunca desprecian la ocasion de mostrar su vergonzosa fidelidad y su cobarde infamia, cuando el caso no les ofrece el mas mínimo peligro, desnudó la espada y dió de plano sobre el rostro de la jóven india, que lanzó un gemido tan horrendo como debió ser el dolor, y calló sin sentido.

Tres gritos mas resonaron entre las cortinas.

—Ea!—dijo Peralmindes dirigiéndose á los esbirros;—tomad la luz y mostradme el semblante de esas mujeres; á fuerza, si rèsisten.....

Entre todos los instintos de perversidad que la naturaleza ha colocado en el corazon de algunos hombres, existe uno, difícil de clasificar, pues participa indudablemente de todas las pasiones ruines aunque fecundas en atrocidades. Denegrido, solapado, feroz, cruel como la envidia, se ensaña contra todo lo justo, lo verdadero, lo bello. Frio é inexorable como la crueldad, se complace en las convulsiones de la víctima, se rie del dolor, y hace escarnio de la muerte. Es un tesoro de rencor acumulado gota á gota en el fondo de una alma oscura cerrada á la virtud, al amor ó la esperanza. Es una especie de locura infernal, nacida como los gusanos, de entre lo corrupto, lo abandonado, lo asqueroso, lo miserable. Es odio sin envidia, envidia sin tristeza, deseo de aborrecer, anhelo de vengarse en algo, de una vaga impotencia, de un sentimiento de inferioridad

humillado por el espectáculo de la belleza, de la dicha, del contento y aun de la gloria.

No es la indignada contemplacion del pobre que ve desfilar ante sus ojos las espléndidas carrozas donde marchan hollando al pueblo, la rapaz autoridad, el vicio afortunado, la felicidad egoista. No era, pues, lo que se llama el odio de los pobres contra los ricos; porque el instinto de que hablamos se halla tambien en algunos hombres protegidos por la fortuna. Es un odio á todo, se liga á una especie de voluptuosidad en el mal, á un deseo satánico de irritar una herida, de empeorar una situacion, de desenganchar unos deseos asidos como á la salvacion en la rama que cuelga sobre el abismo. Los hombres de Pero Almindes tenian este instinto.

Acercáronse: uno de ellos, cuyo nombre ha conservado la crónica, Ruiz Cobos, el mismo que habia herido á la hija de Tomahuac; asió por una punta la estera que estaba sobre el lecho, tiró con sus fuerzas de toro, y arrastró de un golpe al grupo de las doncellas. Una rodó al suelo, dos quedaron en una posicion inhonesta, asidas á los pliegues del cortinaje.

Aquello provocó la risa de los gobernadores. Pero una de las jóvenes se arrastró por la estera, arrebató una especie de escabel que tenia al alcance de su mano, y le lanzó con fuerza sobre la frente de Chirinos. Este pudo escaparse, y el objeto se estrelló contra el muro.

Tan inaudito atrevimiento en una mujer que, siendo hija de indios, era considerada como inferior á las bestias, merecia un castigo peor que la muerte. Ruiz Cobos sujetó á la jóven por la cintura.

Chirinos, ya convencido de que no se hallaba en aque-

lla habitacion Isabel Dorantes, que era el único objeto de sus pesquisas, se salió de allí con Salazar, en busca de nuevos aposentos, pronunciando al salir algunas cínicas palabras, que eran la órden de un tremendo castigo.

Ruiz Cobos y los demas secuaces del factor se estremecieron de gozo.

Aquellas jóvenes, completamente solas, abandonadas á la siniestra ferocidad de los esbirros, fueron acometidas.... ¡Qué horrible es la maldad cuando tiene la conciencia de quedar impune! ¡Qué honda desesperacion maldita la de un débil, cuando arrastrado fuera de la sociedad y de la ley, combate sin tener por testigos mas que la mirada impasible de Dios y la impura y sangrienta de sus verdugos!...

El robo y las escenas sacrílegas se repetian con otras damas en otras habitaciones del palacio. La tea que pone el colmo á las maldades, pretendiendo ahogarlas bajo el incendio, humeaba ya en las manos de algunos soldados españoles, cuando un estruendo de cascos de caballos y de armas y gritos salvajes, retumbó en los ámbitos del patio.

Un hombre entró corriendo adonde estaban los gobernadores, y con voz ahogada les dijo:

—Silencio! señores..... acaba de llegar Don Rodrigo de Paz!..... Viene amenazante.....

—Trae gente? preguntó Chirinos.

—Sí, replicó el hombre; viene con sus guardias.

—Bueno..... salid á todo escape; Barrientos debe hallarse en la casa de Farfan; decidle que abandone todo y venga al instante.

Barrientos habia quedado en la calle previniendo á su gente para cumplir las órdenes de Pero Almindes. Zamora, el trovador á quien dejamos oculto en el vano de una

puerta, lo habia escuchado todo. La jóven del balcon tampoco habia perdido ni una de las lúgubres palabras de aquella órden dada por Chirinos.

Cuando Barrientos se acercó á llamar en la puerta, la jóven (que era aquella Sara á quien conocen nuestros lectores) fué á despertar á toda su familia, y todos pudieron escaparse con tiempo, aunque con gran dificultad, por las azoteas. Entretanto, Zamora habia corrido á la casa del alguacil mayor. Rodrigo de Paz era gefe, protector y amigo de Zamora. Conocia sus amores. Debia ser el padrino de la boda, y era entonces el único que pudiera poner coto á los abusos que se preparaban.

Barrientos se mesó las barbas y arrojó tremendas maldiciones al hallar vacía la casa de Farfan. Hizo se registrasen hasta los muebles. Ya llevaban algun tiempo de estar en tal operacion, cuando llegó el enviado de Chirinos. Barrientos reunió á toda su gente y marchó al palacio. En uno de los corredores se detuvo ante un grupo de caballeros que altercaban á grandes voces.

—Basta ya! decia Rodrigo de Paz, dirigiéndose á Salazar y Chirinos. Abusais por tercera vez del poder que arrebatamos á Estrada y Albornoz para ponerle en vuestras manos. O bien moderais ese carácter tiránico y atroz que os arrastra al precipicio con la felicidad del reino, ó fuerte como soy todavía para domeñar una asonada y hacer temblar á los rebeldes, haré que descendais del puesto de esa autoridad que pretendeis trocar en instrumento de pillaje y de oscuras venganzas!

—Caballero! exclamó Chirinos, cuya frente se enrojeció de cólera.

—Silencio! replicó Rodrigo de Paz; vos sois aquí el úni-

co móvil de lo que acontece. El amor, el odio que abrigais por una dama que rechaza vuestro amor disoluto, es quien os trae á estos lugares en pos del desquite ó de un impuro deleite. Pero yo, Rodrigo de Paz, os juro que entre vos y esa jóven hallareis siempre la punta de mi espada!

—Lo que hallo siempre, dijo Pero Almindes enfurecido, es la punta de vuestra lengua. Mostrad la del acero, y ya veremos si el espíritu que alienta vuestra vanidosa charla, da á vuestro brazo lo que le sobra al mio para aterrar á un miserable!

—Por Santiago! exclamó Paz, desnudando la espada. Hartas ganas tenia de llegar á este lance; aquí me teneis!

—Qué haceis? dijo á este tiempo Salazar, metiéndose entre las espadas. Rodrigo! en nombre de nuestra amistad, conteneos! Chirinos!.... . en nombre del honor, en nombre del reino, evitad un conflicto!.....

A imitacion de Salazar, otros diez ó doce individuos se pusieron entre Paz y Chirinos. Cada uno de los combatientes fué aislado casi á fuerza, y conducido á gran distancia de su adversario. Por cima de los grupos de pacificadores se levantaban dos cabezas, la de Paz y la de Chirinos, arrojándose miradas impregnadas de cólera, y cambiándose horribles denuestos.

Salazar pugnaba por persuadir á Chirinos á que callase, recordándole cuán dudosa era todavía la situacion, y temeraria una disputa con el alguacil mayor, rodeado aún de servidores fieles y de prestigio. Todo fué en vano: Chirinos, á quien todo le era indiferente mientras Isabel no cayese en sus manos, continuó descargando sobre el alguacil una tempestad de improperios.

—Aprehended á ese hombre!....—gritó Rodrigo de Paz.

Los esbirros que acompañaban al gobernador huyeron al escuchar estas palabras. Cinco hombres de los diez que traia D. Rodrigo se acercaron á Chirinos y le ciñeron con un resplandor de picas.

—Vuestra espada, señor.....—le dijo uno de los guardias.

—Obedeced!.....—le dijo Salazar,—no seais indiscreto.....

—Mi espada!—dijo Chirinos apartando con ella las picas que amenazaban su pecho;—mi espada me la arrancareis con la vida..... atrás..... villanos!

Paz, viendo que los suyos retrocedian ante aquel amago, se volvió á Barrientos y le dijo:

—Capitan, sujetad á ese hombre.....

En este momento, un caballero cubierto con una capa roja y un sombrero con pluma negra, apareció en medio de todos como una sombra evocada por los conjuros de la magia.

Era Negromonte; sus ojos terribles clavaron como dos puñales en el pecho de D. Rodrigo. El alguacil mayor experimentó cierto involuntario terror ante aquella mirada, que tenia la inmobilidad y el brillo siniestro de la de una esfinge.

—A qué venís aquí?—dijo Rodrigo de Paz oprimiendo convulsivamente la empuñadura de su espada.—Marcháos si no quereis que vuestra suerte se confunda con la de vuestro cómplice.

—Barrientos!—dijo Negromonte.

—Señor!.....

—Aprehended á ese caballero.

—A mí!—dijo Rodrigo de Paz.

—Qué esperais?—dijo Negromonte á Barrientos.

Este se adelantó á D. Rodrigo y le pidió la espada.

—Cómo!—exclamó el alguacil mayor en el colmo de la sorpresa;—vos!..... Barrientos!..... mi soldado..... mi amigo! venís á aprehenderme?.....

—Vuestra espada, señor.

Paz, fulminado por aquella traicion que conoció hasta entonces, permaneció mudo y atónito por algunos momentos. Vínole despues una reaccion de cólera; la indignacion envolvió su frente como en un velo de sangre; y ciego, desatentado, frenético, levantó la espada y arremetió con Negromonte.

Este dió un salto hácia atrás y requirió el acero. Ninguno de los que presenciaron aquel lance supo explicar cómo, ni por dónde, ni en cuantos pedazos voló al primer golpe la espada de Rodrigo de Paz. Un silbido, un chorro de chispas azuladas, un grito de coraje, fué todo lo que vieron y oyeron los circunstantes.

Sujetadle,—dijo Negromonte envainando.

Rodrigo de Paz fué derribado; y la mordaza, que era forzoso aplicar siempre á los presos, llenó su boca; y los cordeles comenzaron á imprimir dolorosos círculos en todos sus miembros.

A una señal de Negromonte, Paz fué levantado como en cierta noche lo fué Jorge Villadiego, y llevado en peso por cuatro hombres, salió de palacio lanzando ahogados gritos de rabiosa impotencia.

Barrientos y sus milicianos le siguieron.

Cuando los dos gobernadores quedaron solos con D. Pedro, Salazar, cobarde por naturaleza, y azorado con la temeridad del golpe que acababa de darse, interrogó al autor de aquello que él tenia por un desacierto:

—¿Y no temeis,—le dijo,—las consecuencias de esta accion? Rodrigo de Paz es poderoso todavía. Hoy, por la postrera vez, debiamos habernos presentado respetuosos y humildes.....

—Humildes!—dijo Negromonte;—ya lo hemos sido mucho tiempo..... sobre todo, si Dios guarda para los humildes el reino de los cielos, el diablo reserva el de la tierra para los audaces.

9

LA CATÁSTROFE.

CONCLUYAMOS.

Los pálidos resplandores de la madrugada comenzaron á penetrar por una reja colocada en la bóveda del calabozo, donde Paz, arrojado sobre las baldosas, y aun ceñido por las ataduras, habia pasado en el insomnio las horas de una noche de angustia. Con la luz del crepúsculo parecia extenderse un velo de nieve por los muros de aquel recinto. El piso era negro, fangoso, frio tambien por la trasudacion continua de las aguas. Los miembros de Rodrigo de Paz se habian entumecido. Su rica vestidura y su brillante cabellera tenian costras de un barro infecto. La ira, la posicion, los lazos que impedian la libre circulacion de la sangre, los esfuerzos contínuos para romperlos ó aflojarlos habian puesto inyectados, casi apopléticos, los ojos del alguacil mayor. Los cordeles que cruzaban sus manos corrian por hondos surcos de una piel hinchada y lívida.

De repente oyóse que se descorrian los cerrojos. Una pesada puerta giró sin hacer el menor ruido, y Salazar apareció llevando en su semblante hipócrita la misma respetuosa compasion con que otras veces habia revestido su perfidia.

—Ira de Dios!—exclamó al entrar. Hola! Montealto!—gritó asomándose á la puerta.—Vilchis!..... Pero Afan!.... canalla!.....

Pronto acudieron tres hombres, sufocados por la carrera.

—Quién os ha dicho,—añadió el gobernador haciendo el ademán de embestirlos;—quién os ha dicho que debeis tratar á un caballero como el último de los miserables.

—Señor.....—balbutió apenas uno de los carceleros; —no hemos recibido órdenes.....

—Quién es aquí el alcaide?

—Moncada..... señor.....

—Decidle que venga.

—Señor..... Moncada no se encuentra en este momento en la.....

—Bien, ya veremos..... desatad á ese caballero.....

Todos se pusieron á la obra. Tres puñales relucientes, y ligeros como la tijera, trozaron al instante los círculos de los cordeles.

Don Rodrigo, ayudado por los carceleros, se puso en pié, dando á Salazar las gracias con la expresion de una mirada.

—Afuera!.....—dijo Salazar á los carceleros.

Estos salieron cabizbajos; diríase que sus espadas se recogian hácia atrás, con el mísero temblor de la cola de un perro.

—Don Rodrigo,—dijo Salazar cuando quedaron solos,

—aquí me teneis á vuestro lado, pronto á sacrificar por vuestra salvacion mi puesto y mi existencia.

—Gracias.....—murmuró Rodrigo de Paz.

—Sin embargo,—continuó Salazar;—todo será inútil mientras vos, fiel, con justicia, á la memoria de D. Hernando, no arrojeis sus tesoros en manos de Chirinos, quien exige este precio en cambio de vuestra vida.

—Tesoros!.....—exclamó D. Rodrigo;—decidle á Pero Almindes que todo lo que yo poseia de D. Hernando ha pasado ya por sus manos á las arcas del fisco. El oro quintado en España. Sesenta mil pesos de oro que dijeron debia Cortés á las cajas reales. Doscientos arcabuces, cuatro piezas de artillería, seiscientas lanzas, y gran número de fardos que contenian los presentes de Moctezuma; y por último, cien vasos de oro que Cortés depositó en la casa de Gonzalo de Sandoval, han sido inventariados, y fueron recibidos por Negromonte. Ya nada queda sino la ruin fortuna que yo labré con mi trabajo; si la quereis, tomadla.

—Mirad que os perdeis, D. Rodrigo.

—Y cómo evitarlo?.....

—Mirad que Pero Almindes os tiene bajo su poder, y es un hombre inflexible.

—Y bien?..... yo no podré dar ese tesoro que habeis soñado.

—Rodrigo!

—Así pudiérais aplicarme el tormento.

—Cuidado! Habeis pronunciado la palabra que el terror y la compasion detenian en mis labios.

Rodrigo de Paz palideció y tuvo que reclinarse en la pared para buscar apoyo á su cuerpo desfallecido. Vió que estaba decretada su perdicion. La luz de una siniestra cer-

tidumbre iluminó hasta el fondo toda la hondura del abismo.

—Qué teneis? preguntó Salazar.

Rodrigo, despues de haber tomado algunos instantes para serenarse, repuso con firmeza:

—Nada. Veo que vos, el único en quien yo confiaba para libertarme de las asechanzas de mis enemigos, no sois mas que un nuevo traidor, enviado aquí para obtener por la amistad lo que nunca lograreis por las amenazas.

—Tanto peor para vos. La avaricia, pues no puede llamarse de otro modo el terco empeño que mostrais por ocultar esos tesoros, entorpece vuestro espíritu, y os hará el juguete de un mal cálculo. Sereis puesto al tormento y tendreis que confesar á gritos y entre las torturas, la palabra que, dicha hoy en mi eido, os volverá la libertad, los bienes, el poder mismo. Pensais guardar ese dinero, y sereis tal vez despedazado, y al fin vuestro secreto saldrá saludado por el júbilo de Pero Almindes, mientras vos, sacrificado inútilmente, os sepultareis en el olvido bajo la tumba. Cortés ha muerto: ¿quién os tomará cuenta de sus bienes? Si pensais guardarlos para vos, D. Rodrigo, mirad que nada valen los tesoros todos de la tierra, cuando despiden, como los de D. Hernando, una aura venenosa, que si la respirais, os hiere de muerte. Pronunciad una sola palabra....

—Basta! exclamó Rodrigo de Paz, mostrando en su cabeza erguida la noble resolucion que desafia el martirio; mi última palabra ya la habeis escuchado: ahora, haced lo que gusteis. Dios me mira, y aquí espero la muerte.

—Y dale! Os digo que os perdeis y me perdeis á mí, D. Rodrigo.

—Id, y repetid mis palabras á vuestros cómplices..... añadido: que si aquí muero abandonado por la justicia hu-

mana, queda en el cielo un tribunal que envolverá en un fallo de perdicion eterna á los culpables.

—Os empeñais?..... repitió Salazar, haciendo un ademán para retirarse.

Rodrigo de Paz le volvió la espalda.

—Bien, dijo Salazar con siniestra calma. Pronto vereis la consecuencia de este capricho.

En seguida salió.

Pasaron dos horas. Paz, casi rendido por el cúmulo de reflexiones y recuerdos que vienen á agitarse en torno de un hombre próximo á la hora postrera, iba cayendo en ese sueño que duerme un sentenciado bajo la sombra fria de una ala de la muerte.

Los cerrojos volvieron á descorrerse. Rodrigo de Paz levantó el rostro y se encontró con Chirinos.

—Qué buscais aquí? le dijo.

—No lo adivinais? repuso Chirinos.

—Ah! exclamó D. Rodrigo con amargura; si fuérais verdaderamente noble, buscaríais mi espada.

—Mirad,—dijo Chirinos;—yo que no he temido la vuestra cuando rodeado por vuestros esbirros érais dueño de mi vida, tampoco os temeria solo y aherrojado en el fondo de esta mazmorra. Fácil me seria mandar que os devolviesen vuestra espada, y un momento de libertad para que cumplieseis vuestro antojo; pero yo no lograria lo que quiero..... Abreviemos..... En este instante se previenen para vos los aparatos del tormento. Salazar, vuestro amigo, mandará que os dilaceren las carnes y os pulvericen los huesos, mientras no digais adónde están ocultos los tesoros de D. Hernando. Pues, bien, yo puedo salvaros á vos junto con los tesoros, como querais

decirme..... adónde se oculta esa mujer que os empeñais en.....

—Miserable!—exclamó Rodrigo de Paz poniéndose en pié y levantando el puño sobre Chirinos.—Aunque ignorara que venís á engañarme con mentidas promesas; aunque no supiera que despues de arrojar á esa mujer en vuestros brazos, vos me dejaríais en los de los verdugos, nunca os permitiera tocar, infame! al débil que busca amparo en mi nobleza y proteccion bajo mi espada!

A este tiempo resonó por fuera de la puerta el golpe dado por las culatas de los arcabuces en las losas de la pieza inmediata. Moncada, el alcaide, asomó la cabeza y llamó por su nombre á Rodrigo de Paz.

—Esperad un momento, le dijo Chirinos: despues se dirigió al alguacil mayor, y le dijo:

—Decidíos pronto.

—Atrás! exclamó D. Rodrigo, haciendo á un lado á Pero Almindes. Despues se encaminó hácia la puerta, se colocó entre los soldados, y dijo al alcaide:

—Guiad, señor Moncada.

Rodrigo de Paz siguió por una inmensa galería, cruzó por varios pasadizos y llegó á un patio sin arcos, inculto, medio ruinoso, el mismo en uno de cuyos ángulos se abria la entrada de ese calabozo adonde poco antes resonaron las maldiciones de Zapata. Paz fué introducido en aquel antro.

Allí estaban ahora tres hombres; la mitad inferior de sus cuerpos estaba iluminada por los turbios rayos de una linterna puesta sobre el suelo: las cabezas, de una inmobilidad fatídica, dejaban ver apenas el blanco de unos ojos siniestros. En un rincon veíase quién sabe que bostezo ilu-

minado por brasas. Era la boca de una hornilla. Encima, sobre las tinieblas, parecian flotar velos mas negros que la noche, y escuchábase ese sordo habladero que sale del fondo de una olla hirviente. Se aspiraba un nauseabundo hedor de cochambre. La atmósfera, insensible á las ardientes emanaciones del brasero, conservaba toda la frialdad acumulada allí por el aliento de las profundidades.

Paz volvió á sentir que su cuerpo desfallecia. Aquellas brasas parecian mirarle desde el fondo de la eternidad, con una mirada de exterminio.

—Por vez postrera,—dijo una voz que era la de Salazar, —os conjuro á que me digais á dó se ocultan los tesoros.

Paz buscó entre las sombras al gobernador, y fijándose en el bulto de uno de los carceleros, que le pareció Salazar, exclamó:

—Miserable!..... conque teneis valor para convertir en realidad vuestras amenazas? Conque yo me engañaba creyendo que conservaríais un resto de humanidad y de nobleza?.....

—Qué quereis?—repuso Salazar;—echad la culpa á vuestra necia obstinacion en guardar silencio.....

—Pero esto es imposible,—dijo Rodrigo de Paz enjugándose el sudor frio que corria por su frente;—lo que vais á cometer es un crímen.....

—Llamadle como os plazca.

—Pero qué..... pensais asesinarme aquí en la oscuridad..... sin testigos? Yo no pido la vida; pero sacadme afuera, juzgadme á la luz, y si teneis justicia, ahorcadme ante la faz del pueblo.....

—Eso lo veremos despues..... ahora no saldreis de aquí, mientras yo no sepa adónde teneis esos tesoros.

—Ira de Dios! ya os dije que Cortés se habia llevado sus caudales. La parte que me dejó encomendada la teneis ya toda, mi mismo patrimonio.....

—Lázaro!.....—dijo Salazar.

Uno de los tres hombres que allí estaban se acercó al gobernador, y despues, á una señal de este, se dirigió á Rodrigo de Paz y quiso tomarle por un brazo.

—Infame!—exclamó D. Rodrigo amenazando á Salazar con el puño;—venís aquí para gozar con mi agonía..... pues bien!.....—añadió buscando el puñal en su cintura; —no mutilareis mas que un cadáver, si ántes no logro abrirme paso por el vuestro! Atrás!

Don Rodrigo levantó el brazo; pero una mano tosca, hercúlea, poderosa, le afianzó por el puño, mientras otras manos semejantes le sujetaban por el cuello, y unos brazos vigorosos le ceñian por las corvas.

—A la cama!—dijo Salazar.

En otro rincon del calabozo estaba una tarima, en cuyos bordes colgaba una hilera de argollas. Allí fué colocado de espaldas Rodrigo de Paz.

Un fuerte lazo pasó por su garganta y fué á anudarse en las argollas; otro lazo pasó por su pecho; despues un tercero se enroscó por su vientre, y del mismo modo siguieron otros por las piernas, hasta dejarle en la inmobilidad completa. Rodrigo de Paz gemia sordamente; sus piés habian quedado fuera de la tabla. Un hombre se acercó á descalzarlos; otro tomó la linterna, se dirigió al brasero, y asomó la luz sobre una especie de caldera donde borbotaba un líquido. Era aceite.

—Erre!..... dijo el hombre sacudiendo una mano;— esto salta como demonio.

—Llena el jarro..... dijo otro de los hombres,—y acerca por aquí la candela.

—Vais á atormentarme inútilmente,—dijo Paz poniendo en Salazar una mirada horrible á fuerza de ser angustiada;—pensad en Dios que nos mira en este momento. Él os pedirá cuenta de esta injusticia.....

Salazar no replicó. De repente se oyó escurrir el líquido; Paz lanzó un grito agudo; una especie de aullido siniestro, desgarrador, espantoso; su cuerpo fué agitado por estremecimientos que hacian rechinar las ataduras; sus piés se atirantaron, y quedaron como tiritando bajo la impresion de un dolor supremo.

—Hablareis?—dijo Salazar

—Nunca!—exclamó D. Rodrigo.

Siguió el segundo jarro. La piel, esfacelada en un instante por aquel cáustico, se abrió por varias partes dejando ver la carne viva de los músculos. Paz no habló, y el tercer chorro hirviente comenzó á caer sobre aquella carne.

—Matadme!..... por Dios!..... exclamó D. Rodrigo cuyo rostro se habia puesto inconocible; tal era la lividez, la demacracion que habian impreso en él algunos instantes de aquel tormento.

—Al otro;—dijo Salazar sin perder su calma.

Paz no se movió; se habia desmayado.

—Vamos,—dijo Salazar;—será necesario aplicarle un pediluvio para que recobre el sentido: acercad la caldera.

Dos de los verdugos ejecutaron la órden.

—Tambien el anafe?—preguntó uno de ellos.

—Tambien.

La caldera, puesta sobre los carbones, fué llevada hasta tocar con una extremidad de la tarima. Uno de los ejecu-

tores aflojó ligeramente las ligaduras, tomó á Rodrigo de Paz por una pierna, y le atrajo hasta que las corvas se doblaron sobre el filo de la tabla. Los piés, sostenidos por el verdugo, fueron bajando poco á poco hasta quedar sumergidos en la caldera.

Paz abrió los ojos, enderezó la cabeza lo mas que pudo, y recorrió los ángulos del calabozo con una mirada. Volvió despues á su postura, y se quedó viendo tranquilamente á los verdugos.

Aquella tranquilidad causaba miedo; aquella mirada era triste, contemplativa, y, cosa horrible! era amorosa.

Entretanto los piés hervian en el aceite. Un observador que se inclinara en ese instante sobre el rostro marmóreo de D. Rodrigo para examinar aquellos ojos, se hubiera espantado. Tras de aquella dulzura se adivinaba una fijeza, un no sé qué letal, sombrío, imponente como la oscuridad de la tumba.

Las pupilas estaban tan dilatadas, que los ojos, de azules que eran, se habian vuelto enteramente negros.

De súbito, las facciones de Rodrigo de Paz se contrajeron, dió un nuevo grito mas agudo y mas dilatado que el primero, y desbordóse por sus párpados un torrente de lágrimas.

—Piedad!.....—exclamó agitado ya por las convulsiones.

—Está en vuestra mano.....—dijo la voz impasible de Salazar.

Don Rodrigo no pudo contestar á estas palabras. Su garganta parecia estrangularse con repetidas contracciones de vómito. Esto convirtió los gritos en horribles pujidos. Parecia que los verdugos ayudaban un parto.

A poco, Rodrigo de Paz volvió á desmayarse.

—Basta,—dijo Salazar;—trasportad á ese hombre á la galería de las ventanas. Allí está un lecho.....

Despues salió.

Lázaro retiró el anafe con la caldera, y dijo á los otros dos carceleros:

—Eh! compadres, sacad eso al patio, hiede á demonio.

La caldera fué trasportada al lugar designado por aquel hombre. Cuando estuvo en la luz, uno de los verdugos creyó ver que algo informe se movia bajo la superficie del aceite. Fué entonces á un rincon del patio, y volvió trayendo un pedazo de pala. Metió aquello en la caldera, y comenzó á remover el líquido.

—Cáspita!—exclamó por fin, examinando cierto objeto que se mantenia equilibrado sobre la extremidad de la pala.—Jeofre!..... Canario!..... qué animal es este?..... Jeofre!.....

El otro carcelero, que se entretenia en rociar con agua los carbones del anafe, abandonó su ocupacion y vino á á examinar el objeto que su compañero le mostraba.

—Diablo!.....—exclamó haciendo un gesto.

Lo que acababa de presentarse ante su vista era un pié horrorosamente hinchado, pálido, recocho en el aceite, y medio envuelto por unos cuantos pingajos humeantes, que goteaban sobre la caldera.

—Buen puchero.....—murmuró Jeofre pellizcando el talon de aquel pié difunto. Despues soltó una risotada. Aquella escena era repugnante. Algunos soldados que se habian ido acercando lentamente atraidos por la curiosidad, huyeron horrorizados.....

En la noche, Rodrigo de Paz yacia sobre un colchon

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

La vuelta de los muertos.

puesto sobre las baldosas de un extenso y solitario aposento, débilmente alumbrado por una lámpara. El alguacil mayor, presa de una fiebre devoradora, se agitaba sacando fuera de las sábanas sus troncos horriblemente mutilados.

Despues caia en el estupor; á poco se animaba y estremecia las bóvedas con sus lamentos. Luego se apoderaba de él un vago delirio, y comenzaba á musitar palabras que parecian respuestas de no se sabe qué preguntas oidas por él solo, enviadas acaso de la eternidad sobre las alas de un susurro de la noche.

El centinela colocado en la puerta..... temerian que D. Rodrigo se les escapase?..... El centinela colocado allí para estorbar la fuga del moribundo, era por una casualidad que nada tenia de extraño, un personaje que ya tenemos conocido, Zancadilla. El pobre hidalgo estaba como en un suplicio. Los gemidos de Rodrigo de Paz le enternecian, y sus palabras delirantes le daban miedo.

Haria media hora que el enfermo se habia calmado, y á la sazon parecia dormir un sueño tranquilo.

De repente se incorporó, giró sobre su asiento, y quedó sentado en el colchon con las piernas extendidas sobre las baldosas.

—Pedro!..... dijo recordando seguramente á su hermano.

—Mandais algo? señor,—preguntó Zancadilla.

—Sí..... acércate.

Zancadilla, que ignoraba fuese aquello un delirio, se acercó lentamente hasta el lecho de D. Rodrigo.

—Mira,—dijo el alguacil mayor buscando algo por debajo de la almohada;—vé, y dale esta llave á D. Francisco

de Medina; que abra, y le entregue todo á Sandoval, y que venga al instante..... acerca ese caballo..... A Barrientos, que tenga cien lanzas listas para las cuatro de la tarde..... á ver, dame mas agua porque hoy hemos corrido como demonios..... agua!.....

Zancadilla tomó un cántaro que los carceleros habian dejado allá para el preso, y le acercó á los áridos labios de Rodrigo de Paz. Este comenzó á beber; pudieran ennumerarse los tragos, por el extraño ruido que producia el agua al pasar por aquella garganta insaciable.

Calmada la sed por un momento, D. Rodrigo se recostó en la almohada. Zancadilla arrimó el cántaro á un rincon, y se volvió á su puesto.

Pasaron las horas.

Zancadilla, reclinado en su pica, empezaba á dormirse; el viento se oia resonar por las calles como los aullidos de una jauría satánica. Manos invisibles hacian rechinar las vidrieras de las ventanas, perdidos soplos cruzaban por el aposento, la lámpara oscilaba, y por el fondo de la bóveda se veían revolotear fatídicas sombras.

Las campanas del monasterio de San Francisco dieron las dos de la mañana.

Oyéronse pasos.....

Pero antes de pasar adelante, necesitamos trasportarnos al rastrillo de la fortaleza. Una dama y un caballero acababan de llegar allí, rogando al centinela que llamase al alcaide.

—No puedo abandonar mi puesto,—dijo el soldado.

—Bueno,—repuso el caballero pasando un brazo por las rejas de la empalizada;—¿no habrá por ahí alguno que por estos tres ducados quiera llamarnos á Moncada?

—A ver,—dijo el otro;—veremos.

Pronto se abrió el rastrillo, y dama y caballero se encontraron con el alcaide.

—Venís tarde,—díjoles este.

—Qué!..... qué decis?..... preguntó la dama.

—Que puesto que es imposible dar cumplimiento á lo pactado, os dignareis volver á tomar vuestro dinero.

—Pero..... á ver..... qué ha pasado?..... explicáos, por el cielo.

—Rodrigo de Paz habrá dejado de existir dentro de algunas horas.

—Sí?..... pero vamos..... por qué?.....

—Se le aplicó el tormento.....

La dama dejó escapar un sofocado grito, y estrechó llena de horror el brazo de su compañero.

—No importa!—dijo este;—así nos llevaremos á D. Rodrigo.

—Moribundo?—preguntó el alcaide.

—Muerto!.....—dijo el otro:—llevadnos adonde está su cadáver.

Moncada vaciló por un momento, despues se alejó algunos pasos, llamó al centinela y le dijo:

—Llevad á estos señores á la galería de las ventanas; dadme acá el arcabuz.

El alcaide quedó haciendo la guardia en el rastrillo, mientras las otras dos personas, guiadas por el centinela, se perdieron en el sombrío de la esplanada. Los pasos se alejaron. Moncada, ya solo, sintió miedo ante la presencia pavorosa de la noche. El cielo estaba lívido, negras masas informes se cernian en los aires. El ventarron seguia azotando con sus ráfagas los almenares de la fortaleza, y ar-

rancando del seno de los horizontes el eco de lúgubres y dilatados gemidos. Los árboles se levantaban, mezclando con los nubarrones sus cabelleras susurrantes. Crujia la empalizada, llovian hojas. De cuando en cuando las alas del viento se enredaban en los cañizares del foso, y metian un ruido verdaderamente siniestro. A veces era peor; diríase que aquellas cañas se acometian á garrotazos.

Moncada se envolvió la cabeza con el capote.

De repente sintió que una mano se apoyaba en su espalda. Aquella mano parecia tener propiedades galvánicas. La cabeza del pobre alcaide se erizó como la cola de un gato. Sus mandíbulas se trabaron, su cuerpo todo fué acometido de un calambre.

Entonces la mano le tomó por el cuello y le sacudió con violencia.

—Con mil diablos!—dijo una voz colérica;—tendré que levantaros á puntapiés, señor Moncada?.....

El alcaide reconoció la voz de Chirinos, y se puso en pié de un salto.

—Qué haceis aquí?—le preguntó Chirinos.

—Señor.....—tartamudeó Moncada.....

—Qué haceis aquí?.....

—Señor..... yo..... yo.....

—Vamos, todo lo he visto y lo he escuchado ..... pero nada temais; por el contrario, mereceis mi gratitud, y seguireis ayudándome.

—Soy un criado de vuesamerced, señor.....

—Conoceis á esa dama?.....

—No es la esposa de Dorantes?

—Bien..... y al caballero?

—Oh! sí..... es soldado antiguo de Cortés. Zapata.

—Me alegro..... yo me figuraba..... pero ¿es él quien preparaba la fuga de Rodrigo de Paz? no habeis podido descubrir si es agente de otra persona?

—Yo?..... no..... pero creo sospechar quién es el móvil de la empresa.

—Quién?

—Es una persona..... pero esto no pasa de una vaga sospecha.

—Quién?

—El padre Valencia.....

—Valencia!.....

—Sí, señor; la dama le fué entregada ayer por D. Francisco de Medina. Cómo ha podido salir esta dama?.....

—Tal vez acertais..... este fraile se cree poderoso con el arma de la excomunion, y no teme provocar nuestra cólera. El monasterio ha comenzado á convertirse en guarida, y Valencia en paladion de los rebeldes..... pero juro á Dios que haré un ejemplar que los pasme de espanto.... En fin, por ahora necesito apoderarme de esa mujer..... el diablo me la trae precisamente á las mazmorras donde pensaba sepultarla..... colocad aquí algunos hombres bien armados, y seguidme.

Dicho esto, el alcaide y el gobernador se pusieron en marcha.

Moncada dió sus órdenes al gefe de la guardia, y siguió á Chirinos á la galeria donde se hallaba D. Rodrigo.

Isabel acababa de arrojarse llorando sobre el lecho del alguacil mayor, y Zapata, en pié y cabizbajo, contemplaba aquella escena con ademán de indignacion, y al mismo tiempo de ternura.

Chirinos apareció en la puerta.

Zapata quedó inmóbil; el miedo heló el grito que iba á escaparse de su garganta.

Chirinos se volvió al alcaide, que venia acompañado por cuatro hombres, y le dijo designando al noble escudero de Isabel:

—Sujetad á ese hombre.

Entonces fué cuando Isabel volvió el rostro, y saltó como impulsada por un resorte.

Hola!—dijo Chirinos;—parece que os desagrada mi presencia..... teneis razon, señora; aquí no encontrareis ningun galan nocturno que os defienda de la justicia.

—Caballero.....—exclamó Isabel temblando de piés á cabeza;—yo nunca os he ofendido..... y venís á ultrajarme.....

—Moncada,—dijo Chirinos volviéndose al alcaide;—sujetad tambien á esa mujer.

—Oh, señor!—exclamó la jóven;—qué vais á hacer?.... en qué puedo ofenderos?..... es un crímen haberme negado á la deshonra?..... por qué me pedís un imposible?....

—Ira de Dios!—gritó Chirinos dando un empellon al alcaide;—os movereis, testarudo? que sujeteis á esa mujer os he dicho; ponedla una mordaza para que calle.

Moncada y otros dos hombres se lanzaron sobre Isabel, que dió un gemido y se abrazó con fuerza del cuello de Rodrigo de Paz.

Al mismo tiempo Zapata disparó dos tremebundos puñetazos, y dos hombres que le custodiaban rodaron al suelo. Veloz como un relámpago desnudó la espada y se lanzó sobre el alcaide.

Chirinos, rápido tambien, paró el golpe. Zapata se volvió y acometió á Chirinos. Entretanto, los dos carceleros

derribados se pusieron en pié y atacaron á Zapata por las espaldas. El bravo soldado de Cortés pudo afortunadamente ganar con tiempo un ángulo de la galería, y puso á cubierto su retaguardia.

Como toda lucha desigual, esta tomó el innoble aspecto de una matanza. Con todo, el puño de Zapata, desplegando un vigor y una destreza increibles en su edad y en su clase, dominaba aquellas tres espadas que retrocedian y que parecian temblar al restallido de su acero.

Para Zapata debia ser siempre el mismo el resultado de la lucha, de cualquier modo que esta terminase. La muerte le esperaba, vencedor ó vencido. En aquel rincon, si no mataba, le hacian trizas; si mataba rodaria hasta el fondo de una mazmorra, ó su cuerpo se columpiaria colgado de un dogal sobre los fosos de la fortaleza. La esperanza hace á los mártires; pero la desesperacion hace á los héroes. Zapata redobló sus golpes. Poco despues uno de sus adversarios dió un rugido y se apartó de la escena, vertiendo chorros de sangre por una de sus órbitas.

No era menos atroz la escena que tenia lugar con Isabel y los hombres de Moncada. Estos eran Lázaro y Jeofre, los dos verdugos, prontos siempre para la violencia.

Lázaro clavó sus garras en el vestido de Isabel, y la atrajo. Las faldas crugieron, la jóven se asió con mas fuerza á Rodrigo de Paz, y ambos y el colchon fueron arrastrados hasta el centro de la galería.

Jeofre y Moncada se precipitaron sobre Isabel y la afianzaron, cada uno por un brazo. Los labios de la infeliz se abrian para lanzar terrorosos gemidos de angustia. Paz, atacado por el desvarío, pretendia ponerse en pié y arañaba el suelo con los muñones. Zancadilla, mudo espectador

de aquella infame bacanal de asesinos, mezclaba á la algazara gritos ahogados de ¡socorro!

—Qué es esto?.....—dijo de repente una voz que dominó el tumulto.

Las espadas cayeron, los gritos cesaron, y un silencio de sorpresa y de confusion reinó en el aposento.

En la puerta estaba una figura sombría. Era Negromonte.

—Amparadnos..... señor..... exclamó Isabel arrastrándose hasta los piés del secretario. Quien quiera que seais, caballero, impedid ¡por Dios! que se cometa aquí una infamia!.....

—Alzad, señora, replicó Negromonte inclinándose para ayudar á la jóven; nada temais estando yo aquí para ampararos.

Isabel, sintiéndose aliviada con aquella aparicion, y mas con aquellas consoladoras palabras, sonrió con dulzura, se abrazó á las rodillas de Negromonte y rompió en llanto.

—Señora..... dijo D. Pedro, desciñéndose con suavidad aquellos brazos y poniendo en su voz una expresion insólita de cariño. Conozco la amargura que este ultraje debe haber derramado en vuestra alma, y quisiera vengaros. Pero si no alcanza á tanto mi poder, en cambio podré devolveros parte de la felicidad que habeis perdido. Alzáos, señora, y partid, os lo suplico, de este lugar funesto.

Isabel se habia puesto en pié, y sollozaba casi sobre el pecho de Negromonte.

—Y voz,—añadió este dirigiéndose á Zapata, que aun permanecia contemplándole bajo la impresion de un fatal recuerdo;—acompañad á esta dama al sitio de donde la ha-

beis traido. Llevadla en la litera que destinábais á Rodrigo de Paz.

Zapata envainó el acero y cruzó por entre sus adversarios, que le vieron pasar atónitos. Cuando llegó junto á D. Pedro, le dijo descubriendo su cabeza humedecida por el sudor de la lucha.

—Señor!.....yo no tengo el alto honor de conoceros; no sé quién sois, y tal vez cometa yo una falta..... mas dignáos permitir que un pobre admirador de vuestra noble generosidad, estreche contra su corazon esa mano que defiende al débil, que ampara á la inocencia, y aterroriza á los infames.....

—Tomadla, *caballero;*—dijo Negromonte presentando su mano;—ella es inútil para vos que sois un valiente.....

Zapata, conmovido tambien con aquella lisonja, estrechó con efusion y bañó con algunas lágrimas la mano de D. Pedro.

—Vamos,—dijo este;—lleváos á esta jóven; y vos, señora, me vereis pronto para hablaros de vuestras esperanzas; id con Dios, y estad tranquila respecto de vuestra suerte.

Isabel fué á depositar un beso en la frente de Rodrigo de Paz.

El desdichado murmuró algunas palabras inconexas en que se mezclaban los nombres de su hermano, de Arróyave y de Francisco de Medina. Despues reclinó su sien calenturienta sobre el seno de la jóven, y prorumpió en sollozos.

Isabel le envolvió en un abrazo de inmensa afliccion, y se desahogó en nuevo lloro.

Al fin tuvo que desprenderse de Rodrigo de Paz, y salió seguida por Zapata.

A una señal de Negromonte salió tambien Moncada,

seguido por sus carceleros. Zancadilla estaba petrificado.

Lázaro!—gritó Negromonte;—tú, quédate;—luego dijo á Chirinos:

—Señor Pero Almindes, habeis olvidado, segun creo, que respondíais de vuestro juramento con la cabeza.....

Chirinos dió un salto y retrocedió hasta la pared, fijando miradas de indescribible asombro, ya en Lazaro, ya en Negromonte.

—Venís á asesinarme!—exclamó.

—No tal; solamente vengo á recordaros vuestra palabra. Serenáos.....

—Pero ese hombre!—murmuró Chirinos viendo profundamente á Lázaro.

—Nada temais,—dijo D. Pedro;—vuestras locuras de estudiante no comprometen todavía los negocios hasta el grado de que tengais que temblar ante la cuchilla de ese hombre.

Chirinos, procurando disimular el estremecimiento que le causaban estas palabras,

—Bien, repuso;—yo os juro de nuevo, que sacrificaré mi amor á la esperanza de mi grandeza. Pero decidme, ¿qué influencia puede tener ya esa mujer en la marcha de nuestros destinos?

—Ya lo sabreis todo; salgamos.

Chirinos arregló su desordenada cabellera, levantó su sombrero que habia caido con la agitacion del combate, y se dispuso á abandonar aquel sitio que le parecia sepulcral. Antes de salir Negromonte se detuvo en la puerta, y designando á Rodrigo de Paz, dijo á Lázaro, que permanecia con los brazos cruzados, siniestro bajo el débil resplandor de la lámpara:

—Lázaro..... haz tu oficio.

El verdugo se acercó á Rodrigo de Paz.....

La aurora del siguiente dia, 9 de Agosto, descubrió á las miradas del pueblo un cadáver suspendido por una cadena á la garrucha de la horca.

El muerto aquel parecia haber sido arrastrado por los charcos de la esplanada; tan empapado así estaba su desordenado trage. La cabellera caida sobre el rostro dejaba ver apenas una azulada línea que era la nariz, y una boca denegrida teniendo afianzado entre los dientes un lívido colgajo, que era la lengua. El cuerpo, atirantado como la cadena, giraba lentamente haciendo relumbrar la botonadura del justillo, y descubria el perfil de aquella fúnebre cabeza dormida, cuya noble expresion no habia podido ser desfigurada ni por las contracciones del dolor ni por el gesto de la muerte.

Los vecinos se acercaban á verle, y huian espantados al reconocer las facciones de Rodrigo de Paz en las de aquel horrendo ajusticiado.

Paz habia cesado de existir.

Sobre aquel monumento de la crueldad y la ambicion de los gobernadores, quedaban escritas con sangre y fuego estas palabras: *es mas terrible y mas seguro el castigo de los débiles que el de los perversos.*

LIBRO TERCERO

UN GOBIERNO EN BONANZA

Perchè fumin più lante ed odorose
Le vostre mense, é vi corchiate il fianco
In più morbido letto.....
.....
Far che pianga l'onesto cittadino
L'utile artista.....

MOTTI.— *Galeot.— Manfred.*

1

Que á grandes saltos pasará por los acontecimientos de seis meses, para acercarse al último libro de esta historia.

MUERTO Rodrigo de Paz, Medina muerto en Nicalanco, la tiranía rasgó el velo del temor; y henchida de insolente audacia se lanzó ya libre en los horrores de la persecucion y del pillaje. La codicia de Salazar y Chirinos subió de punto. Los criados de Rodrigo de Paz fueron sometidos á la misma prueba que su señor, para arrancarles el fatal secreto de los *tesoros*.

«Despues, continúa el verídico historiador que hemos citado en otras páginas, los gobernadores, para no omitir diligencia en las pesquisas de estos tesoros, taladraron los cimientos del palacio de Cortés; y Salazar, que queria conci-

liarse la amistad de Albornoz, puso preso á Pedro de Paz, su enemigo; pero este escapó de la carcel, al retraimiento de San Francisco. Muerto Rodrigo de Paz, se creyeron Salazar y Chirinos que ninguno de los vecinos de México era capaz de disputarles el puesto que habian usurpado; no obstante, para todo lance se ganaron amigos; estos eran sus semejantes, porque los hombres de bien detestaban su perfidia. De aquella suerte de gente les pareció hacer caudal, creyendo que sacarian por ellos la cara, caso que la fortuna se mudara, sin acordarse de lo que ellos mismos habian hecho con Paz. En efecto, á estos dieron los repartimientos que Cortés habia distribuido entre sus soldados. En esto entendian, cuando advirtiendo que se hallaban fuera de México Francisco de las Casas, Gil Gonzalez y Diego Hurtado de Mendoza, capitanes de nombre, temieron que siendo estos amigos de Cortés, juntarian gente y vendrian sobre ellos; así que, para prevenirlos los hicieron prender, y con el pretexto de la muerte de Olid, los condenaron á pena capital. No les hubiera valido la apelacion al emperador, de que entonces no se hacia caso, si los vecinos de México, unidos, no hubieran mediado. Pero Salazar y Chirinos se libraron de estos enviándolos presos á Veracruz, y de allí haciéndoles embarcar para Castilla, en compañía de Juan de Peña su criado, á quien dió Salazar doce mil pesos en oro, con muchas joyas y ricos presentes para sus amigos, bien que todo se perdió cerca de la isla de Tayal. Al tiempo que estos navegan, los gobernadores, ansiosos de asegurar á los que se les habian escapado y refugiado en San Francisco, cercaron aquel convento, y sacados de él, los pusieron en la cárcel. Esta insolencia no la sufrió Fray Martin de Valencia, que era el juez eclesiástico en Mexico,

é inmediatamente requirió por tres veces á los gobernadores, amenazándoles con las censuras eclesiásticas, si no reponian en el mismo lugar á los retraidos; pero Salazar y Chirinos, sordos á estos requerimientos, no cesaron. Visto esto por el custodio, fulminó entredicho en la ciudad, y con sus frailes y vasos sagrados, salió en procesion de México, y se fué á Tlaxcala. Esta demostracion desconcertó los proyectos de los gobernadores, que se veian sin fuerzas bastantes para hacer frente á un pueblo que, tocado del poco respeto que mostraban á las penas eclesiásticas, iba á hacer en ellos un ejemplar; y así, poseidos de este temor, hicieron volver á los religiosos, y repusieron los retraidos en el convento. Fray Martin de Valencia, luego que volvió de Tlaxcala, los absolvió públicamente, bien que en este acto de religion se portaron con irreverencia, vomitando muchos dicterios contra los frailes, con grande escándalo de los buenos cristianos.

«Salazar y Chirinos con estas violencias no habian conseguido otra cosa que exasperar los ánimos de los vecinos de la ciudad, cuyo temor y disgustos les salia á la cara. No se les ocultó esto, y por lo mismo procuraron prevenir las consecuencias que de ahí y de la venida de Cortés podian nacer. Para esto, hicieron que se juntaran los ayuntamientos de las ciudades y villas del reino, y que nombraran procuradores que fueran á México á una junta general que reunieron; pero como toda ella estuvo á su devocion, anuló los nombramientos que Salazar y Chirinos tenian de gobernadores por Cortés, y se los libró en su nombre. Se quitaron los gobernadores y demas justicias que él mismo habia dejado, y se sustituyeron otros. En otra junta general se anularon los poderes que tenian Francisco de Mon-

tejo y Diego de Ocampo, para tratar los negocios de aquel reino en la corte, y se destinaron á sucederles Bernardino Vazquez de Tapia y Antonio Villaroel, grandes enemigos de Cortés, señalándoles grandes salarios y ayudas de costa. Villaroel, antes de partir, se presentó ante los gobernadores citando al difunto Rodrigo de Paz á que le pagase cierta cantidad de dinero que decia haberle ganado en el juego, y sin mas pruebas embargaron los bienes de Paz, y le hicieron pago de doce mil pesos. Conseguido esto, se embarcaron á Castilla con órden de contar á su modo lo que en México pasaba, y Salazar y Chirinos, asegurados en la gobernacion, manifestaron toda la perversidad de su ánimo, declarando sangrienta guerra á todos los amigos protegidos de Cortés, á quienes despojaron de sus repartimientos y bienes: hubieran querido asegurarlos á todos; pero no tuvieron esta satisfaccion, porque muchos se les escaparon de entre las manos, otros con tiempo se retiraron á sitios fragosos, y finalmente, algunos se ocultaron de tal manera, que no se supo de ellos hasta que Salazar y Chirinos fueron presos.

«Ni contentos con lo ejecutado, vejaron á los mexicanos, despachando por aquellas provincias hombres sin misericordia que los despojaron de las joyas, oro y plata, y de cuanto poseian de precioso, lo que los alborotó de tal manera, que los unos se huian á los montes, y otros mas animosos empuñaban las armas. En un solo pueblo mataron los mexicanos quince españoles, y propagada por aquellas provincias la nueva del saco que daban los ministros de los gobernadores, buena parte de las costas del Norte se sublevó, y el mal hubiera sido general, si la esperanza de que volviera Cortés no hubiera contenido á los demas.

«Entretanto, la noticia de los alborotos llegó á los gobernadores, que temerosos de que no se trasfundiesen á la capital, hicieron venir á ella cuantos españoles andaban empleados por todo el reino en la saca de los metales: con esto se descuidaron los quintos, y este ramo de la real hacienda se deterioró, y con todo que andaba una sublevacion general, no dejaron estos sus antiguas mañas: quitaron á Albornoz lo que habia juntado de los quintos, y esta cantidad, con las alhajas, oro y plata que habian robado á los mexicanos, las pusieron en manos de dos criados suyos que enviaron á la corte para entregar á sus protectores y amigos. Decian públicamente que no convenia enviar al emperador del reino de México gran cantidad de oro y plata, bastándole anualmente veinte mil pesos, que era lo que rentaba el reino de Nápoles.

«Gobernándose de esta manera el reino de Nueva España, de cuando en cuando Salazar y Chirinos divulgaban por la ciudad varias cartas supuestas, en que les daban cuenta menudamente del modo como Cortés habia sido preso por los mexicanos, y sacrificado á sus dioses con toda la comitiva que llevaba á Hibueras, y para que todos entendieran que lo que las cartas aseguraban era la pura verdad, *autorizaron á las mujeres de los que fueron á aquella jornada para que pudieran volverse á casar;* providencia que dictaron los gobernadores por complacer á dos mancebas que tenian, cuyos maridos, despues de haber logrado ricos repartimientos de los conquistadores, continuamente los tenian empleados en comisiones. A mas de esto, para dar pesadumbre á los amigos de Cortés, unas veces decian que tenian órden del emperador, de prenderlo; otras que si llegaba por allí le ahorcarian: ellos no sabian lo que decian, ni guardaban

consecuencia en vejar á los vecinos y á los mexicanos. Llegó á tanto su insolencia, que á Francisco Bonal, justicia de Veracruz, mandaron que obligara á volver á Castilla á cualesquiera juez pesquisidor que de allá arribara. Por este tiempo, en un viejo torrejon se halló gran cantidad de oro que el tesorero Albornoz pidió para el emperador, conforme á las leyes publicadas sobre los tesoros de los mexicanos; pero Salazar se negó á consignarla, por la razon de que aquel edificio lindaba con su casa.

«El exceso tocaba á lo sumo, y así al mismo tiempo Dios iba disponiendo las cosas de manera que en parte se castigaran aquellos tiranos, y renaciera el órden en la porcion mas noble del Nuevo-Mundo. Fué el caso, que llegaron á los gobernadores en aquellos dias diversos correos despachados á toda furia, con la noticia de que los pueblos de Huayaccic ó *Oajaca*, se habian sublevado contra los españoles y dado la muerte á ocho ó diez de ellos, y á unos ocho ó diez mil mexicanos que estos tenian empleados en la saca de metales; nueva que les fué tan sensible, que inmediatamente Chirinos, con doscientos infantes y cien caballos, salió á aquella expedicion en pos de los rebelados, que cargados de oro, de un peñol en otro se defendieron bravemente, hasta que se hicieron fuertes en uno que no pudieron tomar los españoles en cuarenta dias de sitio, de donde una noche sin ser sentidos alzaron su real, burlando de este modo la pericia militar del gefe español. La jornada de Chirinos, así como fué de sumo gusto para Salazar, que tiempo habia aspiraba al gobierno sin dependencia de otro, tambien aceleró la ruina de ambos. Chirinos, á la verdad, como se puede colegir de lo dicho hasta aquí, no era tan insolente como Salazar, ni menos tan cruel, y por

lo mismo, luego que se publicó en la ciudad y fuera, que solo Salazar quedaba de gobernador, se alborotaron los vecinos, temerosos de lo que les podia suceder, y tambien porque se persuadieron que el viaje de Chirinos era un pretexto, y que la verdadera causa no era la sublevacion de los oajaqueños, sino el ganar los puertos casi inaccesibles por donde Cortés debia volver á México; así que, echando el pecho al agua le despacharon por diversas partes correos, avisándole todo lo sucedido, y previniéndole de la trampa que sus enemigos le ponian. Fué en vano esta diligencia, por el cuidado que tuvieron los gobernadores de cerrar los caminos; ni Cortés hubiera sabido parte de lo que pasaba en México, si á la audiencia de la Española no hubiera llegado la nueva de su muerte y de sus compañeros, como lo habian publicado los gobernadores. Este cuerpo, que en las Indias representaba la persona del emperador, se creyó obligado á la averiguacion de un hecho que tanto interesaba á la monarquía; para esto hizo aprestar una embarcacion, que al mando de un sujeto de confianza, se hiciera á la vela para el reino de México. A pocos dias de salido aquel buque del puerto, surgió en Cuba, en donde á la sazon se hallaba el licenciado Zuazo; este dió noticia al capitan, que Cortés se hallaba en Honduras, y que todo lo que se decia de su muerte habia sido un embuste de los usurpadores de aquella gobernacion. El capitan dirigió allá su camino, llevando pliegos de Zuazo en que daba cuenta á Cortés de que Salazar y Chirinos, fiados en la proteccion del comendador Cobos, se habian apropiado el gobierno, y de todo lo que habia pasado hasta su embarco. Esta fué la primera noticia que Cortés tuvo de los sucesos de México, noticia que le consternó tanto,

cuanto no es fácil explicar. Dudoso del partido que debia abrazar, como español religioso, levanta el corazon á Dios pidiéndole que lo ilumine, manda que se hagan procesiones, y oida la misa del Espíritu Santo, da órden á Gonzalo de Sandoval que marche con la tropa por el camino de Quahtemalan á México: deja en Trujillo á Saavedra, y en la misma vela que le trajo la fatal noticia se embarca para Veracruz. Estando ya sobre una ancla, muda el viento, y vuelve á tierra á paciguar ciertas diferencias de aquellos vecinos. Hízose despues á la vela, y navegaba con buen viento, cuando á dos leguas se quebró la antena mayor, y le fué preciso volver al puerto. Se detuvieron tres dias en empalmarla, y por tercera vez Cortés se embarcó, y habiendo corrido en un dia y dos noches con viento á popa á cincuenta leguas de Trujillo, sobrevino un furioso norte, temible en aquellos mares, y rompió el mástil del trinquete por los tamboretes: con esta desgracia y un mar grueso, apenas pudo la embarcacion entrar al surgidero. Vuelto Cortés á la ciudad, hizo celebrar misas y otras públicas oraciones, y pareciéndole que la voluntad de Dios era que en aquellas circunstancias no fuera á México, en la misma embarcacion despachó á Martin Dorantes, su lacayo, con pliegos en que revocados los nombramientos de gobernadores en Salazar y Chirinos, sustituia en su lugar á Francisco de las Casas. Le entregó al mismo otras muchas cartas para sus amigos, y para autorizar al mensajero, se embarcaron con él muchos caballeros y caciques, personas de cuenta.»

LIBRO CUARTO

EL CASTIGO

1

LA ALIANZA.

Es el 25 de Enero de 1526.

La tarde va á extinguirse. La luz del sol no es ya mas que una azulada claridad que flota sobre las montañas. Ligeras nubecillas de nácar, perseguidas por una ráfaga del cierzo, vuelan como buscando el ala maternal, y se posan tiritando sobre las cumbres.

El lago de Texcoco parece que comienza á entrar en la quietud precursora del sueño. Por su anchurosa superficie se dilatan las primeras nieblas de la noche. Todo calla. Solo queda, como perdido en la llanura, el canto desapacible que la rana, medio oculta entre los carrizales, levanta saludando á la primera estrella que fulgura tras de los velos del crepúsculo.

Una barca silenciosa corta el espejo de las aguas y dirige el rumbo hácia un cerrillo que por el lado del Sureste

se alza cobijado por la sombra de la cordillera, y hunde en el lago su falda orlada de verdura.

Aquel cerro es el Huixaahtecatl. Allí era Iztapalapa, delicioso verjel donde se celebraban las fiestas de la espiracion del siglo. Hoy no es mas que un desierto donde algunas casas blanquean como los huesos de un cementerio. Las aguas le han abandonado; los huertos, el palacio y los templos se convirtieron en cenizas, y las cenizas se desperdigaron.....

La barca habia llegado al Huixaahtecatl; pero en vez de internarse por el canal formado entre los jardines flotantes, pasó de largo y fué á atracar en un punto lejano, donde la ribera se cubria de bosques impenetrables de carrizo. Tres hombres saltaron de la barca, y metiéndose hasta las rodillas, comenzaron á andar uno tras otro, siguiendo una vereda escondida entre los troncos del cañaveral. Al cabo de unos cuantos minutos de marcha llegaron á tierra, atravesaron una extensa llanura, y ya de noche llegaron á la puerta de una cabaña, la única en aquellas soledades. Dos ó tres lucecillas en el horizonte, indicaban el sitio de la ciudad lejana.

—Aquí es,—dijo alguno.

—Sí,—dijo otro de los caminantes impulsando suavemente la puerta.

Esta se abrió, dejando ver el fondo de la cabaña, iluminado apenas por un sucio farolillo: de un rincon se levantó un hombre, y acercóse á los viajeros con ademán de temor y desconfianza.

—Qué quereis?—preguntó, diciendo estas palabras en el idioma de los indios.

—Acércate,—replicó el otro. Despues, cuando el azteca se hubo aproximado, le dijo algunas palabras al oido.

Esto produjo un cambio en la fisonomía y el ademán del azteca.

—Espera!.....—dijo;—y salió apresuradamente de la cabaña, y dió á correr, sin que ninguno de los circunstantes pudiese adivinar por qué rumbo extraviaba sus pasos aquel hijo del silencio.

Pasó media hora.

—Por el diablo!—dijo una voz;—está escarchando, y este maldito indio se olvida de nosotros.

—Paciencia, señor Salazar,—repuso una voz grave y gangosa;—paciencia, que á mí tambien me llevan todos los diablos, y no digo ni esta boca es mia.

—Canario!..... vos, padre, teneis hecho un voto de paciencia.....

—Bien..... desesperáos.

—Silencio!.....—dijo el otro personaje que habia permanecido indiferente al diálogo;—álguien viene.....

Los tres fijaron el oido en la extension, tratando de percibir algun rumor traido en las ondulaciones del viento.

—Será ese bestia?—preguntó Salazar.

—No, dijo el desconocido;—las voces que he creido oir, suenan por rumbo opuesto. Veamos.. ...

—Oís algo, Fray Roque?—dijo el gobernador.

Sí.....—repuso el fraile;—creo que no se engaña Don Pedro..... yo escucho cierto ruido de pasos..... oís, señor Negromonte?

De repente se escuchó una carrera, y apareció el habitante de la cabaña.

—Bah!—dijo Salazar;—hé aquí los pasos y las voces que habeis oido.....

—Marchemos,—dijo Negromonte á sus compañeros.

El azteca tomó el farol de su cabaña, cerró la puerta, y seguido por Salazar, Fray Roque y Negromonte, se entró por la espesura de los matorrales.....

.....

.....

—Valor, qué demonio! ya casi estamos al fin de la jornada..... sin embargo, os juro que me voy fastidiando. Mucho hemos andado, y yo me siento tan rendido como debeis estarlo vos; no hay duda..... pero no hay remedio; ya que estamos aquí, seria imprudencia detenerse..... adelante!..... vamos á Dios y á la ventura.

Tal decia Jorge Villadiego á Juana la hija de Zapata, mientras ambos, asidos de la mano, atravesaban por el mismo sitio que poco antes cruzaban los compañeros de Negromonte para llegar á la cabaña.

—Decís que ya debemos estar cerca?—preguntó Juanita.

—Mucho, señora,—replicó Villadiego;—pero comienzo á creer.....

—Qué cosa?

—Tal vez nos hemos extraviado.

—Cómo! ahora salís con eso?.....

—Señora..... la empresa..... nada tiene de dificil..... pero os confieso que es muy superior á mis fuerzas..... esto requeria informes y tiempo, tiempo antes que todo.

—Pero no teníais tanta seguridad?

—Nunca la he tenido, señora.

—Bah! os chanceais, caballero..... no decíais que todas las señas que hemos hallado en el camino coincidian con vuestros recuerdos?

Sí..... mas.....

—Veamos,—añadió Juanita deteniéndose;—habeis di-

cho que los indios os metieron á una cueva..... por qué creísteis que era en el lago y no en los canales de la ciudad?.....

—Toma! primero por el aire, que era completamente libre; luego por la falta de ese olor de diablo que sale del fondo del canal removido por el remo; despues, por el silencio que parece crecer con la extension y la profundidad de las aguas; despues por las conversaciones de los indios, callados mientras yo vagaba en las acequias, como lo indicaba el ladrido de los perros de la ciudad, y el eco de algunas campanadas, y el ¡alerta! del palacio y de la fortaleza..... despues.....

—Adelante.....

—En cuanto al rumbo.....

—Es claro; solo por el lado de Iztapalapa se arrastran y dan topes las canoas. ¿No os acordais que las embarcaciones de Cortés no pudieron acercarse á este punto?

—Sí, tal..... allá el piloto de nuestro bergantin nos dijo que las aguas se habrán retirado del Huixaahtecatl en el espacio de dos años .....

—Bien.....

—Ahora no me cabe duda..... el tiempo que duró la navegacion y el grato olor que se percibe al aproximarse á las chinampas, y otra vez el ladrido de algunos perros y el rumor de cascada que se levanta de los carrizales, eran una prueba que, añadida á las otras, me daba entera certidumbre de que tocábamos al pueblo..... yo he recorrido ese camino cinco veces..... á ser otro por el que anduvimos aquella noche, yo hubiera desconocido hasta los ecos. Ahora yo he pisado el sitio en que nos encontramos en este instante; he sentido resonar este pedregal bajo

mis plantas; en estos varejones se prendian los pliegues de mis calzas, y en estas espinas se arañaban mis manos.

—Entonces,—dijo Juana;—por qué creeis haberos extraviado?

—Cómo por qué?..... señora..... porque aquí concluyen mis observaciones; no sé mas, sino que nos detuvimos un momento y comencé á bajar por una rampa.....

—No habíais salido del zarzal?

—No.....

—Luego la entrada de esa cueva debe ocultarse aquí, no lo pongais en duda.....

—Y qué se adelanta con saberlo?.....

—Venid; el paso continuo de los indios debe haber formado una vereda..... busquémosla.....

—Calle!—exclamó Villadiego estrechando la mano de la jóven;—mirad!.....

—Qué?..... adónde?.....

—Ahí..... no distinguís nada?.....

—No.....

—Por mi madre!.... . creo que Dios nos ayuda..... mirad esa luz!..... canario!..... que me despellejen si no son esos caribes que vienen á visitar su cueva.....

—Ah!..... sí..... ya veo;— murmuró Juana.

En efecto, á media milla de nuestros personajes se alcanzaba á ver una luz que, perdiéndose y reapareciendo alternativamente, indicaba su marcha tras de los arbustos lejanos.

—Ellos son!—repitió Villadiego.

—Callad!..... por Dios!—exclamó Juana cubriendo con su linda mano la boca de su imprudente compañero; —recatad vuestros pasos, y adelantemos todo lo que nos sea posible para seguir esa linterna..... venid.....

Juana asió á Jorge por una punta del ferreruelo, y comenzó á caminar silenciosamente por los claros que ofrecia el laberinto de los breñales. La luz se habia detenido.

Conforme se acercaban á ella, Juana y Villadiego hacian mas lenta y cautelosa su marcha. Pronto llegaron á un lugar donde era peligroso no detenerse. Oíase ya el rumor de una conversacion, se distinguian dos ó tres sombras, y la luz aparecia distintamente tras los vidrios del farolillo.

No era posible entender lo que decian aquellos bultos; mientras dos de ellos hablaban en voz muy baja, el que tenia la luz la habia colocado sobre una piedra y se inclinaba metiendo medio cuerpo entre un grupo espeso de follaje.

La luz desapareció repentinamente; oyóse en seguida un ruido sordo, y todo volvió á quedar en silencio.

Juana se mantuvo quieta algunos instantes. Cuando estuvo cierta de que nadie podia verla ni escuchar sus pasos, dirigióse resueltamente al punto donde se habian perdido aquellos hombres.

—Qué vais á hacer?—exclamó Villadiego deteniéndola.

—Silencio!.....—replicó Juana;—seguidme.....

Al fin de unos cincuenta pasos, Juana se detuvo junto á la misma piedra donde habia brillado el farolillo.

—Haced luz,—dijo á Villadiego.

—Qué?.... señora!—exclamó este;—vais á perderos.....

—No importa.

—Mirad que.....

—Dadme acá los avíos, y volvéos á la ciudad, si es que temeis un contratiempo.

—Pero..... no seria mas prudente que nos volviésemos los dos, señora?.....

—Bien; pero antes es preciso que descubramos la entra-

da de este escondite; veremos donde queda, señalaremos su sitio y el sendero para volver mañana. Haced luz.....

Villadiego sacó de un talegon que traia colgado al talabarte los numerosos instrumentos que eran necesarios en aquellas épocas para encender una linterna. Villadiego tardó quince minutos en encender la suya. Cuando estuvo en corriente la tomó Juana, y describió con el rayo de la luz un extenso semicírculo por aquel sitio, donde el llano comenzaba á erizarse con el saliente de las rocas; despues se volvió á Jorge, y designando un punto del matorral, dijo:

—Por aquí se han perdido; la entrada debe estar oculta en esta espesura. Guiad, señor Villadiego.

Este se terció la capa, y seguido por la jóven comenzó á penetrar, apartando á dos manos las ramas que se entrelazaban ante su paso.

A poco andar lanzó un ligero grito y se contuvo.

—Qué hay?—preguntó Juana.

—Acercáos,—replicó Villadiego haciendo su voz casi imperceptible.

Juana se acercó. A sus piés, y medio oculta por un peñasco, se abria la entrada de una cueva.

—Señora,—murmuró Villadiego al oido de Juana,—creo que ya estareis satisfecha, y que podremos retirarnos.

—Esperad..... yo quisiera ver si lográbamos descubrir algo de lo que vienen á hacer aquí esos hombres..... tendreis valor para bajar?.....

Villadiego dió un salto y clavó en la jóven una mirada indescriptible de sorpresa.

—Cómo!—exclamó;—quereis á toda costa que nos descuarticen?

Yo he prometido acompañaros á buscar este sitio, no á

meternos en él para buscar un desastroso término á nuestra vida; yo sé lo que os digo, señora..... creedme, esto no es mas que una madriguera de caribes.....

—Tened aquí,—repuso Juana dando la linterna á Villadiego;—yo bajaré si teneis miedo.....

—Miedo! señora.....

—O desconfianza.....

—Acaso..... pero solo por vos..... qué me interesarian á mí la libertad, y aun la vida, mientras la fatalidad no atara, como en esta noche, vuestro destino con el mio? Retiráos, señora, ponéos en un lugar seguro, y yo bajaré, si lo ordenais, al mismo seno de la tierra.....

—Ah!..... yo os doy las gracias por vuestra generosidad; pero nada temais por mí, señor Villadiego..... cubrid esa luz..... yo voy á descender..... os dejo en libertad para quedaros ó seguirme.....

—Y no adivinais, qué será de nosotros si nos descubren?

Juana, sin atender á las últimas palabras de su compañero, comenzó á descender, sumergiéndose como en un baño, en las tinieblas de la rampa.

—Con mil rayos!—murmuró Villadiego viendo desaparecer á la jóven;—esto es horriblemente injusto.... exponerse á ser comido en cuerpo y alma, no mas por el capricho de la curiosidad agena!..... Ea!..... que se la lleve Cristo..... yo no estoy reñido con mi existencia..... Oh! y ahora que va á brillar para mí el mas dichoso de los dias!..... ahora que el amor, y la hacienda, y el matrimonio..... cuerno!..... hoy vale mi vida mas que la del césar..... guardémonos.

Diciendo esto, Jorge Villadiego desapareció de aquel sitio, abandonando á Juana en brazos de su suerte.

Entretanto, la jóven adelantaba en silencio por un estrecho callejon repleto de tinieblas. El piso declinaba en una rápida pendiente; Juana, al seguir adelante, comenzó á distinguir cierto resplandor que era sin duda la entrada de un nuevo subterráneo. Cuando llegó allí, se detuvo y escuchó: nada se oía; entonces se atrevió á mirar. Detrás de aquella entrada, la cueva tomaba las proporciones de una gruta, y la gruta, la majestad de un templo. Dos ó tres torcidas de resina, clavadas en las grietas de los peñascos, alumbraban entre nubes de humo la vaga extension de aquel recinto. No era posible distinguir allí los pormenores. Veíase el arranque de algunas toscas columnas erizadas de picos; la parte bañada por el resplandor de las hachas, presentaba sobre la roca inmensos pliegues que parecian moverse con las ondulaciones de la flama. La luz parecia tragada por las profundidades de la bóveda.

Juana dió un paso más; á su derecha, sobre una de las paredes de la gruta, vió una nueva entrada. Acercóse allí, barriéndose por las sinuosidades del muro. Aquella entrada, que era una inmensa grieta oblícua, ensanchada considerablemente en su parte inferior, hacia comunicar la gruta con otro dilatado cóncavo, tambien sostenido por columnas é iluminado por la luz rojiza de algunas hachas.

Allí resonaba el eco de algunas voces, y podia verse un grupo de hombres sentados sobre asientos de piedra. Juanita no pudo conocer mas que á Salazar, á Tetzahuitl y á Barrientos. Habia otros cuyos trages eran españoles: Mendieta, Fray Roque, Benavides, Negromonte y el Grillo. Los demas eran indios, señores indudablemente nobles, á juzgar por la rica hermosura de sus vestidos y la expresion solemne de sus semblantes.

A ninguno de ellos era completamente extraña la lengua de Castilla; sin embargo, por lujo ó por seguridad tenian dos intérpretes: el Grillo y Temachti. Este último era además un representante de los caciques. No repetia literalmente las palabras, pero recogia las opiniones, las pesaba, y así componia su discurso para entenderse con el representante de los españoles, que era D. Pedro Negromonte. Ninguno de estos daba á sus palabras la pretensiosa entonacion de una arenga. El asunto podia prestarse á los arranques de elocuencia, pues se trataba nada menos que del destino del Anáhuac; pero el discurso era conciso y reducido á lo muy necesario para establecer ó para confirmar las condiciones de un contrato. Esto hacia que aquel diálogo fuese solemne.

—En fin,—decia Temachti;—el reino de Michoacán os ofrece ventajas de todo género. Tendreis allí lo que llamais en vuestro idioma el *paraiso*. Los montes, los rios y las praderas os brindarán con el sustento, el clima con la salud, y el seno de la tierra con piedras y metales preciosos.

Además, hácia el Norte encontrareis inmenso campo donde apagar vuestra sed de conquistas, é indomables guerreros con quien ejercitar el vigoroso esfuerzo de vuestro brazo.

—Os decidís?.....—preguntó Negromonte á Benavides y á sus compañeros.

—Sí,—dijeron todos.

—Ahora,—continuó Temachti,—qué mas quereis?..... hablad..... no temais aventurar el mas brillante de vuestros sueños.

—Ea!—dijo Benavides;—teneis oro?

—Cuánto quieres?—le preguntó el cacique.

—Canario!—dijo el capitan,—si á eso vamos, no me daria por satisfecho ni teniendo por mes lo que el reino de Nápoles rinde por año á Cárlos V!.....

Todos los españoles que escucharon estas palabras se sonrieron.

—Cuánto es lo que rinde esa nacion..... ó qué cantidad es esa que dices?.....—preguntó el cacique.....

—Veinte mil pesos.

—Bueno, los tendrás.

—Por mes?

—No, diarios mientras dure la guerra, y te doy un año para que la lleves al término.

Benavides y todos sus compañeros quedaron atónitos de asombro.

—Y vosotros, qué deseais?—dijo Temachti recorriendo con una mirada poderosa el círculo de los conquistadores.

Yo,—dijo Mendieta,—me basta solo con la comision que me habeis hecho el honor de confiarme. Tengo ya el bergantin, mañana mismo salgo para la Inglaterra, y compraré las armas y la pólvora: me contento con que me pagueis un quinto mas por cada una de las armas que logre poner en vuestras manos.

—Será mas..... tendrás cinco veces el quinto.

—Bien; pagais como señor, y cómo tal sereis servido.

—Tú, señor,—dijo dirigiéndose á Barrientes,—vas á recibir en este instante el precio de los caballos, pólvora, lanzas y arcabuces que has entregado á Cempoatl; resta saber si el precio lo quieres en piedras, en metales, en esclavos ó en tierras.

—Vengan las piedras.

—Cempoatl!—gritó el cacique.

Un azteca se adelantó silencioso y dobló la rodilla delante de Temachti.

—Trae las cajas,—le dijo este.

Cempoatl desapareció por una de tantas grietas de la cueva, y volvió á poco trayendo dos urnas de caoba. Temachti las presentó á Barrientos, diciéndole:

—Son dos gargantillas, una de diamantes y otra de esmeraldas; puedes tomar la que te agrade.

Barrientos abrió una de las urnas, y quedó deslumbrado. Nunca, ni en el cuello de su reina, solo en el cielo habia visto tremolar sobre los astros un brillo tan resplandeciente. Despues sacó las esmeraldas, y á la primera mirada, por una comparacion rápida, sin la menor vacilacion dijo allá en su lenguaje señalando la gargantilla verde:

—Por esta me corro, y *Pax Christi.*

En efecto, cada una de las esmeraldas de aquel collar, era un milagro de la naturaleza y un prodigio del arte. Aquello pasó de mano en mano, saludado por miradas y exclamaciones de sorpresa.

—Tú,—dijo el cacique al padre Roque,—dices que tienes y puedes trasmitir á los jóvenes de nuestro pueblo la ciencia de las combinaciones de la guerra, y hacerlos tan temibles como los mismos guerreros de tu patria.

Fray Roque levantó la frente con orgullo, hizo chispear una mirada que hubieran envidiado César ó Mitridates, y repuso con aplomo:

—Con los tesoros que prometes, y con el vigor y la inteligencia de los de tu raza, presentaré en el término de cien dias, ochenta mil hombres perfectamente semejantes á los guerreros españoles.

Tú designarás el sitio oculto donde podamos entregarnos á las tareas del arte.....

—Oh!—dijo Tetzahuitl;—yo te llevaré adonde nunca han impreso su huella las plantas del hombre, ni han resonado sino mi voz y el graznido de las águilas.

—Tú, padre,—dijo Temachti,—tendrás, si realizas esa obra, un premio inmenso como tus favores, y grandioso como tu rara inteligencia; pero mientras llega ese dia de nuestra gloria, quisiéramos rodear de dicha cada momento de tu vida; por eso, dí ¿qué quieres? á qué bien aspiras, que pueda alcanzarse con el poder y las riquezas de los hombres?

—A nada.

—A nada?..... quieres la nada mas sublime?..... quieres jugar con el delirio? ansías el vano, el fugaz, pero portentoso ensueño que Dios envia sobre los hombres para el colmo de la felicidad y el consuelo del infortunio?

Quieres una mujer?.....

—No.

—Quieres veinte?

—Tampoco.

—Dí, ¿qué pretendes?

—Nada.

—Bien..... lo tendrás todo.

—Diantre!—exclamó Salazar;—y adónde diablos ocultais tan inmensos caudales? Dudo.....

Una mirada horriblemente expresiva que le envió Negromonte, le hizo callar de súbito.

Adónde?—dijo Temachti;—hé aquí el secreto que me sirve de escudo contra vosotros. Esos caudales existen aquí bajo estas rocas, y aquí mismo se sepultarán para siempre

con nuestros cadáveres el dia que la simple sospecha de un engaño asome tras el brillo de vuestras promesas.

—Teneis justicia,—dijo Salazar lleno de turbacion.

—Vosotros,—dijo Temachti,—perdereis esos tesoros que ya teneis como vuestros..... nosotros,—añadió con un tono de melancólica resignacion,—encontraremos en lo tumba el único refugio que puede hallar un miserable que ha perdido su patria, que ve hollados sus dioses y desvanecida su esperanza.....

—Bien,—dijo Negromonte;—ahora podeis pedirnos una prenda.....

—Seria inútil..... además, tú no mientes, y eres poderoso para hacer que tiemblen los tuyos á la sola idea de una infamia..... Hablemos ahora de Tetzahuitl. Su brillante estirpe y una juventud ceñida por una diadema de victorias, lo colocan sobre el trono de Guauhtemotzin. El es dios para el pueblo; él es el lazo que debe unir á todas las tribus enemigas para reconstituir el reino antiguo del Anáhuac. Pero presa de una locura cuyo remedio está en tu mano, se niega á la solicitud de los caciques, y dice que buscará una muerte oscura si no realiza esa ilusion que le dará fuerza para las fatigas y entusiasmo para el combate.

—Oh!—exclamó Negromonte;—vos, Tetzahuitl, tocareis mañana con la mano vuestra ventura. Es una antigua promesa que os habia hecho en cambio de vuestra alianza. Mucho he tardado, pero era necesario dejar que el tiempo y los sucesos despejaran vuestro horizonte. Ha llegado el dia en que podais disfrutar esa soñada dicha, libre de un enemigo poderoso, rodeada con las formalidades de la ley, aceptada por la conciencia pública, bendecida por

la religion, y libre tambien de la tristeza que el remordimiento de un crímen podria esconder en el corazon de vuestra esposa..... Dorantes ha muerto!..... Medina ha perecido en lazo de Xicalanco. Chirinos, caminando en pos de riquezas y de victorias, será atraido al fondo de las selvas de Huayacoic, donde tenemos escondidos á los guerreros de Ixtlitl, y encontrará la muerte. Así, ninguna sombra ofuscará vuestra alegría.

Tetzahuitl se precipitó en los brazos de Negromonte.

—Falta,—continuó este,—que os sometais, en la apariencia al menos, á las ceremonias cristianas, tanto para destruir las sospechas de Valencia, como para que podais gozar vuestra dicha en plena libertad, en medio de los españoles, mientras llega el momento.....

—Todo, todo lo que quieras es útil y bueno,—dijo Tetzahuitl;—ahora señala el dia para conocer y medir la distancia que me separa de tan grato destino.....

—Mañana!

Un grito angustiado, y poco despues el golpe de un cuerpo al desplomarse, vino á interrumpir de súbito el curso de aquel diálogo.

Todos pusieron mano á las espadas, y se volvieron violentamente hácia el punto donde aquel gemido y aquel golpe sordo habian resonado. Cempoatl se lanzó allí de un salto.

—Qué es?—le preguntaron todos.

—Una mujer!..... exclamó Cempoatl con voz profunda.

Todos acudieron. En efecto, una jóven, Juanita, blanca y fria como el mármol, yacia tendida sobre las rocas que formaban el umbral de la grieta.

—Será un espía?..... dijo Temachti.

—Démosle muerte,—dijeron de una manera lúgubre los caciques.

Negromonte contempló algunos momentos á la jóven, y dijo volviéndose á Temachti:

—Descuidad..... aquí no existe nada que nos deba causar espanto. No es acaso mas que el episodio fatal de un doloroso drama.

—Sí,—dijo Tetzahuitl en el oido de D. Pedro;—esa infeliz me ama.....

—Sea lo que fuere,—dijo el gefe de los caciques;—el secreto de nuestro asilo ha dejado desde hoy de ser inviolable. Seria preciso guardar á esa mujer, y hacer que nos descubra quién la condujo á este recinto.....

.....

2

Donde el lector verá dos nuevas víctimas enfloradas para el sacrificio.

VILLADIEGO, que no habia querido aventurarse en las lóbregas fauces de la cueva, no quiso que Juana, si lograba salir, se hallara completamente abandonada en aquel desierto, y tuvo por prudente buscar un hueco entre las ramas, y esperar allí oculto y en silencio la vuelta de su atrevida compañera.

Pero pasaron dos largas horas, y Juana no parecia. Jorge comenzaba á creer que algo fatal habia acontecido, y ya abandonaba su escondite para acercarse á explorar la boca del subterráneo, cuando escuchó rumor de voces y vió abrirse por diferentes puntos la espesura.

Las voces siguieron hablando algunos instantes; despues callaron, y á la luz de la luna que aquella noche era esplendente, Jorge pudo distinguir que varios hombres se desperdigaban por el llano dejando tras de sí la soledad y el silencio.

—Por mi santiguada!—exclamó Villadiego;—ganas me

dan de preguntar á esos bergantes qué han hecho de esa pobre niña..... se la han tragado!..... no hay duda. Veamos ahora si me es posible hallar el camino de la ciudad....

En esto comenzó á buscar la vereda; pero no habia andado veinte pasos, cuando vió que tres hombres se adelantaban hácia él, hablando en voz alta, y se detenian á una corta distancia.

Despues de haber conversado en voz baja, pero animadamente, como podia notarse por los ademanes, uno de aquellos hombres estrechó la mano de sus compañeros, y se alejó tomando el rumbo de la ciudad de Ixtapalapa. Cuando hubo desaparecido, los dos hombres que quedaban siguieron hablando.

Jorge percibia solamente un rumor sordo y una que otra palabra.

—Ya lo creo,—dijo la conocida voz de Fray Roque;—este imbécil pudo perdernos con su necia pregunta. Pero creo tambien que esta imprudencia será la última.

—Así lo espero,—replicó Negromonte, pues no era otra la persona que habia quedado con el padre;—ahora que Salazar no puede escucharos, espero me digais de una manera general qué giro toman los negocios del monasterio.

—Ah! se adelanta.

—Habeis visto á Fray Lope?

—Acababa de separarme de él cuando recibí vuestras órdenes. El negocio marcha. Los refugiados forman ya un número de doscientos cincuenta hombres. El padre Valencia es el alma, y Andrés Tapia el brazo de esta conspiracion. Fray Lope no sabe cuál será el número preciso de los castellanos armados ya para dar el golpe; mas él calcula poco menos de doscientos.

—Lo sé; pero ya están ahí los nuestros?.....

—Todos!.....

—Todos?

—Sin faltar uno.

—Fray Lope no ha observado si inspiran sospechas?

—Bah! no conoceis á esos gaznápiros..... La treta que dió al traste con el difunto Arróyave, decidme ¿á quiénes se les debe?..... Fray Lope me asegura que nuestros muchachos son considerados por Estrada y Tapia, como los hombres mas adictos á D. Hernando. Sin embargo, D. Pedro; creereis que siento á veces no sé qué vagos temores, cuando veo que diariamente crece el número de los conjurados?

—No importa,—replicó D. Pedro;—carecen de dos principales elementos, que son: el valor, y la fuerza.

—Pero la fuerza aumenta, y esto les dará el valor que les falta.

—Si les damos tiempo..... mas ya sabeis que solo espero á que se reuna allí todo lo mas terrible, para darles el golpe..... Salazar ha querido atacarlos, pero teme la excomunion..... yo haré volar el monasterio; y la comunidad y sus excomuniones, y su florido ejército de caballeros, serán en un instante menos que el polvo donde todos se abismen..

—Amen,—dijo Fray Roque:—y Salazar?.....

—Le exprimiremos..... y despues daremos un dia de regocijo al pueblo, presentándole, clavada en una escarpia, la mano que ha pillado tantos caudales.

—Por el diablo!..... parece que nuestro cielo se despeja.....

—Ya lo vereis..... apenas tocamos al principio, y ya

la suerte comienza á acariciarnos con sus favores. Nuestros negocios en Europa caminan rápidos con el impulso de ese raudal de oro que les enviamos desde las playas de la América. La pérdida de Salazar no hará mas que poner el sello á ese amor que hemos comprado á la colonia con el destierro de Chirinos y de su falanje. El matrimonio de Isabel, hace mio al futuro monarca de los aztecas, y las esperanzas que hemos dado á los caciques, ponen caudales fabulosos y pueblos enteros al servicio de nuestros planes. Un año..... un año mas, y os juro que la América será nuestra.

—Amen,—volvió á decir Fray Roque;—pero tan bello porvenir, puede acaso desvanecerse como un sueño.....

—Todo es posible.

—Pero esto es probable.....

—Qué os causa miedo?

—Que se descubra el fraude..... Si el pueblo sabe que Cortés vive..... Oh! si lo saben los indios.....

—Bah! risa me dan vuestras dificultades! Si Cortés no ha muerto, morirá..... él y todos los suyos. Los caciques de Goatzacoalcos recibirán hoy mismo trescientos arcabuces, para el caso en que secretos agentes que deben estar ya al lado de Cortés, no se hallen con valor para exterminarle..... Entretanto, el pueblo no desconfia. Y si hay algunos que aun duden, mañana se convencerán, cuando presencien el matrimonio de las viudas.

—*Crescite et multiplicamini*..... pobres ausentes!

—Teneis arreglado ese negocio?

—Oh! sí..... son negocios que se arreglan por sí solos.....

Despues de esto las yerbas volvieron á moverse, y las voces fueron debilitándose gradualmente hasta extinguirse.

Villadiego reunió todas las palabras que el viento habia llevado hasta sus oidos, y despues de filosóficas y concienzudas reflexiones, vino á dar á esta consecuencia:

—Pues nada entiendo.—Tal estaba de pulque!

Hombre bienaventurado! qué horas de inefable contento hubieran arrebatado á su existencia esas palabras que devoró la noche antes que él pudiera escucharlas y comprenderlas.

Algo contrariado con la desaparicion de Juana, Villadiego se despidió con horror de aquellos sitios, y avanzó á toda prisa en direccion á la ciudad, cuyas luces le parecian tan lejanas como los astros.

A las dos horas entraba por una sombría calle de naranjos, que del centro de Ixtapalapa le condujo á la orilla del lago. Sonando las tres de la mañana, Villadiego desembarcaba en México. Internóse por las calles de la ciudad, y pronto se detuvo en una puerta. A los primeros golpes se iluminaron las hendeduras del postigo, y una voz gritó desde adentro:

—¿Sois Jorge de Valencia?

—Sí; sois vos, compadre?

La puerta giró sobre sus goznes, y apareció Zancadilla.

—Cáspita!—dijo este;—os haceis esperar como diablo..... entrad.....

Jorge obedeció. Zancadilla, despues de asegurar la puerta, asió del brazo á Villadiego, y ambos atravesaron por un patio, subieron por una pequeña escalera, y penetraron en un aposento.

Allí no habia otros muebles que un lecho, una mesa de caoba, dos ó tres bancos de encino, y en un rincon dos caballetes, un arnés, la espada y el arcabuz de Zancadilla.

—Cuerno!—dijo Villadiego acercando el rostro al vestido de Zancadilla;—estais hecho un príncipe!.....

En efecto, aquella noche Zancadilla estaba inconocible. Además de estar perfectamente peinado y limpio, vestia calzas de terciopelo verde, justillo del mismo género y color, con mangas acuchilladas de raso encarnado, y borceguíes de ante, bordados de oro. Todo era viejo. Zancadilla tenia la rara habilidad de conseguir vestidos viejos de la última moda. Erguíase con elegante majestad ante las miradas medio atónitas, medio burlescas de Jorge Villadiego.

—Canario!—exclamó este;—buen regalo preparais á la novia; pero os habeis adelantado mucho, compadre..... son apenas las tres, y el negocio tarda todavía tres horas.....

—Quiá! tres horas?.....

—Tres: yo me acuesto.

—No hareis tal, compadre; á las cuatro estamos citados por esas damas, y apenas tendreis el tiempo necesario para prepararos.

—A las cuatro?

—Sí.

—Tan pronto?

—Sí, dáos prisa, ó yo me marcho solo.....

—Esperad!..... voy á vestirme.....

Dejemos que Villadiego se acicale y vista un trage semejante al de su compañero Zancadilla, y entretanto pasemos á otra casa, donde nos esperan dos nuevos personajes.

No es importante pormenorizar la descripcion de la casa.

Penetremos desde luego en una de las habitaciones, y encontraremos allí á dos damas que con la frente reclinada

en los cristales del balcon, miran extenderse tras de la cordillera los primeros tintes de la alborada.

La luz es todavía crepuscular, pero ya permite examinar el trage y la fisonomía de las damas.

Otra luz, la de la historia, alumbrará el carácter y el pensamiento de èstas dos señoras.

Diana, la mas jóven, habia sido bonita quince años antes del momento en que la presentamos á nuestros lectores. Ahora su rostro, donde no se extinguian aún los últimos reflejos de una antigua hermosura, iba tomando esa circunspeccion involuntaria que dan á las fisonomías la edad, la reflexion, y esa série de ilusiones y desengaños que constituye la vida. La frente habia perdido su tersura. En las mejillas, todavía sonrosadas, podian adivinarse el número y la direccion de los pliegues que allí marcaria la sonrisa. Eran blancos los dientes, los ojos brillantes, la barba todavía graciosa. La garganta parecia tener aún veinte abriles. Diana habia sido alta, delgada, esbelta, ligera, flexible, allá en otros tiempos, cuando triscaba en las márgenes del Bétis, acariciada por las auras perfumadas de Andalucía. Ahora su cuerpo, fatigado con el peso de los treinta y cinco, no conservaba de aquellos encantos mas que la sombra; pero aun aquella sombra podia satisfacer el corazon, y envolver una cabeza juvenil con el dorado velo de las postreras ilusiones.

Ahora podia decirse que habia recobrado su frescura. El peinado, la blancura del justillo, la falda azul, los encages, el brillo de los alamares de acero que formaban un chorro de luz desprendiéndose de su cintura, y mas que todo, la animacion y el colorido del semblante, y ciertas actitudes encantadoras, por mas que fueran estudiadas, de-

volvian á Diana aquella noche todo el brillo de su juventud y el atractivo de su antigua hermosura.

La otra dama, de quien luego hablaremos, no pudo contener una exclamacion de asombro, cuando Diana, despues de algunas horas de tocador, se presentó ya trasformada á sus ojos. Y mas, que Diana, por no sé qué instinto, acaso porque una mujer siente donde quiere la mirada del hombre, ensaya fascinarle, salió sonriendo de un modo divino. Aquella sonrisa hacia pensar en la del ángel de blancas alas y de tendida cabellera, que pintan cruzando por el azul del cielo, fija la mirada en los astros.

Diana contaba diez y siete años, cuando fué casada por su padre con un hombre á quien no profesaba mas afecto que el de un amigo. El dia que supo que la destinaban á enlazarse con Alonso Molineta, centurion en los ejércitos de Flandes, rompió en llanto, y arrojándose á los piés de su padre, le dijo:

—Señor, no me hagais infeliz! mirad que ya tengo elegido al esposo de mi alma!.....

Aquel severo padre ni siquiera hizo un gesto. Descolgó las bridas de su caballo, las dobló en cuatro, y dió tal asotiza á Diana, que la pobre jóven pidió á gritos la mano de Alonso Molineta. Casáronse; Diana aborrecia á su esposo; pero llegó al colmo su aborrecimiento, cuando Alonso le dijo:—mañana marchamos á la América.—Vinieron, y pasó el tiempo; mas un dia, el mismo en que Estrada y Albornoz eran llevados por Chirinos á las prisiones de la fortaleza, Diana, que asomada á la puerta contemplaba con admiracion el triste destino de aquellos gobernadores, dió un grito y cayó desmayada. Casi al mismo tiempo uno de los corchetes que iba custodiando á Albornoz, lanzó un gemido se-

mejante y rodó por el suelo. Diana y su amante acababan de reconocerse, y aquel amante le conocemos: era Zancadilla.

El dia que la noticia de la muerte de Cortés llenaba de luto la ciudad, en dos corazones hervia un raudal de dicha y de inefables esperanzas; Diana y Zancadilla se expresaron en una mirada lo que sentian sus corazones: qué dicha! ¡Alonso Molineta habia partido con D. Hernando! El aborrecido esposo habia muerto!

—Celestiales caribes!—exclamó Zancadilla;—Molineta se habia tragado mi felicidad, y ahora vosotros os tragais á Molineta!..... benditos seais!.....

Cierta ocasion en que se hallaban Diana y su amante recordando sus desdichas pasadas y su felicidad presente, una voz que ignoraban de dónde salia, les dijo:—¿por qué no os casais?..... Volviéronse asustados, y halláronse frente á frente de un hombre que les pareció el demonio: era Negromonte.....

.....

Pasemos ahora á la otra dama.

Clara tenia cuarenta y ocho años. En sus quince habia sido gorda, fresca, alegre, colorada, «hermosota» como suele decirse. Semejante á una dahalia que tronchada de su tallo se marchita sin perder sus colores, Clara conservaba los que una infancia nutrida con el aire de los campos habia extendido sobre sus robustas mejillas. No le faltaba un solo diente; pero los labios habian perdido el brillo, y el vello que treinta años atrás formaba sobre el labio superior una leve sombra, comenzaba á poblarse en sus extremidades con algunas canas, que en fuerza de los continuos repelones habian acabado por tomar el grueso y la rigidez de una cerda. Los ojos eran grandes, algo salien-

tes, animados, pero su párpado inferior, caido por el lagrimal, mostraba sobre el rojo de la conjuntiva el cauce ahondado por el continuo escurrimiento de una lágrima. Las cejas muy abundantes se juntaban sobre la nariz, que era tosca sin ser deforme.

Los párpados comenzaban á atirantarse como bajo el peso del sueño. Del sueño; porque la vida es una desvelada; envejecer es cabecear, morir es dormirse.....

Clara se habia aguantado firme durante casi todo el espectáculo, pero ya bostezaba; la luz del nuevo dia que es la vejez, blanqueaba ya sobre los cabellos de su frente.

Sin embargo, Clara queria parecer jóven; se bañaba en agua fria, se adornaba con exceso, corria, se agitaba, mostrábase retozona y vivaracha, reia, se tuteaba con las muchachas y hacia que temblaba de los hombres..... Pero todo era en vano. Clara era una vieja, á despecho de su locura. Su rostro, sin que ningun poder alcanzase á cambiarlo, era serio, respetable. Aquella señora tenia, como Lamartine dice de Luis XVI, «tenia la respetabilidad de la edad y la inviolabilidad de la majestad.» Clara soñaba con el amor! Era lo que en las novelas se llama una mujer ardiente. Era, sin duda, la realizacion del ideal de esos jóvenes poetas que ansían una mujer de fuego.

Clara leia muchos versos, y *sabia amar*..... esto costó sendas pesadumbres á Redondillo, el infeliz esposo de aquella gorda que, como Maria Antonieta, podia ser acusada de ternura. Redondillo se daba al diablo, pero sufria en silencio.—Por qué?—le preguntaba un dia uno de sus amigos.—Qué he de hacer?—dijo;—ella es la *dueña del dinero*. Entonces el amigo le replicó, diciéndole en latin este bien traducido epigrama de Marcial:

Fabio, por qué no me caso,
Dices, con rica mujer?
Porque no quiero yo ser
La mujer, y este es el caso.

Redondillo se quedó pensativo, calculando que si hubiera sabido aquel verso veinte años antes, no se hubiera casado.

El dia que Clara oyó á Pero Valiente contar el desastre de la expedicion, lanzó tales gritos, que las gentes la creyeron loca. Si el lector se acuerda, por ventura, de aquellas dos mujeres á quienes fué á consolar Juana Mancilla, le diremos que una de ellas era Diana, y la otra la esposa del infortunado Redondillo.

Mas tarde se confirmarán las noticias, y las viudas comenzarán á probar el consuelo.

Clara, que segun la fama contaba con algunos miles de maravedís, fué solicitada, como todas las viudas ricas, por un sinnúmero de perdularios. Pero ya su corazon tenia dueño. Un hombre la habia *comprendido*. Aquel sér clásico, aquella figura elegida por la romancesca fantasía de Clara, aquel hombre capaz de realizar el sueño de amor de una alma ardiente, era..... qué abismo es la mujer! aquel hombre se llamaba y era Jorge Villadiego y Valencia.

Ha llegado el instante de santificar los lazos de este amor con la bendicion del sacerdote y la mirada del Omnipotente.....

Clara no ha dormido. Su alboroto no tiene límites. Ha empleado la noche entera en su *toilette*, como dicen algunos pedantes.

Su lujo era churrigueresco.....

.....

—Las cinco y media!—exclamó Diana levantando un

dedo para señalar la direccion que traia el eco de las campanadas.

—Y esos caballeros no vienen!.....—repuso Clara poniéndose las manos sobre los cuadriles y dando una rabiada al estilo de las andaluzas.

—Dios mio!.....—volvió á exclamar Diana.

—Qué!..... niña.....

—Creo que son ellos.....

—A ver!.....

Las dos cabezas se pegaron al vidrio, y de ambas bocas salió esta exclamacion:

—Son ellos!

En verdad, por la calle que debe ser hoy la del Tompeate, acababan de aparecer Jorge Villadiego y el deslumbrante Zancadilla.

Clara dejó escapar un suspiro medio sofocando, y tomando á Diana por el brazo, le dijo, con cierta agitacion:

—Ay, niña! mira.....

—Qué!

—Trae tu mano..... tienta aquí.....

—Adónde?..... no.....

—Aquí, sobre mi pecho.....

—Ah!.....

Diana colocó su mano sobre el seno de Clara y procuró sentir las palpitaciones. No sintió nada; el corazon parecia ahogado tras las bastas de aquella portentosa gordura. No así el de Diana, que saltaba tras de las costillas como el azorado pajarillo tras de las rejas de su jaula.

Pasaron diez minutos. Se abrió la puerta que daba al corredor, y aparecieron con sombrero en mano los dos novios, saludando con una graciosa cortesía.

Diana se adelantó á recibirlos. Clara permaneció asomada á los cristales, como si no hubiera sentido maldita la cosa.

—Pasad, caballeros,—dijo Diana tendiendo una mano á Villadiego y lanzando sobre Zancadilla una mirada..... qué mirada! parecia la del viajero al contemplar las cumbres del Popocatepetl, las columnas del Parthenon, el derrumbe del Niágara ó el incendio de una aurora en el polo.

Zancadilla se cubrió de rubor como una dama, y el sombrero se escapó de sus manos. Aquello hizo sonreir de satisfaccion á Diana.

—No me ha visto,—dijo Villadiego indicando con un ojo á Clara, que en ese momento parecia mas distraida que nunca y habia tomado una actitud escultural.

Quedóse un instante contemplando á Clara, que estaba vuelta de espaldas. Aquel robusto cerviguillo, casi tan blanco y tan brillante como los hilos de perlas que lo circundaban; aquel laberinto de frescas y perfumadas trenzas, aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquella espalda, aquello todo tan terso, tan blanco, tan sano, tan gordo, llevaba á Jorge Villadiego de contemplacion en contemplacion hasta el delirio, y del delirio al éxtasis.

Entretanto, Diana y Zancadilla, acurrucados en su asiento, conversaban sin ocuparse de las cosas terrestres.....

Villadiego se atrevió á murmurar el nombre de Clara, y dió dos pasos adelante.

—Señora..... repitió acercándose otro poco mas..... señora.....

—Ay!—gritó Clara estremeciéndose.

—Ya me teneis aquí.....

—Voto va!—dijo Clara sonriéndose;—sois vos, Valencia?

—El mismo, señora; no habia necesidad de negároslo.

—Sentáos, Valencia; creo que todavía es demasiado temprano.

—Quiá! señora..... son las seis dadas, y ya debe haber comenzado la misa en el monasterio.

—Cuidado con mentir, Valencia!

—Os juro que ya es tarde, señora.

—Estais impaciente?

—Canario!..... y me lo preguntais?.....

—Ay, Valencia!.....

—Qué teneis? señora.....

—No lo sé, Valencia.....

—No ha de ser nada.....

—Suena ya para mí la hora solemne de la vida. Siento un extraño júbilo mezclado con no sé qué temor, cuya causa ignoro. Mi espíritu sonríe contemplando un sueño de felicidad, y no obstante, mi corazon tiembla de espanto..... Qué es esto?..... A veces siento en mi alma el regocijo; pero siento que á mis ojos se agolpan las lágrimas.

Clara quedó meditabunda.

—Y qué será ello?—preguntó Jorge á poco rato.

—Valencia!.....

—Presente!

—Es que desconfio de tu cariño y temo tu infidelidad al mismo tiempo que anhelo verte mio!.....

—Vamos, señora, replicó Villadiego que comenzaba á enternecerse. Dejad eso para mas tarde, y.....

—Valencia! qué es lo que dices?

—Digo, señora, que todavía no es tiempo de entrar en

semejantes polémicas..... allá cuando sepais que otra mujer me goza.....

—Te mato!.....

—Bien hecho, señora; no diré entonces ni esta boca es mia.....

—Cielos! qué recuerdos me asaltan en este instante...

—Cuáles?.....

—Redondillo.

—Ea! dejad en paz á los difuntos, y no me atormenteis á mí con vuestros recuerdos..... pensad solo en la dicha con que pronto inundareis mi existencia.

—Ah! vosotros los hombres quereis poseer el corazon de una mujer hasta los últimos rincones donde moran los afectos mas inocentes! Y para qué, Valencia?..... para llenarle de amargura.

—Ah! Clara!—exclamó Villadiego en un arranque inesperado—me amais, no es verdad?.....

Clara se agitó como el que quiere pronunciar una palabra y no la encuentra. Al fin tendió su mano á Villadiego, y exclamó con un acento trágico:

—Ingrato!.....

—Diantre! dijo Villadiego.

—Ingrato! sí..... cuando yo esperaba verte delirante de regocijo; cuando yo creia que tú, al verme, te arrojarias entre mis brazos, te detienes frio y me diriges un saludo vulgar y una mirada indiferente..... Adónde está tu amor? adónde está ese fuego que no te abrasa el corazon ni sale ardiendo como el rayo por tus pupilas? Pues bien; hombre insensible, verás lo que es la abnegacion de la mujer y el tesoro de virtud que se esconde tras el cristal de una alma vírgen..... Yo me resigno á tu cruel indiferen-

cia, yo te amo!..... te amo como ni los hombres, ni los ángeles, ni los serafines, ni los.....

Pum! Clara abrió los brazos y cayó sobre Villadiego con el peso de una avalancha. Aquello era el abrazo de un hércules.

—Señora!.....—exclamó Villadiego, arrinconado en el balcon—mirad que nos está observando Zancadilla.

Clara comenzó á sollozar sobre un hombro de Jorge, y allí entre los sollozos, le dijo:

—Yo apuraré la copa hasta las heces.....

—Bien dicho, señora, replicó Villadiego, eso es lo mismo que yo hago para consolarme.

—Copa de amargura!.....

—De lo que fuere; todo es lo mismo; pero alzáos, señora..... eh! qué diablo! vamos á desquebrajar este vidrio.....

—Me amas?

—Mucho..... pero..... por favor!

—Mientes! perjuro.

—Canario!.....

—Las seis y cuarto! gritó Diana levantándose de su asiento.

—La misa! exclamó Zancadilla.

Clara abandonó á Villadiego y fué á tomar su manto que estaba prevenido sobre una silla. Diana, que habia escuchado como en sueños los reproches de Clara, preguntó á esta:

—Qué ha pasado? habeis reñido, como lo haceis todos los dias?

—No, repuso Clara, perfectamente tranquila; no es nada, niña. Luego se tomó del brazo de Villadiego, y repitió

sonriéndose:—No es nada..... ya sabes..... son tempestades de verano. Marchemos!.....

Las dos parejas, radiantes de alegría, tomaron el camino del monasterio.....

.....

.....

A las diez estaban ya de vuelta. Venian casados. Casi á la misma hora el padre Valencia bendecia la union de Tetzahuitl y de Isabel Dorantes. Salazar festejó aquel dia á los novios, en una casa de San Cosme, con un almuerzo y un espléndido baile, á que asistió lo mas selecto de la sociedad española.

3

Las burlas de la suerte.

Llegó la noche... dieron las tres de la mañana.... Un grupo como de diez y seis ginetes se detenia delante de la puerta del monasterio. El caballero que parecia el gefe de aquellos hombres, se apeaba, llegaba á la puerta y descargaba allí dos ó tres golpes furibundos, con la mano aforrada por el guantelete.

Se abrió el indispensable postiguillo, y una voz soñolienta dijo saliendo entre un bostezo:

—Dios os guarde, hermano; qué se os ofrece?

—Me dicen, repuso el caballero, que aquí deben hallarse Jorge de Alvarado y Andrés Tapia.

—Aquí? dijo la voz con extrañeza.

—Aquí!

—Hermano, me parece que os han engañado; quién os lo dijo?

—Pedro de Paz.

—Él os envia?

—Sí.

—Pues hermano, me duele en el alma..... pero.....

—Desconfiais?.....

El portero aquel, en vez de responder sacó las narices por entre las rejas del postigo y procuró observar la facha y catadura del desconocido.

—Abrireis? dijo este.

—Si tuviéseis la bondad de esperarme..... iré á avisar al prior.....

—Bien, repuso el caballero; decidle que vengo enviado por el muy magnífico señor D. Hernando Cortés.

—Don Hernando?..... exclamó el otro.

—Sí.

—Cortés?.....

—El mismo.

—Cáspita! llegais por ventura del Purgatorio?

—Por el diablo!

—Esperad! voy corriendo.....

Oyóse cómo el portero se alejaba. El caballero se acercó á su rocin, le pasó el brazo por encima de la silla, y reclinado allí esperó, viendo entretanto pasar las pardas nubes que á la sazon cubrian los rayos de la luna.

Pasó un buen rato; al cabo comenzaron á rechinar las ventanas, por cada una de las cuales se asomaban cautelosamente varias cabezas, que parecian cuchichear, observando con desconfianza al caballero.

—Quién va! gritó por fin una de las cabezas.

—Sois el prior?—preguntó el desconocido.

—Buscábais á Alvarado?

—Sí.

—Qué se os ofrece?

—Sois el capitan?

—Sí; quién sois vos?

—Soy Martin Dorantes, llego enviado por mi señor, con cartas para vos y para el capitan Andrés Tapia.

Un rumor producido por mil exclamaciones de sorpresa, recorrió la línea de las ventanas. Oyóse poco despues el retumbar de muchas pisadas. Los cerrojos se descorrieron y la puerta se abrió para dar paso al caballero y sus ginetes.

....

Daban las seis cuando la puerta volvió á abrirse; salieron de ella dos hombres embozados, y se encaminaron, casi á escape, rumbo al palacio del Empedradillo.

Pronto llegaron, anunciándose con terribles golpes dados en la puerta con el pomo de los puñales.

—Quién va!—gritaron de adentro.

—Nosotros! abrid pronto.

—Diantre!..... os anunciais con un taco.....

—Abrid!.....

—Voy allá!.....

Sonó la llave, abrióse la puerta, y los dos hombres se lanzaron por aquel zaguan sin atender á las reclamaciones del portero; treparon por las escaleras, se entraron en los aposentos y fueron á golpear los vidrios de la misma habitacion adonde Salazar dormia.

El gobernador se despertó sobresaltado.

—Qué?.... . qué pasa?..... preguntó arrojándose fuera de la cama.

—Yo, señor,—respondió uno de los hombres.

—Garrido?.....

—Sí, señor.....

—Qué pasa?..... entrad!.....

Garrido impulsó la vidriera, y él y su compañero penetraron dentro de la alcoba.

Salazar estaba en pié, casi desnudo, medio oculto en los cortinajes de su lecho. Su rostro abotagado, su cabellera enmarañada y sus ojos enrojecidos, mostraban el efecto de la borrachera del dia anterior, que se habia prolongado hasta en la noche. El regüeldo de la intemperancia parecia inflar los carrillos de aquel gobernador que aun articulaba con dificultad las palabras.

—Señor!..... dijo Garrido, cuya respiracion era agitada;—huid, ó preparad vuestra defensa, por que estais en peligro. Ha llegado Martin Dorantes; Cortés ha llegado á Medellin, y sus cartas están en manos de Alvarado. Las cartas de los soldados de la expedicion se leen en este mismo instante por toda la ciudad: Tapia estará aquí dentro de poco, á la cabeza de trescientos conjurados que piden á gritos vuestra muerte!.....

Salazar quedó estupefacto; sus ojos, horrorosamente extraviados, recorrieron como en busca de una salida los ámbitos del aposento.

—Llamad á Negromonte,—dijo.

—Adónde está? señor.

—No lo sé..... llamadle!..... pronto!.....

—Ignoramos.....

—Llamad á Benavides!.....

—Benavides?..... señor..... está en Iztapalapa.....

—Rayo de Dios!..... es cierto..... se han marchado todos á ese maldito subterráneo con esos indios que el diablo confunda!..... y yo que debia estar tan bien allí..... mentecato!..... á ver, señores..... vos, Garrido..... llamadme á Barrientos.....

En esto se escuchó por la calle un ruido inmenso que á lo lejos mugia como las ráfagas del aire.

—Oís?..... dijo el compañero de Garrido.

—Sí,—dijo este abalanzándose al balcon.

—Vienen?—preguntó Salazar, que no atinaba á meter la pierna por las calzas.

Garrido le ayudó á vestirse; Salazar no cesaba de hacer preguntas al personaje del balcon, y temblaba como el perro empapado por una lluvia de Diciembre, en tanto que Garrido, trémulo tambien, le cerraba la botonadura del justillo.

El ruido crecia y se aproximaba; oíanse las carreras de algunos transeuntes azorados; tropel de ginetes, voces confusas, algunos tiros de arcabuz, y el golpe de pesadas ruedas que saltaban sobre el empedrado haciendo sentir un movimiento de trepidacion, que hacia crugir los techos y llover pedruscos de tierra que se estrellaban de un modo siniestro sobre el piso.

—Huyamos!—exclamó Salazar dejando un trozo de la manga entre las uñas de Garrido, y yendo á forcejar con el pestillo de una puerta que parecia empeñada en cerrarle el paso.

—Ocampo!—gritó Garrido al del balcon;—venid con nosotros..... por aquí hay una salida.....

—Quietos!—dijo el otro,—no haya temor..... estamos en salvo..... es D. Luis de Guzman que llega con la artillería..... calmáos.....

—Pero esos tiros?—preguntó Salazar.

—Han cesado, señor; son probablemente algunos disparos que la retaguardia de Guzman se cruza con las avanzadas de Tapia..... aquí llegan.....

—¿Luego vienen tras de Guzman?.....

—Sí, señor.....

—Luego tendremos un mitote!

—Lo creo irremediable.....

—Dios!..... y qué fuerzas traen los conjurados?.....

—Eran trescientos cuando se formaban en los patios del monasterio..... pero.....

En esto apareció en la puerta D. Luis de Guzman, pálido, sofocado, convulso, con el trage en desórden y arrastrando en una mano la hoja desnuda de su acero.

—Su merced..... el señor Salazar..... adónde está?... preguntó.

—Defendednos!—dijo el gobernador saliendo al encuentro de Guzman;—en vos confio; teneis en vuestras manos mi vida y la seguridad del reino.....

—Bien señor,—dijo Don Luis calmándose;—solo esperaba vuestras órdenes para saber á qué atenerme respecto de esos miserables.

—Arremeted con todos, repletad de metralla vuestros cañones, y barred sin compasion á esa turba insolente de los conjurados.....

—Cáspita!—exclamó Garrido;—parece que se avanzan...

—Cuántos hombres traeis?—preguntó Salazar.

—Doscientos.

—Cañones?.....

—Doce.

—Por mi madre!..... con eso es suficiente para reducir á polvo á ese canalla. Vamos!.....

Salazar arrebató un sombrero que estaba sobre una columna de la cama, y se lanzó por la escalera seguido de Guzman, de Ocampo y de Garrido.....

.....

—Sois el capitan?

—Sí; quién sois vos?

—Soy Martin Dorantes, llego enviado [illegible] s he- [illegible] ntre el con cartas para vos y para el capitan A[illegible] cisco no pa-

Un rumor producido por mil exclam[illegible] Tapia y Jorge recorrió la línea de las ventanas. [illegible] con ellos á atacar retumbar de muchas pisadas. Lo[illegible] ndo la tropa situada y la puerta se abrió para dar p[illegible] se adelantó á caballo ....

Daban las seis cuando [illegible] pidió manifestase las car- ron de ella dos hombres [illegible] ue habia dicho tener para sus si á escape, rumbo al [illegible] rtés, y habiendo dicho que no

Pronto llegaron, [illegible] metiendo con el caballo, gritó á la dos en la puerta c[illegible] á Salazar: «caballeros, prendedle;

—Quién va!-[illegible] dores.» Entonces Salazar tendió la mano

—Nosotros [illegible] un cañon, diciendo: «calla, si no quieres

—Diantr[illegible] go:» á cuyo tiempo Don Luis de Guzman

—Abri[illegible] la artillería de Salazar, temiendo ser atacado

—Vo[illegible] alda, la hizo entrar á la casa con parte de la

Sor[illegible] el resto que quedó fuera se unió con Tapia, y este lanz[illegible] tió contra la casa, cuya puerta fué derribada y la de[illegible] entrada por muchas partes. Tapia cayó del caballo [illegible] do de una pedrada, y Jorge de Alvarado dió presto [illegible] Salazar, á quien él y los demas gefes pudieron salvar [illegible] del furor de los soldados: la gente de Salazar se desbarató [illegible] huyó, saltando por las ventanas y paredes. A Salazar [illegible] echaron una cadena al cuello, y con mucho vituperio le [illegible] pasearon por calles y plazas para que todos le viesen, y no juzgándole seguro de otra suerte, le encerraron en una jaula de vigas gruesas que al efecto construyeron.»

Estrada y Albornoz ocuparon inmediatamente el puesto de Salazar y de Chirinos. Tapia se lanzó en persecucion de

ltimo, y mientras Pedro de Paz queda custodiando
l, Jorge de Alvarado con cien lanzas y precedi-
nos guías, tomaba el camino del Huixahtecatl,
Benavides y Negromonte.....
-decia Dorantes á Alvarado;—qué diablo!....
dé un abrazo á mi esposa antes de que

visera para ocultar su turbacion, y

para desahogar vuestra ternura.
stante en que os podais abandonar con
za á ese placer comprado con tan dilatada au-
Estamos casi al principio del combate, y si la
uerte os hace una diablura, no conseguireis con vuestro abrazo mas que aumentar en Isabel ese pesar que deje en su alma vuestra pérdida.

—Teneis razon..... pero á fé mia que estais siniestro.

—Qué quereis?..... paréceme que los que marchan al peligro deben estar aparejados á la muerte.

—Por lo mismo..... vos, capitan, os prevenís haciendo vuestro testamento siempre que os preparais para una danza..... yo no tengo bienes de fortuna..... yo dejaré á mi pobre esposa un adios y mi postrera lágrima.

—Bien..... y de qué sirve á vuestra esposa el adios y la lágrima?.....

—Cómo de qué!.....

—Sí.

—Mirad, capitan,—dijo Dorantes despues de un momento de vacilacion;—á ella..... de nada le serviria mi llanto..... pero el suyo seria para mí.....

—Un placer?

En cosa de 20 líneas, Don Lúcas Alamán cuenta los hechos que la ciudad presenció aquella mañana entre el asombro y la alegría.

«Aunque las fuerzas reunidas en San Francisco no pasaban de quinientos hombres, Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado marcharon denodadamente con ellos á atacar á Salazar; pero antes de hacerlo, dejando la tropa situada en las esquinas de las calles, Tapia se adelantó á caballo á hablar con Salazar, á quien le pidió manifestase las cartas é instrucciones del rey que habia dicho tener para sus procedimientos contra Cortés, y habiendo dicho que no las tenia, Tapia, arremetiendo con el caballo, gritó á la gente que acompañaba á Salazar: «caballeros, prendedle; no querais ser traidores.» Entonces Salazar tendió la mano con la mecha á un cañon, diciendo: «calla, si no quieres que pegue fuego:» á cuyo tiempo Don Luis de Guzman que mandaba la artillería de Salazar, temiendo ser atacado por la espalda, la hizo entrar á la casa con parte de la gente: el resto que quedó fuera se unió con Tapia, y este acometió contra la casa, cuya puerta fué derribada y la casa entrada por muchas partes. Tapia cayó del caballo herido de una pedrada, y Jorge de Alvarado dió presto con Salazar, á quien él y los demas gefes pudieron salvar del furor de los soldados: la gente de Salazar se desbarató y huyó, saltando por las ventanas y paredes. A Salazar le echaron una cadena al cuello, y con mucho vituperio le pasearon por calles y plazas para que todos le viesen, y no juzgándole seguro de otra suerte, le encerraron en una jaula de vigas gruesas que al efecto construyeron.»

Estrada y Albornoz ocuparon inmediatamente el puesto de Salazar y de Chirinos. Tapia se lanzó en persecucion de

este último, y mientras Pedro de Paz queda custodiando la ciudad, Jorge de Alvarado con cien lanzas y precedido por algunos guías, tomaba el camino del Huixahtecatl, en busca de Benavides y Negromonte.....

—Capitan,—decia Dorantes á Alvarado;—qué diablo!.... permitidme que dé un abrazo á mi esposa antes de que partamos.

Alvarado se caló la visera para ocultar su turbacion, y respondió:

—Ea! tiempo tendreis para desahogar vuestra ternura. No ha llegado el instante en que os podais abandonar con entera confianza á ese placer comprado con tan dilatada ausencia. Estamos casi al principio del combate, y si la muerte os hace una diablura, no conseguireis con vuestro abrazo mas que aumentar en Isabel ese pesar que deje en su alma vuestra pérdida.

—Teneis razon..... pero á fé mia que estais siniestro.

—Qué quereis?..... paréceme que los que marchan al peligro deben estar aparejados á la muerte.

—Por lo mismo..... vos, capitan, os prevenís haciendo vuestro testamento siempre que os preparais para una danza..... yo no tengo bienes de fortuna..... yo dejaré á mi pobre esposa un adios y mi postrera lágrima.

—Bien..... y de qué sirve á vuestra esposa el adios y la lágrima?.....

—Cómo de qué!.....

—Sí.

—Mirad, capitan,—dijo Dorantes despues de un momento de vacilacion;—á ella..... de nada le serviria mi llanto..... pero el suyo seria para mí.....

—Un placer?

—Un consuelo!

—Hé ahí el egoismo. Daríais mayores pruebas de vuestra sensibilidad, y seríais magnánimo, si ahorráseis á Isabel ese momento atroz de una despedida.

—Bah! si yo me despidiera de ella para marchar al cadalso.....

—Cáspita! si no estuviera acostumbrado á admirar vuestro arrojo, diria que teneis esa seguridad de los que piensan no batirse.

Dorantes inclinó la cabeza y guardó silencio. Detrás de él, entre revueltos cortinajes de polvo, se escuchaba el eco incesante del galope de cien corceles.

4

Que será un modelo para los autores que tengan precision de terminar una historia.

Era el dia señalado para solemnizar el matrimonio de Isabel, segun el rito de los indios. Era asimismo el dia en que Tetzahuitl, reconocido como el sucesor de Guauhtimotzin, debia recibir de los caciques la macana de oro y el cetro del futuro reino del Anáhuac. Temachti habia franqueado á Negromonte y á sus compañeros el seno misterioso de aquella gruta. Habíase roto á pico la argamasa endurecida de unas rocas del muro. Las rocas cayeron y apareció un arco abocinado, entrada de una nueva gruta que era una especie de santuario. Descendíase allí por una suave escalera de mármol negro con balaustrada de oro. Hallábase uno desde luego en un recinto inmenso de una peregrina hermosura. Aquel lugar, tan solo hermoseado por el ingenio azteca, habia sido formado muchos siglos antes en el hueco del antro, por la naturaleza misma. El agua saturada de sales habia trasporado lentamente por los peñascos, y las gotas, conver-

tidas en cristales por la evaporacion y por los siglos, se habian acumulado, formando enormes masas que se alzaban como marmóreos túmulos, dibujaban entre las sombras un laberinto de arcos llenos de majestad y de gracia, colgaban como inmensos candiles, ó subian hasta las bóvedas como gigantescas columnas revestidas del brillo y la solidez del diamante.

Cuentan que Netzahuatl Coyotl, visitando un dia el interior de la gruta, creyó distinguir en la forma y la disposicion de aquel bosque de estalagmitas, el diseño de un templo que él habia imaginado en sus ensueños de poeta y en sus solitarias meditaciones de artista. Dicen que desde luego aconsejó que se mandaran traer á Huayacic, y vinieron, los mas afamados escultores cuyos nombres aun viven sobre el pedestal de regios monumentos; y que aquellos hombres, maestros todos ellos y dirigidos por el mismo rey, pulieron aquellas rocas cristalinas, adelgazaron las columnas, desembarazaron los arcos, esculpieron las bóvedas, enderezaron las cornisas, dieron nivel al pavimento, recortaron elegantes puertas, y en un año dejaron concluida aquella maravilla escultural, que quedó en el seno de la tierra, como los primores que las damas de Roma suspendian á su cuello, guardados en el interior de un relicario. Desde entonces aquella mansion podia compararse solamente con los castillos encantados de la leyenda. Era trasparente, aérea, maravillosa, como el alcázar que la imaginacion de los poetas de la antigüedad formó á Tetis bajo los cristales del Océano. Era colosal, magnífica, deslumbrante, como los palacios de piedras preciosas donde el árabe, en sus sueños de amor, mira danzar á las huríes en pos de un eco celestial, ó arrebatadas en un torbellino de deleite.

Negromonte y sus soldados españoles se sintieron próximos á caer de rodillas, cuando al pisar el primer peldaño de la entrada se dilató á sus ojos el seno de la gruta. Lámparas escondidas no se sabe adónde, vertian raudales de esplendor, bañando las nevadas columnas y las estatuas de aquel recinto. Una niebla casi sagrada se extendia por la altura envolviendo los capiteles con el perfume de la mirra y del sándalo. Allí, á través de aquella opacidad, parecia levantarse el genio sacerdotal de los aztecas. Pájaros arrancados de la oscuridad de la selva ó al horizonte del desierto, dejaban oir el canto de las soledades, llorando sin consuelo desde sus jaulas de oro. Artesas de pórfido repletas de follaje y rebosando de flores; verdes, frescas, embalsamadas y misteriosas espesuras de hojas, donde la polígala, el rosal, el floripondio y el geranio silvestre se enlazaban con el casto abrazo que en las montañas, mezclaban á las nubes de incienso los olores del prado, la sombra á los trinos, y á la luz la suave frescura de las auras. Habia surtidores ocultos entre el ramaje? Allá, del pedestal de una deidad gentílica, manaban, deslizándose por el mármol y bajo las flores, algunas ondas límpidas, ligeras y murmurantes?..... Si no, por qué se oian ciertos rumores? de dónde se desprendian aquellos ecos? qué eran, pues, aquellos ruidos indescifrables que despertaban en el pensamiento la imágen de claras vertientes moviendo sus linfas en la profundidad del bosque; ó el delirio que acomete al viajero, atormentado de la sed, errante en la arena abrasadora de los desiertos?..... ¿De dónde.....

—Del diablo!—dijo Benavides, que no pensaba sino en que se diera fin á la ceremonia, y marcharse.

—Allá vamos,—repuso Barrientos señalando un in-

tercolumnio del peristilo;—parece que se acerca el momento.

En efecto, por el punto designado comenzaron á aparecer muchos personajes:

Cuatro mujeres vestidas con ondulantes batas de gámbalo y ceñidas con una diadema de esmeraldas, entraron columpiando voluminosos incensarios.

Siguieron despues cosa de treinta sacerdotes indios, con vestidos y birretes negros, y rostro tambien negro, pintado con *ocotl*, y encerrado en el marco de una abundante cabellera que bajaba por los hombros hasta ocultar la pierna y arrastrar por el suelo.

Las vírgenes que precedian la comitiva se dirigieron al fondo de la gruta; dos de ellas dieron sus incensarios á las otras dos, y fueron á descorrer una cortina que parecia ocultar tras de sus pliegues palpitantes á la deidad habitadora de aquel santuario. Un himno, que tenia la varonil dulzura y la melancólica solemnidad de un *orfeon*, salió de los labios de los sacerdotes. Al apartar la cortina apareció la sombría majestad, el dios terrible, el dios Huitzilipoztli sentado sobre una esfera de esplendor, ostentando en su mirada casi viva y sus dientes enrojecidos de sangre, la imponente grandeza que aun parecia rodeada con los cráneos de las generaciones vencidas por los guerreros del Anáhuac.

A sus piés habia fuego. Allí arrojaron las vírgenes nuevos perfumes.

Tras de los sacerdotes entraron nuevas vírgenes trayendo ramilletes de flores. Despues venian los novios vestidos con sus trages indios y radiantes de bienaventuranza. *No yolo!* palabras que Juana habia traducido por estas

otras: *amor mio!* salian de los labios de Tetzahuitl, y parecian resplandecer sobre los ojos de su esposa..... Seguian multitud de caciques, y mas atrás los diferentes representantes de todas las tribus del imperio.

Formáronse todos, abriendo un ancho semicírculo al pié del trono de Huitzilopoztli. En medio habia una estera donde se colocaron Isabel y su esposo. Cesó el cántico, y entonces dió principio la ceremonia. Los novios se incensaron mutuamente. Un sacerdote ató la punta del *huepilli* ó falda de la jóven con otra del *timatli* ó capa de Tetzahuitl, quedando representada con aquel acto la cadena de amor que debia unir su vida como sus placeres ó sus infortunios. Negromonte, rodeado de sus compañeros, presenciaba el contrato nupcial tras del grupo de los caciques. Todos, absortos en aquella extraña ceremonia y completamente asegurados con su omnipotencia en la ciudad, llenos de esperanzas para lo futuro y tranquilos en el fondo de aquella mansion, cuya existencia era un misterio, no hicieron alto en una sombra que se deslizaba tras de las columnas é iba á ocultarse á poca distancia de los novios, tras la espesura del follaje.

Llegó el momento en que Isabel, pues lo exigian los ritos, debia dar siete vueltas en torno del fuego. Dejó su manto á una de las doncellas y fué á colocarse en un extremo de la estera.....

De súbito lanzó un grito y quedó tan pálida como un difunto.

—Es él!..... exclamó:—es su espectro!..... Perdon, Dios mio! y cayó acometida de convulsiones y extendiendo su fria mano, en direccion de una de las columnas.

Todos se apresuraron á socorrerla. Entretanto la som-

bra aquella volvia á escurrirse por detrás de la arcada, y á favor de la sorpresa de todos llegó á la puerta y se lanzó fuera del subterráneo. Solo un hombre habia oido los pasos y visto que álguien se escapaba por el arco abocinado del templo. Aquel hombre que lo vió todo y lo adivinó todo, fué Negromonte:

—Señores,—dijo sin desmentir su calma;—estamos descubiertos.

Todos se inmutaron al escuchar estas palabras, y se rodearon de Negromonte, haciendo relucir las armas que por una vaga prevision del peligro habian ocultado bajo sus ropajes. Temachti interrogó á Negromonte con la mirada. D. Pedro no hizo mas que señalar el punto por donde la sombra acababa de desvanecerse, y donde ahora se veian en pié, calada la visera y con espada en mano, dos ó tres caballeros, siniestramente inmóbiles. Detrás de ellos columbrábase un espeso bosque de arcabuces y lanzas. Uno de aquellos caballeros dió algunos pasos adelante, haciendo crugir las piezas de su arnés y temblar el penacho negro que flotaba sobre su casco. Era Alvarado. Extendió su espada señalando á los sacerdotes y á los caciques, y volviendo el rostro hácia la puerta donde permanecian sus guerreros, dijo de una manera enérgica:

—Ea! sujetad á estos mequetrefes.

Dorantes, seguido por un gran número de arcabuceros, comenzó á acercarse á los caciques; pero del centro de estos brotó como un relámpago el acero de Negromonte, silvó en los aires y tronó en el casco de Alvarado; este soltó la espada; por las rejillas de su visera se desbordaron negros chorros de sangre, y se abrazó desvanecido al cuello de uno de sus castellanos.

Casi al mismo tiempo la macana de Tetzahuitl hacia trizas tambien el casco de Dorantes.

A una voz, y al restallar de un nuevo golpe que asestó D. Pedro sobre otro de sus adversarios, Barrientos, Benavides, Fray Roque y todos los suyos, los caciques, los sacerdotes, y hasta las vírgenes que conocian les esperaba la esclavitud ó la muerte, arremetieron con los guerreros de Alvarado. Entretanto, este y Dorantes habian sido trasportados fuera de la gruta. Gil Perez, uno de los conjurados que permanecia en el campo con el grueso de los castellanos en espera de una señal para lanzarse al exterminio, vió aparecer en la entrada de la cueva un grupo de españoles llevando en peso á los dos heridos que mugian de dolor y de rabia. Mandó los llevaran á la ciudad vecina para que recibiesen los primeros socorros; despues se apeó de su caballo, mandó que todos hiciesen lo mismo y encendieran la mecha de los arcabuces, y dando un alarido salvaje se hundió en la garganta de la cueva, seguido por el tropel de sus soldados.

Aquella súbita irrupcion desconcertó del todo á los aliados de Negromonte. Sin embargo, Temachti acudió con algunos indios á un cóncavo de la gruta, el mas profundo, especie de arsenal donde tenia depositadas las armas y la pólvora que habia comprado el dia anterior á Barrientos. Los indios rompieron las barricas, cargaron los fusiles hasta la boca y volvieron al lugar del combate, repartiendo á los suyos aquella nueva esperanza de la victoria.

Pronto retumbó en las bóvedas el eco de siniestras detonaciones; nubes de humo desgarradas por ligeras sierpes de fuego se levantaron, envolviendo en lívidas sombras los arcos y las columnas del santuario.

Abreviemos.

Fray Roque, atravesado por el corazon, cayó de rostro sobre el fuego donde ardian los perfumes.

Quince sacerdotes heridos exhalaban la vida, revolcándose bajo los piés de los combatientes.

Benavides se batia á estocadas con Gil Perez. Barrientos, empuñando por el cañon un arcabuz, hacia prodigios y sembraba el suelo de cadáveres.

El Grillo habia trepado al solio de Huitzilopoztli; desde allí, por sobre la corona del dios, hacia brillar incesantes disparos, á que respondian siempre un gemido y el retumbar de algun arnés, al desplomarse como una torre, un caballero.

Negromonte, acorralado por mas de doce castellanos, estaba próximo á rendir el aliento. Los aceros silbaban en torno de su cabeza, y los tiros á quemaropa fulguraban iluminando su semblante.

Mas allá Tetzahuitl, que sostenia con uno de sus brazos á Isabel, casi exánime, y teniendo á sus plantas heridos ó muertos á los principales caciques, blandia empapada en sangre su terrible macana, replicando á cada golpe de sus adversarios con el crugido de algun cráneo que se desquebrajaba salpicando de negro á los combatientes.

—No le mateis!—gritó Gil Perez á los suyos;—guardadme á ese indio para la horca!.....

Desde entonces trataron solamente de parar los golpes. Gil Perez dejó abandonado á su adversario en manos de un grupo de soldados; arrebató á uno de ellos su arcabuz, y acudió al sitio donde Tetzahuitl combatia.

—Ríndete!—gritó al azteca.

Tetzahuitl, presa del frenesí de la muerte, fué sordo á

aquella intimacion, y vibró el arma sobre la cabeza de Gil Perez.

Este retrocedió algunos pasos y tendió su arcabuz. Resonó el trueno. Isabel lanzó un grito, y las azucenas que ceñian su frente se tiñeron de sangre.....

—Maldito seas!—gritó Tetzahuitl, cuya mirada de rabia se anubló tras un velo de lágrimas.

Entonces arrojó su arma, tomó por la cintura el cadáver, tibio todavía, de Isabel, y lo lanzó con fuerza sobre la cabeza de los castellanos. Despues corrió hácia el sitio donde humeaba aún, volcado, el braserillo de los perfumes, arrebató una brasa, y haciendo resonar la última y la mas terrible de las imprecaciones, desapareció por una puerta lóbrega, que próxima al solio, estaba escondida en la penumbra.

Allí habia una escalera; por aquella escalera se bajaba al seno donde estaban abiertas por el filo del hacha las barricas de pólvora.....

.....

Lo que siguió, no es difícil adivinarlo. Tembló la tierra. Un inmenso estallido estremeció los aires; y las aguas del lago que retrocedieron como azoradas con la explosion, volvieron á cerrarse precipitando sus torrentes en el sombrío fondo cavado por el trueno.

Soldados, novios, macetones, vírgenes, columnas, sacerdotes, ídolos, arcos, altares y caciques, todo se lo llevó el diablo. El agua fué serenando lentamente las palpitaciones de su agitada superficie; calmóse al fin, sonrió á los astros y se durmió tranquila cubriéndose bajo aquella tumba con sus cristales.

EPÍLOGO.

Si Redondillo y Molineta no hubieran perecido como tantos otros bajo los escombros de la gruta, hubiéramos presenciado algunas divertidas escenas.... pero no hubo tiempo....

Zancadilla y Diana fueron felices.

Jorge Villadiego y Valencia soportó seis meses la gordura y la literatura de su esposa. Al fin una infidelidad de Clara puso término al matrimonio, y Jorge, libre y ufano, y más que todo escarmentado, no paró hasta Huelva, adonde huyó con su mitad de gananciales.

Chirinos, prisionero de Tapia, fué sujetado á la misma afrenta que su colega Salazar, y puesto en una jaula. Algun tiempo despues los dos célebres gobernadores quedaron libres, y es fama que vivieron acosados por atroces remordimientos, y que al fin murieron de mala muerte.

Zapata y su mujer vivieron llorando y esperando siempre ver aparecer á Juanita.....

Cortés, despues de haberse detenido algunos dias en Medellin, volvió á México. La admiracion, el pasmo causado por su presencia, y la palidez y la demacracion que las calenturas habian puesto en su semblante, hacian creer que en efecto acababa de abandonar la tumba.

Su tránsito hasta la ciudad fué saludado por brillantes demostraciones de júbilo. Millares de coronas llovieron sobre su cabeza encanecida, y las flores formaron bajo el casco de su trasijado corcel una suave, fresca, vistosa y perfumada alfombra de pétalos. Los arcos triunfales cargados de inscripciones y de banderolas se reproducian sin fin delante de sus pasos. Y las declamaciones y los gritos mezclados al trueno del cañon y al repique de las campanas, parecian concertarse con la vibracion de las dulzainas y el eco guerrero de las trompas, para pronunciar el nombre de Cortés, ya saludado por la gloria.

Sin embargo, todo este júbilo fué obra de los gáchupines, como despues lo ha sido de unos cuantos léperos la pompa con que las ciudades parecen festejar á cualquiera de sus tiranos.

FIN.

SEP 27 1929